

EL NATURALISTA
EN EL PLATA
William H. Hudson



**WILLIAM HENRY
HUDSON**

**UN NATURALISTA
EN EL PLATA**

1980

1. Capítulo I, La Pampa desierta
2. Capítulo II, El Puma o León americano
3. Capítulo III, Una oleada de vida
4. Capítulo IV, Armas curiosas de algunos animales
5. Capítulo V, El temor en los pájaros
6. Capítulo VI, Instintos heredados y precoces
7. Capítulo VII, El Mefítico zorrino
8. Capítulo VIII, El mimetismo y los colores de prevención de las langostas
9. Capítulo IX, Tormentas de libélulas
10. Capítulo X, Mosquitos y problemas de los parásitos
11. Capítulo XI, Abejorros y otros temas
12. Capítulo XII, Una noble avispa
13. Capítulo XIII, Las luces nocturnas de la naturaleza
14. Capítulo XIV, Hechos y reflexiones sobre las arañas
15. Capítulo XV, El instinto de simulación de la muerte
16. Capítulo XVI, Los Picaflores
17. Capítulo XVII, El Chajá
18. Capítulo XVIII, La familia de los carpinteros
19. Capítulo XIX, La música y la danza en la naturaleza

CAPITULO I

La Pampa Desierta

Durante los últimos años, hemos oído mucho acerca de los profundos cambios que se están produciendo en la flora y fauna de las regiones templadas del globo que han sido colonizadas por europeos. Si estos cambios se toman meramente como una evidencia del progreso material, deben ser motivo de regocijo para aquellos que están satisfechos y más que satisfechos con nuestro sistema de civilización o método de superar la naturaleza por la remoción de todos los obstáculos ante el incontrolado aumento de nuestra propia especie. A aquel que encuentra placer en las cosas tal como existen en regiones vírgenes de los dominios de la naturaleza y quien, no demasiado ansioso por llegar al final de su viaje, está contento de realizarlo a caballo o en carretón arrastrado por bueyes, le es permitido lamentarse por el aspecto alterado de la superficie terrestre junto a la desaparición de innumerables estructuras bellas y nobles, tanto del reino animal como del vegetal. No puede lograr que su corazón ame las cosas por las que han sido reemplazadas; éstas están cultivadas y domesticadas y sólo se han tornado útiles al hombre al precio de aquella gracia y energía que la libertad y la barbarie le habían dado. En cantidad, hay muchos -veinticinco millones de ovejas en este distrito, cincuenta en aquél, cien millones en un tercero-, pero, ¡cuán pocas son las especies en reemplazo de las destruidas! Y cuando el dueño de muchas ovejas y mucho trigo desea la variedad - pues posee ese deseo instintivo, aunque en conflicto con y llevado por el otro, pervertido, de destrucción-, ¿qué es lo que le ha quedado, más allá de lo que es suyo, excepto las hierbas que crecen en sus campos, bajo todos los cielos, circundándolo con las formas monótonas y arcaicas tan pertinaces en su no deseada comunión con él, como las ratas y las cucarachas que habitan su casa?

Con más frecuencia tenemos noticias de Norteamérica, Nueva Zelandia y Australia en conexión con esto, pero en ninguna parte del globo la civilización "*ha escrito sus extrañas deformaciones*" más marcadamente que en esa enorme planicie, llamada por los escritores ingleses *the pampas* (las pampas), pero por los españoles con más propiedad *la pampa* -de la voz quichua que significa región o espacio abierto- ya que constituye en su mayor parte una llanura continua, extendida en su límite este desde las costas del Paraná, a los 32 grados de latitud, hasta la formación patagónica a la altura del Río Colorado, y comprende alrededor de setecientos mil kilómetros cuadrados de una región húmeda y herbosa.

Esta zona ha sido colonizada por los europeos desde mediados del siglo XVI, pero hasta hace pocos años la inmigración estaba demasiado limitada como para que pudiese producir algún cambio significativo; y refiriéndome únicamente a la región pampeana, el territorio conquistado era una larga y angosta franja, meramente pastoril, y los indios con su forma primitiva de guerrear, supieron detener a los invasores fuera de sus amplias extensiones de caza. Hace apenas veinte años, el cabalgar a unos cuatrocientos kilómetros de Buenos Aires, la ciudad capital, era suficiente para colocarlo a uno más allá del límite S. O. más alejado de la frontera. En 1879 el gobierno argentino se propuso liberar al país de los aborígenes o, al menos, quebrar de una vez por todas sus hostiles

invasiones y su espíritu depredador. Con ello, toda el área de la pampa húmeda y gran parte de la árida Patagonia, han sido de fácil acceso para el inmigrante. Ya no hay nada que desanime la hambruna del Viejo Mundo y que no le permita adueñarse de esa nueva tierra de promisión que ofrece, como Australia, leche y grasa, si no miel. Cualquier inmigrante vicioso de un conventillo genovés o napolitano, está ahora en condiciones de "*luchar contra el desierto*" con su arma de caza de solo ocho chelines y sus implementos de labranza. Los indios ya no existen para aterrorizarlo con sus gritos de guerra; ellos se han trasladado a otra región más remota y umbría llamada en su lengua *Alhuemapiú*, desconocida por los geógrafos. Es que los resultados tan largamente esperados se alcanzaron rápidamente tras la expedición militar del General Roca. Los cambios observados durante la última década sobre la pampa excedieron, por su magnitud, a aquellos que previamente habían sido experimentados durante tres siglos de ocupación.

Frente a esta oleada de cambios que con tanta celeridad están ahora arrasando el viejo sistema, con todas las bellezas y dones que poseía, quizá fuera oportuno, en este momento, realizar una rápida revista desde el punto de vista del naturalista, de esa gran planicie tal como fuera antes de que las agencias colonizadoras europeas hicieran su trabajo, y tal como existe todavía en sus lugares más apartados.

La pampa húmeda y herbosa se extiende, en grandes líneas, desde el Atlántico y los ríos de La Plata y Paraná, al Ande, y pasa gradualmente a "*formaciones de montes*" o pampa estéril; una sabana arenosa más o menos desértica que produce una vegetación seca, áspera y leñosa, sobre todo arbustos espinosos y árboles bajos, entre los cuales el chañar (*Gurliaca decorticans*) es el más común; de ahí el nombre "*chañar de las estepas*", usado por algunos escritores. Esta formación se extiende hacia el Sur y se adentra en la Patagonia. Los científicos no se han podido explicar aún por qué la pampa, con un clima húmedo y un suelo excesivamente rico, no ha producido más que pastos, mientras que las zonas secas y estériles, en su límite norte, oeste y sur, tienen una vegetación arbórea. Se ha probado ahora que la conjetura de Darwin de que la extrema violencia del *pampero*¹ o viento del sudoeste, no permitía el crecimiento de los árboles, era infundada debido a la introducción de los *Eucaliptus globulus*, ya que estos nobles árboles adquieren una extraordinaria altura en las pampas y tienen un follaje lujurioso, nunca alcanzado en Australia.

Yo quisiera conducir al lector, por medio de su fantasía, desde esta área llana -mi "*parroquia de Selbourne*" o, en todo caso, a una buena parte de ella- con el mar de un lado, y del otro la extensión infinita de un herboso desierto, a otro mar, no "*sometido a grandes vaivenes*" sino a una comparativa calma, un lugar fácilmente imaginable debido a la ausencia de sierras y montes, lagos y ríos. Hay en verdad poco para ser imaginado, ni siquiera la sensación de vastedad. Darwin, refiriéndose a este punto en *Journal of a Naturalist* dice con justeza:

"En el mar el ojo humano, colocado a unos dos metros por encima de la superficie del agua, halla su horizonte a unos seis o siete kilómetros de distancia. Del mismo modo, cuanto más llana sea la planicie, más se nos acerca el horizonte y se nos achica la distancia y esto, según mi opinión, destruye totalmente la grandeza que uno habría imaginado que podría contener una vasta llanura". Recuerdo mi primera experiencia en una colina, después de haber estado siempre encerrado entre "*estos estrechos límites*". Fue en una de las cadenas de las sierras cerca de Cabo Corrientes y a no más de ochocientos metros de altura; en cuanto hube ganado la cima, me maravillé de la vastedad de la tierra, tal como la apreciaba desde tan modesta elevación. Personas nacidas y criadas en la pampa, cuando por primera vez visitan una zona montañosa, frecuentemente experimentan la sensación de tener "*una pelota en la garganta*", la cual parece impedirles la libre respiración.

En la mayor parte de los lugares la tierra rica y seca está cubierta por gruesos pastos de noventa centímetros a un metro veinte de altura, creciendo en grandes matas de verde intenso durante todo el año; unas pocas hierbas finas y tréboles con largos tallos enroscados y unidos tienen

¹ En castellano en el original (N. del T.)

una breve existencia entre los matorrales; pero es que las plantas duras impiden su expansión a las otras, y raramente se muestra una flor entre su perdurable verdura. Hay, empero, manchones, a veces grandes áreas, donde no crecen, y que están alfombradas por pequeñas hierbas que la recubren, de un verde más vivo, y en primavera se alegran con las flores, preferentemente del orden de las clases compuestas o papilionáceas, y verbenas rojas, púrpuras, rosadas y blancas. En tierras húmedas y pantanosas hay además varios lirios amarillos, blancos y rojos y dos o tres clases de gladiolos y varias otras florecillas; pero en su totalidad la flora de la pampa es la más pobre en especies de las zonas fértiles del globo. Sobre la tierra húmeda y arcillosa crece el majestuoso pasto de la pampa, *Gynerium argenteum*², cuyos blancos ápices a menudo alcanzan una altura de unos tres metros. He cabalgado a través de estos pastizales plumosos, tan altos que llegaban hasta mi cabeza y aún más, por leguas. Me resultaría imposible brindar una idea exacta de la exquisita belleza, en ciertos momentos y estaciones, de esta reina de los pastos y máxima gloria de la pampa solitaria. En aquel lugar, todos están familiarizados con ella; pero en un jardín esa planta tiene siempre un aspecto triste, decadente y, según mi recuerdo, es positivamente fea con sus macizos densos de hojas bastas, agachadas hacia el suelo y en montones achicharrados, y manojos de espigas siempre del mismo color blanco, mortecino o cremoso sucio. En verdad, el color de varios y etéreos tintes que le dan ese tono de pureza, es una de las bellezas capitales de esos pastos en su propio suelo; los viajeros que han galopado a través de la pampa en épocas en que las espigas están muertas y caídas como blancos papeles o parches, realmente han perdido su mayor encanto. La planta es sociable, y en algunas partes donde raramente existen otras, cubre grandes áreas con un mar de ondulantes espigas blancas; al final del verano y en el otoño se observan sus tintes variando del más delicado rosado tierno e ilusionante como el rubor sobre el blanco plumaje de algunas gaviotas, al púrpura y violáceo. A ninguna hora luce tan perfecta como al anochecer, antes y después del crepúsculo cuando la luz tenue envía una leve bruma sobre su abigarrado plumaje, y el viajante no puede dejar de pensar que sus tintes, que en ese momento se enriquecen, son robados a los rasantes rayos solares o reflejan los coloreados vapores tras el ocaso.

La última vez que vi los pastos de la pampa en todo su esplendor fue en un día de fines de marzo que concluyó con uno de esos perfectos atardeceres que sólo se ven en la soledad, en donde ninguna línea de casas ni ningún cerco quiebran el encantador desorden de la naturaleza y armonizan los tintes del cielo y de la tierra. Había estado viajando todo el día con un compañero, y por dos horas habíamos cabalgado por el pastizal ininterrumpido, que se extendía por kilómetros a cada lado, mezclándose a la distancia minadas de blancas espigas, salpicadas con tintes de variados colores, semejando una nube. Al escuchar un rumor de hojas a nuestras espaldas, nos dimos vuelta rápidamente y vimos a no más de cuarenta metros, una partida de cinco indios montados y dirigiéndose raudos hacia nosotros; pero al momento en que los vimos, sus cabalgaduras se detuvieron bruscamente y al mismo tiempo los cinco jinetes saltaron sobre los lomos de sus monturas y se mantuvieron erectos sobre ellas. Satisfechos al ver que no tenían intención de atacarnos y que sólo buscaban caballos perdidos, continuamos observándolos por algún tiempo, así como ellos permanecían oteando el horizonte en distintas direcciones, inmóviles y silenciosos, como hombres de bronce sobre extraños pedestales de equinos de piedra oscura; muy oscuros con su tez bronceada y largos cabellos recortándose contra el cielo lejano y etéreo, con tintes de luz ambarina; y a sus pies y todo en derredor esa nube de plumas blancas y ligeros matices. Esa escena de despedida quedó grabada vívidamente en mi memoria, pero no puede ser mostrada a otro ni podría serlo aun si yo poseyera la pluma de un Ruskin o el lápiz de un Turner; ya que el vuelo de la gaviota de mar no es más imposible para nosotros que el poder de revelar la imagen de la Naturaleza en nuestras almas, cuando ella se nos muestra en uno de esos "*momentos especiales*" que tienen una "*gracia especial*", en situaciones donde su belleza virgen no ha sido deteriorada por el hombre.

En otras horas y estaciones el aspecto general de la planicie es monótono y a pesar de la

² Cortadera (N. del T.)

visión ininterrumpida, su verde permanente y su sol, algo melancólico, aunque nunca lóbrego; y es indudable que el sentimiento de melancolía depresiva que la pampa inspira a aquellos que no están familiarizados con ella, se debe, en gran medida, a la escasez de vida y su profundo silencio. Como es fácil de imaginar, el viento en esas extensas llanuras rara vez está calmo; allí, como en el bosque, es “*un bardo de alientos varios*”, y las cuerdas sobre las que sopla van emitiendo variedad infinita de tristes sonidos, desde el agudo y caprichoso silbido de los pastos hirsutos y secos en los lugares más inhóspitos, hasta los largos y misteriosos quejidos que se alargan y desvanecen entre los altos y lustrosos juncales. También es curioso que, con pocas excepciones, los pájaros vernáculos son comparativamente silenciosos aun aquellos pertenecientes a grupos que suelen ser altamente locuaces. Es fácil hallar la causa. En montes y matorrales donde hay abundancia de pájaros, continuamente se pierden de vista, y el único modo de no dispersarse es por medio del llamado frecuente; mientras que el efecto sonoro envolvente entre el follaje, al cual debe sumarse un espíritu de emulación donde se oyen muchas voces, incita a la mayoría de las especies, sobre todo a aquellas que son sociables, a esforzar sus voces hasta su máximo grado de elevación al cantar, llamar o gritar. En la pampa abierta, los pájaros que no están obligados a vivir ocultos en la superficie pueden verse unos a otros a grandes distancias, y el perpetuo llamado no es necesario: además, en esa quieta atmósfera el sonido se expande a gran distancia. Normalmente sus voces son extrañamente apagadas; los ha contagiado el silencio de la naturaleza, y por el hábito se han tornado silenciosos. Este no es el caso de las especies acuáticas, las cuales emigran -casi todas- desde regiones más ruidosas, y se agrupan en lagunas y juncales, lugares donde son muy locuaces entre ellas. Es también digno de señalarse el hecho de que esas voces suaves de los pájaros, algunas de las cuales son excesivamente dulces y expresivas, y las notas de algunos insectos y batracios tienen una gran semejanza y parecen estar de acuerdo con los tonos eólicos del viento entre los pastos y cañaverales: un extranjero en la pampa, aun cuando fuera un naturalista acostumbrado a distintas faunas, con frecuencia hallaría difícil distinguir entre las voces de un pájaro, un sapo o un insecto.

Los mamíferos son pobres en cuanto a especies, y con la única excepción de la bien conocida vizcacha (*Lagostomus trichodactylus*) no hay ninguna que pueda realmente ser reconocida como producto de la pampa, o, en otras palabras, que sus instintos están más de acuerdo con las condiciones de la pampa que con las de otras zonas. En efecto, este roedor grande habita una vasta extensión del país al norte, oeste y sur de la pampa propiamente dicha, pero en ninguna parte está tan consustanciado con su matorral oriundo como en la gran planicie herbosa. Ahí, acaso como el castor, creó sus propias condiciones de vida. Vive en una pequeña comunidad de veinte o treinta miembros, en un villorrio o vizcachera de profundas cuevas, todas con sus bocas de entrada, construidas una cerca de la otra: como la vizcachera es de tiempo indefinido o permanente, la tierra, al ser continuamente extraída, forma montículos de más de un metro de diámetro, y esto protege su vivienda de las inundaciones en terrenos bajos y llanos. No es veloz, y todos los animales rapaces son sus enemigos; siente predilección por alimentarse de hierbas, pastos tiernos y suculentos; su búsqueda la obliga a andar por el campo entre pastos gigantes donde están sus sagaces enemigos aguardando para atraparla. Se salva de este peligro haciendo un claro alrededor de su vivienda y ahí forma un suave césped, en donde los animales se alimentan y realizan sus pasatiempos nocturnos con relativa seguridad, pues si el enemigo se aproxima, es fácilmente detectado; se da la nota de alarma y toda la compañía se dispersa y dispara hacia sus refugios. En regiones de suelo y vegetación distintas -como en la Patagonia- sus instintos propios y únicos no se han alterado, lo que hace parecer probable que hayan nacido en la pampa.

Es maravilloso que las dos especies de mamíferos -el castor y la vizcacha- que más se aproximan al actuar inteligente de los hombres en cuanto a sus instintos de organización social y sus habitaciones, las que han sido hechas para perdurar, pertenezcan a un orden tan inferior como el de los roedores. Y en el caso de la última, sorprende aún más cuando sabemos por Waterhouse que es la última de la escala debido a sus afinidades marsupiales.

La vizcacha es el más común de los roedores en la pampa, y ese orden de roedores está

representado por el mayor número de especies. La más fina es la llamada liebre patagónica - *Dolichotis patagonica*-, un bello animal que duplica el tamaño de la liebre, con orejas más cortas y redondeadas y sus patas relativamente mucho más largas. Su piel es gris castaño. Por sus hábitos es un animal diurno, vive en cuevas y generalmente se la encuentra por parejas o en pequeñas manadas. Está más adaptada para vivir en una región árida como la Patagonia que en la herbosa planicie húmeda; sin embargo, se la ha hallado en toda la extensión de la pampa; pero en un país donde la sabiduría de un Sir William Harcourt³ no fue nunca necesaria, el rey de los roedores está ahora casi extinguido.

El coipo -*Myopotamus coypú*- es un roedor común, de color amarillo con incisivos rojo brillante; un ratón por su forma, del tamaño de una nutria. Es acuático, vive en orificios en las orillas altas, y donde no las hay construye un nido en plataforma entre el juncal. Al anochecer salen todos a nadar y a jugar con el agua, conversándose con extraños sonidos que suenan como quejidos de seres humanos sufrientes; entre ellos se destaca el coipo madre con toda su prole, en número de ocho o nueve, con tantos sobre su lomo como puede acomodar, y mientras los otros nadan tras ella llorando para lograr un paseo.

Con respecto a este animal, el cual, como hemos advertido, es prolífico, una vez ocurrió algo extraño en Buenos Aires. El coipo era mucho más abundante hace cincuenta años que ahora, y su piel que tiene un fino pelaje debajo de los pelos gruesos, era exportada en gran cantidad a Europa. Fue por este tiempo que el dictador Rosas publicó un decreto prohibiendo la caza del coipo. Como resultado de ese decreto, los animales aumentaron y se multiplicaron excesivamente y, abandonando sus hábitos acuáticos, se tornaron terrestres y migratorios e invadieron los campos en busca de alimento. Repentinamente, una misteriosa plaga los atacó y perecieron en tan alto número que casi se extinguieron.

¡Qué bendición sería para la pobre Australia, acosada por los conejos, que una plaga así visitase el país y atacase exactamente a los animales que debiese! Pero, por otro lado, ¡qué calamidad si la infección se propagase incurable y ligera como el viento y atacase a sus numerosas ovejas! Y quién puede saber qué retribuciones desconocidas estará meditando secretamente esa vengadora deidad que es Natura, por la pérdida de tantas de sus salvajes criaturas cuadrúpedas, asesinadas por los moradores y por haber arruinado su orden antiguo y hermoso!

Un pequeño roedor de la pampa que vale la pena conocer es el *Cavia australis*, llamado cuis en su voz vernácula; un ser tímido, sociable, pequeño, del color del ratón, con un lenguaje gorgojeante, como de agua corriente y rumorosa; sus costumbres semejan a las de su moteado pariente doméstico, el conejillo de Indias. Goza correteando por los terrenos limpios y realiza sobre la pampa sus caminatas, cuya huella alerta al zorro y a otros semejantes; es así como los hábitos de los pequeños cuises y de todos los *Cavia* no se ajustan tan bien a las regiones de pastos y hierbas sino a las de otras zonas de tierras áridas donde pueden correr y jugar y encuentran matorrales donde esconderse.

Un animal más interesante es el *Ctenomys magellanica*, un poco más pequeño que la rata, con una cola más corta, piel de un gris más pálido e incisivos rojos. Se le llama *tuco-tuco*⁴, debido a su voz y oculto por sus costumbres; es un habitante del subsuelo y necesita un piso suelto y arenoso en el cual, como el topo, puede *nadar* bajo la superficie. Por lo tanto la pampa, con su pesado y húmedo humus, no es el sitio más apropiado para el *tuco-tuco*; empero, donde quiera que haya una faja arenosa o una cadena de dunas, allí se lo encuentra habitando; no se le ve pero si se lo oye. Su voz resuena todo el día y toda la noche, estentórea y fuerte, como una sucesión de golpes de martillo; tal como si un contingente de gnomos estuviesen trabajando muy fuerte en las entrañas de la tierra, golpeando en sus yunques, primero con golpes fuertes y medidos, y luego con otros, más

³ Harcourt: el autor del "Ground Game Act" en 1880 (Ley de protección para los animales de caza) en Inglaterra (N. del T.)

⁴ En castellano en el original (N. del T.)

leves y rápidos, con una cadena y ritmo tal como si los hombrecitos estuviesen golpeando al compás de algún canto primitivo que no se advirtiese en la superficie ¿Cómo llegaron estas colonias aisladas, de una especie tan subterránea en sus hábitos y que requiere un suelo arenoso, tan lejos de su propio territorio esa zona estéril de la cual están separados por anchas áreas impropias? Ellos no pueden realizar largos tramos a través del campo como las ratas. Quizá las dunas se desplazaron, llevando sus animales consigo.

El jaguar y el puma son los dos gatos monarcas en Sudamérica, y los carniceros mayores. Sea cual fuere la relación entre ambos en toda la pampa, el puma es el más poderoso, siendo el que más abunda y más capaz de robar que su moteado rival. Versátil en sus hábitos de caza, su presencia en la pampa no sorprende; mas es probable que sólo una extrema abundancia de grandes mamíferos para cazar, cosa que no ha existido en los últimos tiempos, podría haber tentado a un animal del río y los montes y acostumbrado a ese medio, a colonizar esta región fría, sin árboles y comparativamente desértica por la falta de agua. Hay otros dos felinos importantes. El gato de los pajonales, similar el *Felis catus*, robusto y de color oscuro, pero más grande, más fuerte e indeciblemente salvaje. El segundo, *Felis geoffroyi*, es un animal más grande y hermoso, coloreado como el leopardo; se le llama gato montés, y su mismo nombre parecería indicar que es un intruso de las zonas boscosas de la pampa septentrional.

Hay dos cánidos: uno es el hermoso zorro gris de Azara semejante a un perro, un zorro puro y real por sus costumbres y muy vulgar y común en todas partes. El otro es mucho más interesante y extremadamente raro; es el llamado *aguará*, siendo su congénere más próximo el *aguará guazú*, el *Canis jubatus* o lobo con melena de los naturalistas, que se encuentra al norte de la zona pampeana. El *aguará* es más pequeño y no tiene melena, es como el dingo por su tamaño pero más delgado, con un hocico más agudo y de un color rojizo más brillante. De noche, al acampar, he escuchado sus lúgubres gritos, pero el sujeto fue buscado en vano; mientras que de los gauchos de las fronteras sólo pude aprender que era un animal inofensivo, tímido, solitario, que huye hacia otros lugares más inhóspitos escapando de su destructor: el hombre. Me ofrecieron un cuero: ¿qué más podría querer? ¡Almas simples!, para mí no significaba más que el de un perro muerto, con pelos largos de un rojizo brillante. Para aquellos que aman a los animales muertos, los pueden obtener en alto número con sólo zapar con una pala en el vasto sepulcro de la pampa, donde perecieron los dueños de la antigüedad. Yo amo a los seres vivientes que pueblan la superficie de la tierra, y ¡cuán pequeño es el remanente que hay en Sudamérica, y ahora, año tras año, tornándose más preciosos a medida que se van extinguiendo!

El pestilente zorrino es universal; y hay dos elegantes comadrejas de un negro intenso, con lomo gris y la cabeza chata. Una, la *Galictis barbara*, es un animal audaz que caza en compañía; cuando estas criaturas de largos cuerpos se sientan erectas, observando con ojos vidriosos, sonriendo y charlando con el que pasa, parecen frailes pequeños con negros mantos y capuchas grises; pero la expresión de sus rostros redondos es maligna y sangrienta más allá de todo lo que hay en la naturaleza, y quizá fuera más decente compararlos con demonios que con seres humanos.

Hay en la pampa, estrictamente hablando, sólo un rumiante, el *Cervus Campestris*⁵, que es común. Lo más curioso de este animal es que el macho emite un olor fétido y almizclado tan fuerte que cuando sopla el viento desde el lado donde se encuentran, ese efluvio penetra por nuestras fosas nasales desde una distancia que excede los tres kilómetros. Es realmente sorprendente que pueda hallarse únicamente un rumiante en esa inmensa superficie herbosa que tan admirablemente sentaría a los cuadrúpedos herbívoros, una porción de la cual está provista actualmente de una pastura suficiente para ochenta millones de ovejas, vacunos y caballos. En el Plata, el autor de *The Mammoth and the Flood* hallará pocos que discutan su doctrina.

⁵ Señala Justo P. Sáenz (h.) en sus anotaciones a la traducción publicada por la Ed. Emecé de Buenos Aires que es el vetado, cuya hembra se llama gama. Hoy denominada -agrega- *ozoto cervus bezoarticus* (N. del T.)

De los desdentados hay cuatro. El armadillo gigante no se extiende muy lejos y el delicado y pequeño armadillo rosado, el truncado *Chalamydophorus*, es un habitante de las arenosas dunas de Mendoza y no ha formado nunca colonias en la pampa húmeda; la *Tatusia hybrida*⁶, llamada mulita por el largo de sus orejas y el *Dasypus tricinctus*⁷ que cuando es molestado se transforma en una bola con su cabeza en forma de cuña igual que su cola calzando admirablemente en los profundos cortes laterales de su caparazón. y el *quirquincho*⁸ (*Dasypus minutus*), todos habitan la pampa, son diurnos y se alimentan exclusivamente de insectos, sobre todo de hormigas. Allí donde los campos se pueblan, estos tres últimos desaparecen debido a lo torpe de sus sentidos, especialmente el de la vista, y a sus hábitos diurnos, lo que fuera antes para ellos una ventaja que les permitía sobrevivir cuando los rapaces, que son en su mayor parte nocturnos, eran sus únicos enemigos. El cuarto y más importante es el peludo, cuyos hábitos contrastan extrañamente con los de aquellos congéneres en extinción y que parecen burlar muchas reglas a cal y canto con respecto a la vida animal. Es omnívoro y se lanzará sobre cualquier objeto grasoso o de carne muerta, y en estado de descomposición o capturado por su propia estrategia. Además sus hábitos varían de acuerdo con el medio: así, donde los carnívoros nocturnos son sus enemigos es diurno; pero allí donde aparece el hombre como su principal perseguidor, se torna nocturno.

Se lo busca mucho por su carne, y se les enseña a los perros a cazarlo; sin embargo, con el aumento de la población, se han tornado más abundantes, y si la versatilidad de sus hábitos o su adaptabilidad pueden ser tomados como signo de inteligencia, este pobre armadillo, un sobreviviente del pasado, tan antiguo sobre la tierra como para haber existido contemporáneamente con el gliptodonte gigante, es mentalmente superior a los gatos y caninos de cerebro más grande.

Para terminar con los mamíferos, hay dos interesantes comadreja, ambas del género de los *Didelphys*, pero tan distintos en cuanto a sus hábitos como el gato y la nutria. Uno de estos marsupiales se siente tan afincado en la llanura, que a veces me arrepiento de haber dicho que sólo la vizcacha nos da la impresión, por sus costumbres, de ser un producto de la pampa. Este animal, *Didelphys crassicaudata* tiene una cabeza larga, delgada, triangular, y un cuerpo admirablemente adaptado para abrirse paso entre el pastizal y los juncales espesos, pues es tanto terrestre como acuático, y por lo tanto apropiado para vivir en las extensiones bajas anegadizas. Sus costumbres son similares a las de la comadreja; en las lagunas se zambulle y nada con gran destreza y construye un nido esférico suspendido de los juncales. Su pelo es suave de un franco color amarillo rojizo en la parte superior y a los costados y en su parte inferior, variando en algunas partes al anaranjado y en otras, exhibiendo bellos tintes cobrizos y terracota. Estas hermosas gradaciones y el brillo metálico de sus pieles pronto desaparecen; si no fuese así, el animal sería muy buscado, en interés de aquellos que gustan adornarse con los restos de hermosos animales muertos -bestias y aves. La otra comadreja es la *Didelphys azarae*, blanca y negra, y es realmente insólito hallarla en la pampa, aun cuando su presencia allí es menos misteriosa que la del tuco-tuco. Se mueve lenta y desmañadamente por el suelo pero es, sin embargo, una gran caminadora. Tschudi lo encontró escalando los Andes, a gran altura, y fiel a su naturaleza, no sujeta a reglas, me enfrentó en la Patagonia, donde, según los libros, no vive ningún marsupial. De todos modos, está sujeta a una existencia arbórea aun cuando aparece en cualquier lugar de la llanura, totalmente alejada de las condiciones que uno entendería debieran ser las necesarias para su existencia. ¡Por cuántos miles de años ha sido este marsupial un habitante de la planicie, con sus mejores facultades sin ejercitarse, sus patas hermosas y hábiles apretadas contra el suelo, y su cola prensil arrastrada como una cuerda inútil tras de sí! Empero, si es llevado hasta un árbol, se ha de trepar con la prontitud con que el pato va al agua o un armadillo se sumerge bajo tierra, escalando el tronco y llegando, con la agilidad del mono, a sus ramas más altas. Cuán renuente es Natura para deshacer sus propias realizaciones! Por cuánto tiempo mantiene lo específico de cada órgano en conexión con el instinto, permaneciendo aquél inactivo, con la rapidez y premura de las épocas pasadas, tiempos de disputas,

⁶ El "tatú - carreta" (N. del T.)

⁷ El mataco (N. del T.)

⁸ La comadreja colorada (N. del T.)

antes de que la paz llegase a enseñorearse de la tierra!

La fauna de aves es relativamente más rica que la de los mamíferos, debido al alto número de especies acuáticas, la mayoría de las cuales son migratorias con su lugar de "nidificación" o "áreas de subsistencia" en la pampa. En más de un sentido ellas constituyen la "población flotante", y sus hábitos no se modificaron en absoluto por las condiciones de la región. El orden, incluyendo cigüeñas, ibises, garzas, pájaros espátula, flamencos, cuenta con alrededor de dieciocho especies, y las aves más llamativas son dos grandes ibis, casi del tamaño de un pavo, con voces poderosas y resonantes. El orden de los patos es muy rico, contando por lo menos con veinte especies incluyendo gansos de las tierras altas, visitantes invernales de las tierras magallánicas y dos cisnes, el hermoso de cuello negro y el de álbea blancura con pico rosado. De los rálidos hay diez o doce que van desde un ser pequeño no mayor que un tordo hasta algunas aves majestuosas. Uno es el *carao* llamado "viuda loca" debido a su plumaje enlutado y a sus gritos largos y melancólicos, el cual, en anocheceres serenos, puede ser oído a una legua. Otra es la grácil y matizada *ypecahá*, que gusta de las reuniones sociales en donde los pájaros ejecutan una danza y hacen resonar los solitarios juncales con sus enloquecidas voces casi humanas. Una clase más pequeña, *Porphyryops melanops*, tiene un grito nocturno como el estallido de una carcajada histérica, el cual le ha hecho valer el nombre de "bruja", mientras que otra, *Rallus rhytirhynchus*, es llamado "burrito" por sus gritos semejantes a rebuznos. Todos estos pájaros tienen voces extrañas y fantásticas. De las especies acuáticas subsistentes, la más importante es el *chajá*; un ave noble tan grande como un cisne, y sin embargo su mejor pasatiempo es el de elevarse hasta perderse en el azul del cielo desde donde esparce a la tierra sus estentóreas notas corales, claras y con el rítmico modularse al son de las campanas echadas a vuelo. También cantan de noche "contando las horas", al decir de los gauchos, y donde se han congregado por decenas de miles, el poderoso clamor de sus voces que se combinan, produce un efecto profundo y sorprendente.

El mayor orden acuático es el de los *Limicolae* -becasa del mar, chorlito y otros semejantes-, los cuales tienen unas veinticinco especies. El vocinglero tero, el hermoso "stilt" (especie de chorlo de patas largas), blanco y negro; una agachona real y un chorlo manchado, son, rigurosamente considerados, los únicos residentes; además es asombroso hallar que de las veinticinco especies, por lo menos trece son visitantes de Norteamérica, teniendo su lugar de nidificación varios de ellos en las lejanas regiones árticas. Es éste uno de esos hechos referentes a la migración anual de los pájaros que casi parecen increíbles, pues hay entre ellos especies con hábitos totalmente distintos, de las tierras altas, juncales y zonas marítimas, y en su gran viaje bianual, cruzan climas varios y visitan países que parecen ajustarse a las condiciones que ellos requieren. Empero, en septiembre, y aun tan temprano como en agosto, comienzan a llegar a la pampa el chorlo dorado, luciendo aún su negro traje nupcial; solos y en parejas en pequeñas bandadas y en oleadas van llegando el chorlo, la becasa de mar, el chorlito, el chorlo mayor, el chorlo polar con sus notas silvestres que fueron oídas por groerdandeses en junio, ahora por los gauchos asentados en la pampa verde, luego por los indios en sus villas remotas y pronto más al sur, por el solitario cazador de guanacos en la grisácea soledad patagónica.

Aquí hay un enigma para los ornitólogos. En verano, sobre la pampa, tenemos la becasa de mar, *Limosa hudsonica*; en marzo se marcha hacia el norte para procrear; luego, al avanzar la estación, llegan desde el sur para invernar en la pampa, y junto a esta lunosa, hay varias otras especies norteamericanas, las cuales tienen colonias en el hemisferio sur con una migración y nidificación reversibles. ¿Por qué estos pájaros del sur pasan el invierno en la zona austral? ¿Realmente procrean en la Patagonia? Si es así, su migración es extremadamente limitada si se la compara con aquella que llega del septentrión de más de mil trescientos kilómetros, en apariencia, en uno de los casos, contra casi otros tantos miles de kilómetros, en el otro. Si se tiene en cuenta que algunas especies que emigran tan hacia el extremo sur como lo es la Patagonia, procrean en la zona ártica tan al norte como los 2 grados de latitud, quizá más. sería más extraño aún que alguno de los pájaros que invernan en la Patagonia y la Pampa, fuesen visitantes estivales del gran

continente austral, el cual tiene un área estimada en el doble que la del continente europeo y un clima más benigno que el del ártico. Las migraciones tendrían que cubrir alrededor de mil kilómetros para cruzar el mar desde Tierra del Fuego, pero sabemos que el chorlo dorado y otras especies que algunas veces tocan las Bermudas en sus viajes, vuelan mucho más que eso sin descansar. Lo cierto es que la vulgar cachila o cachila argentina, un no-migrador y ser de escaso poder de vuelo, ha sido hallado en las *islas Shetland del Sur* cerca del continente antártico; ello demuestra que el viaje puede fácilmente ser realizado por pájaros de alta autonomía de vuelo; y que además el clima invernal de esas tierras ignotas no es tan severo si permite que sobreviva un ocasional colonizador como lo es este pájaro delicado. La becasa de mar, ya mencionada, ha sido observada en bandadas en las islas Malvinas en mayo, esto es, tres meses después de que estas especies habían realizado su partida otoñal de la vecina zona continental. ¿Es posible creer que estos tardíos visitantes de las islas Malvinas, hubiesen nidificado en la Patagonia y emigrado hacia el este para invernar en una zona tan inhóspita? Es mucho más probable que viniesen desde el sur. Los oficiales de las tripulaciones de barcos que dan la vuelta por el *Cabo de Hornos* podrían aclarar este interrogante definitivamente si observasen, y durante la noche escuchasen, el paso de las bandadas de pájaros viajando hacia el norte desde la primera semana de enero hasta fines de febrero; y en septiembre y octubre, viajando hacia el sur. Probablemente no menos de una docena de especies del orden de los chorlitos nidifican en el gran continente austral. Además, otros pájaros acuáticos -patos y gansos- y muchos paserinos, sobre todo de la familia de los tiránidos.

Si la largamente proyectada excursión australiana a las regiones del Polo Sur se realizara alguna vez, probablemente se lograrán importantes conclusiones ornitológicas, pese a la asombrosa teoría que ha hallado recientemente un defensor en Canon Tristram, quien sostiene que toda la vida se habría generado en el Polo Norte, desde donde se esparciera por el globo, pero que nunca lograra traspasar los profundos mares del sur que rodean el continente antártico, el cual ha permanecido hasta ahora desolado, "*un gigante mortal de ceniza y hielo*". No es improbable tampoco que animales de una clase superior a las aves existiesen allí y que el descubrimiento de nuevos mamíferos, que difiriesen del tipo de esos que conocemos, ciertamente habría de brindar gratas nuevas a la mayoría de los estudiosos de la naturaleza.

Las aves terrestres en la pampa son pocas en cantidad y especie. Esto puede deberse a la ausencia de árboles u otras elevaciones en donde los pájaros prefieren guarecerse y anidar, además de la escasez de alimento. Los insectos son pocos en épocas de sequía, y los enormes pastos perennes que cubren casi todo el suelo rinden una pobre cosecha anual de unas pocas semillas diminutas; de modo que esa zona es pobre tanto para las aves de pico blando como duro. Hay halcones de varios géneros, en moderado número, pero generalmente se mantienen en los pantanos. Las águilas y los buitres están pobremente representados por los halcones de la carrona -*Polyborinae*-: el carancho señorial, casi del tamaño del águila, negro, con cresta y un pico grande en forma de gancho de un color azul pálido -su arma de trabajo- y su humilde seguidor y chacal, el devastador chimango marrón. Estos anidan en el suelo, son versátiles en sus hábitos, se alimentan de la carroña pero son asesinos por su cuenta y, como los perros cimarrones, a veces cazan en bandadas, lo que les da una ventaja. Ellos son los auxiliares infalibles de todos los cazadores de carne, humana o felina; además, siguen y acosan con furia a todas las águilas y buitres que se aventuran sobre ese mar de pastos verdes, para vagar luego, por siempre perdidos y molestados "*los Agares e Ismaeles de su especie*".

Las lechuzas son pocas, pero de una amplia gama de especies. La más común es la lechucita de las vizcacheras que se encuentra en las dos Américas. No es un animal que se retrae, sino que a lo largo del día y de la noche, con frío o calor, se expone, en la boca de su cueva o en la vizcachera, contemplando al viandante con una grave expresión de sorpresa y reprensión en sus ojos redondos y amarillos; el macho y la hembra siempre juntos, tiesos y erectos, casi tocándose, es entre todos los pájaros de por vida, lo más parecido a Darcy y Joan.

De los restantes pájaros terrestres, los que se aproximan a unas cuarenta especies, unos pocos los más atrayentes debido a su belleza, hábitos particulares o gran tamaño, pueden mencionarse aquí. Hacia el sur de la pampa se encuentra el pecho colorado mediano *Sturnella*⁹, el único residente pampeano con un toque de color, y se parece al europeo, con el agregado de un pecho escarlata. Tiene un canto agradable y sencillo que es emitido en vuelo, y en invierno se agrupa en grandes bandadas para viajar lentamente, hacia el norte, sobre las planicies. Cuando viajan, observan cierto orden, y la bandada se alimenta en los campos ubicados en un largo frente -representación de la “*finá línea roja*” en la vida de los pájaros- y avanzan al ser superados por la retaguardia, que volando sobre ellos se les adelanta.

Entre los tiránidos, hay varias especies hermosas de alas listadas, con blancura nívea y negro en las alas y la cola: son extremadamente gráciles, voladores resistentes, y en sitios desérticos donde el hombre raramente incursiona, se agrupan para seguir al viajero, llamándose uno a otro por silbidos de notas bajas, y semejan, a la distancia, blancas flores cuando se posan en lo alto de los tallos de los crecidos pastos que se mecen.

El ave pampeana más característica es el *tinamú*¹⁰ -llamada en lengua vernácula, perdiz-, el *rufuos*¹¹, grande como una gallina, y la moteada, que tiene más o menos el tamaño de la perdiz inglesa. Los hábitos de ambas son idénticos: ambas ponen huevos de un bello color de borra de vino y en ambas especies sus crías adquieren el plumaje y el poder de vuelo desde muy temprano, y pequeños, vuelan mejor que los adultos. Tienen cabeza menuda, picos finos y curvos, patas sin plumas y no tienen cola; su plumaje es amarillento salpicado con negro y marrón en el lomo. Viven ocultas escondiéndose como los *rallus* entre los pastos altos, no vuelan mucho, pero cuando se levantan, su vuelo es excesivamente ruidoso y violento, lo que las deja pronto exhaustas. Son solitarias aun cuando vivan próximas unas a otras, llamándose con frecuencia con un reclamo suave y patético. La perdiz grande emite al anochecer unas notas de llamada semejantes a las de la flauta, singularmente dulces y expresivas.

El último espécimen que se ha de introducir en este bosquejo -el cual no es un catálogo- es la *rhea*¹². El gliptodonte, el toxodonte, el milodonte, el megaterio, han desaparecido sin dejar descendientes, y sólo han quedado algunos representantes pigmeos, en todo caso. Mas, entre los habitantes emplumados de la pampa, el arcaico gran avestruz americano sobrevive desde la época en la cual había también aves gigantes. Vanos como son en general tales esfuerzos, uno no puede dejar de imaginar algo de la pasada majestuosidad de esta ave antes de que el hombre llegase a encabezar la larga cacería que está por acabar tan penosamente con él. Su velocidad y alta resistencia, su hábil estrategia cuándo es perseguida, permiten pensar que, aparte de los felinos, habría sido acosada, entre sus antiguos enemigos, por animales de aliento largo para la carrera y ávidos de su carne. Quizá perteneciesen a un tipo aún representado por el lobo o *aguará* (perro lobo) y el *aguará guazú*¹³. Se puede suponer que cuando casi todas las especies grandes, tanto de mamíferos como de aves, desaparecieron por la destrucción, y cuando la *rhea* existente estaba al borde de su extinción estos raudos cánidos de patas largas cambiaron sus hábitos y perdieron su espíritu audaz, degenerando hasta llegar a subsistir como cazadores de pequeños pajarillos y mamíferos de los cuales, se dice, se alimentan.

La *rhea* posee un hábito único, que constituye un enigma para nosotros aun cuando es posible que alguna vez haya tenido alguna causa: se trata del de correr, cuando se la quiere cazar, con un ala levantada verticalmente, como una enorme vela -un real velero del desierto-. De todos modos se adapta a condiciones de vida en la pampa en un grado mayor que otras aves pampeanas, exceptuando las perdices batarazas y coloradas. Su notable estatura le permite abarcar un amplio

⁹ Ahora, según Mangonnet-Gollan, *Pezitis defilippi* (N. del T.)

¹⁰ En Aves del Plata, Hudson aclara que es un nombre ornitológico desconocido en Sudamérica. (N. del T.)

¹¹ *Martineta colorada* (N. del T.)

¹² El ñandú (N. del T.)

¹³ Así en el original (N. del T.)

horizonte, y su opaco y leve color gris azulado se confunde con la bruma del horizonte y la hace invisible, aun a no gran distancia. Su enorme silueta se desvanece misteriosamente y el cazador se esfuerza por ubicarla en vano en la extensión azul. Su figura y su andar tienen una gracia rara y original, en cierta forma majestuosa, no avícola en su carácter y peculiaridad. Hay pocos espectáculos más fascinantes en la naturaleza que el de un viejo macho, de cogote negro, erecto, con las alas levantadas en un alto cortaderal, llamando a sus hembras dispersas con profundos rugidos y suspiros prolongados y misteriosos, tal como si el viento de las alturas hubiese hallado una voz. La caza de avestruces con boleadoras, desde un caballo que posea tanta velocidad como resistencia, y además entrenado para seguir al ave en todas sus rápidas gambetas, es, sin duda, uno de los deportes más fascinantes inventado por el hombre. Esta lid le ofrece más de una probabilidad de escapar de ser muerto; sin esa posibilidad, todo deporte degenera en una carnicería no válida para seres racionales. Además, por este método único de cazar avestruces, la captura depende de la capacidad que se tenga para poder adelantarse a las gambetas y cambios súbitos de la carrera del animal perseguido, que debe apoyarse en el instinto o la intuición, y finalmente en la destreza para arrojar las boleadoras en el momento preciso, con cierta innata habilidad que no da la práctica a quienes no hayan nacido con ella.

Esta "*salvaje alegría del desierto*" que el gaucho ha conocido en los tres últimos siglos, se está perdiendo, pues ya no le vale al avestruz su velocidad. El puede burlarse del caballo y del jinete cada vez que emerge de entre los pastos, pero los medios cobardemente asesinos de la ciencia y la sistemática guerra de exterminio, no le han dejado ninguna oportunidad. Y con el avestruz se va el antiguo y espléndido flamenco; los cisnes con su plumaje nupcial; la perdiz colorada -dulce y triste cantora del atardecer- y el noble chajá, el vigía nocturno que hacía oír su voz en el desierto. Estos, y otros grandes representantes de las aves, junto con los mamíferos más finos, en poco habrán desaparecido de la pampa tal como la avutarda en Inglaterra y como el pavo salvaje y el búfalo están desapareciendo de Norteamérica.

Qué lamentos habría en el mundo si hubiese una destrucción repentina entre los tesoros artísticos acumulados en la Galería Nacional o entre los mármoles del Museo Británico y los bienes de la Biblioteca Real y éstos son sólo los trabajos de la mente y la mano humanas -impresiones del genio individual realizados en material perecedero, inmortales sólo en el sentido en que también lo es el capullo del muerto gusano de seda, puesto que continúan su existencia cuando el cerebro y la mano del artista son polvo. Pero el hombre tiene toda su vida por delante para realizar nuevamente cosas como éstas, y mejores si hay alguna verdad en la evolución. Pero el modo de vida de las dos clases vertebradas superiores son la obra más perfecta de la naturaleza, e incluso la vida de una sola especie es de un valor incalculablemente mayor para el ser humano, por cuanto le enseña y le continuará enseñando mucho más que todos los mármoles cincelados y las telas pintadas que hay en el mundo, aun cuando sin duda muchas personas que son devotas del arte, pero ciegas hacia otras cosas más valiosas que él, me calificarán de filisteo por afirmar esto. Por sobre todo, deberíamos proteger y mantener como sagradas esas obras maestras de la naturaleza, que son las primeras señaladas para la destrucción por su tamaño, esplendor y rareza, y rechazar esa gloria falsa y detestable que se acuerda a sus destructores más exitosos. En la antigüedad, el espíritu de la vida brillaba más fuerte en éstos; y cuando otros que compartían la tierra con ellos eran muertos, ellos quedaban, siendo más dignos de perpetuarse. Como flores inmortales, han llegado hasta nosotros sobre el océano del tiempo, y su rareza o hermosura traen a nuestra imaginación el ensueño y el cuadro de un mundo desconocido, inconmensurablemente remoto, donde el hombre no existía: y cuando ellos perecen, algo de la alegría se pierde y el sol pierde algo de su brillo. Su desaparición no nos afecta únicamente a nosotros y a nuestro tiempo. A las especies que se están exterminando no sólo en Sudamérica sino en toda la superficie del globo, les ocurre esto, hasta donde sabemos, sin haber sido afectadas por la decadencia. Hay eslabones en una cadena, y ramas en el árbol de la vida, con sus raíces en un pasado inconcebiblemente remoto, y a no ser por nuestro actuar, continuarían floreciendo, alcanzando hacia afuera un destino futuro igual, floreciendo en más altas y bellas formas y alegrando a innumerables generaciones de nuestros descendientes. Pero no pensamos en nada

de esto, debemos dar alcance total a nuestra pasión por tomar la vida, aun cuando al hacerlo, *"arruinemos la gran obra del tiempo"*; no en el sentido en que el poeta usó estas palabras, sino en uno más real, amplio e infinitamente más triste. Sólo cuando se haya agotado esta furia de exterminio, cuando no haya más animales de las especies mayores existentes, la pérdida que estamos ocasionando a nuestros descendientes, en los cuales tenemos tan sólo el interés de nuestra vida, será debidamente apreciado.

No es fácil suponer o esperar que la posteridad se sienta feliz con nuestras monografías acerca de las especies extinguidas y con los pocos deshechos óseos o plumajes desteñidos que pueden sobrevivir media docena de siglos en algún museo bien equipado. Por el contrario, esos tristes despojos les recordarán lo perdido; y si por algo nos recordaren, será tan sólo para odiar nuestra memoria y nuestra era luminosa, científica y humanitaria que debiera tener como lema: *"Matemos todas las cosas bellas y nobles, pues mañana moriremos."*

CAPITULO II

El Puma o León Americano

El puma ha casado singularmente desafortunado con sus biógrafos. Antiguamente era frecuente que los escritores fuesen proclives a exagerar episodios aislados para atribuirle a sus animales favoritos cualidades sobresalientes; el león del Viejo Mundo llegó a ser considerado como el más bravo y magnánimo de los animales de su reino: el Bayardo de la clase de los cuadrúpedos, reputación que estos tiempos prosaicos y profanos le han suprimido. Precisamente lo contrario le ha ocurrido, desde el punto de vista literario, al puma, pues aun quienes están personalmente familiarizados con los hábitos de este león más pequeño del Nuevo Mundo, saben que posee una audacia y coraje maravillosos y se refieren a él en los libros de Historia Natural como el más pusilánime de los carnívoros mayores. No ataca al hombre, y es perfectamente correcto lo que Azara afirma cuando dice que no daña ni amenaza con dañar al hombre ni al niño, aun cuando los encuentre dormidos. Este no es, empero, un detalle total de los hechos ya que el puma tampoco se defiende contra el hombre. Cuánto más real -pero apenas filosófico- sería entonces afirmar que es demasiado tímido para atacar o defenderse de un ser humano; pues aun los carnívoros más cobardes que conocemos -perros y hienas por ejemplo- están siempre listos para atacar al hombre indefenso o dormido si están urgidos por el hambre; además cuando impelido por la desesperación ningún animal es demasiado pequeño o débil para ensayar una resistencia. En tales casos "*aun el armadillo*¹⁴ *defiende*", como lo atestigua el proverbio gaucho¹⁵. Además, la conclusión se contradice con muchos otros hechos bien conocidos. Si dejamos de lado la pasividad del puma ante la presencia del hombre, es un cazador audaz que prefiere las presas grandes a las pequeñas; en los sitios desiertos mata pecaríes, tapires, ñandúes, ciervos, guanacos, etc., todos ellos animales fuertes, bien armados o rápidos. Las osamentas de los guanacos que se encuentran en la Patagonia tienen, invariablemente, el cuello dislocado, cosa que atestigua que el puma ha sido el autor. Sólo quienes hayan cazado guanacos en las estériles planicies o en las montañas que habita, saben cuán precavido, qué agudo es su olfato y la rapidez con que escapa. En cierta oportunidad, pasé varias semanas con un grupo de agrimensores en una región en donde abundaban los pumas, y cada día veía no menos de media docena de ciervos, recién muertos en la mayoría de los casos, y todos con los cuellos dislocados. Donde la caza es escasa y de difícil captura, el puma, tras satisfacer su hambre, invariablemente oculta el animal que ha matado, tapándolo cuidadosamente con pasto y ramas; sin embargo, estos ciervos habían sido dejados a la intemperie para ser pasto de caranchos y zorros, después de que parte de la carne de sus pechos había sido devorada, pero, en muchos casos, estaban intactos, habiéndose satisfecho con chuparles la sangre. Me sorprendió fuerte-mente que el puma de las pampas fuera entre los mamíferos como el halcón viajero de la misma zona entre los pájaros, pues allí este cazador de largo alcance tan sólo ataca pájaros grandes, y tras hacerse su

¹⁴ En castellano en el original (N. del T.)

¹⁵ Idemn.14

festín con la carne de la cabeza y el cuello, abandona el cuerpo intacto al *polyborus*¹⁶ y otros halcones de la clase inferior.

En las zonas de pastoreo el puma es muy dañino, pues caza animales domésticos mayores y tiene gran afición por la carne de caballo. Esto fue advertido primeramente por Molina, cuya *Historia Natural de Chile* fuera escrita hace un siglo y medio. Oí por todas partes en la *Patagonia*, que era muy difícil criar caballos, puesto que los potrillos eran muertos en su mayor parte por los pumas. Un lugareño me contó que en una oportunidad, mientras cabalgaba a través de una espesura conduciendo su tropilla, un puma, emergiendo desde un matorral, se abalanzó sobre un potrillo que trotaba detrás, matándolo ante sus ojos a no más de cinco metros de la cabeza de su caballo. En este caso, continuó mi informante, el puma se arrojó directamente sobre el lomo del potrillo, asiendo su pecho con una pata delantera, mientras que con la otra le tomaba la cabeza, y dándole un violento tirón le dislocaba el cuello. El potrillo cayó al suelo como si hubiese recibido un tiro, y me aseguraba que estaba muerto antes de caer al suelo.

Los naturalistas pensaban que era extraño que el caballo, que cierta vez fuera común en toda América, se hubiera extinguido a lo largo de un continente, aparentemente tan apto para él y en el cual ahora se multiplica mucho. Es un hecho el que en todas partes donde abundan los pumas el caballo salvaje del presente, introducido desde Europa, difícilmente puede subsistir. Antes, en muchos lugares los caballos se volvían salvajes y se multiplicaban de manera asombrosa, pero esto ocurría, pienso, en las regiones en las cuales el puma era escaso o ya había sido alejado por el hombre. Según mi propia experiencia, en la pampa despoblada los caballos salvajes son muy escasos y, de acuerdo con mis referencias, en la Patagonia ocurre lo mismo.

Después de la carne del caballo prefiere la de la oveja, y ahí donde puede acercarse a una majada no se toma el trabajo de atacar a animales con cornamenta. Hallé la confirmación de esto en la Patagonia: viví un tiempo en una estancia¹⁷, cerca de la ciudad de El Carmen, sobre el Río Negro, la cual fue asediada durante mi permanencia por un puma audaz y astuto. Para proteger las ovejas de sus ataques, se levantó un cerco de postes de sauce de casi cinco metros de altura, mientras que el portón por el cual debería entrar estaba cerca de las casas y tenía casi dos metros de altura. Pese a las dificultades que se le opusieron y a la presencia de varios perros grandes, además de la vigilancia que hacíamos con la esperanza de matarlo a tiros, cada noche nublada se llegaba, y tras de matar una o más ovejas, se iba tranquilamente. Una noche oscura mató cuatro ovejas; lo detecté en el acto, y dirigiéndome hacia el portón procuraba descubrir su forma invisible en la penumbra mientras él daba vueltas revolcando las ovejas, cuando de repente saltó limpiamente sobre mi cabeza y escapó; los tiros que le dirigí no dieron en el blanco. Sin embargo, en el lugar doce o catorce terneros que pertenecían a las vacas lecheras, eran encerrados todas las noches en un pequeño corral cercado por ramas y a distancia de la casa, donde le hubiese sido fácil al enemigo acabar con todas. Cuando manifesté mi sorpresa por este resultado el dueño me informó que el puma no es muy afecto a la carne del ternero y que sólo venía por las ovejas. Con frecuencia, tras sus visitas nocturnas, hallábamos, al seguir sus huellas por la arena suelta, que había utilizado como refugio el corral de los terneros mientras aguardaba el momento de atacar a las ovejas.

A menudo el puma mata vacas y caballos adultos, pero demuestra mayor osadía aún cuando ataca al jaguar, el mayor de los carnívoros americanos aunque, comparado con su rápido, ágil enemigo, tan pesado como el rinoceronte. Azara afirma que es creencia generalizada en el Plata y Paraguay que el puma ataca y vence al jaguar; sin embargo él no creía lo que había oído, lo que no nos debe llamar la atención, dado que él ya había dicho que el puma era un animal cobarde porque no intentaba dañar al hombre ni al niño. Empero, es bien sabido que donde existan ambas especies en una misma región, hay entre ellos enemistad, y el puma es el tenaz perseguidor del jaguar,

¹⁶ Hoy, *Polyborus tharus*; comúnmente, carancho, según G. E. Hudson en *Aves del Plata*, anotaciones de H. Mangonnet de Golian y José Santos Gollan.

¹⁷ Idem 1

siguiéndolo y molestándolo -tal como el tiránido molesta al águila y al halcón-, moviéndose a su alrededor con tanta rapidez que logra confundirlo, y cuando se le presenta la oportunidad, se lanza sobre su lomo causándole terribles heridas con dientes y garras. Los jaguares con los lomos lastimados son frecuentemente muertos, y otros, escapados no por mucho tiempo de sus torturadores, han sido hallados tan lacerados que fueron vencidos fácilmente por los cazadores.

En la *Standard Natural History American* de Kingsley se afirma que el puma de California del norte tiene la misma enemistad con el oso pardo que su congénere del sur con el jaguar. Se dice que en sus encuentros con el oso siempre resulta triunfante y esto se comprueba por los hallazgos de cuerpos de los muertos, los cuales, evidentemente, han perecido en la lucha.

¡Cuán extraño resulta que este felino, el más astuto, audaz y sanguinario, el perseguidor del jaguar y flagelo de los rumiantes de su zona, capaz de liquidar a su presa con la rapidez de un tiro de escopeta, jamás ataque a un ser humano! Aun el perro, que es cobarde devorador de carroña, ataca al hombre impunemente cuando puede; mas donde el puma es el único animal grande de presa, es bien sabido que hay total seguridad, aun para el niño, de salir y dormir a la intemperie. Al mismo tiempo, él no huye del hombre (aunque se diga lo contrario en los libros de historia natural), salvo en los lugares donde es implacablemente perseguido. Y esto no es todo: no habrá siquiera de defenderse contra el hombre, salvo en escasas oportunidades conocidas.

El misterioso instinto dócil de esta indómita especie indócil, el cual ha provocado que el gaucho de las pampas¹⁸ lo haya denominado amigo del hombre (arnago del cristiano¹⁹) ha sido ignorado sistemáticamente por viajeros y naturalistas que se han referido a él. Lo han transformado, así, en un ser incongruente, lo suficientemente fuerte para matar un caballo pero, por otra parte, tan cobarde que invariablemente huye del ser humano, ¡aun del niño dormido! Posiblemente conocieran su verdadera reputación algunos de los que se han referido a él; si ello fuese así, habrán atribuido lo que oyeron a la inclinación natural de las mentes de quienes no son científicos hacia la fantasía y lo romántico; o bien decidieron no introducir en sus escritos asuntos que tanto se parecen a la fábula y que podrían tener el efecto de dañar sus nombres como autores serios y responsables.

Sin embargo es posible que este instinto tan particular del puma del sur, el cual es único entre los animales en su estado natural, no exista en todas sus especies, que se extienden sobre más de 100 grados de latitud desde América del Norte hasta Tierra del Fuego. Las muy distintas condiciones de vida en las diversas regiones que habita deben haber causado necesariamente algunas diferencias. Con referencia a sus costumbres en la espesa selva amazónica, en donde debe haber desarrollado sus instintos en concordancia con una vida semi-arbórea, hay muy pocos testimonios. A pesar de ello, todos están familiarizados con el temido puma, pantera o leopardo -a veces llamado *painter*- de la literatura norteamericana, descripciones espeluznantes de encuentros con este monstruo imaginario, devorador de hombres, que se divulgaron libremente a través de relatos de la espesura y de la frontera, muchos firmados por autores de sólida reputación como fieles descriptores de la naturaleza. Puede ser cierto que el puma de un clima frío atacase ocasionalmente al hombre, o que, como con frecuencia se asegura, lo siguiera por el bosque con la intención de saltarle encima inopinadamente; pero acerca de esto, nada definitivo se sabrá jamás, ya que los cazadores y pioneros del pasado sólo estaban ansiosos por abatir al puma y no por estudiar sus instintos o su índole. Han pasado ya muchos años desde que Audubon y Bachman escribieran: "*Este animal que ha despertado tanto terror en la mente del ignorante y el tímido, ha sido casi exterminado en los Estados del Atlántico y no hemos podido recoger una sola instancia que compruebe que haya atacado a un ser humano durante una cacería*". Podría agregarse -creo- que no hay una sola instancia comprobatoria de que un puma haya atacado a un ser humano, sin ser provocado. También en Sudamérica, el viajero en el desierto es a veces seguido por un puma; pero se sentiría muy sorprendido si le dijese que aquél lo persigue con la intención de arrojarlo sobre él

¹⁸ Ídem 1

¹⁹ Ídem 1

inopinadamente, para devorar su carne.

Me he referido a la relativa facilidad con que el puma vence a animales aun mayores, comparándolo en ese sentido con el halcón viajero; pero todas las especies rapaces están expuestas a fracasos a veces fatales, y aun el veloz matador que es el puma astuto no escapa a esta excepción. Sus ataques son exitosamente resistidos por el asno, el cual no pierde sus controles -como le ocurre al caballo- sino que, cuando es atacado, esconde su cabeza bien metida entre sus patas delanteras, y pateando violentamente logra derribar o ahuyentarlo. De la misma manera los cerdos, cuando están reunidos en grandes piaras, vencen con éxito, amontonándose para la defensa a su muy conocida manera, presentando al agresor un frente apretado de colmillos. Durante mi permanencia en la Patagonia, un puma halló la muerte de un modo tan particular que el hecho causó profunda sensación entre aquellos pobladores junto al Río Negro. Un hombre llamado Linares, jefe de indios mansos asentados en las cercanías de El Carmen, mientras cabalgaba cerca del río fue curiosamente sorprendido por la presencia y raro comportamiento de una vaca, plantada sola en medio del pastizal, su cabeza muy levantada, luciendo sus largos y bien afilados cuernos y observando cómo se acercaba de una manera que denunciaba un peligroso estado de excitación. Hacía poco que había parido un ternero y el hombre enseguida supuso que había sido atacado y quizá muerto por algún animal feroz. Para confirmarlo, comenzó a buscarlo, y mientras hacía esto, la vaca lo atacó furiosamente varias veces. Finalmente halló al ternerito que yacía entre el pasto alto, y junto a él un puma grande, también muerto, con una enorme herida a su costado, tras la paleta. El ternero había sido muerto por el puma, pues su cuello mostraba las heridas producidas por sus largos dientes, y al puma lo había matado la vaca. Nos aseguraba el hombre que no podía dar crédito a lo que veía, pues nunca se había oído decir que un puma hubiera sido herido por otro animal. Según su opinión, habría bajado hambriento de las sierras y, al hallar un ternero, se abalanzó; el gusto de la sangre le hizo olvidar su propia seguridad y fue en ese momento que la vaca, enfurecida, cargó e introdujo su agudo cuerno que habría interesado algún órgano vital del animal, matándole al instante.

El puma es, con excepción de los monos, el animal más juguetón. La cría de estos felinos pasa largo tiempo jugando y haciendo sus característicos movimientos; los adultos, en cambio, adquieren un comportamiento grave y digno; sólo las hembras juegan a veces con sus crías; mas lo hacen siempre con cierta formalidad, como si esa demostración fuera consentida pero no espontánea, realizada como algo necesario para su educación. Hubo escritores que han descrito la presunta alegría del león como más torva que su expresión seria. En el fondo, el puma es siempre un gatito y siente profundo deleite con sus retozos y cuando, como ocurre a menudo, uno vive solo en el desierto, se entretiene a lo largo del día en simular luchas o en jugar con sus compañeros imaginarios a la escondida o agazapándose y poniendo en práctica su sorprendente estrategia para cazar una mariposa que pasa. Azara tuvo por cuatro meses un cachorro que pasaba todo su tiempo jugando con los esclavos. El animal, dice, no rehusaba ningún alimento que se le ofreciese, pero si no tenía hambre, lo enterraba en la arena y cuando lo deseaba, lo desenterraba y, llevándolo al bebedero, lo lavaba perfectamente. Yo sólo he conocido un puma criado como animal doméstico y que en siete u ocho años, nunca demostró señas de mal humor. Cuando alguien se acercaba, se acostaba y ronroneaba fuertemente y se enroscaba entre las piernas de la persona, pidiendo ser acariciado. Si se le agitaba una cuerda o un pañuelo, eso lo mantenía alegre y excitado por una hora, y cuando la persona se cansaba, estaba listo para seguir con el que lo reemplazase.

Alguien que había pasado la mayor parte de su vida en la pampa me dijo que en una ocasión, viajando cerca de Cabo Corrientes, su caballo murió y se vió obligado a continuar su camino a pie con la pesada carga de su recado criollo. Por la noche decidió acomodarse para dormir bajo una roca en la pedregosa ladera de una sierra; había luna llena, y cerca de las nueve aparecieron cuatro pumas, dos adultos y dos ya a medio crecer. Como tal presencia no lo alarmó, permaneció quieto; tras un rato, empezaron a gambetear cerca suyo, escondiéndose uno de otro entre las rocas y con frecuencia, al perseguirse, saltaban sobre él. Los estuvo observando hasta casi media noche y se durmió. Cuando despertó ya se habían ido. Este hombre era un inglés de nacimiento pero,

habiéndose ido a Sudamérica muy joven, se había hecho a la vida semi-salvaje de los gauchos, y había asimilado todas sus nociones peculiares; una de ellas era la de que la vida humana no era gran cosa. "*¿Qué importa?*" dicen a menudo y se encogen de hombros, cuando se les dice que un compañero ha fallecido; "*¡Mueren tantos hermosos caballos!*" Le pregunté si alguna vez había matado un puma y me contestó que sólo había matado uno, y que tras haberlo hecho, había jurado no matar otro jamás. Me dijo que un día, mientras estaba con otro gaucho en el campo buscando ganado, halló un puma. El animal estaba sentado con el lomo apoyado contra una roca y no se movió ni cuando su compañero lo enlazó por el cuello. Entonces mi informante desmontó y desvainando su facón se acercó para matarlo; ni siquiera entonces hizo el puma el menor esfuerzo para liberarse del lazo, pero -me dijo- parecía saber qué iba a acontecer, pues comenzó a temblar y a verter copiosas lágrimas mientras gemía lastimosamente. Lo mató mientras permanecía ahí sentado, sin resistírsele, pero cuando hubo cumplido su tarea se sintió como si hubiese cometido un crimen. Fue -agregó- lo único que había hecho en su vida que lo llenaba de remordimiento cada vez que lo recordaba. Yo pensé que era ésta una declaración asombrosa, pues se dijo que contaba con varias muertes de semejantes suyos en duelos sostenidos a facón, como se acostumbraba.

Todo aquél que ha matado o presenciado la muerte de un puma -y he interrogado a veintenas de cazadores sobre el tema- convienen en que se entrega sin resistencia, en una manera patética de morir a manos del hombre. Claudio Gay, en su *Historia Natural de Chile* dice: "*Cuando es atacado por el hombre, esa energía y audacia lo abandonan y se torna un animal débil, inofensivo, tembloroso, que lanza dolorosos gemidos y vierte abundantes lágrimas; parece implorar compasión de su enemigo generoso*". El enemigo no es siempre generoso, pero muchos gauchos me han asegurado -al referirse al tema- que aun cuando matan al puma por propia decisión, para proteger sus animales domésticos, consideran una maldad el hacerlo a campo abierto, donde es el único amigo del hombre entre los animales salvajes.

Cuando el cazador está acompañado por perros, en vez de decaer y verter lágrimas, se levanta con furia sublime: sus pelos se erizan; sus ojos se inflaman como bolas verdes; escupe y gruñe como un gato montés. En esos casos la presencia del cazador es totalmente ignorada, estando toda su atención dirigida hacia los perros y su furia desatada directamente contra ellos. En la Patagonia, un criador de ovejas escocés, con quien pasé algunos días, me mostró los cráneos de cinco pumas que él había matado a tiros en un lugar próximo a su estancia. Uno pertenecía a un ser excepcionalmente grande, y aquí paso a relatar lo que me contó acerca de su encuentro con este animal, puesto que nos demuestra exactamente cómo se comporta el puma de manera invariable cuando es atacado por el hombre y por perros. El estaba afuera con su majada cuando los perros descubrieron el animal entre un matorral. Había dejado su rifle en las casas y, no teniendo arma y advirtiéndole que los perros no se animaban a atacarlo donde aquél se había sentado en actitud desafiante, con su espalda contra un arbusto espinoso, buscó a su alrededor y encontró un largo palo seco, y acercándosele audazmente procuró asestarle un violento golpe a la cabeza. Pero, aun cuando el animal en ningún momento lo miró, fijando sus ojos cuidadosamente todo el tiempo en los perros, él no pudo golpearlo, pues éste, con un rápido movimiento lateral, evitaba el golpe. El poco caso que el puma le prestaba y la aparente facilidad con que evitaba sus mejores golpes, sólo servía para retemplar su espíritu, y finalmente, al querer golpearlo con mayor fuerza, dio con el palo contra el suelo y el mismo se hizo pedazos. Por unos momentos permaneció a sólo unos dos metros de distancia del animal, totalmente indefenso y sin saber qué hacer. Repentinamente el animal dio un salto y, abalanzándose, pasó a su lado rozándole el brazo con su flanco, y dando vueltas entre los arbustos, comenzó a perseguir a los perros. Finalmente apareció en escena el compañero de mi informante empuñando un rifle, y así el puma fue ultimado.

El hecho más curioso reside en que en encuentros así el puma se niega tozudamente a reconocer en el hombre a un enemigo, aun cuando lo encuentre actuando de acuerdo con su odiado adversario canino, acerca del cual no tiene la menor duda sobre sus intenciones hostiles.

Hace ya algunos años, leí algunos párrafos aparecidos en diarios ingleses en donde se relataba un incidente característico del puma, pero ocurrido durante una función con fieras del país. El animal fue retirado de su jaula por el domador, quien lo conducía para dar una vuelta por el lugar, observado por un alto número de espectadores. De repente se quedó como paralizado al ver algo entre la multitud lo contemplaba fijamente con un brillo de intensa excitación en su mirada; luego, arrojándose violentamente hacia adelante, arrancó la cadena de manos del domador y se lanzó entre la gente que inmediatamente huyó en todas direcciones, profiriendo gritos despavoridos. Empero, sus temores eran infundados, ya que el objeto que había despertado la furia del puma era un perro que él había descubierto entre la multitud.

Se ha dicho que cuando son capturados en su edad adulta, invariablemente languidecen y mueren, mas cuando son criados en cautiverio son, indefectiblemente, animales domésticos afectuosos, juguetones y amables con los seres humanos, pero rara vez llegan a vencer sus instintos de animosidad hacia los perros.

Uno de los pocos casos auténticos que yo he encontrado acerca de un animal defendiéndose contra un ser humano, me fue relatado en un lugar de la pampa llamado Saladillo. Cuando llegué allí de visita abundaban pumas y jaguares, y ello resultaba tremendamente dañoso para el ganado vacuno y caballar. Aún no se había tenido en cuenta la introducción de ovejas, pero inmensas piaras eran criadas en las estancias, siendo estos animales capaces de protegerse por sí. Un gaucho lugareño, quien se había distinguido repetidamente por su audacia y destreza para matar jaguares, hizo que fuera considerado -por consenso general- el jefe de todas las cacerías de tigres. Un día, el comandante del distrito reunió entre doce a catorce paisanos, entre los cuales se encontraba el famoso cazador y matador, y salieron en busca de un jaguar que había sido visto en las inmediaciones de una estancia. El animal fue casualmente hallado y rodeado, y como se deslizaba entre los altos pastos de la pampa, donde el procurar enlazarlo era no sólo muy difícil sino peligroso, todos se volvieron hacia el famoso cazador, quien de inmediato tomó su lazo y procedió sosegadamente a preparar el armado del mismo. Mientras estaba así ocupado, cometió el error de permitir a su caballo el cual estaba inquieto, ponerse de flanco al animal acosado. Al instante el jaguar supo tomar ventaja de este descuido y, surgiendo de su escondite, se arrojó primero sobre el anca del caballo; luego, asiendo al cazador por el poncho, lo tiró al suelo, y lo habría despachado con rapidez, si un lazo arrojado por uno de los otros hombres no se hubiese cerrado sobre su cuello en el momento más crítico. Fue rápidamente sacado del lugar y finalmente muerto. Pero el cazador desubicado no se quedó para asistir a ese final. Se levantó ileso pero blasfemando violenta y apasionadamente; sabía bien que su reputación, que él preciaba por sobre todas las cosas, había sufrido un duro golpe y que habría de ser despiadadamente ridiculizado. Montando, se alejó del lugar de su desventura. De cuanto ocurrió en su galope de regreso, no hay testigos, pero su relato, en contra de sí mismo y de su proeza, admite que se acepte como veraz: Antes de haber galopado una legua, y cuando no se había apagado en su pecho el furor, desde la vera del camino irrumpió un puma de entre los altos pastos en su camino pero no hizo ningún intento de escapar; se limitó a incorporarse, dijo, y mirarlo de modo provocativo y audaz. Su primer pensamiento fue matar el animal con el facón y vengar de ese modo la afrenta que acababa de recibir. Se apeó, maneó su caballo y entonces empuñando su facón, se abalanzó sobre el puma. Este no se movió. Levantando su arma le asestó un golpe con tal fuerza que debería de haberle partido la cabeza si éste hubiese caído en el lugar exacto, pero con un rápido movimiento el puma lo eludió y levantándose al mismo tiempo, con la rapidez del rayo, le dió al agresor un golpe en la cara con su garra abierta, arrancándole literalmente la piel de la mejilla, dejando el hueso al desnudo. Después de infligirle tan severo castigo y de contemplar a su enemigo caído por unos segundos, se alejó a un tranquilo trotecillo. El herido logró montar y seguir su camino hasta su casa. La carne desgarrada fue restaurada, los jirones de piel cosidos, y finalmente se curó, mas quedó totalmente desfigurado; su carácter también cambió totalmente; se tornó arisco y morbosamente sensible a la burla de sus vecinos, y no volvió a participar jamás en sus expediciones de caza.

Le pregunté al comandante y a otros si tenían conocimiento de algún caso en la zona en el cual el puma hubiese demostrado algo más que una actitud pasiva y amistosa hacia el hombre; como respuesta me hicieron conocer el siguiente episodio ocurrido en el Salillo pocos años antes de mi visita: Los hombres partieron un día más allá de la frontera para formar lo que se llama un cerco²⁰ para cazar avestruces y otras presas. Los cazadores, alrededor de treinta, se abrieron en un amplio anillo y, avanzando hacia el centro, con la excitación de la cacería y atentos a fin de evitar y prevenir que avestruces, ciervos, etc., pudiesen volverse y escapar, no notaron que uno de ellos había desaparecido; sin embargo, su caballo regresó al atardecer sin su monta. A la mañana siguiente se organizó otra expedición en busca del desaparecido. Fue encontrado tirado en el suelo con una pierna rota; había caído al comienzo de la cacería. Contó que una hora después de haber oscurecido había aparecido un puma y se había sentado cerca suyo, aun cuando no aparentaba haberse dado cuenta de su proximidad. Después de un rato comenzó a inquietarse y a alejarse y regresar.

Finalmente tardó tanto en volver que pensó que, para su bien, se había retirado. Cerca de medianoche oyó el rugido del jaguar y se dió por perdido. Al incorporarse sobre un brazo pudo ver la silueta del animal que se arrastraba cerca de él, pero con su cabeza vuelta hacia otro lado, y parecía estar observando un objeto sobre el cual estaba por arrojarle; luego se alejó de su vista, y oyó regaños y gruñidos y el grito agudo del puma. Supo así que las dos bestias peleaban. Antes del amanecer vio al jaguar varias veces, pero el puma renovaba su contienda una y otra vez hasta que con la llegada del día, ya ni vio ni oyó nada.

Aun cuando la historia tuviese aspectos extraordinarios, no los presentaba para mí, pues yo había sabido de otras anécdotas de naturaleza similar en distintos sitios, algunos mucho más interesantes que el que he relatado, pero éstos no los obtuve de primera fuente, y por lo tanto no estoy capacitado para atestiguar su veracidad; en cambio, en este caso tengo la certeza de que nada me podía hacer dudar. Todo cuanto he oído anteriormente me obliga a creer que en realidad el puma posee un instinto único de amistad hacia el hombre cuyo origen, tal como otros bien conocidos instintos animales, permanecen en el misterio. El hecho de que el puma no efectúe nunca un ataque a un ser humano sin provocación ni coma su carne, y de que rehusé defenderse excepto en raros casos, no parece realmente menos sorprendente en un animal de su audacia y temperamento sanguinario que el de seguir al viajero solitario o de acercarse cuando decide descansar o está incapacitado, y aun ocasionalmente defenderlo de su enemigo el jaguar. Sabemos que ciertos sonidos, colores y olores producen sobre ciertos animales un efecto extraordinario y no sería aventurado creer -pienso-, que la forma o el aspecto humanos o su olor ejerzan sobre el puma alguna inhibición sobre sus instintos depredatorios y le inspiren esa bondad hacia el hombre, que sólo estamos acostumbrados a ver en los carnívoros domesticados o, en los salvajes, hacia aquellos de su misma especie. Los lobos, cuando están acuciados por el hambre, a veces devoran a un congénere; mas, como regla, el animal rapaz habrá de morir de hambre antes que atacar a uno de su especie; tampoco es común que ataquen a otras especies con instintos similares a los suyos. Hemos visto que el puma ataca violentamente a otros carnívoros grandes, no para alimentarse sino para satisfacer su animosidad, y, mientras respetan al hombre, son en la zona tropical grandes cazadores y devoradores de monos, los cuales, de todos los animales, son los que más se asemejan al hombre. Podemos, pues, al finalizar, decir con Humboldt que existe algo de misterio en los odios y afectos de los animales. Creo que con lo que aquí se ha expuesto sobre el carácter del puma surge un nuevo interés hacia algunas cosas que conciernen a las especies y que han sido mencionadas en trabajos históricos y de otros tipos, sobre los cuales propongo aquí discurrir brevemente.

Hay un pasaje que se destaca en *Narrative of the loss of the "Wager"* de Byron el cual fue citado por el Almirante Fitz Roy en su *Voyage of the "Reagle"* para probar que el puma habita Tierra del Fuego y las islas adyacentes, no conociéndose otro animal de caza mayor en esa zona de

²⁰ Ídem 1

América. *"Oí -dice- un gruñir cerca mío que me hizo pensar que era aconsejable retirarse lo más pronto posible: el bosque estaba tan oscuro que no veía nada; mas al retirarme ese sonido me siguió de cerca hasta que salí de allí. Algunos de mis hombres me aseguraban haber visto un animal grande en el bosque... Indiqué a cuatro de ellos que fuesen hasta el fin de la bahía a unos dos kilómetros y medio del campamento para que ocuparan los restos de una vieja toldería indígena que yo había visto durante una caminata en nuestro primer desembarco. Lo cubrimos a barlovento con algas, y, encendiendo fuego, nos acostamos anhelando encontrar la forma de saciar nuestra ansia de sueño; pero poco después de habernos acomodado, uno de los nuestros fue molestado por el aliento de un animal en su cara, y al abrir los ojos no se sintió menos atónito al ver junto al fuego, vacilante ya, una enorme bestia a su lado. Tuvo la suficiente presencia de ánimo como para arrojarle a la cara una de las brasas que quedaban y entonces éste se fue. A la mañana estábamos muy ansiosos por saber cómo lo habrían pasado los compañeros, y al dirigirnos hacia su tienda nuestra ansiedad aumentó al hallar señales del animal sobre la arena, justamente en esa dirección. Tales huellas eran las profundas y claras de una pata redonda y grande y con garras bien afiladas. Tras imponerlos a ellos de la circunstancia vivida, supimos que también habían sido visitados por el no deseado visitante".*

El Sr. Andrew Murray en su trabajo *Geographical Distribution of Mammals* da al Estrecho de Magallanes como el límite sur extremo del área del puma, y al discutir el párrafo anterior de Byron, él dice *"Esa referencia, empero, no asevera la noción de que el animal aludido haya sido un puma... La descripción de las pisadas nos dice que podría no haber sido de un puma. Ningún felino deja traza de sus garras, los perros, en cambio, dejan bien definidas las huellas de sus patas... El comodoro Byron y sus acompañantes habían sufrido una falsa alarma. El ser que los molestó fue sin duda uno de esos perros inofensivos y domésticos de los nativos."*

El asegurar que el audaz y duro aventurero y sus hombres sufrieron una falsa alarma y fueron presa de un alto grado de excitación al aparecer uno de esos desdichados perros domésticos fueguinos con los que ya estaban familiarizados, conviene de maravilla -debemos decirlo- a un naturalista de laboratorio que examina el mundo de los animales salvajes desde su estudio de Londres. Aparentemente, él olvida que el comodoro Byron vivió en una época en la cual la fidelidad más ajustada y la excesiva minuciosidad a la que hoy estamos acostumbrados no eran esperados en los escritos cuando éstos se referían a ciertos temas conectados con la zoología. Esta clase de crítica que se apoya en una ligera inexactitud al describir un paisaje e ignora totalmente alguna importante aseveración en otra -como por ejemplo ese de la *"enorme bestia"* vista en el bosque-, podría extenderse a otras partes de la obra, y todo el relato de Byron podría ser clasificado erróneamente como un trabajo de imaginación similar a las aventuras de Peter Wjikin en esos mismos mares antárticos.

En su trabajo *Across Central America* el Sr. J. W. Boddam Whetham (1877) cuenta la anécdota de un puma que él escuchara a Sacluk, en Guatemala, y que curiosamente se parece a otros que yo he escuchado en la pampa. Dice: *"El siguiente evento, de lo más extraordinario si veraz, se dice ocurrió en este bosque a un cortador de caobas, quien había estado marcando árboles. Cuando regresaba a su cabaña, sintió súbitamente un cuerpo suave que se le arrimaba y presionaba, y al bajar la vista vio un jaguar que, con su cola erecta y ronroneando como un gato, se enroscó a su alrededor, volviéndole sus fieros ojos como mofándose de él. Horrorizado y con pasos vacilantes, avanzó un poco, siempre con el terrible animal cercándolo, ya revolcándose, ya tocándolo con su garra tal como el gato juega con el ratón. Finalmente el suspenso se tomó para él insostenible, y con un grito fuerte lo golpeó desesperadamente con su hacha. El animal se hizo a un lado, se agazapó gruñendo y mostrando los dientes. Justo cuando se disponía a saltar, su compañero, que había oído su grito, apareció a la distancia, y entonces con un gruñido la bestia se perdió en el matorral."*

Entonces, aun admitiendo la exageración, si no existe fundamento para esta clase de cuentos,

es realmente una sorprendente coincidencia el hecho de que se encuentren en países tan distantes entre sí como la Patagonia y América Central. Es indudable que los pumas son escasos en Guatemala y tal como en otros lugares donde han sufrido la persecución del hombre, recelan de él. Pero si esta aventura hubiese ocurrido en la pampa, donde son mejor conocidos, la persona a que se hace referencia no habría dicho que el puma jugaba como el gato con el ratón, sino más bien como el gato domesticado juega con el niño, y es probable que tampoco se hubiese aterrorizado imaginando que el animal, tras sus caricias, aun cuando mal retribuidas, hubiese estado por arrojársele encima.

En la obra de Clavijero *Historia de la Baja California*, se cuenta que se había descubierto un estado de cosas extraordinario en los lugares en donde se asentaron las primeras misiones a fines del siglo XVII. y que ello se relacionaba con los pumas. El autor dice que no había ni osos, ni tigres, ni jaguares; éstos probablemente habrían sido expulsados por sus viejos enemigos; en cambio los pumas se habían reproducido de manera prodigiosa, de manera que toda la península estaba sobrepoblada, y ello se debía a una superstición que era sostenida por los nativos, quienes no sólo no los mataban sino que tampoco se animaban a molestarlos. En ese momento los indios dependían en cierta forma para subsistir, de los éxitos de la caza del puma; ellos vigilaban el movimiento de los buitres a los efectos de descubrir dónde se encontraban los restos del animal que había sido capturado y abandonado por el puma. Cada vez que las aves eran vistas revoloteando en círculo sobre un lugar, se apuraban para apoderarse de los restos así descubiertos. Los animales domésticos, importados por los misioneros, fueron rápidamente liquidados por los amos de la comarca, y era en vano que los jesuitas predicasen una cruzada contra esos enemigos, pues, aun cuando los indios abrazaban fácilmente el cristianismo y fueran bautizados, no era posible obligarlos a desdeñar sus creencias en el sagrado *chimbicá*, que era como llamaban al puma. En consecuencia, languidecieron las misiones que llegaban a estar en estado de semi-desnutrición y sólo se mantenían con las provisiones que a largos intervalos les llegaban desde el alejado México. Así fue como por largos años fracasaron sus intentos de sacar a los indígenas de su condición tan miserable. Finalmente, en 1701, se hizo cargo de la misión de Loreto un padre llamado Ugarte, descrito por Clavijero como una persona de indomable energía, fuerza física y coraje; un cristiano musculoso, quien ocasionalmente varió el método de instrucción al administrar castigos corporales a los oyentes que osaren reír de sus doctrinas o a causa de los errores que cometía al predicar en su lengua. Tal como sus antecesores, Ugarte no pudo lograr que el indio cazara el puma, pero era él un hombre de acción con una total seguridad en la eficacia del ejemplo, y por fin le llegó su oportunidad. Un día, mientras cabalgaba por un monte, vio a lo lejos un puma y deliberadamente se encaminó hacia él. Bajó de su muía, tomó una pesada piedra y se dirigió hacia el animal, y cuando estuvo suficientemente cerca le arrojó la carga, con tanta precisión y fuerza que el animal cayó inconsciente. Tras matarlo, descubrió que le faltaba la parte más pesada de su tarea, pues para el éxito de su proyecto le era necesario arrastrar la bestia, aún tibia y sangrante, hasta la aldea indígena. Su mala se negó a acercarse. El padre Ugarte no se dio por vencido y finalmente, un poco con su ingenio y otro poco con su fuerza, logró subir el puma sobre el lomo de su muía. Así regresó triunfalmente. Los indios creyeron primero que era una triquiñuela de su sacerdote, quien estaba ansioso por envolverlos en un conflicto con los pumas, y manteniéndose a distancia se burlaban de él diciéndole que había encontrado al animal muerto. Pero cuando se les indujo a acercarse y comprobaron que aún estaba caliente y sangrando, se sintieron profundamente asombrados y comenzaron a observar detenidamente al sacerdote, pues creían que de un momento a otro caería muerto por su acción, Como eso no ocurrió, el sacerdote ganó gran influencia sobre ellos y finalmente se persuadieron y volvieron sus armas contra el *chimbicá*.

Clavijero nada dice del origen de esta superstición californiana, pero con algún conocimiento del carácter del puma no es difícil imaginar lo que pudo ocurrir. No cabe duda de que estos salvajes estaban bien enterados desde antiguo de los instintos amistosos del animal hacia el hombre y de su extremo odio hacia otros carnívoros que cazan a la especie humana; al descubrirlo, se alinearon junto a él y hasta lo consideraron su amigo, y tal sentimiento en el hombre primitivo podría, con el

correr del tiempo, degenerar en una superstición como la californiana.

He de relatar como final, la historia de la Maldonada, que no es muy conocida, aun cuando en Buenos Aires es tan familiar como la historia de Lady Godiva -quien cabalgó a través de las calles de Coventry-, para la gente de ese lugar.

El caso de la Maldonada es narrado circunstancialmente por Ruy Díaz de Guzmán en su historia de la colonización del Plata: era él un personaje distinguido y con autoridad en las jóvenes colonias, y es considerado por los estudiosos de la historia sudamericana como un informado y serio cronista de los eventos de su tiempo. El cuenta que en 1536 los pobladores de Buenos Aires habían agotado sus provisiones, y al estar obligados por los indígenas a mantenerse dentro del cercado de protección, estaban condenados a morir de hambre. El Gobernador Mendoza fue a buscar ayuda de otras colonias río arriba, delegando su autoridad en un Capitán Ruiz, quien de acuerdo con lo que se cuenta, impuso su carácter tiránico y truculento al disponer de poder. La gente se encontró con una ración de 200 gramos de harina por persona y por día, pero como la harina estaba en mal estado, los enfermaba y se vieron obligados a vivir de los pequeños animalitos que pudieran cazar, incluyendo víboras, sapos y ranas. Ruy Díaz cita algunos detalles horribles, lo mismo que otros escritores; uno de ellos, Del Barco Centenera, afirma que de dos mil personas en el lugar, mil ochocientas perecieron de hambre. Durante estos desgraciados días, gran cantidad de animales de presa fueron atraídos en gran número por las emanaciones de los restos enterrados junto a la empalizada. Esto hizo más miserable aún la situación de los sobrevivientes, dado que sólo podían aventurarse en los montes próximos con riesgo de una muerte violenta. Pese a ello, muchos se arriesgaron, y entre ellos, una joven, la Maldonada, quien se perdió, anduvo al azar, fue hallada por una partida de indios y llevada a su villorrio.

Unos meses más tarde el Capitán Ruiz descubrió el hecho y convenció a los indios para que la devolviesen al poblado; luego la acusó de haber conspirado con ellos para traicionar a la colonia y la condenó a ser devorada por las fieras. Fue conducida al monte y sujeta a un árbol, donde quedó abandonada a una legua del poblado, por dos noches y un día. Cumplido el tiempo, una partida de soldados se dirigió al lugar, creyendo encontrar sus huesos limpios; mas, con gran asombro, hallaron a la Maldonada con vida, sin una sola herida ni un rasguño. Les contó que un puma había llegado en su auxilio y había permanecido a su lado defendiendo su vida contra cualquier bestia que se le hubiese querido acercar. Fue instantáneamente liberada y conducida al poblado, donde su salvación por la acción del puma fue considerada como una directa intervención de la Providencia.

Ruy Díaz concluye con el siguiente párrafo en el cual afirma que él conoció a la Maldonada, por lo tanto debe tenerse como fehaciente que ella contaba entre los pocos sobrevivientes de ese primer destrozado asentamiento y que vivió para ver épocas más afortunadas: su acertado juego de palabras se perdería en la traducción²¹. *"De esta manera quedó libre la que ofrecieron a las fieras: la cual mujer yo la conocí, y la llamaban la Maldonada, que más bien se le podría llamar la BIENDONADA; pues por este suceso se ha de ver no haber merecido el castigo a que la ofrecieron"* Si tal cosa ocurriese ahora en cualquier parte del sur de Sudamérica, en donde la disposición del puma es mejor conocida, no sería considerado un milagro, como lo fue, inevitablemente, en el caso de la Maldonada.

²¹ Esta aclaración del autor, y la cita en castellano remarcán la precisión que en todos los casos procura guardar. (N. del T.)

CAPITULO III

Una Oleada de Vida

Durante muchos años, mientras vivía en mi propio hogar en la pampa, escribí un diario, en el cual anotaba cuidadosamente mis observaciones acerca de las costumbres de los animales y otros temas afines. Volviendo a los años 1872/73, hallé mis apuntes de aquella época conteniendo el relato de una de esas oleadas de vida -pues no hallo mejor nombre para ese fenómeno particular- que es tan frecuente en regiones escasamente habitadas, aun cuando en países como Inglaterra sean pocas y en pequeña escala. Una época excepcionalmente buena, la accidental disminución de descalabros u otras circunstancias favorables, a menudo causan un aumento tan repentino y desordenado de pequeñas especies prolíferas, que verdaderamente cuando lo juzgamos ya no nos sorprende la idea que prevalece entre la gente de que ratones, sapos, grillos, etc., parecen caer desde el cielo.

En el verano 1872/73, tuvimos mucho sol, frecuentes chaparrones; por lo tanto, en esos meses de calor, no hubo escasez de flores silvestres como ocurría en la mayoría de los años. Con la abundancia de flores, aumentaron las abejas. Nunca antes había visto tantas; en y alrededor de los campos contiguos a mi hogar hallé más de diecisiete colmenas.

La época también fue favorable para los ratones; esto es, favorable en el momento y desfavorable para el futuro, pues la corta e indebida preponderancia de una especie es seguida invariablemente por un prolongado período de depresión. Estos pequeños y prolíficos seres eran de pronto tan abundantes, que los perros se alimentaban casi exclusivamente de ellos; las aves de corral también, tras perseguirlos incesantemente y matarlos, se habían tornado, a su manera, en rapaces, mientras que los benteveos -*Pitangus*- y las urracas tan sólo cazaban ratones.

Los gatos de las casas, tal como lo hacen invariablemente en esas épocas se ausentaban del hogar y adquirían todos los hábitos de sus congéneres salvajes escurriéndose de la vista del hombre -aun de algún viejo compañero de fogón- con una secreta timidez en sus movimientos y una aparente simulación de temor, que casi movía a risa. Los zorros, las comadrejas y los hurones se daban opíparos festines. Aun para el peludo -*Dasypus villosus*- era una época de abundancia, pues este animal es muy hábil para cazar ratones. Este hecho podría parecer sorprendente para quien observe su aspecto torpe, su boca desdentada y sus movimientos, todo menos livianos y graciosos; imaginando quizá que para ser un diestro cazador de ratones el animal debe tener algún parecido en cuanto a hábitos y estructura con los felinos. Pero los animales como los hombres están obligados a adaptarse a su medio; se requieren nuevos hábitos y la exacta correlación entre hábito y estructura rara vez se mantiene.

Yo tenía por aquel tiempo un peludo, y las buenas raciones y la vida sedentaria que llevaba en cautividad lo habían visto excesivamente gordo; mas aun así, sus exploraciones ratóniles eran de lo más interesante. De vez en vez lo llevaba al campo para darle una ilusión de libertad, aunque en

esos casos tuve siempre la precaución de atarme una cuerda a una de sus patas traseras, ya que a menudo, cuando llegaba a la cueva de alguno de sus compañeros salvajes, procuraba introducirse en ella. Andaba, invariablemente, con un trote desganado y torpe, llevando su nariz, como águila cerca del suelo. Su sentido del olfato era excesivamente agudo, y cuando su presa estaba cerca, se agitaba, apresuraba sus movimientos, deteniéndose con frecuencia para oler el suelo, hasta que al descubrir el lugar exacto en el cual estaba escondido el ratón, se detenía y se arrastraba cautelosamente hasta él; luego, tras levantarse lentamente hasta casi sentarse, se arrojaba repentinamente hacia adelante, tirando su cuerpo como una trampa sobre el ratón o nido de ratones oculto bajo el pasto.

Un caso curioso acerca de la inteligencia de un gato me fue traído por un vecino nativo. Sus chicos habían descubierto que se podía lograr mucha diversión y algo de emoción al colocar un tallo hueco de cardo gigante con un ratón adentro -y en aquél momento, todos los tallos huecos tenían uno como inquilino- delante de una gata, y observar luego sus movimientos. Al oler su presa, se lanzaba hacia un extremo del tallo, el extremo hacia el cual, al mismo tiempo, se movía el ratón; pero no cazaba nada, pues éste, en vez de escapar, se volvía y corría hacia el otro extremo después, la gata, totalmente excitada, saltaba para atraparlo allí. La contienda se prolongaba así en una exhibición de viveza y de estupidez, tanto del perseguido como del perseguidor. En la casa había varios gatos, y todos actuaron del mismo modo, excepto uno. Cuando se colocó el tallo frente a este gato, en vez de excitarse como los otros, se fue rápido hacia uno de los extremos y lo olió; luego, satisfecho de saber que su presa estaba adentro, deliberadamente mordió un largo pedazo del tallo con sus dientes, luego otro pedazo, y así progresivamente hasta que el tallo había sido abierto hasta unos quince centímetros del otro extremo, y entonces el ratón salió y fue cazado. Cada tallo que se le puso por delante fue trabajado de la misma manera, pero los otros gatos, a pesar de que se les hizo observar el procedimiento, no fueron capaces de aprender el truco.

En el otoño del mismo año, gran cantidad de cigüeñas (*Ciconis maguan*) y de lechuzones de los campos, de orejas redondeadas (*Otus brachyotus*) hicieron su aparición. Ellos también habían llegado para asistir al festín.

Al recordar la opinión del Sr. E. Newman, citado por Darwin, que los dos tercios de las abejas que hay en Inglaterra son anualmente destruidos por los ratones, me propuse observar estos insectos con el objeto de saber si ocurría lo mismo en la pampa. Prolijamente revisté todas las colmenas y hallé, con sorpresa, la rápida desaparición de todas las abejas. Estaba casi convencido de que los ratones las habían devorado o espantado pues los días eran aún tibios y había flores y frutas en abundancia para su alimentación.

Cuando llegó el tiempo frío, las cigüeñas se fueron, probablemente por la escasez de agua, pero los lechuzones permanecieron. Fueron tan numerosos durante el invierno que al atardecer, tras la puesta del sol, podía contar entre cuarenta o cincuenta revoloteando sobre los árboles junto a las casas. Desdichadamente no pusieron su atención en los ratones sino que se tornaron igualmente destructores de pájaros. Con frecuencia los observaba al oscurecer merodeando entre árboles y ramas, rondando juntos alrededor de un árbol tal como las polillas alrededor del candil; luego uno se arrojaba entre el ramaje sobre una paloma, generalmente la *Zenaida maculata*, u otro pájaro, que huía despavorido de su lugar de descanso. En ese instante salían a darle caza, desapareciendo en la noche. Ya no soportaba esa destrucción que hacían entre los horneros -*Furnarius rufus*-, una especie por la cual guardo un afecto casi supersticioso; así fue como comencé a tirotear a los merodeadores. Muy pronto me convencí de que era imposible proteger a mis pequeños favoritos. Noche tras noche los lechuzones se agrupaban en el número habitual, tan rápidos eran para llenar las bajas que yo producía. Me sentía hastiado de la cruel guerra a la cual me había unido desesperanzadamente, y resolví, no sin pena, dejar que las cosas siguieran su curso. Una circunstancia singular fue que los lechuzones comenzasen a nidificar en medio del invierno. Los chacareros y peones encontraron muchos nidos con huevos y pichones en la vecindad. Vi un nido en julio, nuestro mes más frío de todas las temporadas del año en busca de regiones donde abunden

los alimentos; y es posible que estos cazadores de invierno hubiesen llegado de alguna región donde la falta de caza, o alguna causa similar, les hubiese impedido nidificar en su época acostumbrada: el verano.

El incremento o disminución gradual que continuamente se sucede en muchas especies se nota poco aquí; pero la aparición repentina y no frecuente de un gran número de especies numerosas y comparativamente extrañas es observada por la mayoría de la gente como un fenómeno sorprendente y no fácilmente explicable. En la pampa, cuando es muy abundante o excesiva la presencia de langostas, ratones, ranas o grillos, se espera, con seguridad, la aparición de multitudes de pájaros que los cazan. Por obvia que sea la causa del primer fenómeno -el repentino y desordenado aumento, durante un año favorable, de especies muy prolíficas- el fenómeno subsiguiente siempre provoca asombro. Invariablemente uno se pregunta: ¿es que estas aves grandes, vistas pocas veces, reciben un informe en las alejadas regiones que habitan, acerca de la abundancia de alimento que existe en este preciso lugar? Quizá han pasado años durante los cuales escasamente se ha visto un ser de esta clase: repentinamente se ven bandadas de majestuosas cigüeñas blancas recorriendo la llanura en todas direcciones; mientras, el aire nocturno resuena con los graznidos solemnes de inúmeros lechuzones. Está claro que estas aves han sido atraídas desde distintas áreas a este preciso lugar; pero la pregunta es ¿cómo ha sido?

Muchas aves grandes que poseen gran autonomía de vuelo están, cuando no comprometidas en la procreación, vagando incesantemente de un lugar a otro en busca de alimento. No son por lo general aves migratorias, pues sus andanzas comienzan y acaban en cualquier época, y donde hallan abundancia, se quedan todo el año. Vuelan a gran altura y cruzan enormes distancias. Cuando el alimento favorito de alguna de estas especies es abundante en alguna zona particular, todas las que lo descubren se quedan y atraen al mismo a todas las de su especie que pasan por lo alto. Esto ocurre en la pampa con las cigüeñas, los lechuzones de los campos y las gaviotas, especies conductoras entre las aves nómades: primero aparecen unas pocas, como si fuesen precursoras; luego, en número considerable se le suman otras, y antes de que pase mucho tiempo, ya son miles. Sin duda ese número inconcebible de aves está continuamente sobrevolando la región sin ser visto. Una vez fue motivo de gran asombro para mí el hecho de que bandadas de cisnes de cuello negro apareciesen siempre volando inmediatamente tras un aguacero, aun cuando ninguno hubiese sido visto desde mucho tiempo atrás y cuando deberían de venir de algún lugar distante. Cuando finalmente se me ocurrió la causa, me sentí muy disgustado conmigo mismo por haber estado asombrado ante una cosa tan sencilla. Tras la lluvia, un cisne que vuela es advertido a simple vista a mucho mayor distancia que con buen tiempo; el sol que se refleja sobre su blanco plumaje y contra el negro u oscuro de las nubes tormentosas lo hace muchísimo más visible. El hecho de que los cisnes son casi siempre vistos tras una lluvia nos demuestra solamente que casi siempre están pasando.

Cada vez que sufrimos una tormenta de tierra en la pampa, miles de gaviotas de capucha negra -*Larus maculipennis*- aparecen volando delante de la oscura nube de tierra aun cuando por meses no se haya visto ninguna. Las tormentas de tierra no son frecuentes y sólo se producen tras una prolongada sequía y habiéndose secado los cursos de agua las gaviotas no pueden haber estado viviendo en la zona sobre la que pasa la tormenta. Sin embargo, en épocas de sequía, ellas deben haber estado pasando continuamente a gran altura, viendo sin ser vistas, excepto cuando se han debido reunir y fueron forzadas hacia tierra por la furia de la tormenta.

Alrededor de agosto de 1873 los lechuzones desaparecieron, y habían tenido una buena razón para irse. El invierno había sido extremadamente seco; los pastos y hierbas secas del año anterior habían sido comidos por la hacienda y los animales salvajes, o se habían deshecho, y, con la ausencia de su comida y la falta de refugio, los ratones habían desaparecido. Los gatos hambrientos regresaron a sus casas. Era penoso ver a las lechucitas de las vizcacheras, pues estas aves, al no tener fuerza en sus alas ni el instinto previsor de la lechuza de los campos -*otus brachyotus*-,

estaban obligadas a afrontar la miseria de la que los otros huían. Así como la abundancia había tornado en salvajes a los gatos domésticos, ahora la escasez había transformado en mansas y no temerosas del hombre a las lechucitas. Estaban tan escuálidas que casi no podían volar, y rondaban las casas durante todo el día procurando encontrar un bocado de comida. He visto a menudo a una acercarse y avanzar hasta unos dos metros de la puerta, probablemente atraída por el olor de la carne asada. La sequía siguió hasta la primavera, reduciéndose el número de ovejas y ganado, ya que se perdió una increíble cantidad de animales tras el mes de frío y lluvias que siguió a la sequía.

Con cuánta claridad podemos ver en todo esto que esa tendencia a multiplicarse con tanta rapidez, tan ventajosa en épocas normales, se torna fatal para las especies en épocas de excepcional abundancia. Comida y resguardo ilimitados permitieron a los ratones aumentarse de manera tan desmesurada que las pocas limitaciones interpuestas por las especies depredadoras resultaban inútiles. Mas en la medida que aumentaban los ratones, también lo hacían sus enemigos. Insectívoros y otras especies adquirieron los hábitos de las lechuzas de los campos, y las comadreas se alimentaban exclusivamente de ellos; mientras que a este innumerable ejército de residentes se agregó a poco, una multitud de aves vagabundas que llegaban de zonas distantes. No bien se secaron los pastos, privando a las pequeñas víctimas de cobertura y alimento, entonces los efectos de la guerra se hicieron sentir. En otoño la tierra se cubrió de ellos al punto que no se podía caminar sin tropezar con ratones, mientras que de cada tallo hueco caído que se sacudiese, caían por docenas, pero eran devorados con tanta rapidez por sus perseguidores bien entrenados, que en la primavera era difícil hallar un sobreviviente aun en los galpones o en las casas. El hecho de que las especies tiendan a aumentar en proporción geométrica es lo que provoca estos cambios grandes y frecuentes en muchas regiones de la tierra-. pero no es común que se presenten tan vívidamente como en el caso dado, pues aquí se abrió frente a nosotros, escena tras escena, una tragedia silenciosa y desapasionada de la naturaleza en donde miles de seres organizados surgieron a la existencia para perecer casi de inmediato, quedando tan sólo un rastro, tras la gran reacción, para continuar la especie.

CAPITULO IV

Armas Curiosas de Algunos Animales

Estrictamente hablando, las únicas armas de los vertebrados son los dientes, garras, cuernos y espolones. Los cuernos sólo pertenecen a los rumiantes, y el espolón es un arma infrecuente. Hay además muchos animales en los cuales los dientes y las garras no se adaptan para infligir daño, o en los cuales se necesita de su propio instinto y coraje para usarlos y desarrollarlos; éstos parecerían estar en condición de gran indefensión. Son, en un sentido, indefensos, pero realmente no están en una situación peor que la de las especies bien armadas, puesto que tienen ya una coloración que los protege, ya una astucia que los ayuda a escapar de sus enemigos. Hay muchos de éstos que no tienen prácticamente ni dientes ni garras pero que han sido provistos de otros órganos y medios de ofensa y defensa por la curiosa armería de la naturaleza; es mi propósito referirme a algunas pocas de estas especies.

Es probable que armas tan particulares como cuernos, espolones, colmillos y espinas fuesen más comunes si las condiciones de vida permaneciesen iguales. Pero estas cosas tardan en adaptarse y mientras tanto las condiciones van cambiando; el clima, suelo y vegetación varían; enemigos y rivales disminuyen o aumentan; los viejos perecen y otros con diferentes armas los reemplazan y surge una nueva estrategia; tal como un hombre sagaz peleándole al desierto obtiene un arado utilizando su cuchillo de caza y torna sus implementos en armas de guerra, y para cuanto posee descubre un uso no contemplado por el que lo hizo, del mismo modo la Naturaleza -sólo con una ingenuidad que excede la del hombre utiliza los medios que tiene para enfrentar todas las contingencias y capacitar a sus seres, aparentemente mal provistos, para mantener su lucha por la vida. Esa selección natural, tal como un hombre encolerizado, puede transformar cualquier cosa en un arma; tomando la palabra en su sentido más amplio, la secreción mucosa que el guanaco descarga a la cara de un adversario y los pestilentes chorros que destila el zorrino, son armas, y pueden ser tan efectivas en cuanto a defensa como las espinas, colmillos y dientes.

Yo no conozco en todo el reino animal una instancia más llamativa de la adaptación de la estructura al hábito que la que brinda el peludo, *Dasyurus villosus*. Se nos presenta -hablando comúnmente- como un oso hormiguero, pero cubierto con la tapa de una fuente; sin embargo, este ser, con la astucia que le dio la Naturaleza para suplir sus deficiencias, ha descubierto, pese a su impedimento óseo, un arma ofensiva altamente eficiente. La mayor parte del resto de los desdentados es diurna y casi exclusivamente insectívora, alimentándose algunos sólo de hormigas; tienen costumbres inalterables, muy limitada inteligencia, y se extinguen con el avance de la civilización. El peludo, en cambio, ha trazado su propia línea. Es, como sus congéneres en extinción, un devorador de insectos, pero en cambio no busca su alimento en la superficie o únicamente en los hormigueros; él caza toda clase de insectos y, debido a su agudo olfato, descubre gusanos y larvas varios centímetros bajo la superficie. Su método para apoderarse de gusanos y gorgojos nos recuerda al de los pájaros exploradores, pues no arroja tierra sino que fuerza su afilado

hocico y aguda cabeza hacia adentro, hasta la profundidad requerida, y probablemente mientras trabaja, se mueva en forma circular, pues el agujero que deja es cónico, aun cuando su cabeza sea chata. Donde él ha encontrado un suelo apto, se ve la tierra con cientos de estas perforaciones prolijas y simétricas. Es también un enemigo de los animales que anidan entre los pastos, pues es afecto a los huevos y pollitos recién nacidos. Cuando no puede hallar su presa, se alimenta de carroña, tal como los perros cimarrones o los buitres, regresando noche tras noche hacia la osamenta de un caballo o una vaca, mientras encuentre en ella algo de carne. Si no halla alimento animal, subsiste con una dieta vegetal; con frecuencia he descubierto sus estómagos llenos de trébol y granos duros de maíz, tragados enteros.

Es por ello que no puede llamar la atención que durante todas las estaciones y aun cuando otros animales estén hambrientos, el peludo esté siempre gordo y vigoroso. En el desierto, es diurno; donde aparece el hombre se vuelve más y más nocturno, y en zonas pobladas no aparece hasta bien avanzada la noche. Pese a ello, cuando la región se torna más densamente poblada, aumenta su número, tan rápidamente se adapta a las nuevas condiciones. No debe llamarnos la atención que los gauchos²², agudos observadores de la naturaleza como son, hayan hecho de esta especie el protagonista de muchos de sus relatos del tipo de "*Uncle Remus*"²³, representándolo como a una criatura versátil, excesivamente rica de argumentos y engañando a su gran amigo el zorro de diversas formas, tal como "*Brer Rabbit*" lo hace con el zorro en las historias norteamericanas.

Sin duda el peludo habrá de sobrevivir a otros armadillos, y sólo por esto ofrecerá un interés cada vez mayor para los naturalistas.

Yo ya he descrito cómo captura ratones; cuando lo hace con una víbora, procede de otra manera. Un amigo mío -prolijo observador- quien se dedicaba a la crianza de ganado en las pedregosas sierras cerca de Cabo Corrientes, me describió el encuentro entre un peludo y una víbora venenosa, que él presenciara. Estando sentado en la ladera, vio una víbora de unos cincuenta centímetros de largo, enroscada sobre una piedra a unos cinco metros más abajo. Poco después apareció un peludo trotando directamente hacia ella. Aparentemente la víbora advirtió esa presencia y temió su aproximación, pues rápidamente se desenroscó y comenzó a alejarse. Al instante, el peludo la atropelló, y agachándose, comenzó a hacer oscilar su cuerpo hacia atrás y adelante con un movimiento regular, como lacerando a su víctima con las aristas filosas y profundas de su caparazón. La víbora luchaba por liberarse mordiendo salvajemente a su agresor, puesto que su cabeza y cuello estaban libres. Sus mordeduras no causaban ninguna impresión, y muy pronto dejó caer su cabeza, y cuando su enemigo se retiró, estaba muerta y magullada. El peludo de inmediato comenzó su festín, tomando la cola con la boca y acercándose lentamente a la cabeza; mas al llegar aproximadamente a la tercera parte de la víbora, pareció satisfecho y, dejando el resto, se alejó al trotcito.

En conjunto, en cuanto a sus hábitos variados y rapaces, tiene puntos de contacto con el erizo, y posiblemente, como a los pequeños mamíferos europeos a los cuales se parece, no lo daña la mordedura de la víbora venenosa.

Tuve una vez un gato que mataba cada víbora que hallaba, sólo por deporte, ya que jamás las comía. Saltaba alegremente alrededor y a través de su víctima, propinándole, ocasionalmente, un golpe con sus garras crueles. Los enemigos de la víbora son legiones. Las lechucitas de las vizcacheras se alimentan mucho de ellas; también lo hacen las garzas y cigüeñas, matándolas con un golpe de sus picos como jabalinas y tragándoselas enteras. El benteveo -*Sulpizur tyrant*²⁴- toma a la víbora joven por la cola y vuela hasta una rama o piedra y allí la sacude como si fuera una sogá,

²² En castellano en el original (N. del T.)

²³ Nombre de un personaje popular de una historieta norteamericana de la época

²⁴ Ver Aves del Plata. Aclaran sus traductores que actualmente se da este nombre científico a dos tazas en la Argentina: *Pitangus sulphuratus maximilani* y *P. s. bolivianus*

hasta que queda sin vida. El pájaro es muy celebrado y en consecuencia recuerda unas antiguas palabras: "*Feliz será aquél que tome a tus pequeños y los arroje contra las piedras*".

Al disponer tal variedad de enemigos contra la víbora, la naturaleza ha efectuado una amplia compensación por haberla dotado de armas mortales. Además, el poder que poseen las víboras venenosas nos parece desproporcionado, pero realmente no es así salvo en algunos casos ocasionales. Las víboras venenosas son siempre menos numerosas que las no venenosas en una misma zona; por lo menos, ese es el caso de la pampa. La actividad de estas últimas, por ser numerosas, cuenta más que las armas mortíferas de las primeras.

El gran lagarto *teguexin* de la pampa, llamado *iguana*²⁵ por las gentes del lugar, es un notable matador de víboras. En realidad no tienen éstas enemigo más formidable, pues es de rápida visión y ágil para atraparlas. Es prácticamente invulnerable, y les proporciona una muerte súbita con su poderosa cola. Cuentan los gauchos, que los perros que han atacado a la iguana han sufrido a veces la quebradura de sus patas, y no lo dudo. Cabalgaba un amigo mío cierta vez tras de su hacienda y, habiendo atado la punta de su lazo al estribo, lo había dejado caído. Vio una iguana grande acostada, aparentemente dormida al sol, y pese a haber pasado muy cerca, no se movió; pero no bien hubo pasado, levantó la cabeza y puso su atención en los casi catorce metros de sogas que colgaban. Repentinamente se abalanzó sobre ella, y le propinó una serie de golpes. Cuando varios metros habían sido castigados en vano, el lagarto, con la cabeza levantada, permaneció observando con la mayor sorpresa. ¡Jamás se había cruzado por su camino una víbora más sorprendente!

Molina, en su *Historia Natural de Chile* dice que la vizcacha usa su cola como arma; pero Molina no es siempre de confiar. He observado vizcachas toda mi vida y jamás detecté ninguna usando otra arma que sus dientes cincelados. Ciertamente su cola es muy curiosa, recta en la base, luego curvada hacia arriba y afuera, ligeramente hacia abajo de nuevo en el extremo, semejando el pico de una tetera de porcelana. La superficie anterior de la parte recta de la base está recubierta por una piel desnuda, córnea y gruesa, y cuando el animal lleva a cabo sus curiosas cabriolas a las cuales a veces se dedica, entonces realiza golpes fuertes y sonoros contra el suelo con esa parte de su cola. Es así que esa forma peculiar de su cola la transforma en su base más importante, pues le permite a la vizcacha sentarse erecta con soltura y seguridad.

La rana es un ser tímido e inofensivo, salvándose, cuando es perseguida, por una serie de saltos realizados de una manera que no tiene paralelo entre los vertebrados. En consecuencia, cuando hallo una rana, no dudo en colocarle mis manos encima, pero la sensación de frío que trasmite es el peor resultado que temo. Ocurrió empero, que una vez encontré una rana distinta a las otras, pues poseía instinto y armas ofensivas que me sorprendieron profundamente. Estaba cazando becasinas cuando al asomarme a una vieja madriguera abandonada, de unos setenta y cinco centímetros de profundidad, percibí una fornida y rugosa rana sentada allí. Era más grande y corpulenta que nuestra *Rana* común, aunque de un color similar, de inmediato me puse de rodillas y me apresté a capturarla. Aun cuando me observaba, permaneció inmóvil, y esto me sorprendió mucho. Antes de estar lo suficientemente cerca para asirla, saltó hacia mi mano, y prendiéndose a dos de mis dedos con sus patas delanteras, las abrazó súbitamente con tanta violencia que me causó una sensación aguda de dolor; luego, tras haber experimentado esa sensación que me hizo retroceder apresuradamente, se desprendió y se alejó brincando. Me lancé tras ella y con dificultad logré asirla antes de que lograra ganar el agua. Sosteniéndola firmemente por el lomo, estaba imposibilitada para atacarme, y pude observar el enorme desarrollo de los músculos de sus patas delanteras, generalmente chicos, combándose en este individuo como un segundo par de muslos, lo cual le daba una apariencia formidable y extrañamente audaz. Al poner a su alcance el caño de mi escopeta, lo asió con tal energía que se magulló la piel del pecho y las patas. Tras que se agotara parcialmente en ese inútil abrazo, probé permitirle que asiera nuevamente mi mano y advertí que

²⁵ En castellano en el original (N. del T.)

invariablemente tras cada apretón, intentaba liberarse. Por creer que había descubierto una rana cuya estructura difería de todas las especies conocidas y que poseía un extraño instinto único de auto-preservación, llevé al cautivo a mi casa, intentando mostrárselo al Dr. Burmeister, Director del Museo Nacional de Buenos Aires. Desdichadamente, luego de haberla mantenido unos días, logró escapar empujando el cristal que cubría la caja. Nunca volví a hallar otro ejemplar igual. El hecho de que esta rana singular tiene el poder de dañar seriamente a su oponente, está fuera de cuestión, pero su inesperado ataque ha de brindarle una gran ventaja. La impresión que le causa a un toro furioso la repentina apertura de un paraguas frente a su cara es, pienso, sólo una leve idea del asombro y confusión que debe causarle al adversario su salto, veloz como el rayo, y el violento apretón que causa; es gracias a esa confusión que encuentra cómo escapar. No puedo creer que un instinto tan admirable, correlacionado con la estructura de sus patas delanteras, puedan ser una mera variante individual, yo espero confiadamente que cuanto he dicho acerca de mi rana pérdida, sea algún día confirmado por otros. El nombre que convendría a esta especie sería *Rana luctator*.

El sapo es un ser de movimientos lentos, por lo tanto está siempre expuesto a ser perseguido; pese a ello, aunque parezca extraño, exuda un líquido acre cuando se lo irrita, el cual es una protección más eficaz que los colmillos venenosos de las víboras. Los sapos son, en realidad, con muy pocas excepciones, sólo atacados y devorados por víboras, lagartos y por sus propios parientes venenosos, *Ceratophry ornata*. Es posible que la naturaleza fría y pesada de todos esos seres los proteja de la secreción del sapo que resultaría venenosa para la mayoría de los animales de sangre caliente, pero no podría asegurar que los peces gocen de igual inmunidad. Cierta vez vi flotando un pez de gran tamaño (bagre) pero con la panza hacia arriba. Aparentemente había muerto recién y tenía aspecto de bien nutrido y lustroso, y parecía estar tan lleno que sentí curiosidad por averiguar la causa de su muerte. Al abrirlo encontré su estómago lleno con un sapo que había tragado. El sapo aparentaba estar fresco, sin el más leve cambio de coloración en su piel que pudiese demostrar que los jugos gástricos hubiesen comenzado a actuar; en realidad el pez debía haber muerto inmediatamente después de tragarlo. La gente de campo en Sudamérica cree que esa secreción lechosa que el sapo exuda tiene propiedades curativas sorprendentes, es su invariable específico para curarse el herpes zoster -un mal peligroso y dañino, común entre ellos. Para curarlo se aplica sobre la zona inflamada un sapo vivo. Por supuesto que los cultos galenos reirán ante esta cura, pero, si no me equivoco, los doctos de otras épocas han reído ante otros específicos utilizados por el vulgo los cuales hoy ocupan un lugar honorable en la farmacopea- la pepsina, por ejemplo. Hace más de dos centurias (lo que significa mucho para Sudamérica) los gauchos estaban acostumbrados a secar y pulverizar la membrana que recubre el estómago del avestruz para los males que causa una indigestión, y ese remedio aún hoy es popular. La ciencia los ha apoyado, y el cazador de avestruces tiene hoy una doble ganancia: una, de sus plumas y la otra, de las membranas secas y pulverizadas que vende a los boticarios de Buenos Aires. Sin embargo, antes se le había dicho que ésa era una idea tan alocada como creer que si se tragaba las plumas, podría volar con el nombre vernáculo de *escuerzo*, y aunque tiene hermoso color, es por su forma horroroso más allá de cualquier descripción. Su piel es de un color verde brillante con manchas chocolatadas de forma oval simétricamente distribuidas. Acabo de llamar venenosa a la *Ceratophrys ornata*, aun cuando sus dientes no están constituidos para inyectar veneno en las venas. Es un ser especial conocido Sus labios son de color amarillo brillante, su boca cavernosa tiene un pálido color carne; su garganta y la parte inferior de su cuerpo es de color blanco opaco. Su cuerpo presenta terrones y tiene el tamaño del puño grande de un hombre. Sus ojos están en lo alto de una cabeza desproporcionadamente grande, e incrustados en unas como protuberancias córneas capaces de elevarse o deprimirse a voluntad. Cuando el animal no es molestado, semejan vigías desde un par de atalayas, pero si se le toca la cabeza o se lo amenaza, las protuberancias se hundén al mismo nivel de la cabeza y cierra totalmente los ojos hasta parecer un ser carente de ellos. Su mandíbula superior está armada de pequeñísimos dientes. Tiene dos en el centro de la mandíbula inferior, estando el resto de la misma armado por dos láminas óseas excesivamente filosas. En el lugar de la lengua tiene un mecanismo muscular, redondo como un disco áspero del tamaño de medio penique.

Es común en toda la pampa, extendiéndose tan al sur como el Río Colorado en la Patagonia. En la época de procreación se congregan en los charcos y allí uno se sorprende por el extraordinario poder vocal que ejercitan durante la noche. La ejecución no se parece a los sonidos de percusión de otros batracios. Las notas que emiten son largas, como de instrumentos de viento, y no carecen de melodía, y son tan fuertes que se dejan oír claramente en las noches serenas a un kilómetro de distancia. Cuando ha pasado la época de celo se retiran a lugares húmedos y permanecen inactivos, enterrados hasta dejar sólo sus verdes lomos al nivel del suelo, y es entonces difícil detectarlos. En esta postura aguardan su presa ranas, sapos, pájaros y pequeños mamíferos. Es frecuente que capturen y procuren tragar cosas demasiado grandes para ellos, equivocación que suelen cometer con las víboras. En las primaveras muy lluviosas, a veces se aproximan a las casas y se quedan aguardando pollitos o patitos. Son de índole cruel y salvaje mordiendo a cuanto se les aproxime. y cuando muerden se prenden con la misma tenacidad que el bulldog, envenenando la sangre con su secreción glandular. Cuando se los molesta, se hinchan de tal manera que parece que van a estallar: persiguen a sus atormentadores con saltos lentos y desmañados, su boca grande abierta y lanzando un croar agudo incesante. Conocí un gaucho que una vez fue mordido. Se había sentado sobre el pasto y, dejando caer la mano a su lado, fue mordido, y sólo pudo librarse utilizando su cuchillo de caza para forzar el escuerzo a abrir la boca. Lavó la herida y la vendó y no tuvo consecuencias ulteriores; mas cuando no es posible liberarse del animal, el resultado es muy distinto. Un verano, hallamos cerca de mi casa dos caballos muertos sobre la planicie. Uno, al estar echado, había sido mordido en un repliegue de la piel cerca de la panza, y el otro había sido aprehendido por el hocico mientras pastaba. En ambos casos los escuerzos fueron hallados muertos, colgados de los caballos. Es posible que a veces no sean capaces de soltarse a voluntad y, como las abejas, se destruyen con sus salvajes ataques.

CAPITULO V

El temor en los pájaros

La aseveración de que los pájaros temen al hombre instintivamente se halla con frecuencia en trabajos zoológicos desde que apareció *Origin of Species*; pero la casi única razón - absolutamente la única aceptable, siendo todas las otras meras suposiciones- dada para sostener tal tesis, es la de que en las islas desiertas los pájaros al principio no revelan ningún temor por el hombre, mas luego lo encuentran un vecino peligroso, se tornan salvajes, y su cría también crece así. Debe deducirse, por tanto, que el hábito adquirido por los primeros se torna heredado en los últimos, o que al menos se vuelve hereditario. Los instintos, que son pocos en cualquier especie y prácticamente perduran por siempre, no son, presumiblemente, adquiridos con tanta facilidad.

Los pájaros se tornan tímidos donde son perseguidos, y sus pichones, aun cuando no se los moleste, aprenden ese hábito de timidez de sus padres y de otros animales adultos con los cuales se asocian. He hallado pajarillos más tímidos en lugares desérticos, donde el ser humano es aún extraño para ellos, que en regiones densamente pobladas. Los pájaros de mayor tamaño son en realidad más tímidos que los pequeños, aun cuando para los civilizados y los cazadores ellos parezcan asombrosamente mansos allí donde nunca han sido atacados. Con frecuencia me he acercado confiadamente hasta unos veinte o veinticinco metros de una bandada de flamencos, sin alarmarlos. Empero, esto ocurría cuando estaban en el agua o en la costa opuesta de una corriente de agua. Como no tenían experiencia de las escopetas, se sentían seguros en tanto una franja de agua los separase del objeto que se acercaba. Cuando estaban en tierra seca no permitían tanta cercanía. Los gorriones son en Inglaterra mucho más mansos que los que he observado en sitios despoblados, en los cuales raramente ven un ser humano. Sin embargo, los gorrioncillos en Inglaterra, son mucho más mansos que los adultos y esto puede ser apreciado por cualquiera. Durante el último verano, cuando vivía cerca de *Kew Gardens*, observé mucho los gorriones y alimentaba a cuarenta o cincuenta de ellos diariamente desde mi ventana trasera. Las migas y semillas las arrojaba sobre un techo bajo, que estaba justamente debajo de mi ventana, y así advertí que los gorrioncitos, en cuanto podían volar, eran traídos por sus padres a este lugar y tras dos o tres visitas así, ya venían solos. En esos momentos se acercaban mucho a mí y eran tan poco suspicaces como los pollitos. Los adultos, empero, aun cuando mucho menos tímidos que los de otras especies, eran extremadamente suspicaces y arrebataban las migas para escapar de inmediato, o bien, si permanecían saltando de un lugar a otro, lo hacían desconfiados y volviendo sus cogotes para observarme, y haciendo tantos gestos y movimientos al tiempo que prorrumpían en cortos trinos de alarma que hacían atemorizar a los pequeños. La lección les era impartida en un tiempo sorprendentemente breve; su suspicacia aumentaba día a día y tras una semana no era fácil distinguir -por su comportamiento- al joven del adulto. Es fácil advertir que en los jóvenes el temor hacia el hombre es un sentimiento asociado, y que si no se les hubiese enseñado, su presencia lo molestaría tanto como la del caballo, la oveja o la vaca. ¿Pero qué es lo que ocurre con las especies mayores utilizadas como alimento y las cuales han tenido una experiencia larga y triste del poder

destructor del hombre'?

El ñandú o avestruz sudamericano, cuentan los filósofos, es un ave muy antigua sobre la tierra; y debido a su gran tamaño y su poca habilidad para escapar, además de la excelencia de su carne, especialmente para los salvajes, quienes la prefieren altamente grasa, es que ha sido sistemáticamente perseguida desde las más remotas épocas, tanto o más que lo que lo ha sido cualquier otra ave existente en el globo. Si el temor hacia el hombre en los pájaros fuese hereditario, deberíamos ciertamente hallar algún vestigio de tal instinto en estas especies. No he podido detectar ninguno, aun cuando he observado veintenas de ñandúes jóvenes en cautiverio, sacados antes de que sus padres pudiesen enseñarles el mismo. Además, una vez me guardé toda una cría capturada en cuanto salió del cascarón. En lo que respecta a su alimento, eran casi totalmente independientes y pasaban la mayor parte de su tiempo cazando moscas, langostas y otros insectos con increíble destreza, Mas, de los peligros que podían enfrentar con el hombre, no sabían absolutamente nada. Me seguían por todas partes como si yo hubiese sido su madre, y cuando quiera que imitase el fuerte bufido o el áspero grito de alarma emitido por el ave adulta, corrían hacia mi, presas de terror, aun cuando no se viese ningún animal, y, tirándose a mis pies, procuraban disimularse poniendo su cabeza y largo pescuezo dentro de mis pantalones. Si hubiese hecho que una persona se vistiese de blanco y amarillo varios días seguidos y hubiese proferido el grito de alarma cada vez que ésta se mostrase al ave, no tengo ninguna duda de que la vista de una persona así vestida habría de provocar su huida aterrorizada sin aquel grito de alarma y que ese terror se habría repetido durante toda su vida, cada vez que viesen a una persona de blanco y amarillo.

Hace aproximadamente veinte años los ñandúes abundaban y casi nunca eran muertos con armas de fuego en el Plata y la Patagonia, pero eran cazados con las *boleadoras*²⁶ La visión de un jinete las espantaba al momento, mientras que uno de a pie podía acercarse hasta tenerlo a tiro; empero, el temor hacia el jinete data de hace doscientos años, no mucho tiempo si se considera que antes de que el indio adoptase el caballo del invasor, debe haberlos perseguido sistemáticamente, por centurias, de a pie. El ñandú cambió sus costumbres cuando el cazador cambió las suyas, y ahora, si el *estanciero*²⁷ decide no permitir la caza dentro de su propiedad, esas aves -aun cuando salvajes- en pocos años se tornarán tan mansas y familiares como animales domésticos. He conocido muchos, viejos y malhumorados que resultaban realmente un estorbo en las *estancias*²⁸ a pues corrían y atacaban a las personas que se les acercasen ya a pie, ya a caballo. Es que un viejo instinto de la raza no podía borrarse así tan prontamente como, aquí o acullá, en algunas zonas aisladas algún propietario decidiese proteger sus aves por una media docena de años.

Creo que el *talegallus*²⁹ más conocido, debe de ser considerado como una excepción entre todas las aves en cuanto al punto que nos ocupa; pues esta especie anormal entierra sus huevos bajo un enorme montículo cavado por el macho, y luego no se preocupa más de ellos. Cuando la cría está ya totalmente crecida, simplemente pateo, hasta romper el cascarón en pedazos, y deja el lugar en donde la madre había enterrado los huevos, abriéndose su camino hacia la luz, y entra a los placeres y penas de una existencia independiente desde su primer hora; esto, si de una especie que llega al mundo en total posesión de todos los conocimientos heredados puede decirse que haya podido conocer la infancia. De cualquier manera, de las observaciones del Sr. Barlett acerca de los recién nacidos en los jardines zoológicos, se deduce que éstos no hacían ningún caso a las aves adultas, sino que vivían independientemente desde el momento que emergían de la tierra, al punto de posarse en la rama de un árbol y dormir solos. No podría empero, asegurar que estas observaciones sean totalmente válidas, pues también es cierto que la cautividad realiza extraños cambios sobre el instinto de las especies y es muy posible que en su estado primitivo la naturaleza de las aves adultas ejerza una leve supervisión maternal y que como todas las otras especies, tengan un grito peculiar

²⁶ *Bolas*, en castellano en el original (N. del T.)

²⁷ En castellano en el original (N. del T.)

²⁸ *Idem* nota anterior

²⁹ *Alectur latham*: Pavo silvestre originario de Australia

para advertir a su cría a fin de que eviten los peligros. Si esto no fuese así, entonces las crías de *talegallus* debieran volar o esconderse con temor instintivo de todo ser viviente que se les aproximase. A mí, de cualquier modo, me resulta difícil creer que posean un conocimiento independiente de la experiencia de los distintos hábitos del hombre y el canguro y que pueda discriminar a primera vista entre los animales que son peligrosos y los que no lo son. Este punto de tanto interés, probablemente nunca será dilucidado ya que desdichadamente los australianos están, justamente ahora, celosamente comprometidos en exterminar su ave más sorprendente, debido a su miserable carne. Lo hacen con una excusa menor que la que puede ser utilizada por los maoríes con respecto a su moa, ya que no pueden negar que tienen carneros o conejos suficientes para satisfacer su hambre.

Si es que las aves temen o tienen un conocimiento instintivo de cualquiera de sus enemigos es ya una cuestión más profunda. Las especies que corren libremente por los suelos desde el momento de salir del cascarón, conocen sus propios alimentos y evitan cuanto los injuria. ¿Es que las aves recién nacidas tienen tal instinto discriminatorio con respecto a sus enemigos? Darwin dice: -El temor por cualquier enemigo en particular es ciertamente una cualidad instintiva tal como puede apreciarse en aves que nidifican. *"Aquí, hasta el hombre parece estar incluido entre los enemigos instintivamente temidos; y en otro párrafo él dice: los pollitos han perdido totalmente el hábito del temor hacia el perro o el gato, el cual, sin duda, era originariamente instintivo para ellos"*. Mis propias observaciones apuntan a una conclusión opuesta y puedo decir que he tenido innumerables oportunidades para estudiar los hábitos de las crías de las aves.

Animales de todas clases, jóvenes y adultos, se estremecen por temores instintivos ante cualquier objeto extraño que se les acerque. Un trozo de papel de diario llevado accidentalmente por el viento es un objeto que despierta tanto terror a un pajarillo sin experiencia como un buitre que ya está aterrizando, trayendo la muerte en sus garras. Entre los pájaros que aun no pueden volar hay, empero algunas curiosas excepciones así las crías de la mayoría de las lechuzas y palomas se excitan más con la ira que con el temor, y, encrespando su plumaje, se levantan picoteando y golpeando al intruso con sus picos. Otros se acuclillan en el fondo del nido o se aprietan contra su suelo, estando su temor, aparentemente, en proporción a cuán repentinamente haya irrumpido el extraño animal u objeto sobre ellos; mas, si el enemigo mortal se acerca cauta y lentamente, tal como lo hacen las víboras -y las víboras deben ser enemigas tradicionales de las aves-, éstas no demuestran temor ni recelo, aun cuando el enemigo esté totalmente a la vista y casi listo para el ataque. Esto, debe entenderse, ocurre cuando no hay un grito de alerta proferido por los padres. Este agazaparse, y en algunos casos esconderse, del objeto que con rapidez se les acerca es *"lo salvaje"* de la cría, lo que, dice nuevamente Darwin, es mayor en especies salvajes que en las domésticas. A la extrema mansedumbre de los ñandúes pequeños ya me he referido. He observado también perdices, chorlos y gallaretas, etc., empollados por aves domésticas. La única diferencia entre las crías salvajes y las domésticas, es que las primeras son, por lo general, mucho más activas y vivaces. Pero hay muchas excepciones y si esta mayor capacidad de vigilancia y actividad es a lo que se refiere por *"salvajismo o rusticidad"*, entonces las crías de las especies salvajes -el ñandú, el chajá, etc.- son actualmente más mansas que nuestros pollitos y patitos recién nacidos.

Volvamos a lo que se puede observar en aves nidificando. Cuando son muy pequeños y antes de que su educación esté avanzada, si uno se les acerca y toca con cautela, abren sus picos y se alimentan rápidamente tanto del hombre como de sus padres. Pero, si siendo así alimentados, regresan sus padres y emiten sus notas de alarma, instantáneamente cesan sus lamentos hambrientos, cierran sus picos ávidos y se encogen en el fondo del nido. Este temor causado por el alerta de sus padres comienza a manifestarse antes de que salgan del cascarón -y mis observaciones sobre este tema se refieren a seres de tres especies muy separadas entre sí-; cuando el pequeño prisionero está picoteando la cáscara y se escucha su débil piar como rogando se le permita salir si esa nota de alerta es lanzada aún desde considerable distancia, los golpes y quejidos cesan instantáneamente y el polluelo permanece inmóvil en el cascarón largo tiempo o hasta que los

padres emiten una nota distinta, que le comunica que el peligro ha pasado. Otra prueba de que el empollado no tiene ningún conocimiento instintivo hacia enemigos particulares sino que se los enseñan sus padres, se comprueba en las costumbres tan llamativamente contrastantes entre la cría resultante de un intruso y los reales dueños del nido, aun antes de abandonarlo, cuando no están todavía capacitados para hallar su propio alimento. No he tenido oportunidad de observar estos hábitos en el cucú joven de Inglaterra, en lo que se refiere a este punto, y no sé si otros observadores le han prestado atención a este asunto o no, pero estoy familiarizado con el comportamiento del intruso estelar o boyero sudamericano³⁰. Los gritos de alerta de sus padres adoptivos no tienen sobre el boyero el más mínimo efecto. Hasta que sean capaces de volar están siempre listos para devorar gusanos de la mano del hombre, aun cuando los pájaros adultos les revoloteen cerca y los alerten del peligro y mientras sus propios polluelos, si el intruso ha permitido que alguno sobreviva en el nido, se encogen con gran temor. Cuando el boyerito ha dejado el nido, sigue siendo tontamente manso y más de una vez he visto a uno arrebatado de la rama en la cual estaba posado, por un chimango, cuando, si hubiese entendido el grito de alarma dado por sus falsos padres, se habría dejado caer entre el matorral o pasto y habría escapado con vida. Pero, tan pronto como los boyeros pueden huir por sí mismos, comienzan a asociarse con sus congéneres, sus hábitos cambian y se tornan suspicaces y salvajes como los otros.

Sobre este tema -el último período en el cual el joven intruso le toma miedo al hombre- y también con referencia a todo el tema de discusión, he de agregar una observación que alguna vez hice con una torcacita empollada y criada por una paloma en mi hogar en la pampa. Un enorme ombú crecía cerca del palomar³¹ y algunas de las palomas solían hacer sus nidos en las ramas horizontales más bajas. Un verano, una paloma de la especie más común *zenaida maculata*, un tercio del tamaño de la doméstica, dejó un huevo en uno de esos nidos y su cría fue empollada y criada, y, a su debido tiempo, cuando pudo volar, fue traída al palomar. La observé muchísimo y era evidente que este pichón adoptado, aun cuando con las palomas, no era, ni jamás sería, una de ellas, pues no podía aquerenciarse ni aceptar sus petulantes galanteos. Cada vez que un macho se le acercaba y con ruidos guturales y extraños gestos le hacía una pomposa declaración de sus sentimientos amorosos, la paloma golpeaba vigorosamente a su indeseado amante y lo ahuyentaba pese a su gran tamaño; además, por regla general, se posaba a unos entre treinta y sesenta centímetros de distancia del resto. Era también un macho, pero sus compañeros, con sus instintos atenuados por la domesticación, ignoraban su sexo y su especie distinta. Bien, ocurre que mis palomas, no habiendo sido jamás alimentadas, puesto que siempre encontraban su sustento en las llanuras, como los pájaros salvajes, eran, aunque domésticas, no tan mansas como las de Inglaterra. No permitían que nadie se acercase a más de dos metros sin alzar el vuelo, y si se les arrojaba granos, o no se acercaban o lo hacían cautelosamente. Por supuesto las palomas jóvenes siempre adquieren el mismo grado de suspicacia demostrado por los adultos tan pronto como pueden volar y aparearse. Pero la torcaza intrusa no sabía qué era lo que significaban ni sus gestos ni sus notas temerosas que eran emitidas cuando alguna persona se acercaba demasiado, y como no veía a ninguna de su especie, ella no adquirió aquellos hábitos. Por el contrario, era perfectamente mansa aun cuando por nacimiento fuera un ave salvaje, y no demostraba más temor hacia un caballo que hacia un hombre. Durante todo el invierno permaneció con las palomas, pero al acercarse la primavera, el tenue lazo que las unía comenzó a aflojarse, su compañía le fue menos y menos simpática y comenzó a llevar una vida solitaria. Aun no iba a los árboles. Se acercaba a las casas y su sitio favorito era una rama colgante sobre un techo de una galería cubierta con un parral, justo sobre la entrada principal. Ahí permanecía varias horas del día sin hacer caso de las gentes que entraban y salían, y cuando comenzó el calor, hinchaba su pecho y, para nuestro placer, arrullaba por horas.

³⁰ *Molothrus bonariensis*: renegrido o tordo común de Azara. Dice Hudson en *Aves del Plata* que su nombre más conveniente es "boyero argentino".

³¹ Es indudable que esta observación fue realizada en "Las Acacias", pues en ese, el hogar de su infancia y comienzos de su adolescencia, existía un palomar al que alude en "Allá Lejos y Hace Tiempo"

Podemos, sin duda, aprender más por la observación del comportamiento de pichones y pájaros jóvenes; pero aun así, yo encuentro mucho más en los hábitos confirmados de los adultos para fortalecer mi creencia de que el temor hacia ciertos enemigos particulares es en casi todos los casos -ya que no diría en todos- el resultado de experiencia y tradición.

Los halcones son los enemigos más declarados, violentos y persistentes que tienen los pájaros, y es realmente sorprendente ver cómo las especies perseguidas conocen el poder dañino que poseen las distintas especies de rapaces y con qué exactitud el grado de alarma se exhibe en proporción al daño que puede ocasionarles. Algunos rapaces nunca atacan a los pájaros, sólo ocasionalmente, y todavía otros sólo lo hacen contra la cría y los indefensos. Y hablando de la zona del Plata en donde he observado halcones, desde el chimango -ave que se alimenta primordialmente de la carroña- al destructor halcón viajero, hay una gran variedad de hábitos depredadores y todos los grados de coraje. Empero, todas estas especies son tratadas de distinta manera por aquellas que pueden ser cazadas, y se las respeta tanto como la fuerza y el coraje que les puedan oponer y no más. Tal discriminación puede parecer increíble a quienes no están familiarizados con las modalidades de pájaros salvajes; yo pienso que no podría existir si el temor demostrado fuese resultado de la herencia o del instinto. No habría un límite para los errores de tales instintos y en las zonas donde los halcones son extremadamente abundantes, la mayoría de los pájaros estaría en un continuo estado de alarma. En la pampa, la aparición del comparativa-mente inofensivo *chimango*³² no provoca la menor alarma entre los pájaros pequeños, aun cuando a la distancia parece un gavián y también ataca rápidamente a los pichones, enfermos y heridos; todos los demás saben cuán poco tienen que temerle. Cuando aparece inesperadamente rozando un cerco o una arboleda en raudo vuelo, a veces se lo confunde con una especie más peligrosa; se produce entonces un revuelo de alarma, algunos pájaros alzan vuelo elevándose, pero en dos o tres segundos descubren su error y vuelven a posarse tranquilamente, no prestándole más atención al despreciable carroñero. Por otro lado, he confundido con frecuencia a un gavián (*Circus cinereus*), cuando su plumaje aun estaba marrón), con un chimango, y sólo descubría mi error al ver la conmoción en los pajarillos. El gavián que he mencionado, también el *C. macropterus*, se alimentan en parte de pájaros pequeños a los que arrebatan del suelo y les clavan sus garras. Cuando el gavián aparece con un vuelo demorado, cerca de la superficie, conmueve los alrededores con un aura de alarma, y los pajarillos gritan o pían excitadamente y se esconden entre el pajonal o los pastos, pero la alarma no se extiende lejos y se disipa tan pronto como el gavián haya seguido su camino. Las águilas *Buteo* y *Urubitinga* son mucho más temidas, y provocan una alarma más generalizada, y realmente son más dañinas y destructivas para los pájaros de lo que son los gaviánes.

Otro ejemplo curioso es el del halcón caracolero -*Rostronamus sociabilis*. Esta ave pasa el verano y se reproduce en los pantanos de el Plata y los pájaros ni le prestan atención pues se alimenta exclusivamente de caracoles de agua: *Ampullaria*. Pero cuando visita montes y cultivos para dormir, durante la migración, su aparición crea tanta alarma como las águilas reales, a la cual tanto se parece. Los pájaros del monte, que no tienen costumbre de verlo, desconocen sus hábitos de caza y lo poco que deben temer su presencia. Puedo también hacer mención de que las aves del Plata parecen temer menos al halcón blanco, *Elanus*³³ que a los otros halcones y creo que su apariencia singular y tamaño parecido con la gaviota común de la zona, su níveo plumaje y forma de vuelo, provocan un efecto engañoso sobre muchas especies y las tornan poco recelosas.

El halcón viajero, de amplio campo de acción, es una especie común en el Plata, aun cuando, singularmente no ha sido incluida en ninguna noticia de la avifauna de esa región antes de 1888. La consternación provocada por su aparición es mucho mayor que la producida por cualquier rapaz de los mencionados y es incuestionablemente mucho más destructor para los pájaros, ya que son su exclusiva caza, y como regla, sólo elige la carne de la cabeza y el cogote y deja intactos sus cuerpos para el chacal o el chimango. Cuando el halcón viajero aparece raudo por los aires, en una línea

³² *Idem* n. 2

³³ *Elanus leucurus*, halcón blanco, cuidadosamente descrito por el autor en *Aves del Plata* p. 216.

recta y a una gran altura, el mundo emplumado es llevado a la mayor conmoción; todas las aves, desde las especies menores a las mayores, como los patos, las bandurrias y los chorlos, se desplazan despavoridas por el aire. Cuando el halcón ha desaparecido, la ola de terror, de acuerdo con su intensidad, subsiste tras ello y las aves continúan locamente excitadas por un tiempo, lo que demuestra cuán hondamente han sido conmovidas, pues, por lo general, el temor es tan sólo transitorio en sus efectos sobre los animales.

Debo, antes de concluir esta parte de mi tema, mencionar a otro rapaz, también un verdadero halcón, pero diferenciándose del viajero por ser exclusivamente un halcón de los bañados. En cuanto a su tamaño, es la tercera parte del que tiene el "*viajero*" macho, al cual se le parece en sus alas puntiagudas y su modo de volar, pero su vuelo es más veloz. El total de su plumaje es de un color gris uniforme. Desdichadamente, aun cuando lo he observado por más de un centenar de veces, nunca he podido atrapar a uno solo de su especie, ni lo hallo parecido a cualquier otro halcón americano ya descrito, así que hasta el presente debe permanecer sin nombre³⁴. Si se lo juzga desde el efecto que produce su aparición, ha de ser aun más peligroso y destructivo que su congénere de mayor tamaño, el halcón viajero. Vuela a gran altura y a veces desciende verticalmente y con extraordinaria velocidad, produciendo sus alas un sonido profundo de trompeta. Es evidente que el sonido es producido a voluntad y resulta menos ventajoso para él que para los pájaros perseguidos. Sin duda puede permitirse desdeñar el poder de vuelo de su presa, y he llegado a creer que se deleita al comprobar la consternación causada por su bronco sonido de trompeta. Quizá esto sólo sea una fantasía, pero algunos halcones realmente sienten placer en perseguir y golpear a los pájaros cuando no buscan en ellos una presa. El halcón viajero ha sido observado -dice Baird- capturando pájaros sólo para matarlos y abandonarlos. Muchos de los felinos que conocemos evidencian un hábito similar, sólo que éstos prolongan su placer practicando una crueldad más refinada y deliberada.

La repentina aparición de un halcón en lo alto produce un efecto sorprendente, digno de ser juzgado. Con frecuencia he visto a los habitantes del bañado, sobrecogidos por el pánico, actuando como si hubiesen enloquecido, y luego tornarse desaprensivos hacia cualquier otro peligro; y en tales oportunidades he levantado la vista, seguro de ver en sus alas puntiagudas, una amenaza de muerte suspendida sobre ellos en el cielo. Todos los pájaros en vuelo descienden, como heridos por un tiro, entre el cañaveral, los patos alejados de las orillas estiran horizontalmente sus cuellos y arrastran sus cuerpos, como si estuvieran heridos, hacia un refugio más seguro; no hay pájaro alguno lo suficientemente audaz de elevarse y revolotear alrededor del merodeador, un procedimiento usual en el caso de otros halcones; a cada repentino descenso que hace el halcón, amenazando con lanzarse sobre su presa, se escucha un débil grito de terror emitido por los pájaros que están debajo, un sonido que dice de una emoción tan contagiosa que se difunde veloz, cual un murmullo que cubriese el pajonal, tal como si una ráfaga de viento hubiese arrastrado el quejido a través de los pajonales. Mientras el halcón se mantiene sobre sus cabezas a una distancia de unos treinta y cinco metros, amenazando a intervalos con arrojarse hacia abajo, ese sonido murmurante, compuesto por centenares de quejidos individuales se escucha en aumento o disminución, y, ocasionalmente, cuando ese descenso es mayor, se eleva a un agudo grito de terror.

A veces, cuando he estado cabalgando sobre los bajíos, uno de estos halcones se ha colocado sobre mi cabeza a unos diez o quince metros, y es probable que hayan adquirido este hábito de seguir a un jinete porque de este modo pueden caer sobre cualquier pájaro que su paso haya levantado. En una oportunidad mi caballo casi pisó una pareja de agachonas acurrucadas por el terror entre el corto pasto. En el instante que uno voló, el halcón lo golpeó y la punta de su ala me rozó violentamente la mejilla en su descenso; a la altura de las rodillas de mi caballo uno escapó metiéndose bajo la brida, dejándose caer a mi otro lado mientras el halcón alzaba vuelo y se alejaba.

Para resumir: pienso que estoy justificado en creer que el terror a los halcones como a los hombres, es en casi todos los casos el resultado de la experiencia y la tradición. Empero, creo que es

³⁴ Hudson se refiere a él en "Aves del Plata", aparece clasificado como "Halconcito gris" *Spizapteryx circumcinctus*

probable que en algunas especies que siempre han vivido en libertad, continuamente expuestas al ataque por ser preferidas como alimento por sus cazadores, tales como el pato, la agachona y el chorlito, el terror por el halcón puede ser una costumbre heredada. Me inclino a creer que entre los passeriformes, las golondrinas señalan un heredado temor hacia los halcones. Las golondrinas y los picaflones tienen menos que temer a los cazadores; pero mientras los picaflones con rapidez persiguen y molestan a los halcones, por tener de ellos la misma idea que de las palomas o de las garzas, las golondrinas, en todas partes, manifiestan el máximo temor ante el acercarse de un verdadero halcón; también temen ellas a otros rapaces pero en un grado mucho menor. Se ha dicho que una manía de los halcones europeos es el de cazarlas en vuelo, pero éste parece un hábito raro, excepcional en Sudamérica. Nunca he visto a un ave rapaz intentar perseguir a una golondrina. La pregunta que por lo tanto surge es: ¿Cómo nació este innecesario temor, tan universal en las golondrinas? ¿Puede ser la supervivencia de un lejano pasado, una época en la que algún pequeño halcón, de gran alcance de vuelo, de hábitos aéreos como la propia golondrina, se alimentara preferentemente sólo de ellas?

NOTA: Herbert Spencer, quien acepta la inferencia de Darwin, explica cómo el temor de los hombres, adquirido por la experiencia, se torna instintivo en las aves, en el siguiente pasaje: “Es sabido que en las nuevas tierras descubiertas, no habitadas por el hombre, los pájaros están tan exentos de temores como para permitir ser golpeados con una vara; por eso, en el curso de las generaciones, el terror que le van tomando al hombre que se les acerca, las hace volar, y ello se manifiesta tanto en los pájaros adultos como en los jóvenes. Ahora, a menos que este cambio sea atribuido a la matanza de los menos temerosos y la preservación y multiplicación de los más temerosos los cuales, considerando el bajo número de los muertos por el hombre, no sería la causa exacta, debería ser imputada a experiencias que se acumulan; y, cada experiencia debe ser tenida en cuenta en el resultado final. Debemos pensar que en cada pájaro que escapa con las agresiones del ser humano o es alertado por los gritos de otros integrantes de la bandada (Criaturas gregarias sin inteligencia que son necesariamente más o menos solidarias) se ha establecido una asociación de ideas entre el aspecto humano y las penas directa o indirectamente sufridas por la intervención humana. Y nosotros debemos, por lo tanto, aceptar que el estado de conciencia que compele al pájaro a huir es al principio nada más que la reproducción ideal de aquellas pesadas impresiones que antes seguían a la aproximación del hombre y que tal reproducción ideal se torna más vívida y masiva cuando las experiencias dolorosas directas o afines, aumentan, y que así la emoción en su estado incipiente, no es más que el revivir de la penas experimentadas

"Como en el transcurso de las generaciones, los pájaros jóvenes comienzan a demostrar su temor hacia el hombre, antes de haber sido atacado por él, es válida la deducción de que el sistema nervioso de su raza ha sido modificado por estas experiencias, y no tenemos sino que llegar a la conclusión de que cuando un pájaro joven es impulsado a volar es porque la impresión producida en sus sentidos por la cercanía del hombre asegura, a través de un incipiente acto reflejo, una excitación parcial de todos aquellos nervios que en sus antecesores habían sido excitados bajo iguales condiciones, y que esta excitación parcial tiene un acompañamiento consciente penoso y que esa vaga conciencia dolorosa, al surgir, constituye una emoción inseparable en experiencias específicas y, por lo tanto, aparentemente homogéneas". (Essays, vol. 1 p. 320).

Es confortante saber que la "inevitable derivación", es, después de todo, errónea y que el sistema nervioso de los pájaros aun no ha sido alterado como resultado de la persecución del hombre, pues si así fuese, llevaría mucho tiempo deshacer tal daño y estaríamos, en verdad, lejos de esa "mejor amistad" con esas criaturas aladas que muchos de nosotros desearíamos ver.

CAPITULO VI

Instintos Heredados y Precoces

Bajo este título he reunido varias notas de mi diario, sobre temas que entre sí son inconexos, excepto en cuanto se relacionan, sobre todo, con los instintos heredados de algunos animales a los cuales he observado, y a los de sus crías en la primera época de su vida.

Mientras apresaba murciélagos un día de diciembre, capturé una hembra de la especie común bonaerense -*Molossus bonariensis*- con sus dos hijos adheridos a su cuerpo, tan grandes que parecía increíble que pudiese volar y cazar insectos llevando un peso que debería voltearía, La cría tenía acaso sólo un tercio menos que el tamaño de la madre, de modo que debía de cargar un peso que en mucho excedía el propio. Estaban prendidos de su pecho y vientre, uno a cada lado, tal como recién nacidos; es posible que el pequeño murciélago no cambie de posición ni se mueva a otras partes del cuerpo, como las comadrejas jóvenes desarrolladas, hasta que esté suficientemente maduro como para comenzar una vida independiente. Al separarlos de su madre por la fuerza, descubrí que aún no podían volar, pero cuando estuvieron libres aleteaban débilmente por el suelo. Este murciélago me pareció más agobiado con su cría que cualquier otro animal que haya observado. He visto una vieja comadreja -*Didelphys azarae*- con once hijos grandes como ratas viejas -tenía la madre un tamaño menor que el de un gato- colgados todos de distintas partes de su cuerpo; pese a ello era capaz de trepar rápidamente y con gran agilidad hasta las ramas más altas de un árbol. El peso era en este caso relativamente mayor que el del murciélago hembra, pero la comadreja nunca se desprendía del árbol, y además se ayudaba con sus patas, que se prendían como manos con garras arqueadas, con sus dientes y su larga cola prensil. La pobre murciélago en cambio, debía buscar su medio de vida en el aire, persiguiendo su presa con la rapidez de la golondrina, y me parecía sorprendente que hubiese podido soportar esa carga con sólo su par de alas y, a pesar de ello, tener suficiente actividad para alimentarse y alimentar a su cría.

Por fin la libérté y la vi alejarse y desaparecer entre los árboles, después de lo cual coloqué su cría en el lugar donde las había hallado, en una rama de espeso follaje de una acacia pequeña. Cuando estuvieron libres, comenzaron a trepar entre las hojas y ramas tiernas de la manera más hábil, asiendo una ramita con sus dientes, luego abrazando todo un ramillete de hojas con sus alas, tal como un ser humano tomaría una cantidad de ropas sueltas y las sostendría apretándolas contra su pecho.

El cuerpo entonces emergía por encima de las hojas sujetadas y una ramita más alta era sujetada por los otros dientes; así siguieron hasta ganar la altura que deseaban, y entonces procedieron a engancharse desde una rama y colocarse en posición invertida, uno junto al otro; tras esto, uno escondió su cabeza y se durmió mientras que el otro comenzó a lamerse el ala donde yo había presionado la delicada membrana con el índice y el pulgar. Más tarde intenté alimentarlos con pequeños insectos, pero rechazaron mis amistosas intenciones del modo más rotundo, rechazándome de plano cada vez que me acercaba. Al anochecer, me coloqué cerca de un árbol, y a

poco tuve la satisfacción de ver que la madre volvía en vuelo directo hacia el lugar donde yo la había apresado, y poco después se iba volando sobre los árboles con sus mellizos.

Si presumimos que estos dos jóvenes murciélagos habían -antes que los encontrase- vivido parasitariamente adosados a su madre, la destreza de sus actitudes cuando fueron liberados y sus coléricas demostraciones al acercarme, eran sorprendentes; es que en todos los mamíferos que nacen en estado de perfecto desamparo como los roedores, las comadrejas, los edentados y aun los marsupiales, los instintos de auto-preservación se desarrollan gradualmente después de que comienzan sus actividades cuando los conduce la madre y juega con ellos o lo hacen entre sí. En el murciélago, los instintos han de madurar a la perfección sin ejercitación previa o entrenamiento y mientras el animal existe tan pasivamente como un fruto pendiendo del tallo.

He observado que mucha cría desvalida de algunos mamíferos que recién he mencionado parece al principio no tener una comprensión instintiva del lenguaje de sus padres, de alarma o de temor, cosa que los pajaritos tienen aun antes de abrir los ojos. Ni es necesario que ellos tuviesen tal instinto, dado que en la mayoría de los casos, están bien protegidos en la madriguera o sitios seguros; pero cuando están expuestos debido a un accidente, la falta de ese instinto hace que la tarea de protegerlos sea para la madre doblemente difícil. Una vez sorprendí a una comadreja -*Galictis barbara*³⁵ - cuando estaba empeñada en mudar, o más bien en conducir, a su cría; y cuando estuvo obligada a alejarse de ellos, aun permaneciendo cerca, y emitiendo los lamentos más fuertes de enojo y solicitud, la cría continuó llorando penosamente con sus voces agudas y moviéndose en forma circular, sin hacer el más leve intento de escapar o de ocultarse como lo hacen los pichones.

Algunas lauchas de campo procrean sobre la superficie del suelo en nidales pobremente contruidos, y su cría es ciertamente la cosa más desvalida en la naturaleza. Es posible que donde exista esta peligrosa costumbre, los padres tengan un complejo instintivo admirable de protección para su cría, sumado a los instintos ordinarios de la mayoría de los animales de esta clase. Esta idea me fue sugerida por el comportamiento de una laucha que presencié por casualidad. Mientras cruzaba un campo de rastros en un día de otoño, cerca de Buenos Aires, súbitamente oí un coro de voces agudas que surgía desde cerca de mis pies: el familiar, excesivamente agudo sonido, como de agujas, emitido por ratonzuelos aún ciegos y desnudos, cuando son molestados o están dolidos. Al bajar la vista observé junto a mi pie un nidal; eran nueve ratoncitos retorciéndose y gritando, pues la madre, asustada por mi paso, se había alejado rápidamente, dando vuelta, en su prisa por escapar, el frágil techo de hierbas sueltas y flores de cardo secas que los cubrían. La vi huir, pero tras de haber corrido unos seis metros se detuvo, y volviéndose como para vigilarme, aguardó con temor y temblando. Permanecí perfectamente inmóvil, que es la manera más ajustada para aquietar el temor y la sospecha en cualquier ser salvaje; en pocos minutos regresó, pero con suma cautela, con frecuentes pausas para detenerse y temblar, y disimulando su proximidad entre las cañas de maíz y las pequeñas irregularidades del suelo, hasta que al alcanzar el nidal tomó uno de los pequeños en la boca, y a la carrera se alejó unos nueve metros y lo escondió entre una mata de pastos secos. Lo depositó y volvió por segunda vez, y de la misma manera cauta, tomando otro, se dirigió al mismo lugar y lo depositó junto al primero. Lo curioso fue que el primero había continuado lamentándose tras haber sido ocultado por su madre, pues yo lo oía claramente por ser un día muy sereno, pero cuando depositó el segundo ratón, los lamentos cesaron. Por tercera vez volvió la vieja laucha, y en lugar de dirigirse al mismo sitio, como yo esperaba, se alejó a la carrera en dirección opuesta y desapareció entre el seco pastizal; el cuarto fue llevado al mismo sitio que el tercero; y de este modo todos fueron mudados a una distancia de varios metros del nido y depositados por parejas hasta que el último quedó solo. A su debido tiempo volvió por él y se alejó en otra dirección, y pronto estuvo fuera de mi vista; aun cuando esperé por unos largos diez minutos, no regresó ni pude hallar a los ratonzuelos cuando los busqué y traté de escuchar sus gritos.

He observado frecuentemente a los corderos recién nacidos en la pampa; y nunca he dejado de

³⁵“Puffbal” un fungus lleno de tierra del género *lycoperdon*

sorprenderme por la extrema imbecilidad que demuestran en sus actos, aunque esto pueda deberse en parte a la degeneración heredada a causa de su domesticación. Esta situación de imbecilidad se continúa por dos y a veces tres días, durante los cuales el cordero, en apariencia, actúa puramente en base a instintos, los que están lejos de ser perfectos; pero tras ello, la madre y la experiencia le enseñan un comportamiento mejor. Cuando es recién nacido, su primer impulso es el de luchar para poder pararse; el segundo, mamar, pero aquí no discrimina como el polluelo recién nacido que elige su propio alimento, pues no sabe chupar. Se pone en la boca lo que tenga más cerca, en la mayoría de los casos un mechón de lana del cuello de la madre, y lo seguirá chupando por tiempo indefinido. Es muy probable que el fuerte olor de la secreción de las ubres de la oveja, a la larga lo atraiga; y que sin algo semejante que lo guíase, en muchos casos podría realmente morirse de hambre sin hallar la ubre. He visto corderos que tras muchas horas de su nacimiento, continúan prestando atención a los vellones del cuello o las patas delanteras de la madre, y creo que en esos casos el tiempo que demoran en encontrar su fuente de nutrición es debido a un defecto de su órgano olfativo. Su próximo instinto importante, que se pone en marcha en cuanto puede pararse sobre sus patas, lo impele a seguir cualquier objeto que se aleja, y, por otra parte, a escapar de cuanto se le acerca. Si la madre se vuelve y se le aproxima, aun desde una corta distancia, retrocede y se aleja con temor, y no entiende su llamado cuando bala; pero, al mismo tiempo, sigue confiadamente al hombre, perro, caballo u otro animal que se mueva alejándose. Es algo muy común en la pampa, en la zona ovejera, ver un cordero despertarse sobresaltado y seguir a un jinete casi junto a las patas de su caballo. Esto es desesperante para un hombre de buenos sentimientos, pues no logra apartar a ese bobalicón, y si continúa su andar, no importa a qué velocidad, lo seguirá a la par, o al menos no lo pierde de vista, por más de un kilómetro o más, y pierde a su madre. El gaucho, que no es compasivo, con frecuencia elimina toda preocupación y demora propinándole un golpe despiadadamente con el cabo de su rebenque, y sin detener su caballo. He visto un cordero de unos dos días, despertar e inmediatamente iniciar la caza de un hongo grande lleno de tierra, casi del tamaño de una cabeza humana, que pasó rodando sobre el pasto empujado por el viento, y lo persiguió por más de cuatrocientos metros hasta que esa pelota seca fue frenada por una mata de gruesos pastos. Esta torpeza de su instinto desaparece rápidamente en cuanto el cordero aprende a distinguir de entre todos los objetos a su madre, y su voz de entre todos los sonidos. Cuando tiene cuatro o cinco días se despierta con sobresalto, y en lugar de correr ciegamente tras cualquier objeto que se aleja, mira alrededor y al reconocer a su madre, corre hacia ella.

He sido sorprendido muchas veces por la superioridad de la *"pampa"* o *"criolla"*³⁶ -la vieja cría de oveja nativa- por el mayor vigor de la cría sobre las variedades europeas mejoradas. La oveja pampa descende de la primera oveja introducida en el Plata hace tres centurias, y es un animal alto, flaco, huesudo, de carne magra y seca como la del venado y de lana larga y lacia como la de la cabra. En su lucha por la existencia, en un lugar sujeto a repentinos cambios de temperatura, a sequías y escasez de pastos, ella ha perdido en gran parte las cualidades que la hacen valiosa para el hombre, ya como alimento o como productora de lana; pero, por otro lado, ha recobrado en cierta forma el vigor del animal salvaje, siendo capaz de vivir sin reparo y necesitando de sus dueños sólo protección contra los carnívoros mayores. Tiene olfato sensible, es rápida para disparar, muy activa y próspera donde otras razas perecerían rápidamente. Muchas veces he contemplado, en pleno invierno, un cordero recién nacido, sobre un suelo escarchado, en medio de un viento muy frío, que en menos de cinco segundos se ponía en pie y parecía tan vigoroso como cualquier otro cordero de un día de otra raza. La madre, impaciente por la corta demora, y sin aguardar a amamantarlo, se ha alejado a un trote rápido tras la majada, diseminada y galopando delante del viento más como guanacos que como ovejas, con el corderito, traído al mundo hace apenas un minuto, corriendo libremente a su lado. Sin dejar de considerar el gran vigor que demuestran tener las ovejas de la pampa, no han superado totalmente su herencia doméstica hasta ser capaces de mantenerse si son totalmente libradas a sí mismas. Durante la primera mitad de la centuria, cuando la cría de ganado comenzó a ser redituable, no valía la pena esquilar, pues la lana no valía nada y el peón gaucho no

³⁶ En castellano en el original. (N. del T.)

comía cordero si podía obtener carne vacuna, Algunos estancieros³⁷ de la zona sur decidieron deshacerse de las ovejas pues no tenían ya valor para ellos, y se condujeron muchos rebaños hacia las afueras, y se las abandonaba en el desierto. De los muchos miles así obligados a bastarse a sí mismos, no sobrevivió ni una pareja para procrear una nueva raza de ovejas salvajes. En poco tiempo los pumas, perros cimarrones y otros animales de caza, las destruyeron. Sus valiosas cualidades habían tenido precio en otras épocas; al presente, sólo las clases mejoradas son apreciadas, y las ovejas originales están desapareciendo rápidamente aun cuando todavía se las puede ver en regiones alejadas y pobres, especialmente en la provincia de Córdoba, y es probable que dentro de poco tiempo se hayan extinguido a la par que la curiosa “*vaca ñata*” de la pampa.

Asiduamente he podido observar las crías de uno a tres días de los *Cervus campestris* -el venado común de la pampa- y lo perfecto de sus instintos a tan tierna edad parece sorprendente en un rumiante. Cuando un jinete se aproxima a la gama, aun si está acompañado por perros, ella permanece inmóvil, fijando su mirada en el enemigo; su cría, inmóvil, permanece a su lado; luego, como por una seña preconcebida, repentinamente escapa alejándose a su mayor velocidad; tras haber corrido entre setecientos a novecientos metros, se refugia en alguna depresión del suelo o entre los pastos altos; allí se pega al suelo, permaneciendo con el cuello estirado horizontalmente, y ahí queda hasta que la madre lo busque. Cuando su cría ha huido, la gama permanece en su actitud estatuaria, como resuelta a esperar la arremetida, y sólo cuando los perros están cerca suyo escapa, pero invariablemente en la dirección lo más opuesta posible al de su cría. Primero corre lentamente con un andar cojeante y deteniéndose con frecuencia como para incitar a su enemigo, tal como una perdiz, pata o chorlo cuando son separados de su cría; pero cuando comienzan a acorrallar, su velocidad aumenta tanto cuanto triunfa en alejarlos del punto de partida.

El grito de alarma de este venado es como el ladrido sibilante de tono grave y largo alcance; pero al acercarme a una gama con cría, nunca lo he oído, así como no he visto ningún tipo de movimiento de parte de la gama. Está claro, sin embargo, que de alguna manera misteriosa ella le inspira al cervatillo un temor violento y repentino; mientras el cervatillo, por su lado, en lugar de ser afectado como las crías de los otros mamíferos, y de pegarse al costado de la madre, actúa en la forma contraria, y huye de su lado.

De las aves con las que estoy familiarizado, el bello jacana -*Parra jacana*- parece llegar al mundo con sus facultades y fuerza en su estado más avanzado. De hecho, está listo para comenzar una vida activa desde el momento mismo en que deja el cascarón, como pude observar. Hallé un nido sobre un pequeño montículo en una laguna de poca profundidad, conteniendo cuatro huevos con las cáscaras ya picadas por los pichones. A menos de dos metros de ese montículo con el nido había otro, cubierto por pastos gruesos. Desmonté el nido para examinarlo, y los pájaros adultos, excitados más allá de lo normal, revoloteaban cerca y en torno de mí lanzando un ininterrumpido torrente de gritos rápidos reiterados y agudos que sonaban como el rechifle de la policía. Mientras estaba observando uno de los huevos que había colocado sobre la palma de mi mano, éste se abrió de golpe y al momento apareció un pichoncito en mi mano, pero de allí cayó al agua. Estoy casi seguro de que su repentino escapar del cascarón y de mi mano fue resultado del violento esfuerzo por liberarse, y sin duda fue motivado para hacerlo por los gritos persistentes de los padres, oídos aun en el cascarón. Me agaché para salvarlo y noté que mi ayuda no era necesaria, pues tras caer al agua sacó su cuello y, con su cuerpo casi sumergido como si fuese un pato herido procurando escapar de su observador nadó rápidamente hacia el segundo montículo que ya mencioné y, escapando del agua se ocultó entre el pasto, agachándose contra el suelo y permaneciendo quieto como un chorlito.

En el caso de la oveja pampeana o criolla, he señalado que durante su larga y dura vida en el Plata, esta variedad ha recobrado en alguna medida el natural vigor y la habilidad para mantener su existencia durante circunstancias adversas similares a las que afrontaron sus salvajes antecesoras.

³⁷ 3 Idem n. 2.

Lo mismo puede decirse de las gallinas criollas en la pampa, y algunas de mis observaciones sobre las costumbres de esta variedad quizá podrían servir para arrojar luz sobre una enojosa cuestión de la Historia Natural: me refiero al cacareo de la gallina tras la postura un hecho instintivo que ha sido calificado como “*inútil*” y “*desventajoso*”. Si estas aves no viven confinadas, y se les permite poner sus huevos donde deseen, el instinto, como lo conocemos, es ciertamente perjudicial, ya que tanto los perros comedores de huevos como los cerdos se enteran por el cacareo y adquieren la costumbre de ir a la carrera a buscar el huevo, no bien lo escuchan. La pregunta que surge es: ¿la gallina salvaje posee este mismo instinto pernicioso?

La gallina criolla es sin duda descendiente de la original que fuera traída hace tres siglos por los primeros colonizadores, y es probable que no haya sufrido cruce con ninguna otra que hubiese podido mejorar la especie, tal como ahora está ocurriendo rápidamente. Vivió además una vida más libre que el común de las europeas. Es un ave pequeña, flaca, extremadamente activa; pone cerca de una docena de huevos y los empolla todos; es de un color rojo amarillento, un tono común, creo, a las aves de corral de Inglaterra. Las gallinas criollas son fuertes para el vuelo y mucho más carnívoras y rapaces por sus hábitos que otras razas. Los ratones, sapos y pequeñas víboras son buscados y devorados por ellas. En mi casa de la pampa, se criaba una cantidad de gallinas y se les permitía andar libremente por el monte que era grande y por los campos adyacentes en donde había matorrales de cardos gigantes, yuyos rojos y estramonios, etc. Siempre hacían sus nidos lejos de las casas y era casi imposible hallar sus huevos debido a la extrema circunspección que observaban para ir y volver de sus nidos. Cuando lograban escapar de los zorros, zorrinos, comadreas y hurones -y aunque parezca extraño, a menudo lo lograban- entonces conducían sus polluelos fuera de nuestra vista y oído y sólo regresaban durante el invierno cuando eran escasas tanto la cobertura de hojas como la comida. Durante el verano, cuando deambulaba por el monte, a veces solía sorprender alguna gallina semi-salvaje con su cría. Sus gritos enloquecidos y sus movimientos causaban la dispersión de sus polluelos, y desaparecían en distintas direcciones, y hasta que el supuesto peligro hubiese pasado, permanecían echadas y bien ocultas como pichones de perdiz. Estas aves de corral en verano siempre vivían en grupos, cada uno compuesto por un gallo y tantas gallinas como pudiese reunir -generalmente tres o cuatro. Cada grupo tenía su lugar para comer y era donde pasaban la mayor parte del día. La gallina anidaba a una cierta distancia del lugar, a veces hasta cerca de cuatrocientos cincuenta metros. Tras poner un huevo, abandonaba el nido, no caminando, como las otras aves de corral, sino volando. El vuelo era de entre quince y cuarenta metros, después guardaba silencio hasta que llegaba al terreno donde se reunían, y ahí comenzaba a cacarear. De inmediato, el gallo le respondía; entonces la gallina se le acercaba y ya no cacareaba más. A menudo la nota de atención no se lanzaba más que una, dos o tres veces, y en ocasiones una sola y en un tono más bajo que las gallinas de otras razas.

Si acordamos que estas gallinas, durante su larga existencia semi-independiente en el Plata, retornaron a los instintos originales del salvaje *Gallus bankiya*, podemos entender cuán ventajoso debió ser el instinto del cacareo para permitir a la gallina reunirse de nuevo a su grupo en medio de la densa jungla tropical, después de poner un huevo. Si existen en la jungla animales comedores de huevos, lo suficientemente inteligentes para descubrir el sentido de ese cacareo corto y no muy resonante, aun asiles habría sido difícil hallarlo siguiendo el olor del animal, ya que ella vuela del nido enseguida; y es probable que el ave salvaje volase más lejos que la gallina criolla del Plata. De ese modo el clamoroso cacareo de nuestras gallinas parecería no ser más que una forma corrupta de un instinto muy útil.

CAPITULO VII

El Mefítico Zorrino

Quizá fuese posible brindarle al lector una leve idea del carácter odioso de esta criatura (ya que los adjetivos no alcanzan a describirlo), diciendo que a quienes llegan del extranjero, nunca he tenido necesidad de hablarles de las insolaciones, los jaguares, ni del puñal del asesino, pero jamás he omitido el prevenirlos contra el zorrino, describiéndoles minuciosamente sus costumbres y su aspecto.

Conocí un inglés quien, en su primer galope a través de la pampa, vio uno, desmontó rápidamente, y se volvió hacia él para capturarlo. ¡Pobre hombre! Ignoraba que el zorrino siempre está dispuesto a ser cazado. Muchos hombres han sido cegados para siempre debido a la descarga de ese terrible líquido sobre sus rostros. En contacto con una membrana mucosa, quema como el ácido sulfúrico; tal lo que manifiestan los desdichados que han sufrido esa experiencia. ¿Cómo protege la naturaleza al zorrino contra los dañosos efectos de su potente fluido? Yo he hallado zorrinos totalmente ciegos, moviéndose con tanta agilidad que se entiende que la misma ha debido ser de larga data: muy posiblemente en algunos casos, una gota accidentalmente descargada por el mismo animal les ha causado la pérdida de la vista. Nos acercarnos a un zorrino, si nos cubrimos la cara con ropa, queda arruinada. Pero no es sólo esto lo que se debe temer en un encuentro con el zorrino. Lo peor es el olor de su líquido tras lo cual, el del ajo picado es un perfume de lavanda-, que tortura los nervios olfatorios y parece invadir todo el sistema, como si fuese un éter pestilente, causando náuseas a tal punto que el mareo parece, comparándolo, una sensación placentera.

Para quienes conozcan al zorrino sólo de nombre, mis palabras pueden parecer demasiado duras; muchos, sin embargo, quienes hayan estado a corta distancia del animalito, habrán de juzgarlas ridículamente suaves. Y hay que considerar cuál habrá de ser el sentir del que haya vivido la siguiente experiencia, no del todo extraña para el habitante de la pampa. Habrá en baile en una propiedad vecina a algunas leguas de distancia él lo ha estado esperando y se acicala con cuidado monta y parte con ánimo muy bien dispuesto. Es una noche oscura y ventosa pero hay un paso para los jinetes entre el espeso cardal gigante, y al tomarlo, insta a su monta a un suave galope. Desdichadamente, el sendero ya ha sido ocupado por un zorrino, invisible en la oscuridad, que, obedeciendo a sus instintos incontrolados, se niega a moverse hasta que los ligeros cascos del caballo lo golpean y lo envían, como pelota bien pateada, dentro del cardal. Pero las patas delanteras del caballo, quizá hasta la altura de sus rodillas, fueron rociadas, y el jinete, al llegar a campo abierto, desmonta y se aleja a unos veinte metros de su animal y literalmente se *huele*³⁸ cuidadosamente, y con gran alivio se declara limpio. ¡Ni la más mínima gota del diabólico líquido ha tocado sus zapatos de baile! Saltando sobre su montura, continúa hasta el fin de su camino su llegada es festejada calurosamente por los anfitriones, y olvidando rápidamente su pequeño

³⁸En castellano en el original (N.del T)

contratiempo, se confunde entre los alegres grupos de amigos. Al rato, la gente comienza a hablarse en voz baja y a mirarse significativamente; se ve a los hombres sonreír sin razón; la dueña de casa presenta un semblante preocupado; las damas tosen y se llevan sus pañuelos perfumados a las narices, y enseguida comienzan a sentir principios de desvanecimientos y se alejan del salón. Nuestro héroe comienza a advertir que algo anda mal, y al momento descubre la causa: él, desgraciadamente, ha sido el último en la habitación en notar el familiar pero tan abominable olor, elevándose como una mortífera exhalación desde el suelo, imponiéndose sobre los otros olores, y tomándose más fuerte a cada momento. Después de todo, una gota ha tocado su zapato. Y temiendo ser descubierto, y ganando la puerta, se escapa, y rápidamente se encuentra cabalgando rumbo a su casa; conector de que su repentina y temprana partida de la escena pronto será advertida y atribuida a su verdadera causa.

En ese no siempre confiable libro Historia Natural de Chile, Molina nos relata cómo tratan al animal en las regiones trasandinas: *"Cuando aparece uno dice-, alguno de la partida comienza a acariciarlo hasta que se ofrece la oportunidad de asirlo por la cola. En esta posición los músculos se contraen y el animal es incapaz de lanzar su líquido y es muerto rápidamente"*. Del mismo modo, se podría hablar también de acariciar una cobra de capello. Sin embargo, esta falsedad un tanto cómica ha encontrado adeptos a lo largo de América del Sur y del Norte. El profesor Baird la introduce seriamente en su profundo trabajo sobre mamíferos. Cierta vez, estaba yo conversando acerca de animales en un rancho, cuando una persona presente (un oficial argentino), dijo que visitando una toltería le había preguntado a los indios cómo se ingeniaban para matar los zorrinos, sin que a nadie se le hiciese imposible la vida en el desierto. Un cacique viejo, grave, le informó que el secreto residía en tomar el animal audazmente de la cola y ultimarle; pues, agregó, cuando no se teme en absoluto, entonces respeta su coraje y muere dulcemente como un corderito. El oficial, continuando su historia, dijo que al abandonar la toltería sorprendió un zorrino, y feliz de tener una oportunidad para comprobar la verdad, desmontó y puso en práctica el plan del indio. Aquí, tajantemente, concluyó su historia, y cuando con ansiedad le pedí que nos hiciese oír el final, el novel cazador de pieles encendió un cigarrillo y con aire ausente contempló cómo ascendía el humo. Los indios son bromistas serios y rara vez ensayan una sonrisa; y esta vieja broma tradicional del zorrino que ha recorrido el continente y ha logrado introducirse en más de un tratado serio, es su venganza.

Yo he matado a tiros muchas águilas y ocasionalmente algún carancho³⁹ *"Polyborus tharus"*, cuyo plumaje tenía un fuerte olor a zorrino, con lo cual se demuestra que esas aves, acosadas por el hambre, cometen a veces el serio error de atacar a aquel animal. Mi amigo, el Sr. Ernesto Gibson de Buenos Aires, en una nota publicada en *Ibis*, describe un encuentro que había presenciado entre un carancho y un zorrino *"arrastrándose en la forma errática usual en ese cuadrúpedo pestilente. Siguiéndolo a corta distancia estaba un carancho, con evidentes malas intenciones. Cada vez que se acercaba, la cola peluda del zorrino se elevaba amenazante; entonces el carancho se echaba hacia atrás, y después de unos instantes de vacilación, continuaba. Finalmente, tomándose más audaz se lanzó hacia adelante y tomó la amenazadora cola con sus garras, pero de inmediato comenzó a bambolearse con su plumaje erizado, sus ojos lacrimosos, y con expresión que reflejaba desesperación. El zorrino, tras volverse y lanzarle una mirada como diciéndole yo te lo dije, después de unos segundos, se alejó despreocupadamente con su habitual trotecito"*.

Un hombre llamado Molinos, de la Patagonia, quien con frecuencia era contratado como guía por el gobierno durante las Expediciones al Desierto, me dijo que el zorrino abundaba en todo el territorio. Hace unos años, fue enviado con un par de hombres más para localizar y tratar con un cacique cuyo paradero desconocían. Los sorprendió un invierno muy crudo lejos de la frontera; perdieron sus caballos por la sed y la fatiga, y durante esos tres meses duros y difíciles, logró salvarse y salvar a sus acompañantes alimentándose con la carne de los zorrinos, único animal

³⁹ Ídem 38

salvaje que nunca les faltó. Es indudable que en esas planicies yermas donde el zorrino abunda, y se desplaza desaprensivamente día y noche sin enemigos, la temible fuerza de su arma defensiva es la primera lección que la experiencia enseña a cada aguilucho, zorro, gato montés y puma.

Los perros, cuando están obligados, matan a los zorrinos, pero no es para ellos ni un placer ni un juego. Salí, en noche de luna, hacia el lugar donde los perros dormían. Mientras estaba allí apareció un zorrino y deliberadamente se dirigió hacia mí, pasando a través del lugar donde yacían los perros, y mientras lo hacía, uno por uno los animales se levantaron con prontitud, y con sus colas entre las piernas, se retiraron con cautela. Cuando se les obliga a matar zorrinos, con el tiempo, suelen acostumbrarse; pero siempre realizan esa tarea detestable con prontitud, y de inmediato escapan con las bocas espumosas, para restregar sus caras contra el barro y liberarse de la sensación de ardor. En cierta ocasión tenía sólo un perro al que podía hacer enfrentar a los zorrinos, y como los pequeños ladrones eran muchos y continua y desembozadamente se acercaban a las casas, el pobre animal tenía una tarea difícil. El perro los detestaba tanto como los otros, pero era más obediente, fiel y valiente. Siempre que le ordenaba atacar, se me acercaba, me miraba a la cara con ojos que encerraban un piadoso pedido, pero cuando se convencía de que no iba a ser relevado de esa tarea tan repulsiva, cargaba contra el animal condenado con una furia digna de ser elogiada. Lo tomaba entre sus dientes, lo sacudía furiosamente, quebrándole los huesos, luego lo arrojaba a unos metros de distancia, sólo para correr, asirlo nuevamente y repetir la operación, sin duda con el mismo deseo de Calígula, de que todos los zorrinos del mundo tuviesen una sola columna vertebral.

Una vez, visitando a un hermano -criador de ovejas-, lejos de la frontera sur⁴⁰, descubrí, entre los perros, uno realmente interesante. Era grandote, pesadamente tonto, pero de buen humor, tan goloso que cuando se le ofrecía un trozo de carne, parecía que iba a comerse medio brazo, y tan obediente que a una sola voz era capaz de lanzarse contra los cuernos de un toro o afrontar cualquier peligro o muerte. Mi hermano me comentó que, pese a todo, no enfrentaba un zorrino: antes, moriría. Un día lo llevé conmigo y encontré un zorrino; durante una media hora larga, permanecí, desde mi caballo, azuzando a mi cobarde seguidor, urgiéndole a combatir. La sola vista del enemigo le provocaba ataques de temblor; cuando el irascible animal comenzó a avanzar hacia nosotros, llevando a cabo su tarea de ahuyentar al contendiente sin adoptar medidas malolientes -pataleando, alzando y revoloteando su cola como un estandarte de guerra sobre su cabeza-, entonces a duras penas pude retener el perro a fin de que no se volviese enloquecidamente hacia las casas. Mi cruel persistencia tuvo finalmente una recompensa; mis continuos gritos, voces de mando, y batir de palmas, lograron despertar en el bruto una especie de furor. Llevado por emociones contrapuestas, comenzó a girar alrededor del zorrino en un galope lento, ladrando, gruñendo, y con los pelos erizados; finalmente, cerrando los ojos y con un alarido desesperado, atacó. Yo esperé ver al enemigo destrozado en pocos segundos, pero cuando el perro estuvo a menos de un metro, sobrevino la fatal descarga y cayó como herido de muerte. Por un rato permaneció caído, perfectamente inmóvil, observado y regado suavemente por el zorrino victorioso; luego se levantó y se alejó, arrastrándose y quejándose; gradualmente comenzó a apurar sus pasos, y por fin huyó a la carrera. Procuré infructuosamente seguirlo y llamarlo con toda la fuerza de mis pulmones; no me quiso escuchar y se perdió de vista, siendo sólo un punto blanco en la planicie. Al día siguiente apareció al mediodía, flaco, embarrado, tambaleándose como un esqueleto galvanizado. Demasiado debilitado hasta para comer, se dejó caer, y como un cuerpo yacente, permaneció horas, recuperándose con el sueño de los efectos de esas gotas de perfume.

Llegué a la conclusión de que los perros, como los hombres, tienen sus idiosincrasias; pero había ganado y comprobado una vez más si es que era necesario, la verdad de ese noble panegírico de Bacon acerca de la fidelidad de nuestro compañero y servidor.

⁴⁰ Actual ciudad de Tres Arroyos. Visitaba a su hermano Daniel Augusto, quien luego se estableció en Cnel. Brandsen.

CAPITULO VIII

El Mimetismo y los Colores de Prevención de las Langostas

Hay en el Plata una langosta elegante -*Zoniopoda tarsata*- cuyos hábitos en el estado de larva e imago están en extraño contraste, como los de ciertos lepidópteros cuyas larvas forman sociedades y actúan concertadamente. El adulto tiene una coloración protectora, verdosa con bandas marrones o verdes en los muslos, y sus alas posteriores de un rojo brillante, que sólo se advierte en su vuelo. Es solitaria y excesivamente tímida, viviendo siempre oculta entre el espeso follaje y cerca del suelo. Las jóvenes son de un color negro intenso, como si hubiesen sido talladas en azabache o ébano, con costumbres gregarias; viven en grupos de cuarenta o cincuenta hasta de tres o cuatro cientos; y son tan mansas que se las puede recoger a puñados antes de que comiencen, alarmadas, a dispersarse. Sus hábitos gregarios y su negrura -que es, de todos los matices y colores, el más evidentemente visible, bastarían para hacer de ellas las más llamativas de los insectos pero tienen aun otras costumbres que parecen haberles sido asignadas para hacerlas más notorias. Así, permanecen siempre tan unidas que hacen tocar sus cuerpos, y cuando se desplazan se mueven tan lentamente que el caracol más perezoso podría alcanzarlas fácilmente, sobrepasarías y hasta desaparecer de su limitado horizonte, en un tiempo breve.

Con frecuencia eligen para alimentarse alguna mata que sobresale arremolinándose hasta su cúspide, sobre el verde que lo circunda, transformándose en un objeto destacado que llama la atención en todo su alrededor. Cambian a menudo su campo de alimentación; en tales circunstancias cruzan deliberadamente anchos caminos y otros espacios abiertos y faltos de pastos. y así, moviéndose con tanta lentitud que hasta parecen no desplazarse semejan a la distancia un parche de terciopelo negro arrojado sobre el suelo. Así es como de cualquier manera imaginable se exponen e invitan al ataque, pero, a pesar de todo ello nunca he visto a los pájaros hacerlas sus presas, y a veces he mantenido bajo observación a algunas de estas negras sociedades, cerca de las casas por varios días vigilándolas a intervalos en lugares donde los árboles cercanos albergaban pájaros ictéridos y tiránidos, cuclillos, cucú Guira, urracas y otras especies, todas grandes cazadoras de langostas. Una langosta joven es, pese a todo, un bocado raramente despreciado por pájaro ninguno, ya sea insectívoro o herbívoro; y, por lo general es muy tímida, vivaz e invisible. Parece claro que aunque la *Zoniopoda* joven no mimetiza con su forma a ningún insecto negro protegido, lo debe a su color, juntamente con su hábito de exponerse de manera tan llamativa y audaz. La negrura es tan común en los insectos grandes protegidos como, por ejemplo en las hormigas agricultoras, de sabor desagradable, los escorpiones, las arañas peludas, avispa y otras clases peligrosas. Es manifiestamente, un "*color que previene*", el más universal y mejor conocido en la naturaleza; y la langosta, entiendo, mimetiza la modalidad de las especies protegidas o venenosas que los pájaros y otros devoradores de insectos conocen y respetan. Podría creerse que la joven *Zoniopoda* sea ella misma de sabor desagradable, pero es escasamente probable, pues cuando su

engañoso masa oscura cae, su excesiva timidez, su preferencia por ocultarse y su coloración protectora demuestran que es muy buscada por los pájaros.

Mientras consigno esto como un caso indudable de "*mimetismo*", aun cuando difiera en algunos aspectos de todos los otros casos que he informado, no puedo dejar de señalar que este vocablo tan útil, parece estar perdiendo el sentido original que se le dio en zoología. Hay ahora muy pocos casos de un parecido casual hallado entre dos especies, que no se anoten como mimetismo, en algunos de los cuales hasta la más alocada imaginación podría fracasar si quisiese encontrar algún beneficio de la supuesta mimesis. En los casos en que el parecido exterior de un ser débil a una especie muy distinta y bien protegida, o a algún objeto como una hoja o un palito, y cuando tal parecido es manifiestamente ventajoso y ha reactivado y modificado el modo de vida, entonces se concibe que las leves y espontáneas variaciones de estructura y color de la especie desprotegida han tomado ventaja del principio de la selección natural, y se ha descubierto un caso de "*mimetismo*", que se mejora y torna más y más perfecto con el tiempo a medida que las variaciones casuales en el mismo sentido fueron aumentando el parecido.

El bicho canasto es quizá el más acabado ejemplo del parecido con un objeto inanimado; ha sido, por así decir, el fin perseguido por la naturaleza. La semejanza de la mosca *Volucella* con el abejorro, del cual es parásita, es el ejemplo más común de una especie desarrollándose como la otra para su propia ventaja, pues sólo por su engañoso parecido con el abejorro, puede penetrar impunemente en su nido. Estos dos casos, con otros similares, fueron primero llamados "*mimetismo*" por Kirby y Spencer en su siempre amena *Introduction of Entomology*, una obra vieja, pero bastante original en estos días de tratados populares de todo tipo sobre la materia, incluso el único trabajo general sobre insectos en idioma inglés que alguien que no sea un entomólogo puede leer con placer.

Un segundo caso de mimetismo no advertido aún por naturalista alguno es el que se ve en otra langosta que también es común en el Plata -*Rhomalea speciosa de Thunberg*. Es un insecto extremadamente elegante; su cabeza y tórax, color chocolate con manchas de color crema; su abdomen azul acerado o púrpura, un color que no he visto en ningún otro insecto de su familia. Sus alas delanteras tienen un color protector; las posteriores son de un rojo vivo. Cuando está quieta, con sus colores rojo y púrpura ocultos, es tan sólo una langosta bonita, pero en el instante en que alza el vuelo, se transforma en el facsímil de una avispa común del género *Depris*. Estas avispas varían mucho su tamaño, siendo algunas tan grandes como el moscardón; son solitarias y se alimentan de la miel de las flores y de frutas, y además tienen, como las otras avispas, aguijones, pero su picadura no es tan venenosa como la de otros géneros. Además, cuando están enojadas, emiten un olor repugnante, y de este modo tienen una doble protección contra sus enemigos. Su excesiva mansedumbre, su vuelo lento, sus movimientos indolentes, son la demostración de que no están acostumbradas a que se las estorbe. Todas las avispas malolientes tienen sus cuerpos azul acerado o púrpura, y alas de un rojo vivo. Con tanta exactitud la langosta *Rhomalea* mimetiza a la *Pepris* cuando vuela, que he sido engañado una veintena de veces. Hasta las he visto sobre las hojas y después que ha volado y se ha posado, he vuelto a mirarla, para asegurarme de que mis ojos no me han engañado. Es curioso ver cómo este parecido ha actuado y modificado los hábitos de la langosta. Es una gran voladora, y más aérea en sus costumbres que cualquier otro insecto de los que estoy acostumbrado a ver de esta familia; vive siempre en los árboles en vez de hacerlo sobre la superficie del suelo. Abunda en los campos y cultivos alrededor de Buenos Aires, donde su nota, suave y peculiar como una brisa, es escuchada durante todo el verano. Si los antiguos atenienses poseyeron un insecto tan encantador como éste, su gran afición por las langostas no puede parecer extraña; yo sólo deseo que los "*atenienses sudamericanos*", como mis compatriotas a veces se llaman a sí mismos en momentos de alborozo, alberguen un sentimiento semejante hacia el bonito y alegre cantor de sus campos y jardines y le tengan consideración, y no lo inmovilicen con un alfiler.

Cuando se la toma en la mano, tiene la costumbre de todas las langostas de arrojar por la boca

un líquido tinto, y en esta especie la descarga es mucho más copiosa. Tiene otro hábito para defenderse que es muy curioso. Cuando se la captura, se enrosca instantáneamente, como lo hacen las avispas para picar. Lo repentino de su acción, ha hecho más de una vez que la haya dejado caer creyendo por un momento que había asido una avispa. Si los pájaros son engañados y obligados a dejarlas caer o no, es una pregunta de difícil respuesta; pero el instinto ciertamente parece una serie de pequeñas adaptaciones tendientes todas a lograr una semejanza con la avispa más completa y efectiva.

CAPITULO IX

Tormentas de Libélulas⁴¹

Una de las cosas más curiosas con que he tropezado durante mis observaciones sobre la vida animal, se refiere al hábito de las especies más grandes de libélulas que pueblan la pampa y la Patagonia. Las libélulas abundan en toda esa región, allí donde hay agua. Hay varias especies más o menos brillantemente coloreadas. Las clases que excitaban mi asombro debido a sus costumbres son dos veces más grandes que los insectos comunes más ampliamente dotados. Tenían entre ocho y diez centímetros de largo, y por lo general sus colores eran apagados, aun cuando una de ellas -la mayor de todas- lucía un brillante color escarlata. Era, empero, una clase excesivamente rara. Todas las distintas especies (de libélulas grandes) se asocian cuando viajan, y ocasionalmente, en un vuelo compuesto de una bandada de miles, uno de estos individuos brillantemente coloreados reclamará la atención por aparecer tan llamativo entre los otros como una amapola o un geranio escarlata creciendo solo en medio de un pastizal. La especie más común -y en algunos casos toda la bandada parece integrada sólo por éstas-, es la *Aeschna bonariensis*, Ramb., cuyo color predominante es el celeste. Más, lo realmente sorprendente de todas ellas es que únicamente aparecen volando delante del viento sur-oeste, el llamado *pampero*⁴² el viento que sopla desde el interior de la pampa. El pampero es un viento seco, frío, excesivamente violento. Irrumpe sobre la planicie repentinamente, y por lo general es de corta duración; a veces no más de diez minutos; se desata irregularmente y en todas las estaciones del año, pero es más frecuente durante el tiempo caluroso, tras un período sofocante. Es en verano y otoño cuando aparecen las libélulas grandes; no con el viento, sino -y esto es lo más curioso- adelantándose a él y aun cuando no se ven en la región en otros momentos, y frecuentemente aparecen en períodos de larga sequía, cuando todos los bañados y los arroyos por cientos de leguas están secos, deben por supuesto recorrer inmensas distancias, volando delante del viento a una velocidad de 130 a 150 km. por hora. En ciertas ocasiones aparecen casi simultáneamente con el viento, como un relámpago, e instantáneamente desaparecen de la vista. Apenas se tiene tiempo de verlas antes de que el viento azote. Pero, por lo general, hacen su aparición entre cinco a quince minutos antes; y cuando pasan en muy alto número, el aire, hasta una altura de unos tres o cuatro metros por encima de la superficie del suelo en un momento se ve invadido por ellas, que cruzan raudas en dirección hacia el N. E. Si el tiempo es asfixiante y el fuerte pampero se desliza sin acarrear montañas de nubes mezcladas con polvo, y es por lo tanto inesperado, la repentina aparición de una libélula es muy bien recibida, pues ello anticipa la inmediata irrupción de un viento frío. En el expresivo lenguaje vernáculo de los gauchos, esta libélula grande es llamada *hija del pampero*⁴³ hija del viento del suroeste.

Es evidente que estos movimientos masivos y frecuentes de las libélulas no se explican por medio de la hipótesis corriente de la migración de las aves, la ocasional migración de las mariposas

⁴¹ Queremos indicar que en el habla popular, a la libélula se la llama alguacil

⁴² En castellano en el original (N. del T.)

⁴³ Idem n. 2.

o de los mamíferos, como el reno o el búfalo del Ártico americano, los cuales, según Rae y otros observadores, realizan largos viajes hacia el norte y sur en estaciones; fijas, obedeciendo a un “*sentido de polaridad*”. Ni este hipotético sentido de los animales, ni la “*memoria histórica*”, pueden explicar las tormentas de libélulas, como podría llamarse a este fenómeno de la pampa ya que estos insectos no van y vienen entre las “*áreas de procreación y subsistencia*” sino que todas ellas viajan hacia el N. E. Y de los incontables millones que pasan volando como las flores secas de los cardales, delante del pampero, ni una solitaria viajera regresa jamás.

Quizá la causa del vuelo sea dinámica al afectar a los insectos con un pánico súbito que las impulsa a huir antes de que llegue la tormenta. Lo misterioso está en que deberían huir del viento antes de que éste las alcance y sin embargo vuelan en su misma dirección. Cuando atraviesan la llanura desarbolada ni uno de ellos se retrasa ni permiten que el viento los sobrepase, pero al llegar a un monte o cultivo extenso se sumergen en él como buscando protegerse de un veloz enemigo que los persiguiese. En esas oportunidades permanecen adheridos a los árboles hasta que el viento amaine su fuerza. Esto ocurre sobre todo cuando el viento sopla a horas avanzadas del día; en esos casos, a la mañana siguiente se ven como racimos de ellos pendiendo del follaje en tan alto número que los árboles quedan cubiertos. Un árbol coposo presenta el aspecto de uno al que se le hubiesen colgado cortinados de algún material marrón reluciente tan espeso que no permite apreciar las verdes hojas que hay debajo.

En la Patagonia, donde el fenómeno de las tormentas de libélulas también es conocido, un inglés residente en Río Negro me contó este hecho que lo había tenido a él por testigo: se celebraban carreras cerca de El Carmen, en un lugar alto y desamparado, cuando de pronto, antes de la puesta del sol, se levantó un violento pampero, acompañado por espesas nubes de polvo. Pocos minutos antes de que la tormenta estallara, el aire se oscureció debido a una extraordinaria nube de libélulas. Un centenar de hombres, la mayoría a caballo, estaban reunidos en ese momento, y los insectos, en vez de seguir su vuelo como acostumbran, se posaron sobre los hombres y caballos en tal cantidad que enseguida estuvieron cubiertos por masas de libélulas que se les adherían. Mi informante dijo -y ello concuerda con mis observaciones-, que estaba muy impresionado por el terror que demostraban los insectos; se asían a él como para salvar sus vidas, a tal punto que tuvo gran dificultad para liberarse de ellos.

En el “*Magazine of Natural History*” (N.S. vol III) de Londres, *Weissenborn* describe una gran migración de libélulas observada por él en Alemania en 1839, y también hace mención de un fenómeno similar ocurrido en 1816 que se extendió sobre gran parte de Europa. Pero en estos casos el suceso tuvo lugar a fines de mayo, y los insectos se dirigían hacia el sur; su migración era por lo tanto similar a las de los pájaros y las mariposas, y era debida probablemente a la misma causa. Yo no he podido hallar ninguna cita de un fenómeno semejante a los que nos hemos referido y con el cual estamos tan familiarizados en la pampa, el cual, curiosamente, no ha sido informado por los naturalistas europeos que viajaron por esos lugares.

CAPITULO X

Mosquitos y Problemas de los Parásitos

No hay duda de que algunos animales poseen un conocimiento instintivo de sus enemigos -o en todo caso de alguno de ellos-, aun cuando no creo que esta facultad sea tan común como lo imaginan muchos naturalistas. El ejemplo más llamativo con el cual estoy familiarizado se advierte en los jejenes o mosquitos, y en los diminutos mosquitos sudamericanos -*Simulia*- sin trompetilla, cuando un alguacil aparece en el lugar donde ellos están realizando sus pasatiempos aéreos. La aparición repentina de un fantasma entre divertidos humanos no podría producir un pánico mayor. Me he referido en el capítulo anterior a las periódicas tormentas u oleadas de libélulas en la zona del Plata, e incidentalmente mencioné cuán bien recibida es la aparición de las mismas en la época de calor sofocante, ya que se sabe que se adelantan a las ráfagas de viento fresco. En el Plata también nos regocijábamos de su llegada por otra razón. Sabíamos que la presencia de este noble insecto acabaría con las nubes de jejenes y mosquitos picadores que eran una pesadilla y que se desvanecen como el humo.

Cuando pasa una nube de libélulas o alguaciles siempre quedan algunas a lo largo de la ruta, como he dicho, guareciéndose donde hallan árboles y, luego que ha pasado la tormenta, estos extraños y rezagados permanecen por algunos días buscando sus presas en la vecindad. Es curioso notar que no señalan ninguna predilección por buscar corrientes de agua. Puede ser que se sientan perdidas en una región extraña o que el pánico soportado durante su largo vuelo delante del viento hubiera alterado sus instintos, pues lo cierto es que, contrariamente al poema de la Sra. Browning, no "*regresan como las libélulas para soñar sobre el río*". Llevan en cambio, una existencia vagabunda, demorándose en los cultivos y deambulando por la planicie. Debe destacarse que los jejenes y los mosquitos aparentemente dejan de existir aun allí donde más abundaban. No han sido devorados por los alguaciles que tal vez se encuentren en número muy reducido; sencillamente se han hecho a un lado y habrán de permanecer ocultos hasta que sus enemigos hayan partido o hayan sido devorados por los martín pescador, pájaros tiránidos, o la mosca ladrona (para ellas ningún nombre es suficientemente malo), de la familia de los *Asilidae*. Durante estos días de paz debidos a la ausencia de los jejenes y mosquitos, si alguien se recuesta entre las ramas o pastos en cualquier lugar umbroso, de inmediato comenzará a oír un sonido agudo y familiar, como el de las trompetas de los elfos sopladas débilmente; y al instante, desde el suelo y desde abajo de las hojas, aparecerán los pequeños fantasmas marchitos, hambrientos, por veintenas y por cientos para ubicarse sobre él, ya que el temor no ha ahuyentado su insaciable apetito.

Cuando cabalgaba por la pampa en un día caluroso y tranquilo, con una nube pertinaz de jejenes y mosquitos revoloteando sobre mi cabeza y acompañándome por kilómetros, siempre deseé desde el fondo del alma la aparición de alguna libélula extraviada. Con frecuencia mi deseo se cumplía; siendo la libélula, aparentemente, "*avisada de la caza sagazmente, desde lejos*", se llegaba directa a ella, barriéndola, e instantáneamente, como por milagro, la ola picadora ha cesado y la

nube se ha desvanecido de mis alrededores para no rehacerse. Esto siempre me ha parecido extraordinario, pues desde otro aspecto los jejenes no parecen poseer ni esa pequeña dosis de intelecto por la cual le damos crédito a la mayoría de los insectos. Antes de la llegada de la libélula, quizá haya ocurrido que los he golpeado violentamente y les he ocasionado desagrado, y también matado o herido a cientos en número mayor al que la voracidad de la libélula pudiese devorar en el curso de un día entero; empero, tras espantarlos y golpearlos inútilmente, hasta que mis brazos me doliesen por el esfuerzo, continuaban ciegameamente sus furiosos ataques sin mostrar el menor síntoma de temor. Calculo que por centurias los mosquitos han sido ahuyentados y golpeados con manos y colas sin aprender a ser cautos. No es de su conocimiento que existan manos y colas. Un animal grande es tan sólo un campo sobre el cual se posan confiadamente para alimentarse, emitiendo los sonos agudos de sus trompetas para: demostrar lo intrépidos que son. Pero la libélula es un ser antiguo sobre la tierra, y si durante el período devoniano, en el que existió, se alimentaba de insectos chupadores de entre los cuales desciende nuestro *Culicidae*, entonces estos tontos insectos han tenido tiempo suficiente para aprender bien al menos una lección.

En mi opinión, no hay en toda la naturaleza humana, ningún caso de energía desperdiciada comparable en magnitud con la sed de sangre de los mosquitos, y sus instintos y el elaborado aparato para extraer sangre, del cual dispone. La cantidad de polen que se suelta al aire, arrojado desde algún árbol al viento fertilizador -tan grande en ciertos lugares que a veces cubre cientos de kilómetros de tierra y agua con una ligera película amarilla-, nos sorprende como una inmensa pérdida material de parte de la naturaleza; pero con prontitud advertimos que esta excesiva prodigalidad es necesaria para continuar la especie, y que un buen número de flores no se impregnaría de polen a menos que los árboles no estuviesen bañados por días enteros en esa nube fertilizante, en la cual una entre un millón de partículas flotantes cumple su cometido. El mosquito es capaz de procrear sin satisfacer nunca su voraz apetito de sangre. Hinchar su abdomen que es como un hilo agrisado, hasta el tamaño de un granito de coral, es un deleite para el insecto, pero no necesario para su existencia, como lo es el alimento o el agua para nosotros; es el gran premio en la lotería de la vida que sólo pocos pueden tener el éxito de obtener. En un verano caluroso, cuando se ha cabalgado quizá por medio día por una zona baja o húmeda, atravesando una atmósfera literalmente oscurecida por las nubes de mosquitos, este hecho nos golpea la mente con fuerza, pues en tales Sitios es frecuente que no existan mamíferos, o que sean excesivamente raros. En Europa es diferente. Allí, como dijo Réamur, posiblemente un jején en cien pueda saciar su apetito de sangre; pero en cuanto a los jejenes en muchas zonas de Sudamérica sería más correcto decir que uno en cien millones puede hacerlo alguna vez.

Curtis descubrió que es sólo la hembra de los mosquitos la que pica y succiona sangre, y que el macho no tiene ni lengua ni mandíbula; y entonces se pregunta: ¿de qué se alimenta el macho? El conjetura que ha de alimentarse con las flores, pero si hubiese visitado algunos lugares fangosos en climas cálidos, en donde hay pocas flores y los insectos son más numerosos que, los granos de arena en la playa, habría dicho, con seguridad, que los machos se alimentan de los vegetales en putrefacción y de la humedad del fango. Sin embargo, es más importante saber con qué subsiste la hembra. Sabemos que ella se desespera por la sangre caliente de los mamíferos, que la busca con avidez, y que está provista con un órgano admirable para su extracción, -solo que, para su mal, no siempre lo consigue, o, de todos modos, los pocos seres felices que lo logran, quedan sumergidos en la infinita multitud de aquellos que son condenados por la naturaleza a una total abstinencia.

Yo quisiera saber si esta creencia de Curtis, compartida por Westwood y otros entomólogos distinguidos, pero originariamente presentada como una mera conjetura, ha sido comprobada alguna vez a través de una cuidadosa observación y experimentación. Si no se ha hecho esto, entonces es extraño que haya podido introducirse en muchos trabajos importantes, donde se ha declarado no como una mera duda, sino como hecho establecido. Así, Van Beneden en su trabajo sobre parásitos, mientras califica a las hembras de los mosquitos como seres "*miserables*", agrega además: "*si no hallan sangre, viven como los machos, con los jugos de las flores*". Si esto fuese así, es bastante

seguro que los jugos no logran satisfacerlos; y que, como el Dr. Tanner, quien estaba terriblemente hambriento durante sus cuarenta días de ayuno, a pesar de los frecuentes sorbos de agua, el mosquito aun ansia algo mejor que una fresca dieta vegetariana. No puedo dejar de pensar aunque la idea pueda parecer fantasiosa que los mosquitos no se alimentan de nada en absoluto: Sabemos que las *efímeras* no se alimentan en el estado de imago, pues a estos seres de corta vida se les ha abortado o atrofiado la boca; además sabemos que pertenecen a una tribu muy antigua, y que posiblemente después de que la tierra dejara de producir lo que fuera su alimento propio, tuvieron en su historia un largo período de hambre, que no logró matarlos pero que se prolongó lo suficiente como para que sus instintos alimentarios se tornasen obsoletos, perdiesen el uso de su boca, y que sus vedas en ese estado de perfecta decadencia se prolongasen hasta el presente.

En todo caso ¡cuán poco satisfactoria es la existencia de los mosquitos y qué curioso es el lugar que ocupan en la naturaleza! Sé nos a permitido suponer que a causa de algún profundo cambio sobre las condiciones terrestres, las aves rapaces no fuesen ya capaces de cazar sus presas y que por un cambio correspondiente en su organización pudiesen alimentarse del aire que respiran, quizá ocasionalmente con alguna hoja verde o un sorbo de agua, y que aun así retuviesen su viejo anhelo por el alimento sólido y los viejos instintos depredatorios, y su fuerza sin disminuir; se encontrarían en la misma situación de los mosquitos en el estado de imago. Si entonces cincuenta o sesenta individuos pudiesen tener éxito en capturar anualmente una pieza succulenta, estas escasas y afortunadas comilonas mantendrían la misma proporción, con respecto al total de los rapaces, que la de los mosquitos que logran chupar sangre con las de sus congéneres poco exitosos. En el caso de los halcones, el efecto de las pocas comidas sobre el total de la familia de los rapaces sería ciertamente nulo; además es imposible creer ni por un momento que la comparativamente infinitesimal cantidad de sangre chupada por los mosquitos pueda servir para vigorizar la especie. El asombro radica en que esa maquinaria que ya no cumple función continúa con su ordenamiento tan perfecto.

Cuando se tiene en cuenta el delicado organismo de los insectos, tan admirablemente ajustado a la función a la cual está aplicado, es difícil creer que hubiese podido resultar tan perfeccionado, excepto en condiciones totalmente distintas a las actuales. Debe haber habido una época en la cual los mosquitos hallaban su propio sustento, y cuando la sangre caliente de los mamíferos era tan necesaria para ellos como la miel para las abejas o los insectos para los alguaciles.

Esto se aplica a muchos insectos chupadores de sangre además de los mosquitos, y especialmente a las garrapatas (*Ixodes*) que invaden la América Central y del Sur; pues en estas arañas degeneradas el cuerpo entero ha sido totalmente modificado para ajustarse a una vida parasitaria; mientras que los hábitos durante su existencia ciega, desvalida y de espera en los árboles y su repentino gran desarrollo cuando logra adosarse al cuerpo de un animal, también apuntan irremisiblemente a la misma conclusión. En las soleadas mesetas -dice el capitán Burton- actúan tal como los mosquitos de la cálida y húmeda Beiramar: *"La molestia es general; parecen estar en el aire; cada brizna de pasto tiene su colonia; centenares de racimos se adhieren a las ramitas; por miles se encuentran en grupos de arbustos. Magras y flacas cuando están creciendo en las hojas, las garrapatas se prenden del hombre o del animal que pase cerca y engordan rápidamente, y al final de una semana de buena vida se desprenden y caen, plena cruoris"*. Dice Belt que cuando están en los árboles, instintivamente se colocan en los extremos de las hojas y los brotes, con sus patas traseras estiradas, cada pata armada son dos ganchos o garras mediante los cuales se prenden de cualquier animal que se le acerque. Durante esta existencia desgraciada e incompleta (de la cual, en la mayor parte de los casos, está destinada a no salir jamás) su largo mayor es de algo más de medio centímetro, pero allí donde puede prenderse a un animal de sangre caliente, su abdomen aumenta y se transforma en un globo del tamaño de una *Barcelona nut*. Siendo de un color gris plateado o blanco, se torna muy visible sobre una superficie oscura cuando está así distendida. He visto con asiduidad perros negros de pelo corto con su lomo convertido en un cultivo de blancas flores de garrapatas u hongos. El globo blancuzco tiene la textura del cuero y nada lo daña, y la

pobre bestia atacada no puede liberarse ni raspando, mordiendo o rascándose, pues está adherida a su piel por ocho grandes garfios y un triángulo de dientes.

Las garrapatas que habitan regiones ricas en aves e insectos pero con pocos mamíferos, están en la misma situación de los mosquitos en cuanto se refiere a lograr la cuota de sangre, y tal como aquellos, están obligadas a subsistir sin alimento que más les conviene. Son las miserables parias de la naturaleza, tribus parásitas perdidas en un árido desierto donde no hay sangre; es así que cada mosquito nacido en los pantanos, zumbando por el hambre que corroe sus entrañas, y cada garrapata del monte que tantea a ciegas con sus patas aguardando el paso de la bestia que nunca se le arrima, parecen hablamos de un mundo poblado de formas gigantescas, mamíferos y reptiles que ofrecían una abundante cuota a los parásitos y a los cuales estos ayudaron a hacer desaparecer.

Es necesario trasladarnos a los vastos eriales del Nuevo Mundo para apreciar en todo su valor el contenido de un pasaje de Belt en *Naturalist in Nicaragua*, en el que se sugiere que la condición no pilífera del hombre puede ser el resultado de una selección ocurrida en las regiones tropicales donde era grandemente acosado por parásitos de esa clase. Es cierto que si en un país como Brasil, poseyese una cobertura pilífera brindando un campo propicio a las garrapatas y permitiéndoles así asentarse sobre su cuerpo, se vería reducido a una situación penosa. Los salvajes aborrecen tener pelos en su cuerpo y aun los arrancan de sus caras. Esto parece como la reminiscencia de un viejo hábito adquirido cuando todo el cuerpo estaba recubierto de pelos; y si el hombre primitivo alguna vez poseyó tal hábito, la naturaleza sólo siguió su dirección al darle una descendencia sin vello.

¿No es acaso probable que la reducida cantidad de vida de mamíferos en Sudamérica y los hábitos acuáticos de casi todos los animales grandes en las zonas más cálidas sean debidos a la persecución de las garrapatas? La única manera que tiene un animal grande de librarse de esa peste es la de sumergirse en el agua o revolcarse en el barro. Esto tiene alcance para los hábitos más o menos acuáticos del jaguar, el aguará guazú, el *Cervus paludosus* grande, el tapir, el carpincho y el pecan. Los monos que sobreabundan son una excepción notable; pero estos animales tienen la costumbre de asistirse mutuamente en el cuidado de su piel, y pasan mucho de su tiempo eliminando los parásitos.

¿Cómo escapan las aves de las garrapatas, dado que los parásitos no limitan sus ataques a alguna clase en especial de animales sino que se adosan sin distingos a cualquier ser viviente que se ponga al alcance de sus garfios, del reptil al hombre? Mis observaciones en este tema se refieren menos a la garrapata *Ixodes* que al diminuto *bête-rouge* que abunda excesivamente en la zona del Plata, donde se le conoce como *bicho colorado* y por su tamaño y hábito se asemeja al *Leptus autumnalis*, inglés. Es tan diminuto, que no obstante su brillante color rojo escarlata, sólo puede ser distinguido acercando mucho el ojo; es tremendamente activo y abundante durante el verano, en todos los lugares sombríos -lo que torna dura la vida para el ser humano desaprensivo- y debe ser para los pájaros mucho más peligroso que el *Ixodes* sedentario y de mayor tamaño. El bicho colorado se aloja debajo de las alas de los pájaros, donde su plumaje es escaso y suelto, lo que le permite fácilmente llegar a establecerse debajo de su piel. Las aves domésticas sufren mucho su persecución, y su cría, si se le permite corretear libremente por lugares sombreados muere a causa de la irritación. Las aves silvestres parecen sufrirlo mucho menos, y la mayoría de las que he examinado han estado casi libres de parásitos. Probablemente sean más sensibles que las domésticas, y capaces de sentirlos y eliminarlos con sus picos antes de que penetren bajo su piel. Pienso que además son capaces de protegerse de otra manera, y es previniendo que los parásitos puedan llegar a sus cuerpos. Estaba cierto día andando bajo los árboles con un hornero domesticado -*Furnarius rufus*-, el cual gozaba de entera libertad para desplazarse por donde quisiese, y noté que a breves intervalos hacía movimientos como si picara algo entre sus dedos o en las patas, aun cuando yo nada veía. Al rato, aproximé mi vista a unos pocos centímetros de sus patas y descubrí que la rama grande y seca sobre la cual estaba parado estaba cubierta por una multitud de parásitos, todos corriendo apresuradamente como las hormigas agricultoras, y cada vez que uno llegaba a la

pata del pájaro, de inmediato corría ascendiendo. Hasta donde yo pude observar, cada vez que esto ocurría, el pájaro lo advertía y rápida y diestramente lo asía con la punta del pico. Parecía extraño que sobre la superficie córnea de dedos y patas tuviese una sensibilidad tan exquisita, pues estos insectos son tan pequeños y leves que no se advierten, aun cuando una veintena estuviese corriendo sobre la mano; pero el hecho es como lo he afirmado, y es muy probable que las aves silvestres se defiendan de sus efectos atormentadores de la misma manera.

Ciertas observaciones mías realizadas sobre una especie de *Ornithomyia* -una mosca parasitaria de los pájaros- podrían quizá ser útiles al considerar el tema de la situación anómala en la naturaleza de los insectos que poseen instintos y aptitudes parasitarias y órganos manifiestamente modificados para ajustarse a una forma de vida parasitaria, pero compelidos y posibilitados de tener una existencia propia, alimentándose quizá de los jugos de las frutas o, como las efímeras, de nada en absoluto. Debe de tenerse en cuenta que no afirmo que estos parásitos "ocasionales" o "accidentales" como algunos los llaman -sin plantear explicaciones-, puedan no alimentarse de jugos. Sólo que no lo sé. Sólo sé que el celo jubiloso con que los mosquitos y las moscas picadoras de todas las especies abandonan las hojas que se supone las alimentan, para atacar al animal de sangre caliente, sirve para mostrar con cuánta fuerza se manifiesta el impulso y cómo no es erradicable el instinto, que debe tener algún origen. Quizá los hábitos de la mosca parasitaria de los pájaros -ya mencionada-, sirva para demostrar como pudo originarse en algunos casos la vida libre de algunas moscas chupadoras y la de otros insectos.

Kirby y Spence, en su *Introducción*, mencionan que una o dos especies de *Ornithomyia* han sido vistas revoloteando y posándose en seres humanos; en un caso la mosca extrajo sangre y fue atrapada, siendo así -sin lugar a duda- que se reconoció la especie. Esta circunstancia llevó a los autores a creer que el insecto que es parásito de un pájaro, cuando éste muere, se aleja y va de cuerpo en cuerpo, ocasionalmente probando la sangre hasta que llega al que le conviene -ya la de un pájaro o la de una especie de pájaros- y entonces nuevamente se establece en forma permanente entre su plumaje. Yo imagino que a veces el insecto desarrolla una vida más libre y recorre mucho más de lo que los autores han creído; y me refiero a Kirby y Spence, excusándome ante aquellos que juzgan la *Introducción* como obsoleta, sólo porque no sé que hayamos tenido otros observadores posteriores sobre el tema.

Hay en el Plata un pájaro pequeño, una *Dendrocolaptes* muy común, -*Anumbius acuticaudatus* que es muy atacado por la *Ornithomyia*, un insecto bello y pálido de la mitad del tamaño de la mosca doméstica y elegantemente listada de verde. Es un parásito muy grande para un pajarillo, pero tan astuto vivaz y rápido que puede deslizarse dentro del plumaje. y el pájaro es incapaz de librarse de tan indeseable compañía. Este pájaro vive con su pareja durante todo el año, y en gran parte con su cría ya adulta en el nido -una estructura amplia, en el cual utiliza tanto material para la construcción que en lengua vernácula se le llama *leñatero* o recolector de leñitas. En días brillantes, cálidos y no ventosos, durante la ausencia de sus moradores, he visto desde media a una docena o quince de estas moscas parásitas revoloteando y jugueteando juntas tal como lo hacen las moscas domésticas en las habitaciones durante el verano; mas, no bien aparecen los pájaros que vuelven de sus campos de alimentación, entonces éstas se aquietan y desaparecen dentro del nido ¡Qué extraño parece este instinto! La mosca busca al pájaro que le da calor y alimento esencial para vivir, aun cuando sea su enemigo mortal; y con una sagacidad heredada, como la del mosquito con respecto al alguacil, o el moscardón con la avispa *Monedula*, desaparece de su presencia como el humo y se aproxima al pájaro, sigilosamente, desde su escondite.

Los hábitos parasitarios tienden inevitablemente a degradar a las especies que los adquieren, anublan sus sentidos y sus facultades especialmente los de la vista y la locomoción, pero la *Ornithomyia* parece ser una excepción, y pareciera que esa vida dependiente ha producido el efecto contrario; que la sensibilidad, la agudeza de visión y celeridad del pájaro actúan sobre el insecto dotándolo de una sutileza y movilidad casi sin parangón, aun entre los insectos libres. Un hombre

entre cuyas ropas se ocultase una escurridiza ardilla voladora de cuerpo chato y chupador de sangre, que se deslizase, escurriéndose por su cuerpo con tanto artilugio como rapidez, que venciese todos los esfuerzos realizados por capturarla o golpearla, sería un caso similar al de la mosca con el pajarillo. Podría suponerse que el *leñatero*, como algunas hormigas que conservan mascotas, transforma en un ser doméstico a la mosca, pues es un insecto muy bonito con rayas verdes y con reflejos de arcoiris sobre sus alas, y de acuerdo con algunos tratadistas o teorizadores, los pájaros tienen sentido estético; mas, la disconformidad de tener tal vampiro sobre el cuerpo sería demasiado -imagino para admitir que se generase un sentimiento tan generoso. Además, en numerosas oportunidades he observado al pájaro realizar desesperados esfuerzos por capturar una de las moscas que descuidadamente había levantado vuelo desde el nido en un mal momento. El pájaro y la mosca parecen conocerse maravillosamente bien.

Aquí entonces tenemos un insecto parásito altamente especializado y que retiene sus facultades prístinas intactas, su amor por la libertad y su asociación con otros para retozar y divertirse, y además está capacitado para cuidarse en su época de libertad. Y es probable que cuando es arrojado al mundo, como en los casos en que el nido se derriba o los pájaros han sido matados o cambian de alojamiento, cosa que hacen con frecuencia, es capaz de subsistir por algún tiempo sin la sangre de las aves. Imaginemos entonces alguna de estas colonias huérfanas, incapaz de hallar pájaros pero que a través de una leve alteración de sus hábitos o de su organización puede existir en el estado de imago, sin chupar sangre, hasta que haya puesto sus huevos. Las generaciones que les suceden serán aún mejores para enfrentar esas condiciones alternas de vida, hasta tornarse totalmente independientes (como la garrapata) multiplicándose mucho y recreándose en nubes sobre montes sin pájaros, y manteniendo su vieja avidez por la sangre y la posibilidad de obtenerla, siempre lista para volver al hábito ancestral. Podría decirse que si tal resultado fuese posible habría ocurrido, pero que no hallamos ningún insecto de existencia tan independiente como la *Ornithomyia*. Hasta donde hemos podido averiguar, no ha ocurrido con la mosquita; pero en el pasado de algún insecto parásito independiente es posible que haya tenido lugar algo similar al caso imaginariamente bosquejado. La garrapata del monte es un ser más degradado que la mosquita descrita, y el sólo hecho de que exista parece demostrar que es posible, aun para el más ínfimo en la degradada raza de los parásitos, recomenzar en nuevas condiciones y ascender en la escala de los seres, aunque soportando las huellas de la degeneración anterior.

La conexión entre la pulga y el mamífero del cual se alimenta, es aun menos estrecha que la que existe entre la *Ornithomyia* y el pájaro. El hecho de que las pulgas sean tan comunes y universales -pues las hay en todas las partes del globo, como los pobres, siempre entre nosotros, y que se encuentren entre los mamíferos, desde el rey de la selva al humilde ratón, parece demostrar una gran gama de variabilidad y adaptabilidad, tanto como una gran antigüedad. Se ha dicho muchas veces que las pulgas han sido vistas saltando sobre el suelo en sitios desérticos donde no podían habersele caído ni al hombre ni a la bestia. Se ha llegado a la conclusión de que estas pulgas "*independientes*" deben, como los mosquitos y las garrapatas, subsistir de los jugos de los vegetales. No cabe duda de que son capaces de existir y propagarse por uno o dos años tras de haber sido privadas de su propio alimento; casas cerrada, por ese tiempo o más, suelen hallarse plagadas por ellas. Es posible que a falta de jugos vegetales, se alimenten del polvo. Nunca las he detectado saltando sobre el suelo en lugares deshabitados, aun cuando una vez, en la Patagonia, las encontré en un ranchario que había sido atacado y despoblado por un malón, veinte meses antes de mi visita. Al penetrar en uno de los ranchos abandonados, hallé el piso literalmente pululante de pulgas las cuales en menos de diez segundos cubrían mis piernas hasta las rodillas dejándolas casi negras. Esto prueba que son capaces de procrearse muchísimo durante un tiempo, aun sin sangre, pero dudo de que puedan seguir subsistiendo y aumentando por tiempo indefinido. Con referencia a sus hábitos parasitarios, acaso estén a mitad de camino entre el parásito propiamente dicho, que nunca abandona el cuerpo como el *Calex* y el *Ixodes*, y todos aquellos que pueden sobrevivir en total libertad y que se tornan parásitos cuando se les presenta la oportunidad.

Los entomólogos observan que la pulga es una mosca degradada o degenerada. Por supuesto está mucho más degenerada que la *Ornithomyia*, nacida en el cuerpo del pájaro con sus sutiles movimientos e instintos, su poder de volar y sus pasatiempos sociales. La pobre *Pulex* ha perdido todo vestigio de alas; empero, en su rebajada condición ha desarrollado algunas cualidades sobresalientes y el poder de saltar que le da cierta especie de gloria, y comparada con otros parásitos con los que comparte la especie humana, es casi un insecto noble. Darwin ha hecho algunas observaciones acerca de la pequeñez del cerebro de la hormiga, teniendo en cuenta su alto grado de inteligencia, pero dudo mucho de que la hormiga, que se desplaza dentro de una rutina, sea mentalmente superior a la insociable pulga. Esta es capaz de aprender, y si se las domesticara más comúnmente, es probable que hubiera tantas historias acerca de su maravillosa inteligencia y fidelidad hacia el hombre como las que escuchamos sobre los siempre alabados "amigos", los perros.

Con respecto a su tamaño, probablemente la pulga inició su descenso como un insecto comparativamente grande, tal vez más grande que la *Ornithomyia*. Este insecto ha podido mantener su existencia sin decaer como el *Leptus*, hasta llegar a ser un punto a lo largo de la gran modificación de órganos e instintos que lo adapta tan bellamente al plumífero elemento en el cual se mueve. La garrapata, sin alas desde el comienzo y apartándose en otra dirección, ha aumentado mucho su tamaño; probablemente a causa de sus hábitos parasitarios. Esto parece probarse por el hecho de que mientras no es parásito de nadie, permanece pequeña, pero en cuanto puede prenderse a algún animal, rápidamente aumenta su volumen. Nuevamente el enorme globo de su abdomen es coriáceo y elástico, y probablemente tan exento de sensaciones como una pelota de goma. Tras haberse prendido el insecto con ganchos y dientes a su víctima, todos los esfuerzos por removerlo sólo aumentan el dolor que provoca, y los animales, que lo saben, no realizan el menor intento de sacárselos ni por frotación, rascado o mordeduras; de ahí el gran tamaño y el color particular que adquieren, que le son positivamente ventajosos. La pulga, sin la sutileza y los órganos altamente especializados de la *Ornithomyia* o los medios aprehensores y el cuerpo de consistencia de cuero del *Ixodes*, sólo puede escapar de sus vigilantes enemigos haciéndose invisible; de donde cada variación -por ejemplo el aumento de la fuerza de su salto y su reducido tamaño- que tiende hacia ese resultado, se ha convertido en una obtención de ventaja por selección natural.

CAPITULO XI

Abejorros y Otros Temas

Se encuentran en la pampa dos abejorros -*Bombus thoracicus* y *Bombus violaceus*; el primero, con un tórax color amarillo verdoso claro y un reflejo rojizo brillante en el final de su abdomen, tiene un cierto parecido con el *Bombus terrestris* inglés. La otra especie, menos frecuente, es un poco más pequeña que la primera, de un color negro uniforme, semejando su cuerpo un terciopelo, y sus alas de un color azul violáceo profundo.

Si se hiciera un censo sobre la presencia de abejorros en cualquier jardín o campo, se comprobaría que los amarillos sobrepasan a los oscuros en una proporción de uno a siete. Además, durante muchos años he hallado sus nidos en igual proporción: siete nidos de especie amarilla por uno de la negra. En cuanto a sus costumbres, son casi idénticas, y cuando dos especies tan semejantes habitan una misma zona, es razonable deducir que una posee alguna ventaja sobre la otra y que la especie menos favorecida habrá de desaparecer. En este caso, cuando una sobrepasa tanto en número a la otra, podrá creerse que la menos numerosa está en extinción o que, por el contrario, es una nueva destinada a suplantarse a la especie antigua y más numerosa; sin embargo, durante veinte años las he observado. No ha ocurrido ningún cambio en cuanto a sus condiciones, pero ambas han aumentado mucho su número en ese período, debido al incremento de los cultivos. Empero, no sería mucho pretender si se esperase algún cambio sensible en tan largo período como el mencionado, aun dentro del lento evolucionar de la selección natural, pues no es lo mismo que si hubiese existido un equilibrio de las condiciones entre una especie y otra. Durante ese mismo tiempo he visto muchas especies que, habiendo sido una vez comunes, son ya casi especies desaparecidas; mientras que otras, que eran muy escasas, han llegado al primer nivel en cuanto a su número. Sobre todo en la vida de los insectos, estos cambios han sido numerosos, rápidos y extensos.

En la región en la cual, siendo un muchacho, yo perseguía y cazaba perdices, y también ñandúes pero fracasaba en darles caza, la permanente presencia de los abejorros, libando en las mismas flores y haciendo sus nidos en la misma manera, ha sido algo que siempre me ha confundido.

El lugar de sus nidos es generalmente una leve depresión del suelo, al amparo de una planta de cardos. Los abejorros ahondan el terreno horadándolo, y cuando se marchita el follaje primaveral, construyen una cobertura en forma de cúpula con astillitas, espinas y hojas trituradas. Hay veces en que se adueñan de algún pequeño agujero o cavidad y se ahorran el trabajo de excavar.

Su estructura arquitectónica se parece a la de los *B. terrestris*. Hacen rudimentarias celdas ovaladas para almacenar la miel, variando entre doce a veinticinco milímetros de largo, siendo las más pequeñas las primeras construidas; al avanzar la estación, estas más viejas se utilizan para

almacenar la miel. La cera es de color chocolate, y casi la única diferencia que pude hallar en la economía de ambas especies está en que la negra usa mayor cantidad de cera para revestir el interior de su nido. La celdilla de los huevos de la amarilla contiene de doce a dieciséis huevos; la del negro, de diez a catorce, y los huevos de esta especie son más grandes, aun cuando el abejorro es más pequeño. A la entrada, al borde del montículo, generalmente se halla estacionado un abejorro, y cuando se le acercan emite un agudo zumbido de advertencia y se coloca en actitud amenazadora. Su picadura es excesivamente dolorosa.

Durante un verano tuve la suerte de descubrir dos nidos de ambas especies a unos diez metros de distancia, y me propuse observarlos muy detenidamente a los efectos de saber si alguna vez chocaban, tal como algunas veces ocurre con las hormigas de distintas especies que viven cerca una de la otra. Varias veces vi un abejorro amarillo dejar su nido y revolotear o asentarse en el del vecino, sobre el cual había un centinela negro que lo atacaba y espantaba. Un día, mientras estaba observándolos, me regocijé al ver un abejorro amarillo introducirse en el nido de su vecino en ausencia del centinela. En unos cinco minutos, salió y se alejó sin ser molestado. Esto me permitió llegar a la conclusión de que los abejorros, como sus congéneres de la colmena, a veces se apoderan del dulce de los otros. En otra ocasión, hallé un abejorro muerto a la entrada del nido de los amarillos; indudablemente ese individuo había sido cazado durante el acto de robar miel y luego habría sido picado a muerte y arrastrado hacia afuera, en donde fue dejado para alertar a otros que tuviesen tan perversas intenciones.

Hay una llamativa diferencia entre ambas especie. La amarilla es inodora; la negra, cuando se encoleriza y ataca, emite un olor fuerte es curioso, pero este olor es idéntico por sus características al emitido por todas las avispa de Sudamérica, del género *pepris* -avispa azul oscuro con alas rojas-. Este olor primero ocasiona una sensación de picor sobre los nervios olfativos, pero cuando se inhala en mayor cantidad provoca un efecto nauseabundo. En cierta oportunidad, mientras abría uno de sus nidos, varios de los abejorros que zumbaban alrededor de mi cabeza procurando clavar sus aguijones a través del velo con que me protegía, emitieron un olor tan picante que me resultó intolerable y tuve que retirarme.

Parece extraño que una especie armada con un aguijón venenoso y poseyendo tanto coraje hubiese de tener también como protección ese olor repulsivo. Esto es tan incongruente como si se proveyese a nuestros soldados de fusiles y espadas primero y que luego se les entregasen frascos con asafétida para ser abiertos en la cara de sus enemigos.

Por qué o cómo fue que los animales llegaron a tener el poder de emitir olores pestíferos, es un misterio; sólo comprobamos que la selección natural, en algunos casos, sobre todo en los insectos, ha sacado provecho de esa ventaja para proteger las especies más débiles con un medio para escapar de sus enemigos. El ejemplo más llamativo que conozco es el de una oruga peluda grande que hallé entre los leños secos en la Patagonia, la cual, cuando se la toca, emite un efluvio altamente nauseabundo. Felizmente es muy volátil, pero mientras dura es aun peor que el del zorrino.

El zorrino por sí ofrece quizá el único caso entre los vertebrados superiores de un animal en el cual los instintos originales de autoconservación han desaparecido, dando lugar a esta forma primitiva o inferior de protección. Todos los otros miembros de la familia a la cual pertenece son astutos, rápidos en la escapada, y cuando son alcanzados, coléricos y muy capaces de defenderse a dentelladas con sus bien provistas y fuertes mandíbulas.

Por alguna razón oculta, están dotados de una glándula cargada con una secreción pestífera, y de este misterioso líquido la naturaleza elaboró la poco gloriosa arma del zorrino. Cuando es atacado un zorrino solo, no intenta escapar ni defenderse mordiendo, sino que, sumido en una violenta conmoción por su estado perturbado, involuntariamente descarga su fétido líquido a la cara de su oponente. alguna vez, cuando este animal hubo dejado de utilizar tan buena arma cómo sus

dientes para defenderse, degenerando en un ser de movimientos lentos, sin temores ni astucia, la fuerza y la vileza de su olor habría ido continuamente en aumento por un proceso acumulativo de selección natural y cómo ha sido de efectiva la protección queda demostrado por la abundancia de la especie a través de todo el continente americano. Es una suerte para los hombres, especialmente naturalistas y cazadores, que otras especies no hayan sido perfeccionadas de esta manera.

Mas, ¿qué podemos decir del ciervo común de las pampas -*Cervis campestris*- cuyo macho emite un efluvio de un alcance similar, pero no tan abominable como el del *Mephitis*? Llega en oleadas desagradables a nuestras fosas nasales cuando el perfumista del desierto no está visible. Pero no es una protección; por el contrario es su opuesto y, así como la tan atractiva y deslumbrante blancura del plumaje de las aves rapaces, es para ellas una desventaja que informa a sus enemigos a leguas de distancia de sus andares. Por ello, no es nada que deba extrañar que donde se encuentran pumas, no abundan los ciervos; lo extraño es que no se hayan extinguido como los antiguos caballos de América.

Los gauchos, empero, exponen una razón acerca del fortísimo olor de los ciervos machos, y tras alguna hesitación he resuelto consignarlo aquí para que el lector, a su libre albedrío, lo acepte o rechace. Yo no lo creo ni lo dejo de creer, pues aun cuando no me merezca mucha confianza cuanto de historia natural sabe el gaucho, mis propias observaciones con frecuencia han confirmado ciertas aseveraciones suyas que hubieran sido juzgadas descabelladas por los escépticos. Por ejemplo: oí a un gaucho contar que mientras cabalgaba había sido perseguido durante bastante tiempo por una araña grande; los oyentes lo chanceaban llamándole cuentero; pero como yo mismo había sido atacado y perseguido tanto a pie como a caballo por una enorme araña pollito común en la pampa, no me uní a las risas. Ellos dicen que el efluvio del *Cervus campestris* es aborrecido por todas las clases de víboras, tanto como el polvo del piretro lo es para la mayoría de los insectos, y que llega hasta tener efectos fatales sobre las mismas. De acuerdo con esto, el olor que exudan es una protección para ellos. En lugares en donde abundan mucho las víboras venenosas, como en las zonas serranas del sur de la pampa bonaerense, con frecuencia el gaucho ata una lonja de cuero del ciervo macho -pues retiene su olor por mucho tiempo-, alrededor del pescuezo de su caballo más valioso, para protegerlo. Es cierto que con frecuencia aquí se pierden animales domésticos a causa de las picaduras de víboras. La especie venenosa más común -llamada *víbora de la cruz*, *Craspedocephalus alternatus*-, no tiene ni colores vistosos ni el alertante cascabel para mantener alejados los pesados cascos de los caballos, y es tan perezosa que se deja pisar antes que molestar, por lo que muchas veces ha clavado sus colmillos en el hocico o la pata de un animal paciendo. Considerando, pues, las condiciones en que estaba colocado el *Cervus campestris*, y que también podría suponer que las víboras venenosas hubiesen sido antes mucho más numerosas que ahora, no es difícil creer que el fuerte olor que emite le ha resultado una protección, especialmente cuando vemos cómo en otras especies, los olores repulsivos resultaron un principio de selección natural.

Después de todo, es posible que el naturalista primitivo de la pampa supiese qué hacía cuando colgaba la lonja de cuero del pescuezo de su corcel antes de largarlo a pastar entre víboras.

El gaucho también asegura que el ciervo alberga una profunda animosidad contra las víboras, que se excita mucho cuando ve alguna, y procede de inmediato a destruirlas, según *ellos dicen*, corriendo a su alrededor incesantemente y emitiendo su agresivo olor en mayor cantidad hasta que la víbora muere por asfixia. Es, difícil creer que el efecto sea tan, grande, pero que el ciervo sea un ser que las odia y las mata es realmente cierto; en Norteamérica y Ceilán y Otras regiones, se ha observado a los ciervos brincando sobre las víboras y dándoles muerte con sus filosos vasos.

CAPITULO XII

Una Noble Avispa (*Monedula punctata*)

Los naturalistas, como los reyes y emperadores, tienen sus favoritos, y como mis simpatías zoológicas -que son mayores que mis conocimientos- comprenden toda clase de seres, hay, por supuesto, varios insectos por los cuales tengo una especial preferencia; unos pocos en cada uno de los principales órdenes. Mi predilecta entre los *hymenópteros* es una extraña representante (conocida en el Plata) del curioso género *Mónedula*. Es elegante y tiene hábitos originales, pero me resulta especialmente interesante por otra razón: puedo recordar la época en que era extremadamente rara en la pampa; tan rara, que en mi niñez la vista de una de ellas solía constituir para mí todo un evento. He podido comprobar su aumento año tras año, hasta haberse convertido en una de nuestras especies más comunes. Sus hábitos tan particulares y su inteligencia le dan aun mayor razón para reclamar ser observada. Es un insecto grande, vistoso, de fuerte zumbido, de cabeza y patas rosadas, alas con reflejos marrones, y su cuerpo está rodeado con bandas alternadas de color negro y dorado pálido; para libar la miel, tiene preferencia por las flores compuestas, grandes. Sin embargo su cría es devoradora de insectos; a diferencia de las avispas de las madrigueras o de las arenas, las cuales guardan su provisión de insectos o arañas parcialmente paralizadas para las orugas hasta que alcanzan el estado de crisálidas, la *Monedula* generalmente alimenta su cría con insectos recién cazados mientras requiera alimento, matando las presas que capturan y suministrándoselas a la cría, de modo que sus hábitos en este particular están más cerca de los pájaros que de las avispas.

La avispa deja su huevo solitario en el extremo de un agujero que excava en una tierra yerma, y se encuentra con frecuencia varios agujeros cerca uno de otro. Cuando la oruga -pues nunca he podido hallar a más de una por agujero - ha salido del huevo, su madre comienza a llevarle insectos, colocándoselos cuidadosamente a la entrada, cubriéndola con tierra floja. Si no tomasen esta precaución que le lleva bastante tiempo, no creo que una oruga entre cincuenta pudiese sobrevivir, tan transitadas están estas tierras incultas, utilizadas como lugares de procreación por arañas cazadoras, hormigas y cincidelas. La oruga es una consumidora voraz, pero la diligente madre le aproxima cuanto puede devorar. A menudo he hallado unos seis o siete insectos, aparentemente recién muertos y aún no tocados por el regalado pequeño glotón, arrollados en medio de ellos que esperan tener apetito.

La *Monedula* es una hábil cazadora de moscas, aun cuando mata innumerables luciérnagas y otros insectos: las moscas son siempre las preferidas, posiblemente porque tienen poca ala que estorbe y son también más fáciles de ser devoradas. Ocasionalmente captura insectos por el ala, pero su forma más común es la de atrojarse sobre su presa cuando está en reposo. En cierta época, antes de haber aprendido cuáles eran sus hábitos, me sobresaltaba con frecuencia cuando dos, tres o más de estas avispas se abalanzaban contra mi rostro y luego seguían dando vueltas frente a él

zumbando fuertemente y siguiendo mi andar por el campo. La causa de este curioso procedimiento es que la *Monedula* busca mucho apresar moscas picaduras, habiendo aprendido por experiencia que estas moscas desdeñan su seguridad cuando se han prendido de un lugar del cual pueden extraer sangre. Cuando un hombre o un caballo permanecen totalmente inmóviles, las avispas no le prestan atención, pero en el momento en que la mano, la cola o la pata ejecutan el menor movimiento, se apuran, procurando capturar al insecto chupador. Por otra parte el caballo ha aprendido a conocer y valorar esta amenaza de las moscas y permanece inmóvil, con media docena de avispas volando ruidosas y revoloteando en una alarmante cercanía junto a su cabeza, pues sabe bien que cada mosca que se le pose será inmediatamente arrebatada y que la ruidosa *Monedula* es una protección más eficaz que su cola -que, de paso, en Buenos Aires lleva muy larga.

Para concluir, tengo que narrar un incidente del cual fui testigo y en el que no se ha de mostrar a la *Monedula* desde un ángulo muy amable. Estaba recostado contra una tranquera, observando a una de aquellas avispas libando en un girasol. Una pequeña abeja cortadora de hojas revoloteaba en derredor con su agudo e inquietante zumbido, y a su debido tiempo se dirigió y asentó en el girasol. La *Monedula* se irritó, seguramente debido a la voz aguda y el alborotado comportamiento de su vecina, y tras observarla por breves minutos posada en la flor, deliberadamente la atropelló y espantó. La pequeña cortadora de hojas rápidamente regresó -pues las abejas son extremadamente remisas a dejar una flor inexplorada- pero fue nuevamente ahuyentada con amenazas y demostraciones de la *Monedula*. El pequeño ser se alejó y se alejó sobre una hoja un rato y retornó hacia la flor sólo para ser nuevamente rechazada. Realizó nuevos intentos, pero la avispa grande ahora montó una celosa guardia sobre el andar de su vecina y no le permitía que se acercase ni a una pulgada de la flor. La vencida abeja se volvió a tomar sol nuevamente con la aparente determinación de esperar que la gran tirana se alejase; la otra, sin embargo, parecía saber lo que se esperaba de ella y maliciosamente determinó quedarse. La cortadora de hojas, entonces, abandonó su intento. Elevándose repentinamente, se abatió como un halcón sobre la *Monedula*, se dejó caer sobre su espalda y se prendió atacándola furiosamente, hasta apaciguarse; luego se alejó, dejando a la otra dueña del campo pero muy destartada y quizá seriamente herida cerca de la base de sus alas. Realmente me sorprendí de que no se las hubiese cortado totalmente, pues estas abejas pueden usar sus dientes tan diestramente como un sastre sus tijeras.

No cabe duda de que para las abejas, como para los hombres, la venganza es más dulce que la miel. Pero desde el punto de vista científico, en lo mental ¿puede un ser de una escala tan inferior como la abeja cortadora de hojas, estar dotada de reacciones de ira y venganza tan inteligentes como deliberadas, *"lo cual implica la necesidad de desquite, para satisfacer los sentimientos de la persona (o abeja) ofendida"*? De acuerdo con Bain (*Mental and moral science*), únicamente a los animales superiores -él menciona venados y toros-, se les puede atribuir una forma de enojo desarrollada -que él describe como una excitación causada por el dolor-, que llega a los centros activos, lo cual lleva consigo un impulso cognoscente capaz de provocar sufrimiento sobre otro ser sensible. De esta manera si solamente el hombre está comprendido, tal vez el chispazo está considerado pero no el barril de pólvora. El material explosivo se halla, sin embargo, en el seno de casi todo ser viviente. El toro -colocado alto en la escala según Bain, aun cuando personalmente lo colocaría, mentalmente, casi en el nivel de la mayoría de los animales inferiores, tanto de vertebrados como de insectos-, es capaz de una ira que excede la de Aquiles, mas el hecho de que un trapo rojo manifiestamente no puede tener ninguna asociación personal o política para el toro, nos demuestra cuán desintelectualizada suele ser su ira. Otro ejemplo de ira erróneamente dirigida en la naturaleza, no tan familiar como aquel del toro y el trapo rojo, es utilizado por uno de los profetas: *"Mi herencia es para mi como un pájaro jaspeado; los pájaros en derredor están contra él"*. He visto con frecuencia a los pájaros del matorral agruparse en torno de algún singular visitante accidental y finalmente alejarlo con enojo de su vecindad. Posiblemente la asociación aquí se produce, dado que cualquier pájaro -aun pequeño- que tenga colores llamativos o destacados puede ser tomado por un pájaro rapaz.

La mosca carnívora que deposita sus huevos en medio de la carroña es sólo un ejemplo llamativo de los errores a que todos los instintos están expuestos, nunca de modo más destacable que en la tendencia heredada de ataques de excitación frenética: con frecuencia el sentimiento es excitado por un objeto erróneo y explota en momento inoportuno.

CAPITULO XIII

Las Luces Nocturnas de la Naturaleza (Observaciones acerca de las luciérnagas y otros temas)

Antaño se suponía que las luces de las luciérnagas (de cualquier familia que poseyese el poder lumínico) era una salvaguardia contra los ataques de otros insectos de costumbres rapaces y nocturnas. Esta era la idea de Kirby y Spence, pero podría muy bien haber sido la de Plinio, ya que los modernos entomólogos no le prestaron atención: en realidad, cualquier observador de la época predarwiniana es considerado como uno de los antiguos. Las razones que se aducían para las nociones o teoría de la celebrada *Introduction to Entomology* no eran concluyentes; empero, no era una suposición improbable de los autores, ya que la teoría que recientemente la ha reemplazado en las últimas publicaciones zoológicas parece desde todo punto de vista aun menos satisfactoria.

Examinemos primero la teoría obsoleta, como se la debe llamar ahora. Si reunimos un insecto rapaz y una luciérnaga, observamos que las luces de la última realmente asustan al primero y por tanto, en ese momento, está protegida; una protección tan efectiva como las fogatas que encienden los viajeros cuando están en una región donde hay animales de rapiña. Sin oponernos a ese hecho y aceptando que tenemos aquí la razón completa de la existencia de ese poder de emitir luz, un estudio de las costumbres de las luciérnagas nos induce a creer que el insecto se manejaría exactamente igual con ese poder o sin él. Es probable que experimente algún placer al emitir esos destellos de luz, como pasatiempo, al anochecer, pero esto escasamente podría ser considerado como una ventaja para su lucha por la existencia, y con seguridad no cuenta en la posesión de tal facultad.

Acerca de las costumbres de la *Pyrophorus*, la luciérnaga tropical grande que tiene asentado su punto luminoso en la parte superior de la superficie del tórax, nada parece definitivamente conocido; pero se ha dicho que ese instinto es tan sólo nocturno. La *Pvrophorus* se encuentra en la zona subtropical de la Argentina, y yo nunca la he visto. Estoy sí familiarizado con el muy distante *Cratomorphus* y la *Aspísoma* de forma de tortuga, que emiten la luz desde el abdomen; una especie de las *Cratomorphus* -un insecto largo y delgado con las alas enfundadas de amarillo marcadas con dos líneas negras paralelas- es la "luciérnaga" conocida por todos y excesivamente abundante en la zona sur del Plata. Este insecto es de costumbres estrictamente diurnas, tanto como lo son las mariposas diurnas. Se las ve revoloteando, galanteando a su pareja y alimentándose en las flores umbelíferas y compuestas a todas horas del día, y son tan activas como las avispa en el momento más luminoso, al mediodía. Los pájaros no las buscan como alimento debido al olor desagradable que emiten y que se parece al fósforo; probablemente las hallen no comestibles; mas sus insectos enemigos no son tan exquisitos y las devoran rápidamente, tal como lo hacen con las cantáridas que uno imaginaría un bocado capaz de desagradar a cualquier estómago.

Uno de sus enemigos es la avispa *Monedula*; otro, una mosca de la rapaz familia *Asilidae*; esta mosca es en apariencia una avispa con cuerpo púrpura y alas rojo brillante, como una *Pepris*, y esta semejanza mimética sin duda le sirve de protección contra los pájaros. La mayoría de los insectos rapaces son, sin embargo, nocturnos, y de todos estos enemigos que merodean cubiertos por la noche, la luciérnaga, como apropiadamente conjeturaron Kirby y Spence, se protege, o quizá sea protegida involuntariamente, por medio de sus frecuentes destellos. Ello nos obliga a llegar al siguiente razonamiento: que mientras la mosca doméstica común y muchos otros insectos diurnos pierden una parte considerable del día en ejercicios de entretenimiento, la luciérnaga, al tener con su luz una protección contra los enemigos nocturnos, deja sus pasatiempos para el anochecer; luego, cuando su holgorio de dos o tres horas termina, se retira a descansar, apagando su candil, y exponiéndose así a los mismos peligros que acechan a los diurnos durante las horas de oscuridad. Me he referido de intento al pasatiempo de las luciérnagas, pues realmente jamás pude detectar que en los anocheceres hiciesen algo más que revolotear y dar vueltas en grupos, aparentemente para entretenerse como las moscas en las habitaciones. Así, cuanto más cuidadosamente observamos los hechos, menos satisfactorias nos resultan las respuestas. Que la luciérnaga haya sido provista de una maquinaria tan elaborada, la cual incidentalmente produce tan espléndidos resultados, tan solo como protección contra un grupo de enemigos únicamente en el rato en que están activas, es totalmente increíble.

La teoría más común se debe a Belt y es más bella. Ciertos insectos (también algunos batracios, reptiles, etc.) son incomibles por los rapaces; es, pues, una ventaja directa para estas especies que no gustan, que puedan ser distinguidas de todas las perseguidas, y cuanto más notables y bien conocidas sean, será menos probable que los pájaros, los mamíferos insectívoros, etc., las confundan con las especies comestibles y que sean cazadas y dañadas. Así descubrimos que muchas especies han adquirido para su protección colores muy brillantes o contrastantes -colores preventivos- que los devoradores de insectos llegan a reconocer.

La luciérnaga, de cuerpo blando, de vuelo lento, es fácilmente atrapable y dañada, pero no apta para ser comida, y por lo tanto -dice la teoría- salvo que fuese lastimada o muerta por error, posee un vivo destello para advertir a sus enemigos -pájaros, murciélagos e insectos rapaces- que no es comestible.

La teoría de los colores preventivos es excelente, pero ha ido demasiado lejos. Hemos aprendido que una de las luciérnagas más comunes tiene hábitos diurnos y que desarrolla todo el quehacer más importante de su vida de día, cuando no tiene ni color ni luz para alertar a sus enemigos, y, de cada cien especies de pájaros comedores de insectos, por lo menos noventa y nueve son diurnas.

Como he dicho, los insectos rapaces se alimentan de luciérnagas, de modo que esa supuesta alerta no es para ellos, y sería difícil creer que el magnífico dispositivo que tienen esos insectos luminosos sea útil sólo para prevenir accidentales daños que pudiesen partir de murciélagos y caprimúlidos. Aun cuando quisiésemos creer esto, tendríamos primero que asumir que los murciélagos y los caprimúlidos están constituidos de manera distinta a todo el resto de los animales, ya que en otros -insectos, aves, mamíferos- la aparición de fuego en la noche parece confundirlos y amedrentarlos, pero evidentemente no puede decirse que previene, en el sentido en el cual esa palabra es usada cuando hablamos de los colores brillantes de algunas mariposas o aun de los gestos de las víboras venenosas y de los sonidos que emiten.

Puede constatar, por lo tanto, que mientras la vieja teoría de Kirby y Spence tenía algunos puntos de sustentación, la que ahora está en boga es realmente fantástica. Hasta que lleguen otras sugerencias mejores, sería acaso muy bueno considerar el órgano lumínico como poseedor de una "no muy cercana y directa relación con el presentar los hábitos de vida". En cuanto a sus verdaderos hábitos, especialmente aquellos crepusculares, hay aún mucho que aprender. Un hecho que he observado en ellas siempre me ha parecido muy extraño. Ocasionalmente se ve un insecto

emitiendo una luz fuerte y continuada cuya potencia lentamente decrece y crece; en esos momentos está menos activo que los demás, permaneciendo largo rato inmóvil sobre una hoja o desplazándose con un vuelo muy lento. En Sudamérica se dice que una luciérnaga que se comporta de una manera tan anormal está moribunda, y es fácil imaginarse cómo se origina esa idea. La creencia es, empero, errónea, pues a veces, en muy raras ocasiones, todos los insectos en un lugar son simultáneamente afectados de una misma manera, y en esos casos se congregan por millares como para emigrar, o con algún otro propósito. El Sr. Bigg-Wither en el sur del Brasil y D'Albertis en Nueva Guinea, observaron estos agrupamientos de luciérnagas, y yo mismo en una oportunidad tuve la extraña fortuna de presenciar un fenómeno así en gran escala. Cabalgando por la pampa en una noche oscura, una hora después de la puesta del sol y pasando de unas tierras altas, cubiertas por cardos gigantes, a unas bajas, con pastos altos, al bordear un arroyo, lo hallé llameando por miles de luciérnagas. Advertí que todas exhibían una luz fuerte, brillante y casi fija. Los largos pastos estaban tachonados por ellos, y literalmente invadían el aire. Cuando descendí por este río fosforescente, mi caballo se sumergía y resoplaba alarmado. Por fin logré calmarlo y lo cruzó luego lentamente; mientras, debí mantener bien cerrados los ojos y la boca, pues los insectos me golpeaban con fuerza. El aire estaba cargado por el enfermante olor a fósforo que emiten, pero una vez que estuve libre de esa zona refulgente que se extendía a ambos lados por kilómetros a lo largo del húmedo valle, me detuve y contemplé por un rato esa escena sorprendente y encantadora que nunca había visto.

El efecto fascinante y confuso que ejerce sobre los animales la aparición del fuego durante la noche es un tema de interés; y aun cuando probablemente no haya muchas novedades que queden por decir, me siento tentado de agregar aquí el resultado de mi propia experiencia.

Viajando de noche, con frecuencia he sido sorprendido por el comportamiento de mi caballo ante la vista de un fuego natural, o apariencia de fuego siempre distinto del causado por la visión del fuego creado artificialmente. El reflejo firme que se filtra a través de una ventana o puerta de una casa lejana, o aun la llama oscilante de una fogata solitaria, sólo han servido para avivarlo y despertarle el deseo de alcanzar el lugar cuanto antes; mientras que esas explosiones ígneas poco frecuentes que a veces la naturaleza exhibe, tales como los relámpagos, los fuegos fatuos o aun una nube de luciérnagas, les produce siempre un efecto desasosegante.

Evidentemente, la experiencia les ha enseñado a los caballos domesticados a distinguir un fuego manipulado por el hombre de todos los demás, y conociendo sus orígenes, es tan capaz como su jinete de avanzar hacia él sin experimentar esa confusión o duda mental que le causa un repentino resplandor en la oscuridad, cuyo origen y naturaleza le resultan misteriosas. El fuego artificialmente encendido representa para el caballo la posible meta de su viaje, y se le asocia con el descanso y la comida. Por regla general, los animales salvajes, por lo menos en las zonas poco pobladas, no conocen el significado del fuego; tan sólo excita su curiosidad y también su temor, y se inquietan al ver los fuegos que el hombre enciende, los cuales aún más brillantes y estables que la mayoría de los naturales. Nos es posible comprender esta sensación animal dado que nosotros mismos experimentamos algo similar (aun cuando en menor grado y no asociado con el temor) en cuanto al efecto que nos provoca un resplandor, tanto de día como de noche.

Al ir cruzando el monótono gris de las mesetas patagónicas por donde durante horas uno no capta el más mínimo tinte de color vivo, el rojo intenso del fruto del cactus o el níveo refulgir del blanco pecho del águila patagónica (*Buteo erythronotus*) posada en lo alto de una rama distante, ambos han ejercido sobre mí un extraño efecto, fascinante al punto que no podía separar, mientras estuviesen a mi alcance, mi vista de ellos. Otras veces, andando por extensos pantanos, el reverberante plumaje blanco de la garza me ha provocado la misma atracción. De noche experimentamos esa sensación con mayor intensidad cuando la luna riela sobre el agua ó cuando un meteoro traza su estela brillante en el firmamento o cuando en una situación más familiar, sentimos el poderoso hechizo a la vista de las brasas que arden en una pieza oscura: su mero brillo o lo vívido

del contraste, fascina la mente. Pero el efecto sobre el hombre es comparativamente débil, debido a su educación no restringida, a su familiaridad con los coloridos artificialmente obtenidos de la naturaleza. Cómo es de fuerte esa atracción de mero brillo, aun cuando no haya misterio en torno, sobre los animales salvajes, se muestra en las aves rapaces, las que atacan casi invariablemente aves de plumaje blanco o brillante donde estén entremezcladas con otras de colorido opaco. De noche la atracción es inconmensurablemente mayor que de día, y la luz de un fuego en el cual fija la mirada le produce rápidamente una confusión mental. El fuego que encienden los viajeros para su protección, de hecho atrae a los animales de presa, más la confusión y el temor causado por ese vívido reflejo es lo que produce la seguridad del viajero de poder descansar al amparo de esa luz. Los mamíferos no pierden del todo la cabeza, pues caminan en suelo firme sobre el cual el uso de sus músculos y la capacidad de juzgar le son necesarias a cada paso; en cuanto a los pájaros que flotan animadamente y sin esfuerzo por el aire, se confunden rápidamente. Un increíble número de pájaros migratorios se mata por estrellarse contra los vidrios de las lámparas de los faros; en claras noches de luna pueden sentirse seguros, pero en noches oscuras, el peligro es muy grande; más de seiscientos pájaros se mataron en una sola noche al chocar contra la luz de un faro en Centroamérica. Igual efecto que en las clases superiores sufren los insectos; en tierra son atraídos por la luz, pero se mantienen, como los lobos y tigres, a una prudente distancia; mas cuando vuelan a través del espacio y están incapacitados para mantener su vista alejada de ella, se estrellan o bien comienzan a girarle en torno hasta que se acercan tanto que sus alas se chamuscan.

Me he dado cuenta de que cuando cabalgo, aun a galope largo, una luz me afecta más poderosamente que cuando me desplazo a pie. Una persona, montada en una bicicleta y pedaleando a través del campo en una noche oscura, sin tener nada para orientarse excepto la idea que tiene en su mente, estaría en la misma condición del pájaro migratorio. Un fuego fatuo excepcionalmente brillante que se desplegara frente a él lo afectaría igual que la lámpara en lo alto del faro afecta a los pájaros; no sólo no podría alejar sus ojos de él, sino que rápidamente perdería el sentido de la dirección, y probablemente concluiría su viaje como muchos de esos pájaros, al romper su bicicleta, y quizá sus huesos, por haber chocado contra un obstáculo inadvertido.

CAPITULO XIV

Hechos y reflexiones sobre las arañas

Hace un tiempo, al revolver una cantidad de cosas abandonadas en un desván, molesté a una araña negra y grande. Corrió hacia adelante, justo a tiempo para salvarse de ser destruida por la caída de una pila de libros; se detuvo un momento, hizo un rápido examen de su posición, luego disparó a través del piso, y se perdió en un rincón oscuro de la habitación. El incidente sirvió para recordarme un hecho que casi había olvidado: que Inglaterra no es un país sin arañas. Un extranjero llegado de regiones más cálidas, aun cuando inteligente, podría fácilmente equivocarse. En Buenos Aires, mi tierra natal, el suelo está lleno de estas interesantes criaturitas. Abundan en y sobre el agua, pululan entre pastos y hierbas que por doquier relucen por el velo plateado que tejen sobre ellos. En verdad sería apenas una exageración el decir que hay una atmósfera de arañas, pues están siempre invisibles flotando en el aire; sus peculiares hebras no se sienten cuando vienen hacia uno, y a menudo ni siquiera se advierte que el pequeño aeronauta detenido se precipita sobre el rostro con patas más ligeras y leves que la volante flor del cardo.

Es algo extraño que a pesar de que, en lo que concierne a otros grupos de seres vivientes, tengo algo de naturalista, a las arañas las he observado y admirado siempre con un espíritu no científico, y ésta será mi excusa por mencionar los hábitos de algunas arañas sin dar sus nombres específicos -omisión que siempre irrita a los severos naturalistas técnicos-. Ellas me han suministrado el amor hacia lo bello, lo grotesco y lo maravilloso: pero yo nunca he coleccionado una araña, y si quisiera preservar una no sabría hacerlo. He estado "*familiarizado con la cara*" de estos monstruos por tanto tiempo que llegué a amarlos. Creo que si Emerson acierta al predecir que las arañas están comprendidas entre las cosas que serán desalojadas de la tierra por los perfeccionados hombres del futuro, entonces la naturaleza perderá un gran encanto y un elemento de interés. Aun queriéndolas, no puedo, por supuesto, sentir el mismo grado de afecto hacia todos los miembros de familia tan variada. La araña aerostática⁴⁴ *Gossamer spider*; escasamente vista, una criatura del viento y del sol; la *Epeira* como una joya en el centro de su estrellada red; aun la terrestre *Salticus*, con la estrategia del puma, ciertamente apelan más a nuestro sentido estético que lo que lo hace la pesada y lenta *Mygale*⁴⁵, cuando la tenemos a veinte metros, y se nos va aproximando, semejante a una cucaracha gigante montada sobre zancos. La temeraria furia con que la hembra de la araña lobo defiende su cría causa admiración, pero la misma queda disminuida por otros sentimientos cuando recordamos que esta madre valiente es para su consorte una esposa cruel y asesina.

Posiblemente, mi afición por las arañas se deba en gran parte a la compasión que siempre me han inspirado. La piedad, se ha dicho, está próxima al amor y ¡quién puede dejar de experimentar

⁴⁴*Gossamer Spider*: nomenclatura desaparecida. Se las llama *ballooning spider*, son arañas juveniles que se desplazan y hasta emigran, como lo explica Hudson. (N del T.)

⁴⁵ *Mygale*: otra denominación no utilizada hoy día. Es la llamada araña peluda". (N. del T.)

una tierna emoción si tiene en cuenta la pesada condena con que la naturaleza ha cargado a las arañas en compensación por la miserable gota de veneno que ella, sin haberlo pedido, carga! Aquí por cierto me refiero a las avispas. Estos insectos, con una refinada crueldad, prefieren no matar directamente a sus víctimas, sino mutilarlas, guardarlas en sus celdas, donde sus orugas pueden viviseccionarlas a discreción. Este es uno de los hechos irritantes a que no puede escapar un espíritu exigente en los climas cálidos, a través de puertas y ventanas abiertas, a lo largo de todo el día, llega, durante todo el verano, la hermosa y diligente avispa alfarera. Un cuerpo largo, sorprendentemente delgado, patas y tórax amarillo brillante y un abdomen de un carmesí oscuro ¿qué objeto puede ser más bello de admirar? Pero en su vida esta avispa no es bella. En mi hogar, durante el verano, eran mi pesadilla, pues no había medio de tenerlas afuera. Un día, mientras estábamos cenando, un nido de arcilla que una avispa había logrado terminar sin ser vista, se desprendió del techo y se hizo trizas al caer sobre la mesa, desparramando por todos lados una lluvia de verdes arañas semivivas. No he podido olvidar jamás el sentimiento de honda repugnancia que experimenté ante esa visión, sumándose a la aborrecible impiedad de la bella pero cruel arquitecta. Hay, entre nuestras avispas, un flagelo aun mayor que el de esta, y he de hacer un breve resumen de sus costumbres. Sobre la herbosa pampa, hay retazos de tierra yerma que son utilizados por una clase de arañas que ya hacen o se apoderan de agujeros en la misma para vivir y, desde allí, salen raudas para apropiarse de su presa; otras veces permanecen inmóviles y pacientes en sus escondites aguardando la aparición de algún torpe insecto. En efecto, en verano llegan a estas tierras secas unas pequeñas avispas, escasamente más largas que una mosca azul, cuyas alas y cuerpos son de un azul purpúreo con sólo una marca blanca como un collar en el tórax; agitan sus alas azules desplazándose de un lado al otro y son extremadamente activas y de apariencia grácil y delgada -el tipo de una victimaria-. Visitan y exploran cada agujero del suelo y si se las observa atentamente se las verá al llegar -individualmente- al lugar, hacerse un poco hacia atrás. Sabe que una araña está oculta ahí. Enseguida, aparentemente habiendo elaborado un plan de ataque, desaparece al introducirse en el agujero y ahí permanece un tiempo. Luego, cuando se comienza a pensar que la pequeña exploradora azul ha sido atrapada, sale disparada, y, al parecer, aterrorizada por la araña que la sigue en calurosa persecución; pero antes de haberse alejado unos siete centímetros del agujero, rápida como el rayo, la avispa se vuelve contra la perseguidora y las dos se confunden en un abrazo mortal. Parecen un solo insecto y giran unos momentos; luego surge, elevándose victoriosa, la avispa. La desdichada víctima no está muerta; sus patas se mueven un poco, pero su cuerpo está paralizado y yace en un colapso, laxa, sin fuerza, como una medusa fuera del agua. Este es el resultado invariable de cada uno de estos conflictos. En otras clases de seres, aun entre las especies más débiles buscadas, tienen a veces éxito e infligen algún daño a sus perseguidores, así como el pequeño y tembloroso ratón, incapacitado de salvarse, puede acaso hacer maullar de dolor al gato; en la armadura de las avispas no hay ningún punto débil, ningún error fatal de juicio, ni siquiera es posible que un accidente pueda salvar a su desgraciada víctima de su destino. Luego viene la parte más inicua del procedimiento. Cuando la avispa se ha recobrado y ha descansado de su lucha, arrastra deliberadamente a la imposibilitada araña de nuevo a su agujero y tras haberla dejado en el fondo, deja un huevo a su lado, sale, tapa el agujero con tierra y basurillas. Terminada su maquiavélica tarea se aleja alegremente en busca de otra víctima.

La amplia familia de la *Epeira* provee a las avispas alfareras y a otras matadoras de arañas, de la mayoría de las víctimas. Estas arañas tienen cuerpos suaves, gordos y succulentos como pancitos de manteca; viven sobre todo en árboles y arbustos donde sus telarañas geométricas delatan su presencia; son tímidas, comparativamente inocuas, y reacias a dejar su refugio en la verde enramada, construida con una hoja arrollada; de manera que existen muchas razones por las cuales deben ser perseguidas. Exhiben una gran variedad de formas curiosas; algunas están también profusamente coloreadas; pero aun sus más brillantes matices -anaranjados, plata, escarlata- no les han sido dados sin tener en cuenta la coloración que las circunda. Los arbustos verdes son frecuentados por las *Epeiras* de un vívido verde, pero la semejanza imitativa no termina del todo en eso. El método de escapar de la araña verde, cuando el arbusto es rudamente sacudido, es el de dejarse caer a tierra donde yace simulando estar muerta. Al caer, lo hace tal como si fuese una hoja

verde, esto es, no con la rapidez de un cuerpo sólido redondo como un escarabajo o arna. En los arbustos hay otra *Epeira* de igual tamaño y forma pero difiriendo en su color, pues en vez del verde brillante, es de un deslucido amarillo blancuzco, el color exacto de una hoja marchita muerta. Cuando esta araña se deja caer -pues tiene el mismo hábito para protegerse que la otra-, no cae tan rápidamente como la hoja verde cortada, ni como caería la araña verde, sino con un movimiento más lento, precisamente como las hojas marchitas, hasta que llegan a ser casi tan livianas como una pluma leve. No es difícil imaginarse cómo ocurre esto: ya sea una hebra más gruesa, o bien una mayor rapidez o tenacidad del viscoso fluido que compone la tela y adherido a un punto desde donde se arroja la araña, es lo que causa que una pueda caer más lentamente que la otra. Pero, cuántas tentativas en la variación de la rigidez del material habrán sido realizadas antes de lograr el grado preciso que habría de permitir a las dos especies, que difieren en su color, para completar el parecido con las hojas que caen, una fresca y verde y la otra marchita!

Las *Tetragnatha* -un género de la familia *Epeira*, conocida también en Inglaterra- son arañas pequeñas que se encuentran en las orillas de los arroyos. Sus cuerpos son delgados, oblongos y tienen la forma de una canoa, y cuando se tienden a lo largo de un tallo o de una brizna de pasto, sus patas largas como cabellos estirados hacia adelante y hacia atrás hacen difícil el detectarlas por su gran semejanza con una pajita seca. En la pampa abunda una especie de *Tetragnatha*, curiosamente modificada; las largas patas de estas arañas no son más gruesas que un pelo del lomo de un cerdo, pero en su extremo presentan una chatura y ensanchamiento que les da una llamativa semejanza con un remo. Estas arañas sólo se encuentran en los pastos que se inclinan sobre los bordes de los arroyos: son muy numerosas, y por tener carácter combativo están incesantemente peleándose, y con frecuencia ocurre que durante estos encuentros o cuando se están persiguiendo entre las hojas, caigan al agua. Yo creo que a veces se tiran de intento con el propósito de escapar, cuando son muy exigidas; cuando esto ocurre, se comprueban las ventajas de la modificación de la estructura de las patas. La araña caída se sienta como en un bote sobre la superficie, estira sus largas patas, y sumergiendo sus anchos extremos en el agua, literalmente podemos decir que rema hasta la orilla.

La araña aerostática, el más espiritual de los seres vivientes, de la cual hay numerosas especies, algunas extraordinariamente bellas por su colorido y características, es de la más numerosa de nuestras arañas. Recién cuando el sol declinante produce una ancha estela plateada sobre la planicie, puede uno tener una vaga idea de la innumerable miríada de estos pequeños seres vivaces que sin pausa hilan sus velos de gasa sobre la tierra y flotan como un vital polvo etéreo, invisibles, en la atmósfera.

La araña transporta dentro de su diminuto abdomen el secreto que posiblemente sirva para enojar a intelectuales perspicaces por mucho tiempo aún. Pues es difícil creer que por un mero esfuerzo mecánico, aun con el auxilio de las corrientes de aire, pueda un ser de la mitad del tamaño de un grano de cebada, segregar filamentos de cincuenta a sesenta centímetros de largo, y por medio de los cuales se columpia en el aire.

Los naturalistas están ahora prestando mucha atención a las migraciones de pájaros en distintas partes del mundo: ¿no podrían incluirse las observaciones de migraciones de insectos y arañas, con ventaja para la ciencia? El conocimiento más común es el de que la araña aerostática hace uso de este único medio de locomoción sólo para trasladarse desde su medio en busca de alimento o por encontrarse en condiciones desfavorables, o quizá alentada por una disposición andariega. Pienso que a pesar de estos incesantes desplazamientos de un lugar a otro durante el verano, realizan grandes migraciones periódicas, las cuales son por lo general invisibles, por cuanto no es posible distinguir una única red, y cada individuo se eleva y flota desde su propia localidad cuando así se lo dicta su instinto. Cuando un alto número de arañas se eleva simultáneamente sobre un área extensa, entonces, en ocasiones, ese movimiento se impone a nuestra observación, pues en esas circunstancias, el cielo se cubre de visibles masas flotantes de telas. Todos los grandes movimientos que de ellas he observado han ocurrido en otoño o, de cualquier modo, varias semanas

después del solsticio de verano y, como las migraciones de pájaros, en la misma época del año, han sido hacia el norte. Yo no aseguro ni creo que su instinto migratorio sea universal. En una isla húmeda, como Inglaterra, por ejemplo, en donde las condiciones atmosféricas raras veces son favorables, y en donde las pequeñas viajeras habrían de ser frecuentemente empujadas por vientos adversos, mar afuera hacia la muerte, es difícil creer que se produjesen tales migraciones. Pero donde habitan una vasta área de tierra, como en Sudamérica, la cual se extiende desde el ecuador hasta las frías regiones magallánicas, en donde hay un otoño prolongado, de clima cálido y seco, allí el espíritu migratorio podría haberse desarrollado. Este no es meramente una facultad de unos pocos pájaros: el impulso de emigrar en ciertas épocas afecta a pájaros, insectos y aun mamíferos. Sólo está altamente desarrollado en algunos pájaros, pero el sentimiento incipiente desde el cual surge el hábito sorprendente de las golondrinas se extendió y existe en profundidad a través de la naturaleza animada. También es probable que en Europa continental tenga lugar ese gran movimiento otoñal de estas arañas. Debo admitir que tan sólo puedo basar esto en el hecho de que en Alemania a la araña flotante se la llame *der fliegender Sommer*, el verano que se aleja, que se vuela.

Yo he comprobado que todas las migraciones que observé tuvieron lugar en otoño; excepto en una oportunidad, estas huidas ocurrían cuando el tiempo era aún seco y caluroso. La migración excepcionalmente tardía fue un 22 de marzo, un mes cumplido después de la partida de los vencejos, picaflones, papamoscas y la mayoría de los pájaros verdaderamente emigrantes. Este hecho me sorprendió como algo digno de señalarse y parece dar mayor fuerza a la idea por mí sugerida. Por ello quiero brindar una copia exacta de lo que yo anotara entonces y en el lugar, en mi libreta:

Marzo 22: Esta tarde, cuando andaba cazando, estas arañas flotantes presentaban una apariencia totalmente nueva para mí. Caminando junto al arroyo (el Conchitas, cerca de Buenos Aires)⁴⁶, advertí una ancha franja blanca bordeando las tierras húmedas y bajas. Descubrí que era debido a sus telas, tendidas en tal cantidad sobre la tierra que casi ocultaban el pasto y cardo debajo. Esa zona blanca abarcaba unos dieciocho metros de ancho; fuera de esa franja, sólo se veían unas pocas telas diseminadas sobre el pasto; no calculé con exactitud su largo, pero lo seguí por unos tres kilómetros, sin encontrar el fin. Era tan grande el número de arañas, que continuamente se interferían una a otra en sus movimientos e intentos por elevarse al aire. Tan pronto como una tendía su línea, se enredaba con la de otra araña que la había arrojado al mismo tiempo; ambas parecían conocer de inmediato la causa de sus dificultades, pues tan pronto como se producía la colisión, se volvían airadas, la una contra la otra, procurando mutuamente impedirse la elevación. Sin afrontar esa dificultad, continuamente, muchas se alejaban al amparo de la brisa que soplaba desde el sur. advertí tres especies distintas: una con un cuerpo redondo, escarlata; otra negro aterciopelado con un cefalotórax cuadrado grande y un pequeño abdomen puntiagudo; la tercera, que era la más abundante, tenga distintos tintes de color verde oliva y variaba mucho de tamaño, siendo las mayores, con medio centímetro de largo. Aparentemente, estas arañas habían sido impelidas desde las tierras bajas junto al arroyo donde estaba húmedo y se habrían congregado a lo largo de las riberas de la tierra seca, listas para emigrar.

Marzo 25: Fui nuevamente a visitar las arañas, apenas creyendo que las hallaría, pues habíamos tenido mucho viento y lluvia desde que las viera. Ante mi sorpresa, hallé que su número había aumentado: en la cresta de los cardales, en postes y otros lugares elevados, estaban literalmente acostadas en montones. La mayor parte era grande y de la especie verde oliva. Su tamaño, quizá, les había impedido partir antes, pero ahora estaban alejándose, flotando en alto número ya que el tiempo estaba calmo y era tolerablemente seco. Hoy advertí otra especie de cuerpo gris con elegantes rayas negras y patas rosadas. Una araña muy bonita.

Marzo 26: Volví nuevamente hoy y comprobé que el ejército de arañas flotantes, con excepción de unas pocas rezagadas que quedaban sobre postes y tallos secos, se había ido. Habían

⁴⁶Nuestro autor hace referencia aquí a una zona bien conocida por él, ya que se trata de su solar natal "Los veinticinco ombues".

tomado ventaja, aprovechando esa pausa de buen tiempo, para huir, después de ese otoño desacostumbradamente mojado y borrascoso. Así fue como me pareció que una conjunción de circunstancias -la primera, la época desfavorable, y la segunda, la angosta franja de tierra de la cual fueron expulsadas hacia la más alta que las aglomeró- sólo sirvió para hacerlas visibles y poner en evidencia que una vasta emigración anual tiene lugar y espera ser observada detenidamente para descubrirla.

Una de las arañas más originales en Buenos Aires, -idealmente original quiero decir- es una especie de *Pholcus*, un ser tranquilo, inofensivo, que se encuentra en las casas, donde abundan tanto que prácticamente inundan los lugares en donde no son abatidas por las escobas, en techos y rincones oscuros. En verdad que después de la dinámica y migratoria araña flotante, parece una pobre araña. Curiosamente, ocurre que un estudio de los hábitos de este ser polvoriento y doméstico nos conduce incidentalmente a los reinos de la fábula y el romance llama la atención por la extrema longitud de sus patas y se asemeja por su color y apariencia general a la túpula, pero con dos veces su tamaño. Tiene una manera singular de defenderse: cuando se le ataca o se le aproxima algo, recoge sus patas y las envuelve hacia el centro de su tela; gira luego alrededor de sí misma con la velocidad de un tiovivo lo que la hace aparecer como una nube sobre la telaraña, evitando ofrecer al enemigo un blanco para golpearla. Cuando una mosca es cazada, la araña se acerca cautelosamente y teje su tela alrededor de ella, y continúa angostándole el círculo hasta que la víctima queda encerrada en una especie de capullo. Este es un método común de las arañas; pero la inteligencia -pues no puedo llamarla de otro modo- de las *Pholcus*, ha complementado este procedimiento instintivo con una costumbre curiosa y única. La *Pholcus*, pese a su tamaño, es un ser débil, que posee poco veneno para poder liquidar su presa, de modo que el matar una mosca la compromete a una larga y laboriosa tarea. Una mosca, cuando queda atrapada en una tela, es una criatura bulliciosa, y entonces ocurre que cuando un "*papacito piernas largas*" -como los angloargentinos la han denominado- ha tenido éxito en lograrlo, los zumbidos furiosos y agudos de la víctima son escuchados por bastante tiempo (a veces, de diez a doce minutos). Este sonido excita fuertemente a las otras arañas vecinas y al momento se las ve abandonar sus telas y dirigirse a la escena del conflicto. En oportunidades, la captora es ahuyentada, y entonces la más fuerte o la más audaz se lleva la mosca. Pero aun cuando una colonia numerosa haya sido admitida en la posesión de un techo por largo tiempo, cuando una ha cazado una mosca, procede rápidamente a envolverla, separarla y dejarla caer, y la mantiene suspendida de una hebra a unos sesenta a noventa cm. del techo. Las otras arañas llegan al lugar y tras una breve investigación regresan a sus propias telas; y cuando el campo ha quedado despejado, nuestra araña procede a recoger la mosca cautiva, la cual para ese momento ya está exhausta por la lucha que ha librado.

He repetido muchas veces que todas las arañas, cuando escuchan el zumbido agudo de un insecto cazado en una tela cercana, se agitan igual que la *Pholcus* y de igual modo abandonan sus telas y se dirigen hacia el lugar de donde procede. Este hecho me convenció hace muchos años de que las arañas eran atraídas por el sonido de los instrumentos musicales: violines, concertinos, guitarras, etc., simplemente porque ese sonido produce el mismo efecto sobre ellas que el del zumbido de la mosca cautiva. Re visto con frecuencia a las arañas descender por las paredes o desde el techo, atraídas por el sonido de la guitarra tañida suavemente; con el toque suave de cuerdas metálicas estiradas sobre una madera he tenido éxito y he podido atraerlas sobre las mismas a cuatro u ocho cm. de mis dedos; siempre noté que ellas parecían buscar ansiosamente algo que evidentemente esperaban encontrar, y se movían de un lugar a otro de manera excitada y pareciendo estar enojadas y airadas. No tengo ninguna duda de que la histórica araña de Pelisson en la Bastilla, llegaba con igual talante y ferocidad cuando el prisionero, con sonidos musicales, la llamaba para alimentarla.

Las arañas a las cuales me he referido hasta ahora son criaturas tímidas e inofensivas de la familia de las *Epeiras*, pero hay muchas otras que son excesivamente temperamentales y, como algunas de las quisquillosas heminópteras, están siempre listas para la "*gran pelea*" por cualquier

motivo sin importancia. Las *Mygales*, de las cuales tenemos varias especies, no deben ser tratadas con desdén. Una de ellas es extremadamente abundante en la pampa, la *Mygale fusca*, un verdadero monstruo cubierto por un vello marrón oscuro, llamado en lengua vernácula "*araña peluda*". En el caluroso mes de diciembre estas arañas suelen deambular por la pampa abierta y se las ve por doquier, viajando en línea recta con un andar lento y parejo. Toman actitudes desmedidas, y cuando algo se les aproxima, de inmediato retroceden, como un pugilista que se apresta a la lucha y se yergue tanto sobre sus cuatro patas traseras, que muestra totalmente la superficie anterior de su cuerpo. Se supone que los abejorros se ganan la palma en cuanto a saber adoptar actitudes afectadas, pero es sorprendente observar los movimientos grotescos de estos irascibles insectos cuando alguien se acerca a su nido, elevan sus abdómenes y dos o tres patas a la vez, de manera que se parecen a una compañía de acróbatas, balanceándose sobre sus cabezas o manos y agitando al aire sus patas. Para impresionar al intruso, además de sus peligrosas actitudes, lanzan un sonido agudo de advertencia o desafío y al aire, estocadas con sus agujijones, de los cuales se ve exudar límpidas gotas de veneno. Es posible que estas amenazas surtan efecto. En lo que se refiere a la araña peluda, creo que no debe haber ningún ser, aun estúpido, que pueda equivocarse su sentido, cuando se levanta como una figura horriblemente grotesca y luego se deja caer en sus ocho patas y carga con violencia hacia adelante. Sus largos quelíceros negros y lustrosos en forma de hoz son arañas peligrosas. Conocí una mujer del lugar, quien fue mordida en una pierna y catorce años después aún sufría, con intervalos, de agudos dolores.

Sin embargo, el rey de los arácnidos de la pampa no es la *Mygale* sino la *Lycosa* de gran tamaño, de color gris claro con un anillo negro en el medio. Es activa, rápida, ágil e irritable en tal grado que uno difícilmente puede creer que cualquier otra especie pueda sobrepasarla. Si alguien pasa cerca, digamos a tres o cuatro metros de su escondite, se alza, le da caza y a veces hasta persigue por treinta o cuarenta metros al que la ha molestado. En una oportunidad casi fui mordido por uno de estos seres salvajes. Cabalgando a un trote suave sobre el pasto seco, de pronto vi una araña que me perseguía, saltando ágilmente y manteniéndose a la par de mi caballo. Le amagué un golpe con mi rebenque y el extremo de la lonja tocó el suelo cerca de ella, cuando instantáneamente saltó sobre la lonja y corrió por ella; cuando estaba a menos de siete u ocho centímetros de mi mano, arrojé el rebenque lejos de mí. Los gauchos recuerdan una original balada que cuenta que la ciudad de Córdoba fue una vez invadida por un ejército de arañas monstruosas, y que las gentes del lugar salieron, batiendo tambores y agitando banderas, para repeler la invasión, y tras varias descargas se vieron forzadas a volverse y huir para salvar sus vidas. No tengo dudas de que un repentino aumento de arañas perseguidoras del hombre, en un año excepcionalmente favorable para ellas, haya podido sugerir esta leyenda a algún rimador satírico de la ciudad.

Como final a esta parte de mi tema, he de describir una lucha de naturaleza muy singular que presencié entre dos arañas de una misma especie. Una tenía una pequeña tela contra la pared, y de la misma ambicionaba apoderarse la otra. Tras procurar en vano, luego de una serie de movimientos estratégicos, ahuyentar a la propietaria, se lanzó sobre la red y ambas irritadas duelistas se tomaron en combate mortal. No recurrieron a algo tan vulgar y natural como habría sido el uso de sus quelíceros, y tampoco se tocaron, pero la lucha era a muerte. Se movían con rapidez, saltándose por encima o pasándose por debajo; cada una procuraba impedir o enredar a su adversaria, y la destreza por medio de la cual cada una evitaba astutamente la celada tendida, procurando a su vez enredar a su oponente, era algo realmente maravilloso. Tras un rato, finalmente, esta lucha pareja que las había encolerizado, hizo que una de las combatientes cometiese un error fatal y por un momento se interrumpieron sus movimientos; al instante, la otra percibió su ventaja y comenzó a brincar hacia adelante y hacia atrás sobre su adversaria, con tal rapidez que confundía la vista y producía el efecto de dos arañas atacando a una tercera que yaciera entre ambas. Luego cambió su táctica y comenzó a girar alrededor de su prisionera, y muy pronto la infeliz derrotada -la agresora, deseamos, por el bien de la justicia- estaba apretadamente encerrada en un capullo plateado, el cual, distinto al capullo que los gusanos tejen para sí, fue su mortaja.

En las páginas siguientes he procurado reunir algunos de los hechos más salientes que he observado. Pero lo cierto es que el mundo de los arácnidos aún continúa siendo para mí un mundo de sorpresas del cual conozco poco comparativamente. Tampoco es posible encontrar conocimientos muy precisos de los mismos en los libros, aun cuando son innumerables las listas de nuevas especies que se imprimen constantemente; es que no han tenido, como las abejas y las hormigas, cronistas que con amor y paciencia hayan estudiado sus hábitos. Los Huber u Lubbock han sido muchos; los Moggridges, pocos. Pero aun un ligero estudio de estas criaturas tan versátiles y perfeccionadas de la naturaleza permite dar pie a reflexiones de interés. Un hecho que llama la atención con fuerza es la amplia distribución de los grupos de especies que poseen sus instintos altamente desarrollados. Una es la *Salticus* de listado de cebrá, con su estrategia única -es decir, única entre las arañas. Se dice que el salvaje australiano se aproxima al canguro a campo abierto, irguiéndose a la vista de su presa y permaneciendo perfectamente inmóvil hasta que se lo considera un objeto inanimado, y cada vez que la atención del animal se desvía, se acerca uno o dos pasos hasta hallarse lo suficientemente cerca para arrojar su lanza. De igual modo la *Salticus* se acerca a la mosca hasta estar lo suficientemente próxima como para saltar. Otra es la araña albañil; otra, la *Dolomedes* que se desliza sobre la superficie del agua persiguiendo su presa y se sumerge para escapar de sus enemigos; la más extraña de todas, la *Argyroneta*, que tiene su vivienda luminosa en el fondo de los arroyos y, tal como un albañil transporta ladrillos y mezcla para su vivienda, de igual modo esta araña lleva burbujas de aire desde la superficie, para ampliar su misteriosa vivienda, donde coloca sus huevos y cría su prole. Debe suponerse un origen común a especies con instintos tan curiosos y complejos. Mas, ¿cómo llegaron estos seres débiles, incapaces para desplazarse sobre mares y continentes como la aérea araña aerostática, para estar tan ampliamente distribuidas y viviendo en regiones de condiciones tan distintas? Esto solo puede atribuirse a la enorme antigüedad de las especies y de esta antigüedad, lo temprano que se evidencia el instinto en las arañas juveniles.

La inteligencia de las arañas es otro tema importante que no ha sido tratado con la atención que merece. La cuestión de la inteligencia del insecto -los naturalistas están de acuerdo en cuanto a la posesión de esa inteligencia es extremadamente difícil-, y es probable que algunas de nuestras observaciones sobre el tema habrán de ser reconsideradas. Por ejemplo, hemos puesto atención en el orden de los heminópteros como el de los más inteligentes, pues la mayoría de los insectos sociales están ahí incluidos, pero aún no se ha comprobado, y probablemente nunca lo será, que sus instintos sociales sean el resultado de su inteligencia que se le ha "*superpuesto*". Si las hormigas y las abejas fueron más inteligentes que otros insectos durante las primeras etapas de sus sociedades orgánicas o no, apenas ha de ser discutido por algún naturalista que haya observado durante un tiempo que muchas especies solitarias despliegan mayor inteligencia en su actuar que aquellas que viven en comunidades.

La naturaleza del alimento de la araña y la dificultad de proveer a sus necesidades le imponen una vida solitaria: el hambre, la vigía perpetua, el sentido del peligro, le han dado un carácter en el que se amalgaman la timidez y la ferocidad. Pero estas mismas condiciones que le han imposibilitado el formar sociedades como algunos insectos y así progresar hacia un estado de cosas que se parece a la civilización humana, ha servido para desarrollar la mentalidad que tiene la araña, transformándola en una salvaje hábil. La única arma de defensa de la araña -sus quelíceros- es una protección tan endeble contra el asalto de los insectos enemigos, como resultan pobre protección para el hombre sus dientes y uñas contra lobos, osos y tigres. La araña se halla en peor situación que el hombre, dado que sus enemigos son alados y pueden abatirlo instantáneamente desde lo alto, además de estar protegidos con una coraza invulnerable y armados con agujones mortíferos. Como el hombre, la araña tiene un cuerpo blando y desprotegido; además, su fuerza muscular, comparada con la de los insectos con los cuales debe contender, es nula. Así, su posición en la naturaleza, con relación a sus enemigos, es tal como la del ser humano, sólo que la araña tiene esta desventaja: que no puede aliarse con otros para su protección. El que ella se proteja y mantenga su lugar en el medio, no es debido a sus instintos especiales, los cuales son totalmente insuficientes, sino a la

inteligencia que los complementa. Al mismo tiempo, esta habilidad superior está íntimamente relacionada con -y probablemente resulte indirectamente de- la red que ella se teje, que tiene casi el poder de un auxilio artificial. Imaginemos el caso de un mono cuasi hombre o de un hombre arbóreo, quien hubiese nacido con un cordón de gran longitud adherido a su cintura, el cual pudiese ser arrastrado tras de sí o recogido en un rollo. Luego de muchos accidentes la experiencia le habría enseñado a utilizarlo y la práctica lo haría más o menos diestro en su manejo, e indirectamente le habría de servir para desarrollar sus facultades mentales latentes. Comenzaría por usarlo tal como el mono utiliza su cola prensil para balancearse de una rama a otra y, finalmente, para escapar de su enemigo o perseguir su caza; podría, por medio de ese cordón, dejarse caer desde los árboles más altos o bajar a los precipicios más profundos; sabría recoger su cordón para acomodarse un lecho y también para mantener reunidas ramas cuando se construyese un refugio. En una lucha cuerpo a cuerpo, él procuraría enlazar a su adversario y finalmente aprendería a utilizarlo como lazo para capturar su presa. A todo esto y a cien usos más, ha acomodado su tela la araña; y cuando admiramos su bello tejido geométrico, realizado por líneas de hebras unidos por puntos muy distantes, mientras ella permanece en su red, oculta en la tela en medio de las hojas, desde donde cada contacto en cualquier punto alejado de esa estructura le es telegrafiado por la hebra comunicante con tanta precisión como si un nervio hubiese sido tocado, debemos admirar la sorprendente perfección que ella ha adquirido en el uso de sus hebras. Por este medio puede sojuzgar seres demasiado ágiles y fuertes para ella y hacerlos su presa. Cuando la vemos reparando los daños que puede haber sufrido, sosteniendo su tenue tejido con pequeños cantos rodados o palillos, tal como el pescador sujeta su red, o liberando algún cautivo cuya mayor fuerza amenaza destruir la red, entonces comenzamos a sospechar que tiene por encima de sus instintos propios, una razón que la guía, modifica y, en cierta manera, la complementa. No es sólo, empero, en estas importantes ocasiones cuando el fin es buscado por medios no comunes, que las arañas demuestran su inteligencia, pues aun estas cosas podrían ser consideradas por algunos como meras partes de un instinto grande y complejo; mas, en todos los tiempos, en todas las cosas, el observador que las contempla con detención no puede dejar de convencerse de que posee un principio que la guía, que va más allá del mero instinto. Lo que el garrote y la piedra fueran para el hombre primitivo, cuando hubo descubierto que empuñándolos aumentaba la potencia de su golpe, así la tela ha sido para la araña, al desarrollar esa chispa de inteligencia que posee en común con todos los organismos animales.

Deseamos agradecer a las autoridades del Museo Nacional de Ciencias Naturales, y en especial a la Dra. Galeano, el asesoramiento tan gentilmente prestado.

CAPITULO XV

El Instinto de Simulación de la Muerte

La mayor parte de la gente está familiarizada con el fenómeno de “*simulación de la muerte*”, fácilmente observable entre los coleópteros y en muchas arañas. Algunos vertebrados poseen también este muy curioso instinto. En los insectos se debe, probablemente, a una parálisis temporaria producida por una repentina conmoción, pues cuando los escarabajos se dejan caer voluntaria pero abruptamente, adquieren una apariencia de muerte que dura pocos instantes. Hay especies que efectivamente son tan sensibles, que el más leve roce o aun una ligera amenaza los paraliza instantáneamente y los sume en esa muerte simulada. Es curioso que las mismas causas que producen estos trances en especies lentas, como por ejemplo los escarabajos, tienen un efecto contrario en los de gran actividad. Los escarabajos rapaces, huyen rápidamente y se esconden cuando son molestados, y algunos acuáticos giran sobre la superficie en círculos o líneas zigzagueantes con tanta rapidez que la vista deja de distinguirlos.

Nuestra araña de patas largas *Pholcus*, cuando alguien se aproxima, encoge sus patas en el centro de la tela y hace girar su cuerpo alrededor con tal velocidad que parece un trompo.

Hay mamíferos y aves que poseen ese instinto de simulación de la muerte, aún cuando se hace difícil creer que la causa que la origina nace de las mismas fuentes en vertebrados que en insectos. En éstos se presenta como un instinto puramente físico, el resultado directo de una causa ajena a ellos, semejante al movimiento de una planta. En mamíferos y aves es evidente que la emoción violenta y no la rudeza del trato, es lo que resulta ser causante del desmayo.

Descartando las víboras venenosas, los zorrinos y otras pocas especies en las cuales el peligro sólo les despierta ira, el temor tiene un poderoso y a veces paralizante efecto sobre los animales, y es ese efecto paralizante el que incide sobre el instinto de simulación de la muerte, hallado sólo en algunas especies muy distantes entre sí; probablemente se ha ido construyendo a través de un largo proceso acumulativo de la selección natural.

He conocido algunos extraños ejemplos del efecto paralizante del temor. Unos cazadores me refirieron, en una alejada zona de la pampa, de su efecto sobre un jaguar al que perseguían y que se refugió en un alto y seco pajonal. Lo veían, pero era imposible arrojarle el lazo, y tras procurar infructuosamente desalojarlo de su escondite, decidieron al fin prender fuego al lugar. Aun así se negó a abandonar el refugio, pero permaneció con su cabeza erguida, observándolos entre las llamas. Finalmente el humo negro lo ocultó y cuando se apagó el fuego, lo encontraron muerto y carbonizado en el mismo sitio.

En la pampa, con frecuencia los gauchos aprehenden los cisnes de cuello negro sólo con asustarlos. Cuando se están alimentando o descansando en el pasto, dos o tres hombres o muchachos a caballo se acercan con cautela por el costado, contra el viento, y cuando están junto a

ellos giran y cargan a toda carrera con fuertes gritos. Esto les causa tal terror que ya son incapaces de volar y con rapidez son exterminados.

También he visto a unos gauchitos cazar picos de plata (*Lichenops perspiciliata*) arrojándoles un palo o una piedra primero y atropellándolos luego, cuando han quedado inmóviles y paralizados por el terror, lo que permite que se los tome. Yo mismo en una oportunidad tuve éxito al cazar un pájaro pequeño de otra especie utilizando igual método

Entre los mamíferos, nuestro zorro común (*Canus azarae*) y una de las comadrejas (*Didelphys azarae*), están también sujetos a esta sin guiar forma de desmayos de muerte simulada. Es realmente raro que animales tan fuertes, bravos y capaces de infligir graves daños con sus dentelladas, puedan asimismo poseer este medio de autodefensa que aparentemente conviene más a seres inactivos que no pueden resistir o huir del enemigo y a animales clasificados muy abajo en la escala zoológica. Cuando un zorro queda atrapado o es acorralado por una jauría de perros, primero pelea salvajemente, pero luego se relaja, se arroja al suelo y aparentemente muere. La impostura está tan bien orquestada, que llega a engañar a los perros, y nadie, sin una familiarización previa con este hábil truco que la naturaleza brinda, dudaría en asegurar su muerte y hasta en pronunciar un elogio por haber caído con valentía. Estoy casi seguro de que cuando se produce esta muerte simulada, el animal no está totalmente inconsciente. Es realmente difícil descubrir una evidencia de vida en la comadreja; mas cuando uno se aleja un poco del zorro simulador y lo observa con suma atención, puede detectarse un cauteloso y lento abrirse del ojo y, finalmente, si se lo deja solo, no se recobra y acciona súbitamente como un animal que ha estado aturdido, sino que lenta y astutamente levanta primero la cabeza y sólo se incorpora cuando sus enemigos están a respetable distancia. He visto, empero, a gauchos, quienes son muy crueles con los animales, realizar las más atroces experiencias sobre un zorro cautivo sin haber logrado que revelasen la menor señal de vida. Esto me ha confundido mucho, ya que si la simulación de la muerte es simplemente un ardid, no podría el animal resistir ser mutilado, sin acusar signos de vida. Creo, pues, que el zorro, aunque no insensible como su posterior comportamiento lo demuestra, ha de tener su cuerpo sumido en un tal estado de terror que le hace simular la muerte y lo insensibiliza para sufrir la tortura que se le aplica.

A veces el desmayo se produce antes de que el animal haya sido tocado, y aun cuando la causa que lo provoca se encuentra a una distancia considerable. Cabalgaba cierta vez junto a un gaucho, cuando vimos delante nuestro a campo abierto, un zorro aun no muy crecido; estaba inmóvil viendo cómo nos aproximábamos. De repente se dejó caer, y cuando llegamos al lugar estaba laxo, estirado y con los ojos cerrados. Antes de continuar nuestra marcha, mi compañero, quien dijo que no era la primera vez que veía algo así, lo castigó fuertemente con su rebenque sin que se le produjese la más leve reacción.

El instinto de muerte aparente es poseído en alto grado en la perdiz común de la pampa *Notura maculosa* o tinamú puntado. Cuando se la captura, tras algunos esfuerzos violentos por escapar, deja caer la cabeza, emite dos o tres boqueadas y, aparentemente, muere; si tras esto se afloja la presión, abre los ojos en forma instantánea, y, repentina y rápidamente, con un ruido de alas, se alza y vuela lejos del captor. Es posible que mientras dura la presión sobre el pájaro, éste se torna insensible, aun cuando se recobre de inmediato. Hay ocasiones en que el pájaro capturado muere en la mano, a causa del terror. La perdiz es excesivamente tímida, y a veces cuando aves de esta especie son perseguidas -pues los gauchitos con frecuencia las cazan de a caballo, si no encuentran madrigueras o matorrales para guarecerse, dejan caer sus cabezas sobre el llano. Es probable que cuando simulan morir estén realmente muy próximas a ello.

CAPITULO XVI

Los Picaflores

Es posible que los picaflores sean la cosa más bella de la naturaleza, y muchos escritores famosos han agotado su capacidad descriptiva en un vano intento por retratarlos para alentar nuestra imaginación.

La tentación era realmente fuerte: tras haber descrito la riqueza de la creación en el follaje y las flores tropicales, referirse a la maravillosa gema contenida en ella, Ellos habrían sido sagaces, en este caso, si hubiesen imitado a aquel modesto novelista que dejó un espacio en blanco en la página donde debería haber figurado la descripción de su impar protagonista. Después de todo lo que se ha escrito, la primera visión de un picaflor de tan inigualada belleza llega como una revelación a la mente. Dar una idea veraz de él por medio de la descripción no es menos imposible que lo que sería embotellar una provisión de los mismos rayos del sol y pretender llevarlos a través del Atlántico para dispersarlos como lluvia brillante sobre Inglaterra.

No dudo de que muchos que jamás los hayan visto en su estado natural imaginen que se puede adquirir una idea aproximadamente correcta acerca de su apariencia en la sin igual monografía de Gould. Las láminas que hay, empero, tan sólo representan los picaflores muertos. Un petirrojo muerto es, a los efectos de obtener su retrato, tanto como uno vivo; igual cosa puede decirse de otras especies plumíferas de colores brillantes pero de hábitos menos aéreos que los picaflores. La total belleza de las mariposas con frecuencia no se aprecia hasta que el insecto haya muerto o, al menos, esté cautivo. No fue cuando Wallace vio la *Ornithoptera craesus* en vuelo sino cuando la tuvo en sus manos y desplegó sus alas gloriosas, que pudo apreciar su belleza, que lo subyugó. Mas la particular belleza que hace que a primera vista el picaflor sea una revelación, se sustenta tanto en la liviandad y tan particular ligereza de sus movimientos cuanto en los intensos colores de gema y el brillo metálico de su plumaje.

La forma diminuta y exquisita, cuando el pájaro revolotea con sus alas que semejan una niebla, libando de las flores con su lanza o pico color coral, su cola como abanico desplegado y suspendido en el aire, exhibe su plumaje tornasolado de variados reflejos; al próximo instante se desvanece o casi lo hace para reaparecer junto a otra flor, y repite la operación sucesivamente, luciendo sin continuidad su esplendor, como los destellos intermitentes de la luciérnaga, conformando el todo un cuadro de gracia y encantamiento aéreo que imposibilita su descripción. Todo este embrujo desaparece cuando el pájaro está muerto y hasta cuando se posa en una rama para descansar. Estando inmóvil se parece a un martín pescador con sus colores excesivamente atenuados, sin el bello plumaje de aquel pájaro, pero sí conservando su tiesura. Ningún artista ha sido tan osado como para intentar representar al pájaro tal como aparece cuando está detenido frente a la flor; los rápidos movimientos de sus alas borran sus formas haciendo aparecer una tenue niebla alrededor de su cuerpo; pero es precisamente esa informe nubecilla entre la cual está suspendido su cuerpo resplandeciente lo que contribuye más a dar al picaflor su sorprendente apariencia fantástica

y sobrenatural. ¡Qué extraño que se encuentre pintores de pájaros que persisten en su esfuerzo por mostrar al picaflor en vuelo! Cuando lo dibujan tieso y erguido sobre una rama, la figura es honesta pero fea; su representación más ambiciosa es una ilusión o una burla.

Con referencia a su colorido -los tintes cambiantes que reverberan con tanta intensidad sobre su plumaje como en escamas-, resulta curioso encontrar que Gould pueda haber creído que todas las dificultades para reproducirlo hubiesen sido exitosamente superadas. El "*nuevo proceso*" al cual se refirió tan confiadamente, podría, sin duda, ser utilizado ventajosamente para reproducir los reflejos metálicos menos delicados del negro plumaje, tal como lo vemos en el de los cuervos; pero la reluciente vestidura del picaflor o el plateado encaje tejido por Epeira, recamado por las gotas del rocío y tocado por la luz con los colores del arco iris, no han sido y nunca podrán ser imitados por el arte.

Sobre este tema, uno de los últimos observadores de los picaflores, *Everard im Thurn*, en su trabajo sobre la *Guayana Inglesa*, tiene el siguiente pasaje: "*Es difícil que se pueda percibir más que un punto de color en cualquier picaflor en un mismo momento, pues cada lugar sólo nos muestra su peculiar reflejo y color cuando la luz le llega desde una determinada dirección. Una real representación de uno de estos pájaros lo mostraría con su color un tanto apagado, excepto en la única posición en la cual, cuando el pájaro está ubicado para ser representado, enfrenta la luz en el ángulo preciso, y sólo ese ángulo sería apreciado en todo el esplendor de su color. A veces un arbusto florecido se ve rodeado por una nube de picaflores, todos de la misma especie, y cada uno, por supuesto, en distinta posición. Si alguien pudiese dibujar esa escena, señalando el distinto detalle de color en cada pájaro, de acuerdo con su posición, entonces se tendría cierta idea de la real apariencia, que podría ser útil a quien jamás lo hubiera visto*".

Es difícil pensar que alguien pudiese realizar lo que se ha sugerido y que escribiese una monografía con páginas de tres o cuatro metros de largo por aproximadamente cinco metros y medio de ancho, cada una mostrando una nube de picaflores suspendidos junto a un arbusto florido; mas aun cuando así fuere, los pájaros suspendidos en desagradables proyecciones angulares, en vez de "*nebulosos semicírculos confusos*", y cada uno con una mancha de color detenida sobre la parte contraria de plumaje sombrío, habría de ser tan poco parecido al picaflor viviente como cualquier otra ilustración de viejas monografías.

Tanto silos resplandecientes tintes tornasolados y los singulares adornos que hacen famosos a la familia, son el resultado del proceso acumulativo de consciente o voluntaria selección sexual, como piensa Darwin, o si, como enfáticamente sostiene el doctor A. R. Wallace, son la resultante de superabundante vitalidad, es un problema al que la ciencia aun no le ha dado una respuesta satisfactoria. La tendencia o el hábito de variar hacia una rica coloración y bello o fantástico ornamento debe, por cuanto sabemos, haber descendido al picaflor de algún diminuto reptil volador arbóreo de curiosa forma y brillantes colores, el cual habría vivido en una época lejana. Sea lo que fuere, no está sostenido por nadie que *todos* los pájaros desciendan originariamente de una misma rama de reptiles; y el exacto lugar del picaflor en la escala clasificatoria no está establecido ya que no existen formas intermedias que lo relacionen con cualquier otro grupo. Para la mente corriente, ellos parecen totalmente distintos de otros seres alados como por ejemplo las familias de las palomas o de los avestruces. Algunos escritores han sostenido que están anatómicamente relacionados con los vencejos, aun cuando las diferencias que separan a las dos familias son tan profundas que se titubea en aceptar ese criterio. Empero, la más reciente autoridad sobre este tema, el doctor Schufeldt, ha llegado a la conclusión de que los vencejos son *passeres* muy modificados y que los picaflores crean, por sí mismos, un orden.

Si dejamos este problema y simplemente prestamos atención al punto de vista del ornitólogo, quien no suele investigar muy por debajo de la superficie de las cosas, tras haber admirado suficientemente su belleza única y su sorprendente velocidad, hay poco más para decir de ellos. Brindan un bello espectáculo indescriptible. No puede, pues, llamarnos la atención que Gould

escribiese como en éxtasis de la época en que *"podía revelar la delicia de ver un picaflor en estado natural"*. El sentimiento -dice- que lo anima a revivir éstas, las más bellas obras de la creación, no puede definirse, y sólo podría ser apreciado por quienes han hecho de la historia natural un estudio, y por quienes *"persiguen la investigación de sus seductores misterios con ardor y deleite"*. Esto es algo que podemos comprender; pero, hasta qué grado sorprendente ha sido llevado este sentimiento cuando, tras subrayar su entusiasmo y excitación y considerando que la mayoría de las cosas de la vida se deterioran y eventualmente se apagan a causa del tiempo, pudo agregar: *"No así para aquellos que han emprendido el estudio de la familia de los picaflores"*

Debe suponerse que él estimaba a las Ciencias Naturales fundamentalmente como una *"ciencia de animales muertos, una necrología"*, y coleccionaba picaflores tal como otros coleccionan monedas romanas, huevos, pájaros, armas antiguas o porcelanas azules, con su celo en la búsqueda y con su fe en la importancia creciente de su objeto a medida que aumentan sus tesoros, hasta que finalmente llegan a pensar que aunque todo el entusiasmo y la excitación que dan un aliciente a la vida de otros se desvanecen con el tiempo, no ocurrirá lo mismo con su peculiar búsqueda.

El placer racional más auténtico experimentado por un ornitólogo al estudiar sus hábitos, su índole, deviene sin duda, en gran medida, del hecho de que los actos de esos seres alados tienen en sí un hálito de inteligencia. Sea cual fuese su teoría o convicción acerca del origen de sus instintos o aun si no tiene convicciones acerca del tema, sin embargo debe parecerle sencillo el hecho de que la inteligencia es -después de todo- en la mayoría de los casos, la guía principal de la vida, complementando y modificando sus hábitos a fin de lograr su mayor armonía con el medio ambiente y alegrando cada día con incontables actos que resultan del juicio y la experiencia, y que nada tienen que ver con los complejos instintos heredados. Cuanto más prolonga la observación de alguna especie o individuo, mayores son los hallazgos que premian su preocupación; sin embargo éste no es el caso de los picaflores, los cuales poseen cuerpo de pájaro, pero a los que no se puede colocar mentalmente con ellos. El placer que provoca su belleza pronto se desvanece, y no es reemplazado por otro interés dado lo monótono y mecánico de todas sus acciones; y, finalmente hallamos que quienes están más familiarizados con ellos a causa de sus observaciones personales, tienen muy poco para decir. Una veintena de picaflores, de otras tantas especies distintas, rinden al estudioso de sus hábitos menos que un solo pajarillo de pardo plumaje rondando por un jardín o entre los juncos de un arroyuelo cercano. Sin duda, por una causa similar a la que hace que una bonita cara humana, sin chispazos de inteligencia, parece mucho menos atractiva que un rostro afable. Se había uno de ver esas hadas atareadas ejecutando su aéreo ballet alrededor de las flores, y se encuentra un alivio al observar un pequeño pinzón, un reyezuelo o un papamoscas, tímido por temperamento y de un color oscuro y protector. Quizá posea una forma elegante y voz melodiosa que lo valorizan estéticamente, pero aun sin esos accesorios, se lo puede observar día tras día siempre con placer e interés creciente; y sólo suma un estímulo a ese sentir el saber que ese pajarillo nos observa con cierta dosis de inteligente curiosidad, y mucho recelo y que cuidadosamente procura ocultar los pequeños secretos de su vida que el investigador está empeñado en descubrir.

Con frecuencia se ha señalado que por su índole los picaflores se parecen más a los insectos que a los pájaros. Algunas especies, al abandonar el lugar en donde se han posado, ejecutan unos amplios círculos como las abejas alrededor del árbol antes de alejarse en línea recta. Sus ataques sin objeto a otras especies que se les aproximan o pasan cerca, aun tratándose de aves grandes como los halcones o las palomas, son un hábito que tienen en común con muchas abejas solitarias perforadoras de troncos. Además, como las luciérnagas y otros insectos, se atacan entre sí cuando se aglomeran para alimentarse; en estos casos su manera de actuar es curiosamente similar al de un par de mariposas, pues revolotean la una alrededor de la otra y se elevan a gran altura. Una vez más, como a los insectos, no les molesta la presencia humana cuando se alimentan o aun cuando están dedicados a la nidificación para incubar. Como numerosas abejas solitarias, avispas, etc., es frecuente que se aproximen al caminante o a quien está detenido para mantenerse suspendidos a

pocos centímetros de su rostro; y si entonces se los asusta, es frecuente que regresen para revolotear en torno a su cabeza. Todos los otros pájaros, aun aquellos que disponen de menor versatilidad y en lugares donde la presencia del hombre no es frecuente, muestran tanta reserva como curiosidad ante su presencia; reconocen en esa forma superior a un ser viviente y a un posible enemigo. Whiteley, quien ha observado picaflores en Perú, dice que es un espectáculo entretenido observar la *Lesbia* numa tratando de cruzar a un punto alejado en línea recta, contra un fuerte viento, viento que le agita las largas plumas de su cola alejándola mucho de su punto ideal. Los insectos, que presentan mayor superficie contra el viento, siempre son alejados de su norte de igual manera, pues ni aquellos de las zonas más ventosas han aprendido a manejarse; y con frecuencia he visto una mariposa procurando llegar hasta una flor aislada que ha sido alejada por el viento más de una docena de veces antes de lograr su intento, o, tras ello, abandonarlo. Cuando trazan el curso de su vuelo -a menos que sean pichonzuelos sin experiencia- los pájaros calculan siempre la fuerza del viento. Los picaflores se introducen a menudo en habitaciones abiertas, impulsados por su temeraria curiosidad en ese caso, o son perseguidos hasta que, exhaustos, caen y son golpeados y cazados y, como dice Gould, "*si se les toma en la mano, casi inmediatamente comen cualquier dulce o sorben el líquido que se les da sin acusar temor ni resentimiento por el tratamiento anterior*". Las avispas, y abejas, en igual circunstancia, intentan picar al captor, como lo sabe la mayor parte de la gente por propia experiencia, y no dejan de luchar fieramente para liberarse. En cambio la luciérnaga es como el picaflor, y no bien es cazada, tras haber sido maltratada, golosamente devorará tantas moscas y mosquitos como se le ofrezcan. Sólo en las escalas más bajas de los seres se observa un desarrollo tan primario del instinto de preservación sin mezclarse con la razón o el sentimiento y de efecto tan pasajero. Esa misma insensibilidad hacia el peligro se advierte cuando los picaflores son capturados y encerrados en una habitación, y cuando, antes de un día, revolotean en torno a la cara del captor y aun liban néctar de sus labios.

Algunos observadores han creído que los picaflores están más cerca de los abejorros por su manera de actuar. Yo no pienso que sea así. Bates dice: "*No se comportan de la manera metódica de las abejas que liban las flores ordenadamente sino que saltan en desorden de una parte de un árbol a otro. He observado mucho a los abejorros y estoy convencido de que son los himenópteros más inteligentes. A mi modo de ver, los picaflores tienen un parecido más estrecho con las solitarias abejas picadoras de troncos y con las libélulas. Se debe tener presente -además- que los insectos tienen poco tiempo para adquirir sus experiencias, y que gran parte de su vida, en estado de imago, está absorbida por la compleja tarea de la reproducción.*"

Los *Trochilidae*, aun cuando confinados a un continente, prometen superar a todas las otras familias -incluso las de los cosmopolitas pinzones- en el número de sus especies. Hay hoy día más de quinientas conocidas o, lo que es lo mismo, tantas como todas las especies de aves conocidas en Europa juntas. Hay motivos para creer que muchos más -quizá unas cien o doscientas especies-, sean aun desconocidas. La región más prolífica y en donde están más desarrolladas, es el oeste de Brasil y los Andes peruanos y bolivianos. Es ésta, precisamente, la parte menos conocida de Sud América. Los pocos naturalistas y recolectores que han llegado regresaron cargados con el botín para hablarnos de una región que sobrepasa a otras en superabundancia y belleza por la vida de esos seres alados. Nada de lo que pueda decirse referente a esas vastas zonas inexploradas de montañas y parques tropicales nos ha de impresionar tan vivamente con la idea de las riquezas desconocidas que atesora, como el relato de la *Loddigesia mirabilis*. Es posible que sea el más maravilloso picaflor conocido, y nadie que previamente no lo hubiese visto dibujado podría, posiblemente, imaginarse cómo es con una mera descripción. Un croquis sería interpretado como un diseño fantasioso que representara la forma de un pájaro combinado con hojas del tamaño y la forma del álamo, pero pendiendo de tallos larguísimos, curvos y entrecruzados de manera de formar una figura geométrica distinta a cualquier otra cosa de la naturaleza. Empero, este pájaro (una especie única) fue obtenido en Perú hace medio siglo y a más de veinte años de su descubrimiento, Gould procuró obtener otros, ofreciendo hasta cincuenta libras por uno solo; pero no logró otro ejemplar para alegrar su vista, y nada más se supo hasta 1880, en que Stolzmann lo reencontró.

El agregado de muchas nuevas especies a la lista sería tema de escaso interés, a menos que hubiera, además, novedades con respecto a sus hábitos o estructura; pero no es dable esperar que las aún desconocidas especies pudieran ofrecernos un vínculo que conectase a las *Trochilidae* con otras familias de pájaros. La conclusión fortuita quizá sería que esa familia ha descendido independientemente de un pasado remotísimo, con escasas modificaciones. Mientras que los picaflores varían dentro de estrechos límites más que otras familias, fuera de esos límites permanecen relativamente estacionarios. Inversamente, otros pájaros exhiben menor variabilidad en la única dirección en la cual es excesiva en los picaflores. Debido a una diferencia trivial en sus hábitos han sido a veces separados en subfamilias: la *Phaethornithinae*, que se encuentra en los umbrosos bosques tropicales y la *Trochilinae* que comprende a los que habitan los lugares soleados y abiertos perteneciendo a éstos el mayor número. En ambos de estos grupos, puramente arbitrarios, los hábitos aéreos y su manera de alimentarse suspendidos en el aire son idénticos e incluso aquellos que viven en los bosques umbrosos, en donde las flores son escasas, obtienen principalmente su alimento de la parte inferior de las hojas. En cuanto a los hábitos de procreación la uniformidad es muy grande. En todos los casos el nido es pequeño, profundo, con forma de taza o cónica, compuesto con material suave, afelpado y recubierto su interior con plumón vegetal. Los huevos son blancos y nunca exceden de dos. En términos generales, por sus hábitos se parecen ambos tanto como en su estructura, radicando sus mayores diferencias en sus hábitos, pero no son éstas mayores que las que se encuentran entre dos reyezuelos o dos gorriones del mismo género.

Esta persistencia en las características de los picaflores, tanto considerando su estructura como sus hábitos, parece más llamativo si tenemos en cuenta su amplia distribución en un continente de tan variables condiciones geofísicas, desde las últimas estribaciones andinas hasta el límite de las nieves perpetuas y desde el trópico a la invernal región magallánica; además, la mayor parte de los géneros habitan áreas muy circunscriptas. Estos hechos, señala Wallace, indican claramente su antigüedad.

Es quizá una ley natural aquella de que cuando una especie (o grupo) se adapta a un lugar que no hubiera ocupado previamente y en el cual no está sujeto a oposición alguna de su propia clase o donde su gran perfección le permite fácilmente vencer toda oposición, el carácter pierde eventualmente su original plasticidad o tendencia a variar, ya que una mejoría sería superflua, y así se torna -digamos- cristalizada en esa forma que de ahí en más continúa sin alteraciones. De cualquier manera, resulta claro que mientras todos los pájaros se entrechocan en su lucha por la existencia, el picaflor, debido a su vida aérea y su peculiar manera de buscar sus alimentos, está totalmente alejado de esa clase de lucha, y, consecuentemente, libre de toda competencia con otros pájaros, del mismo modo que el salvaje solitario está alejado de la lucha por la vida que afecta y modifica a los hombres hacinados en comunidades. La calidad inferior de la competencia que afecta a los picaflores, ya sea con los insectos o, dentro de su propia familia, de especies contra especies, ha servido, probablemente, sólo para intensificar sus características únicas y quizá para disminuir su inteligencia.

No sólo están relevados de esa lucha indirecta por la existencia que actúa tan fuertemente sobre otras familias, sino que están, además, por sus hábitos e inigualada velocidad de vuelo, colocados fuera del alcance de esa lucha directa llevada contra todos los otros pájaros pequeños por las clases rapaces -fueren pájaros, mamíferos o reptiles-. Una consecuencia de esa inmunidad es que son excesivamente numerosos a pesar de ser poco procreadores. Ya hemos dicho que sólo ponen dos huevos, pero no sólo eso, sino que el segundo huevo es puesto mucho después de estar incubado el primero, de modo que sólo uno es empollado. Ya Beir opinó que en Nicaragua, donde él los observó, su número sobrepasaba al de todos los otros pájaros juntos. Si se considera cuán abundantes son todas las aves en esa zona y que la mayor parte tiene color protector o mimético, y que ponen varios huevos, se hace difícil aceptar tal aserto salvo que admitiésemos que los picaflores prácticamente no tienen enemigos.

Otra resultante de su inmunidad con respecto a la persecución, es su espléndido colorido y sus bellos y raros adornos de plumas que los distingue de todos los otros pájaros. Me parece que la excesiva variación en ese sentido es debida a la misma causa que impide que varíen en otro sentido. En su plumaje, como escribió Martín hace tiempo, la naturaleza se ha excedido en cada variación de efectos y la ha revelado en infinitas modificaciones. ¡Cuánto es su garbo. ¡Con qué colores tan intensos y tan variados lo ha vestido, y aun así parece tan evanescente: el manto resplandeciente de oro en polvo; su verde esmeralda que cambia al negro aterciopelado; rojo rubí y luminosos escarlatas; bronce opaco que se ilumina y enciende como el cobre y tintes pálidos y neutros que se vuelven rosados y alilados! A esa gloria de su colorido prismático se suma la decoración de sus plumas tales como su lucido penacho y el afelpado manguito del *Spathura*; la cresta y los collares del *Lophornis*; la brillante gorguera de zafiro sobre el níveo pecho del *Oreotrochilus*; la fiera cola del *Cometes* y, entre las formas grotescas, las largas y puntiagudas plumas de las crestas que semejan cuernos y la flotante barba blanca que adorna la cara de chivo overo del *Oxipongon*.

Una tan excesiva variación está sofrenada en casi todos los otros pájaros por la necesidad de adquirir un color que los proteja, ya que son pocas las clases que descuellan tanto por su fuerza y actividad como para poder salvaguardar su existencia sin esa mimesis. El plumaje brillante constituye un doble daño, ya que no sólo se destaca quien lo posea, sino que, así como la mariposa elige la flor más ostentosa, del mismo modo el halcón elige deliberadamente, de entre los pájaros de plumaje oscuro, al de colorido brillante; mas los rapaces no gastan sus energías en perseguir vanamente un picaflor. Estos están en una posición neutral, libres para desplazarse entre los combatientes, insultando a todos por igual y exhibiendo impunemente su espléndido colorido. Son los favoritos de la naturaleza, dotados de facultades que limitan con lo milagroso y a todas las otras clases, dóciles o feroces sólo les piden que no los molesten.

CAPITULO XVII

El Chajá (*Chauna chavana*)⁴⁷

El chajá de Sudamérica es, entre los seres alados reunidos en el Jardín Zoológico de *Londres*, uno de los notables. Desde varios puntos de vista es una especie muy singular, y su gran tamaño, su fuerza, su porte majestuoso, junto a la sorprendente docilidad e inteligencia que demuestra cuando está domesticado, le otorgan cierta característica entre los pájaros como la del elefante entre los mamíferos. Para describirlo rápida y brevemente diremos: por su tamaño, como un cisne; por su forma, como un tero o frailecillo, sólo que con un pico potente y curvo de gallinácea. Está adornado por una cresta larga y puntiaguda y un collar negro, siendo el resto de su plumaje de un color azul pizarra pálido, mientras que sus patas y el contorno de sus ojos sin plumas son de piel roja. En ambos sexos, tienen en sus alas dos formidables espolones curvos; el primero, en la segunda articulación, tiene casi cuatro centímetros de largo, casi recto, triangular y excesivamente filoso; el segundo, en la última articulación, es más pequeño, ancho y curvo, semejando ligeramente en forma y tamaño la uña del león. Tiene otra curiosa peculiaridad *enfisematosa*: esto es, abotagada y sensible a la presión; crepita cuando se lo toca, y su superficie, cuando se le remueven las plumas, presenta la apariencia de una burbuja hinchada. Es que bajo su pellejo hay una capa de burbujas de aire que se extienden a lo largo de todo su cuerpo y aun hasta sus patas debajo de la piel callosa y facetada, dándole así estas últimas ese aspecto muy pesado y macizo.

Ahora, algunas consideraciones acerca de la ubicación del chajá en la sistemática zoológica. Está colocado en la familia de los *Palamedeidae*, la cual comprende tres especies; pero en cuanto al orden al cual pertenece, hay muchas divergencias. Estuvo primero clasificado entre las zancudas, y en libros comunes de Historia Natural, aún conserva tal lugar.

El profesor Parker, refiriéndose a este tema, dice: "*La tribu de las zancudas ha estado durante mucho tiempo agobiada -sobre el papel-con toda una falsa lista de congéneres. Todo ser viviente que haya tenido la desgracia de tener patas grandes y poco ágiles ha sido incorporado a este grupo poco inteligente y cobarde, hasta convertirse en una multitud heterogénea de voces discordantes y con modos y costumbres sin ninguna concomitancia ni relación entre sí.*" El coloca al chajá fuera de las zancudas y lo clasifica con los gansos (cosa que también hace el Profesor Huxley) y concluye así su estudio: "*Entre las aves existentes que yo conozco, no hay otra que posea características de mayor interés, ninguna de las que he visto se acerca siquiera al lagarto; y hay partes de su organización que hacen probable que sea uno de los seres más relacionados con el maravilloso Archaeopteryx*" -una forma intermedia entre los reptiles y los pájaros que pertenece al período jurásico.

⁴⁷ Hoy *Chauna torquata*. según nota en *Ares del Plata* acotada por sus traductores

El derecho del chajá para estar entre los gansos, ha sido discutido. Últimamente, el profesor Garrod encuentra que: "teniendo en cuenta el examen de pterylosis, anatómico, visceral, miológico y osteológico, el chajá no puede ser colocado entre las aves del orden de los anseriformes". El encuentra que en algunos detalles se parece al avestruz y al ñandú, y finaliza: "por lo tanto me parece que sumando estos resultados, el chajá debe provenir de la primitiva familia de las aves como una rama independiente, al mismo tiempo que lo hicieron otras importantes familias". Esto ocurrió, sigue agregando, cuando hubo una dispersión. general de los antiguos tipos de aves terrestres a causa de la adquisición de alas que provocó una invasión de intrusos a dominios ya ocupados y originó una nueva lucha por sobrevivir y permitió el desarrollo de cualidades especiales debido a una selección natural.

En esta disquisición arqueológica tengo poco que decir y sólo menciono a tan autorizadas personalidades para demostrar que el chajá aparece como el último descendiente de una muy antigua familia con escasa o ninguna relación con otras existentes y que su "pedigree" se ha perdido en la noche de una incalculable antigüedad. Sólo he de referirme al ave como una cosa visible en el mundo y tal como se nos presenta a los no científicos amantes de la naturaleza; ya que, curiosamente, mientras los anatomistas han estado cuidadosamente rastreando las afinidades en "ese campo biológico que es tan amplio como la superficie terrestre y tan profundo como el mar", los viajeros y ornitólogos nos han dicho muy poco acerca de su extraña conducta y sus hábitos.

Aun cuando estén vestidos con una sobriedad cuáquera y carezcan de las formas elegantes que distinguen al cisne y al pavo real, esta ave apela al sentido estético del hombre mucho más que cualquier especie de aquellas con las que estoy familiarizado. La voz es uno de sus puntos fuertes, cosa que se puede inferir prontamente por su nombre⁴⁸, Sin embargo, no es el nombre apropiado, pues aun cuando el animal grita, y con más fuerza que el pavo real, su grito es una nota potente de alarma lanzada ocasionalmente, mientras que las notas que emite a intervalos durante la noche o el día, cuando se eleva como la alondra de una época lejana e imaginaria, cuando todos los seres, incluida la alondra, eran de tamaño gigantesco, son, propiamente hablando, notas musicales de una calidad totalmente distinta al grito. A veces, en mis paseos por *Regent's Park*, oigo los resonantes gritos del ave confirmada, intentando emitir su canto por sobre el concierto de las grullas, los graznidos de las águilas y los guacamayos, el aullido de perros y lobos y el sordo rugir de los leones. Estas notas sonoras sólo me apenaban. El exilio y el cautiverio le habían hurtado la alegría al noble cantor y el clima húmedo lo ha enronquecido. Sus largos y claros acentos ya no existen, y se atropella por esa serie confusa de gritos lo más rápidamente posible, como si estuviese avergonzado de su desempeño. Una alondra que canta en el espacio azul y otra cantando enjaulada, colgada de una pared oscura sobre una calle de Londres, producen efectos muy distintos; y los balbucientes y confusos sonidos un tanto agudos que provienen del canto callejero se parecen poco a los del mismo pájaro de incomparables trinos que llena el firmamento. Existe aun mayor distancia entre las notas del chajá que se escuchan en el *Regent's Park* y aquellas emitidas en la pampa cuando el ave se eleva hasta que su pesado cuerpo desaparece y desde esa altura deja oír una jubilosa carcajada de sonidos.

Llamarle gritón es darle un nombre equivocado; prefiero llamarle *chajá*, su nombre vernáculo, o más correctamente. *chakar*.

Los chajáes se guardan fidelidad sexual, y aun en grandes bandadas, siempre permanecen en parejas. Si un ave comienza a cantar, de inmediato su compañera se le une, pero con notas de una calidad totalmente distinta. Ambos emiten algunas notas cortas y profundas, siendo las otras de la hembra prolongadas, fuertes, con algo de emocionante; mas por sobre ellas resuena la voz clara y penetrante del macho que las concluye con sonoridad y pureza. El canto produce un efecto armónico, pero comparado con el canto humano se parece más a un terceto que a un dúo, compuesto por un bajo, una contralto y una soprano.

⁴⁸ En inglés: *crested screamer*: gritón con cresta

En ciertas épocas, en zonas que le son favorables, los chajáes suelen congregarse en grandes bandadas, observándose miles de seres reunidos, y frecuentemente en tales oportunidades cantan en forma concertada. Invariablemente -aun sin levantar el vuelo- cantan a intervalos durante la noche "*contando las horas*" al decir de los gauchos. Su primer canto es cerca de las nueve; el segundo a medianoche y el tercero antes del amanecer. También es cierto que las horas varían según la región.

Viajaba cierta vez con un grupo de gauchos, cuando cerca de una medianoche muy oscura, una pareja de chajáes sobre nosotros quebró el silencio con su canto, alertándonos, por lo tanto, de que nos acercábamos al curso de agua en donde intentábamos refrescar nuestros caballos. Lo hallamos casi seco, y cuando nos aproximábamos al hilo de agua que serpenteaba en medio del ancho y seco lecho del río una bandada de unos mil chajáes lanzó un perfecto estruendo de notas de alarma, todos gritando al unísono, seguido por intervalos de silencio; luego, se elevaron con potente batir de alas, para asentarse a unos casi cien metros más allá y prorrumpir en uno de esos cantos de medianoche cuyo eco resuena a más de un kilómetro y medio a través de la llanura.

Hay algo singularmente impresionante en esas irrupciones melódicas espontáneas que con tanta fuerza surgen de estas enormes bandadas. Aun cuando acostumbrado desde mi-infancia a oírlos, a menudo me he sorprendido ante algún nuevo efecto producido por una gran multitud, cantando en ciertas condiciones particulares. Viajando solo, un día de verano, llegué a mediodía a la laguna Kakel, un angosto espejo de agua que permitía ver la otra orilla. Había un número incontable de chajáes reunidos junto a sus costas, pero distribuidos en bandadas bien definidas de más u menos quinientas aves cada una; parecían extenderse en todo el contorno del lugar al cual habían llegado quizá empujadas por la sequía en la llanura que la circundaba. Una bandada cerca de mí comenzó a cantar y prolongó su canto unos tres o cuatro minutos; de inmediato prosiguió la siguiente, y así sucesivamente hasta que las notas de la costa opuesta llegaron a mi fuerte y distintamente desde la vecina orilla; luego fue pasando y haciéndose más y más débil hasta que otra vez el sonido se me acercó, llegándome por el lado contrario. El efecto era muy curioso y me asombró la forma ordenada en que cada bandada esperaba su turno, en vez de estallar a un mismo tiempo, tras la señal Jada por la primera. Hubo otra ocasión en la cual estuve aun más impresionado, pues había un número mayor de aves congregadas en un lugar y todas cantaron al unísono. Fue en el sur de la pampa en un lugar llamado Gualicho, por donde había cabalgado durante una hora antes del crepúsculo, por una zona pantanosa donde había agua en los charcos aun cuando fuera tiempo de sequía. Toda esta planicie estaba cubierta por interminables bandadas de chajáes, no ordenadas sino diseminadas en parejas y pequeños grupos. En este lugar desolado hallé un ranchito habitado por un gaucho y su familia e hice noche con ellos. Los chajáes estaban cerca y alrededor de la casa, aparentemente tan mansos como si hubiesen sido animales domésticos, y cuando salí para buscar un lugar adecuado para que mi caballo encontrase qué comer, no levantaron vuelo, contentándose con desplazarse unos pasos para salir de mi camino. Cerca de las nueve estábamos cenando cuando estalló de esa multitud de aves que cubría la zona pantanosa y extendiéndose por kilómetros, un tremendo concierto nocturno.

No es posible describir el efecto de este sonido estruendoso, pero procure el lector imaginar medio millón de voces, cada una más potente que la que se hacen oír por todo *Regent's Park*, hendiendo el silencio reinante en esa oscura y solitaria planicie. Lo peculiar era que en medio de ese ruido, que sonaba más potente que el rugido de las olas al estrellarse contra la costa rocosa, creía poder distinguir cientos, miles, de voces individuales. Olvidando mi cena, permanecí inmóvil, mientras el aire y aun el rancho parecían estremecerse en medio de esa tempestad sonora. Cuando cesó, mi anfitrión, con una sonrisa, me dijo: "*Estamos acostumbrados a esto, señor. Cada noche tenemos este concierto*". Era en realidad un concierto que bien valía los más de ciento cincuenta kilómetros cabalgados para oírlo. Pero el territorio de los chajáes está ahora en un estado de transición, y aquellas condiciones precisas que hacían posible que aves de tan gran tamaño pudiesen formar bandadas tan numerosas está desapareciendo rápidamente. En lugares desérticos, las aves se alimentan de hojas y semillas de las plantas acuáticas; mas al comenzar a poblarse las vastas

planicies, la antigua vegetación de pastos duros dio paso al trébol y las suaves hierbas europeas, y los pájaros se acomodaron fácilmente a este nuevo alimento. Otras circunstancias favorecieron el incremento de su especie. No fueron nunca perseguidos, pues su carne no es comestible para los nativos, aun cuando es realmente sabrosa, siendo el suyo un sabor similar al del ganso salvaje. Una civilización más elevada está alterando todo esto. El territorio se está poblando con los emigrados, especialmente los italianos, enemigos despiadados de toda la avifauna.

Los chajáes, como las calandrias, aman el remontarse en el espacio cuando cantan; en esos momentos cuando han tomado tanta altura que sus pesados cuerpos aparecen como manchas flotantes y hasta se pierden en el cielo azul sus notas se vuelven sorprendentemente etéreas a causa de la distancia y se transforman en un suave son argentino, y el escucharlo es una delicia.

Es extraño que ave tan pesada con solamente un metro noventa y ocho de extremo a extremo, con sus alas extendidas, pueda poseer una fuerza de elevación igual a la de los buitres y de las águilas. Aun el buitre, con su maravilloso poder de vuelo, se eleva por necesidad, y cuando está ahíto no haya placer en remontar a las alturas por la escala invisible. El chajá se aleja del verde pastizal después de haber comido y se eleva para su recreación, proporcionándole tanto placer el realizar ese ejercicio aéreo, que durante las épocas templadas, en invierno como en primavera, pasa gran parte del día volando en las alturas. Pisando tierra, su porte es grave, sus movimientos medidos y majestuosos, y se eleva trabajosamente produciendo sus alas un ruido como el de un ventarrón; mas, a medida que va cobrando altura y girando al ascender -tal como las águilas y los buitres- parece que se va tornando más liviano, describiendo cada nuevo círculo con mayor gracia. Sólo puedo entender este magnífico vuelo, que comienza tan trabajosamente, si acepto que esas burbujas que tiene bajo la piel se llenan con un gas más liviano que el aire, permitiendo a un cuerpo tan pesado y con alas desproporcionadamente cortas mantenerse con tanta facilidad y evidenciar tal alegría en las alturas a las que asciende. El vuelo hacia el infinito de un ave de gran tamaño es siempre un espectáculo magnífico; el del chajá es particularmente fascinante, teniendo en cuenta las resonantes notas que emite mientras asciende y mediante las cuales parece regocijarse por su sublime poder y su libertad.

Una vez fui sorprendido por el comportamiento de una pareja de chajáes durante una tormenta de truenos. Era un día de verano, pesado y quieto, y contemplaba el rápido acercarse de negros nubarrones que iban cubriendo el cielo, mientras que a unos cien metros estaba la pareja, aparentemente observando interesados la llegada de la tormenta. En el momento en que el borde del nubarrón se puso en contacto con los rayos del sol, la tierra se oscureció como si fuera el ocaso. En ese mismo momento, las aves ascendieron y comenzaron a emitir sus largas y resonantes notas, pese a los fuertes truenos y a los vívidos reflejos de los relámpagos que iluminaban a cortos intervalos las oscuras nubes. Observé su vuelo y escuché sus largas y resonantes notas, pese a los fuertes truenos y a los vívidos reflejos de los relámpagos que iluminaban a intervalos cortos las nubes oscuras. Observé su vuelo y escuché sus notas, hasta que, mientras hacían un amplio giro, se perdieron en la nube, y aun así me llegaba, como desde una enorme distancia, el apagado sonido. La tormenta continuó con sus relámpagos y los pájaros no reaparecían, pero tras seis o siete minutos escuché nuevamente sus fuertes y claras notas imponiéndose al trueno. Calculé que habrían traspasado la nube hacia el azul, pero lo que me sorprendió fue su temeridad pues es casi una regla que cuando las aves en lo alto avizoran la tormenta procuran huir, volando delante de ella o regresando a tierra para buscar alguna suerte de resguardo. Es que la mayoría de los seres vivientes suelen sentir pavora ante el trueno y los relámpagos.

Cuando al chajá se lo cría desde pequeño, se torna manso y afecto al hombre, y no muestra deseos de regresar a su vida salvaje. Hubo uno criado en la estancia llamada Los Mangrullos sobre la frontera oeste de Buenos Aires, cuyos moradores me hicieron un curioso relato. El ave era un macho, y había sido criado por la mujer de un soldado del lejano fortín de "*La Esperanza*", a unos cuarenta kilómetros de Los Mangrullos. Cuatro años antes de que yo lo viera, los indios habían

invadido la frontera destruyendo "*La Esperanza*" y las estancias en sus cercanías. Por varias semanas el chajá vagó por el lugar visitando las estancias en ruinas, aparentemente en busca de seres humanos, y al llegar a Mangrullos, el cual no había sido arrasado y estaba aún habitado, se afincó, y nunca más demostró deseos de irse. Era muy manso y convivía con las aves de corral durante el día, y de noche buscaba en su proximidad un lugar alto donde posarse, quizá por saberse en compañía, pues en su estado natural duermen en el suelo. Era amistoso con todos los habitantes del lugar, excepto con uno, un peón. Desde el primer momento demostró su animosidad contra éste, amenazándolo con sus alas, erizando sus plumas y graznando como un ganso enojado. El hombre tenía un rostro trigüeño, lampiño, y se creía que el chajá lo asociaba en su mente con los salvajes que habían destruido su primer hogar.

Cerca de las casas había una laguna, nunca seca, la cual era frecuentemente visitada por bandadas de chajáes salvajes. Siempre que aparecían, el animal manso se dirigía para unírseles, y si bien es cierto que ellos tienen carácter tranquilo y raramente pelean a pesar de sus armas defensivas, invariablemente atacaban con furia al visitante, persiguiéndolo hasta la casa, y no cesaban la misma hasta que no hubiese buscado refugio en el corral. Parece que juzgaban a este pájaro dócil que vivía con los hombres como un renegado, y por lo tanto lo odiaban.

No hacía mucho que estaba en la estancia cuando se comenzó a notar que, con asiduidad, seguía a los pollitos, prestando aparente interés por su bienestar y aún instándolos a seguirlo. Se le ofreció una nueva nidada de pollitos como experiencia y de inmediato se hizo cargo de ellos con gran satisfacción, y los dirigía cuidadosamente a buscar su alimento, imitando el quehacer de la gallina. Al hallar que era tan buen ayo, se le entregaron numerosas tandas de pollos. Cuanto más pollitos se le entregaban, mayor satisfacción demostraba. Era divertido ver a este chajá grandote con treinta o cuarenta pelotas de algodón amarillo siguiéndolo, mientras él se desplegaba majestuosamente, apoyando sus patas con sumo cuidado e hinchándose con enojo y celo si se aproximaba algún perro o gato.

La inteligencia, docilidad y apego que demuestra por el hombre en estado de domesticidad, quizá con algunas otras aptitudes latentes que sólo esperan ser desarrolladas por alguna selección artificial, parecen hacer de ésta una especie particularmente dotada para la protección humana. Es triste llegar a la conclusión de que todos los animales domésticos han descendido desde esas épocas remotas a las cuales estamos acostumbrados a referirnos como oscuras y bárbaras, mientras que el efecto de nuestra así llamada civilización humana ha sido de total destrucción para la vida animal. No podemos rescatar un solo tipo de los estragos que continuamos aumentando en toda la superficie del globo. En dirección a Australia y América del Norte y del Sur miramos en vano, buscando nuevas especies domésticas; tampoco las encontramos en África, con sus innumerables y hermosos mamíferos, donde Inglaterra ha sido el poder conquistador y colonizador por casi un siglo. Aun las genuinas cualidades del elefante, la belleza única de la cebra, apelan a nosotros en vano. Nosotros sólo enseñamos a las tribus de ese vasto continente a exterminar cientos de nobles especies que no domesticarían. Con pesar y con vergüenza, aun con consternación, recordamos que nuestro país es una estupenda industria de máquinas destructoras que con rapidez ponemos en manos de los salvajes y semisalvajes para asegurarnos la rápida destrucción de los mejores tipos del reino animal.

CAPITULO XVIII

La Familia de los Carpinteros⁴⁹ (*Dendrocolaptidae*)

El trepador de árboles sudamericano o carpintero, como suelen llamarlo, aun cuando reducido a un continente, extiéndose desde el sur de Méjico hasta las islas magallánicas, y comprende una de las mayores familias del orden de los passeriformes, no siendo menor en cantidad a doscientos noventa especies (referidas a más o menos cuarenta y seis géneros) ya descritas. Como en su mayoría son pequeños, poco visibles, frecuentadores de las espesuras por ser tímidos y por ser ávidos en exceso a ocultarse, es razonable suponer que nuestra lista de esta familia es mucho más incompleta que la de cualquier otra familia de pájaros conocida. Así, en el sur pampeano y el norte de la Patagonia donde se cree extinguido, donde hice mis observaciones y en donde debido a lo abierto que es resulta más fácil observar a las aves que en montes y juncales de las regiones tropicales he hecho anotaciones acerca de las costumbres de cinco especies de las cuales no conservo ejemplares y que, hasta donde yo sé, nunca han sido ni descritas ni nombradas⁵⁰. Probablemente, antes de que toda Sudamérica haya sido "*devastada*" no habrá menos de cuatrocientos o quinientos *Dendrocolaptine* conocidas. Sin embargo con la excepción de toda esa hojarasca de conocimientos referentes a tamaño, forma y coloración que los clasificadores y catalogadores obtienen de las especies, muy poco, escasamente algo, es realmente conocido acerca de los carpinteros; y acaso no sería muy arriesgado decir que hay innumerables especies oscuras y de poco interés en Europa, y todas ellas tienen mayor número de datos que esta familia. Ningún trabajo especial ha visto la luz sobre ellos, aun en estos días de monografías. La razón de esta negligencia es fácil de ser hallada ante la ausencia de conocimientos, excepto los de tipo fragmentario acerca de las costumbres de la vida de las especies exóticas los escritores de monografías del viejo mundo sólo recogen las de los grupos más importantes; por ejemplo, los que más atraen la vista del viajero por su colorido alegre o llamativo y por medio del cual adquirieron amplia celebridad.

Es así como tenemos una sucesión de espléndidos y costosos estudios que tratan por separado a grupos tales como carpinteros, quetzales, colibríes, tangara o tangará, martín pescador y las aves del paraíso, pues con ellos, aun cuando no haya nada que investigar más allá de los aburridos detalles comunes y los técnicos referentes a su distribución geográfica, variaciones de tamaño y la clasificación de distintas especies, etc., el poco interés de la letra impresa está compensada por las ilustraciones que acompañan y que ahora se producen en gran escala con tal grado de perfección en

⁴⁹ Recuérdese que estas notas datan de 1872/73. Para mayor detalle de las especies indicamos su estudio más completo por el autor en *Aves del Plata* (traducido al castellano por Mangonnet-Gollan, Libros de Hispanoamérica, Bs. As., 1974) (N. del T.)

⁵⁰ Martineta colorada. (N. del T.)

cuanto al colorido brillante, las actitudes animadas y fidelidad general a la naturaleza, que deja poco que mejorar en tal sentido. Careciendo la especie de los carpinteros de esa cualidad básica del color brillante, no ofrecen una atracción al pintor de pájaros, cuya contribución al trabajo pictórico monográfico es, por supuesto, siempre importante. Empero, aun el escaso conocimiento que se posee de esa familia es suficiente para demostrar que desde muchos puntos de vista está ricamente dotada, por poseer para el estudioso de las facultades instintivas y mentales de los pájaros, caracteres de mayor interés que los de las familias ya mencionadas, alegremente coloridas.

Hay en la *Dendrocolaptidae* una espléndida cosecha para el futuro observador de las costumbres de aves sudamericanas: una leve idea de esta riqueza quizá pueda recogerse en la pequeña colección de los hechos más destacables que nos son conocidos y que he reunido y ordenado aquí, alejándome un poco del plan que he ido siguiendo en este libro, el cual está dedicado a asuntos de conocimiento personal, sazonados con un poco de especulación. En este caso he creído mejor completar mis observaciones con las de otros que han coleccionado y observado aves sudamericanas⁵¹ a los efectos de brindar una perspectiva lo más amplia posible de la familia.

Es raro encontrar una familia paseriforme tan numerosa como la de los carpinteros, casi de un color uniforme, ya que con escasas excepciones estos pájaros tienen un plumaje marrón sin un ápice de colores brillantes o tintes metálicos. Pero, aun cuando no posean colores brillantes, algunas especies, como veremos, tienen variaciones que se aproximan a lo brillante o a los tintes metálicos. Sin tener en cuenta esta similitud de color, cualquier persona, no un ornitólogo, al observar una colección de especies que comprendiera muchos géneros, oiría con sorpresa, y casi con incredulidad, que todas pertenecen a una sola familia tan amplia es la diversidad que exhiben en su estructura. En cuanto a tamaño, varían desde especies más pequeñas que la ratona de cresta dorada a otras mayores que la becasina; pero la diferencia del tamaño no es nada comparada con la que muestra en la forma de su picos: desde el pico pequeño, recto y cónico del arañero *-Leptasthenura* (una arañero en apariencia y hábitos)- hasta el extravagante y largo pico de forma de espada de la *Nasica*, o el excesivamente atenuado en forma de hoz del *Xiphorhynchus*; la diferencia es asombrosa si se compara con lo que se halla en otras familias, mientras que entre esos dos extremos hay un heterogéneo conjunto de pájaros con picos, como los trepadores, las sitas, cardenales tiránidos, carpinteros, cuervos y aun chorlos y bandurrias. En las patas, garras y colas, hay diferencias similares. Hay colas de cualquier largo y forma: suaves, tiesas, cuadradas, puntiagudas. Langostas como espinas y muchas como la de los carpinteros y utilizada como en ellos para sostener su cuerpo cuando trepan. En la *Sittsoma* se encuentra una curiosa modificación: las plumas de la cola en este género son largas y graduadas y sus cañones proyectados más allá de la terminación de las plumas, en los extremos se curvan hacia abajo y forman como ganchos tiesos. En cuanto a los hábitos de estos pájaros, sólo se ha dicho que trepan por los troncos de los árboles; es probable que puedan correr trepando verticalmente por los troncos, hacia arriba o abajo, con igual facilidad, y aun suspenderse desde esos ganchos cuando están ocupados en desalojar insectos. Otra curiosa variante se encuentra en el *Sylviоторhynchus*, semejante a la ratona y el único miembro conocido en su género con una cola que se parece a la del pájaro lira, siendo sus alas largas tan angostas que parecen cañones desprovistos de plumas o barbas. Esta cola parece ser sólo un ornamento.

Estas variaciones extremas de su estructura indican una diversidad que responde a sus costumbres; si aceptamos como cierta la doctrina que dice que primero varía el hábito y luego la estructura, se podría inferir tan sólo del estudio de las formas que estos pájaros poseen una singular plasticidad o tendencia a variar sus costumbres o, en otras palabras, que son excepcionalmente inteligentes; y que tal conclusión sería correcta, creo que el estudio de esas costumbres lo demostrara.

⁵¹ Azara, D'Orbigny, Darwin, Bridges, Frazer, Leotaud, Gaumer, Wallace, Bates, Cunningham, Stolzmann, Jeis Ri, Durnford, Gibson, Burrows, Döring, White y otros.

Es frecuente que la misma especie difiera en sus modos de vida según las distintas zonas. Algunas especies de *Xenops* y *Magaronia*, como los carpinteros, trepan verticalmente por los troncos buscando los insectos que cazan, pero también como el araño, exploran las pequeñas ramitas y el follaje en los extremos de las ramas de tal modo que todo el árbol, desde la raíz hasta la cima, es inspeccionado por ellos. Los *Sderurus*, aunque son habitantes de los bosques umbrosos y están provistos de garras agudas y curvas, jamás buscan su alimento en los árboles, sino exclusivamente en el suelo entre las hojas en descomposición, pero, curiosamente, cuando se asustan, vuelan al tronco del árbol más próximo, al cual se prenden verticalmente, y ahí permanecen inmóviles, silenciosos, y logran no ser advertidos debido a su protector color oscuro. El *Drmornis*, un pájaro grande, con patas y cola como el carpintero, trepa al árbol en busca de alimento, pero además posee la enormemente diferente costumbre de desplazarse hacia los espacios abiertos, sobre todo después de un aguacero, para alimentarse de larvas y gusanos que extrae desde una profundidad de ocho a diez centímetros con su pico explorador grande y curvo.

Nuevamente, si consideramos un gran número de especies distintas, nos encontramos con que no ocurre con los carpinteros como con la mayoría de otras familias, en que hay algún hábito especial o modo de vida que los una, sino que por el contrario distintos géneros y muy frecuentemente distintas especies que pertenecen a un género, poseen hábitos peculiares y propios. En otras familias, aun cuando la divergencia es mayor, lo que puede considerarse como original o ancestral es raramente o nunca algo obsoleto en ninguno de sus miembros. Esto lo vemos, por ejemplo, en los carpinteros, algunos de los cuales han adquirido la costumbre de buscar su alimento en los espacios abiertos y aun de nidificar en las orillas de los arroyos. Empero, todos estos vagabundos, incluso aquellos que están estructuralmente modificados de acuerdo con su modo de vida así alterado, retienen el primitivo hábito de colgarse verticalmente de los troncos de los árboles, aun cuando el mismo haya perdido su uso. Con los tiránidos, una familia que exhibe una extraordinaria cantidad de variantes, ocurre lo mismo, pues las clases más divergentes con frecuencia son vistas revertiendo el hábito de la familia de posarse en las alturas desde las cuales acechan a los insectos que pasan, y tras la captura, vuelven a sus lugares. Los tordos que andan por toda la superficie del globo, nos dan otro ejemplo llamativo. Sin referirnos a sus hábitos de nidificación, su punto en común aparece en su predilección por la fruta, en su andar, vuelo y actitudes estatuarias y movimientos abruptos.

En los numerosos grupos de *Dendrocolaptine* tan ampliamente difundidos y aparentemente no relacionados entre sí, sería difícil señalar cuál de sus costumbres más llamativas es la ancestral. Muchas de las especies más pequeñas viven en árboles y arbustos y se parecen por sus hábitos a los paros, cerrojillos, reyezuelos y otras clases que viven de orugas, arañas, etc., recogidos entre las hojas y ramitas tiernas.

Los *Anumbius*⁵² nidifican en los árboles pero se alimentan exclusivamente del suelo y en lugares abiertos; otros en cambio que también se alimentan del suelo, buscan su comida entre las hojas muertas y en los lugares más sombríos. La *Coryphistera* se parece a la calandria y la cachirla o cachila por sus costumbres; el *Cinclodes*, al doradillo o pajarita de las nieves; el *Geobates*, a la *Saxicola*. La *Limnornis* vive en los juncales fuera del agua, y existen muchas otras especies o grupos escondidos entre los pastos en la planicie seca; la *Homos* busca su comida cavando en la tierra suelta y entre las hojas caídas cerca de las raíces de los árboles, mientras que la *Geositta*, *Furnarius*, y *Upucerthia* logran su subsistencia sobre todo explorando en los sembrados. No sería posible dentro de estos límites, mencionar detalladamente todos los diferentes modos de vida de aquellas especies o grupos que no poseen la costumbre de trepar a los árboles. Tras ellos viene una larga ordenación de géneros en que este hábito está arraigado y en los cuales las patas y garras muy modificadas se avienen a su existencia trepadora. Como estos géneros comprenden la mitad más numerosa de la familia y además los de mayor tamaño, debíamos esperar encontrar en el trepar

⁵² Leñatero; hoy conocido como *Anumbius anumbi* (cfr. Aves del Plata, cd. cit) (N. del T.)

árboles el hábito de parentesco del *Dendrocolaptidae*, y que de estos grupos de bosques tropicales se han derivado los grupos muy variados que frecuentan los matorrales, suelos, pantanos, playas marítimas y las rocas. Ocurre, sin embargo, que estos pájaros se parecen entre sí sólo en las patas, pues en la forma de sus picos se diferencian tanto como los picadores de nueces, carpinteros, cuervos y zarapitos. También se diferencian marcadamente en su manera de buscar el alimento. Algunos cavan, como carpinteros, en la madera dañada; otros ensayan sólo en maderas blandas y podridas, mientras que el picaflor *Xiphorhynchus*, con el pico demasiado largo y endeble para estar procurando picar, explora el interior de los agujeros profundos en los troncos para extraer de su escondite a los insectos nocturnos, arañas, cienpiés. La *Xiphocolattes*, usa su picoespada como una palanca, introduciéndolo por debajo y forzando hacia arriba para aflojar la corteza; mientras, la *Dendrornis*, con su fuerte pico curvo, hace trizas la corteza.

En los hábitos de nidificación, la diversidad es mayor. Algunas especies del suelo cavan en la tierra, como el martín pescador, sólo que con mayor habilidad, haciendo madrigueras cilíndricas de casi un metro y medio de profundidad y terminándola en un habitáculo circular. Otros construyen un horno macizo de barro sobre una rama o algún sitio elevado. Muchos de los que trepan por los árboles construyen su nido en los agujeros de los troncos. Las clases que frecuentan los pantanos adosan sus nidos esféricos u ovals a los juncos, y en algunos casos, los pastos entretejidos y el barro están tan ingeniosamente combinados que la estructura liviana como un cesto es perfectamente impermeable a la humedad, y además es prácticamente indestructible. Los nidos más curiosos son los de las grandes estructuras de leñitas sobre árboles y arbustos, en cuya construcción y reparación, en muchos casos, han empleado más o menos un año de labor constante. Estos nidos varían mucho en su forma, tamaño y otros detalles. Algunos tienen un pasaje en espiral desde la entrada hasta la cavidad del nido; ésta es en muchos casos de un tamaño que sólo puede caber el pájaro. Más, en la gigante estructura del *Homorus gutturalis*⁵³ es tan grande que si la mitad superior o cúpula se removiese, un cóndor podría confortablemente empollar sus huevos y sus pichones. Este nido es esférico. El *Homorus lophotis*⁵⁴, su pariente, construye un nido igualmente grande, pero con una pequeña cavidad para los huevos, y desde afuera parece una polvera gigantesca, acostada horizontalmente entre el ramaje más bajo de un árbol frondoso. El *haecellodornus sibilatnx*, un pájaro del tamaño del gorrión doméstico inglés, también construye un nido enorme y lo coloca en una rama horizontal a casi cinco metros sobre el suelo, pero cuando lo termina, el peso de la estructura inclina la rama a menos de setenta centímetros del suelo. El Sr. Barrows, quien describe este nido, dice: "*Cuando otras ramas del mismo árbol están igualmente cargadas y otros árboles cercanos se hallan a su alcance, con el mismo fruto, el resultado es muy pintoresco*". La *Synallaxis phryganophiia*⁵⁵, hace su nido de leñitos de casi treinta y cinco centímetros de profundidad, y desde la parte superior un pasaje tubular, hecho por finas ramitas entretejidas, recorre todo el largo del nido, como un caño de desagüe de la lluvia junto a la pared de una casa, y luego, con una inclinación sale y sube, terminando a una distancia de setenta a noventa centímetros del nido. A través de toda Sudamérica hay algunas variedades de estos nidos con formas de frutos y tallos o de regadera, pero, no son todos contruidos por pájaros de un solo género, mientras que en los *Synallaxis* muchas especies no tienen el pasaje tubular adosado al nido. Una especie -*Erythrthorax*- en Yucatán, hace un nido de leños tan grande que los nativos dudan de que un pájaro tan pequeño pueda ser el constructor. Dicen que cuando el *tzapatán* comienza a cantar, todos los pájaros del bosque acuden, cada uno trayendo un leñito para agregar a la construcción; sólo uno, un pájaro tiránido, trae dos: uno por sí y el otro por el *urubú* o buitre, pues es considerado demasiado grande, pesado e ignorante en lo que a arquitectura se refiere, para colaborar personalmente en la tarea.

En la parte de Sudamérica donde abundan los árboles espinosos en suelos secos, estos nidos grandes abundan. "*Hay planicies -dice Barrows- desde unos tres kilómetros del centro de este pueblo (concepción, Rep. Argentina), en las cuales me he detenido y contado desde un punto, y*

⁵³ Chorlote; hoy *Preidoseirura gutturalis* (cfr. Aves de! Plata, ed. cil.) (N. del T)

⁵⁴ Coperote; hoy *Preidoseisura liphotes* (cfr. Aves de! Plata , ed. cit.) (N. del T.)

⁵⁵ Choto; hoy *Schoeniophylax pyrrophia* (N. del T.)

dentro de un radio de 100 metros, más de 200 de estos curiosos nidos, los cuales varían su tamaño, desde el de un pequeño zapallo al de un volumen mayor que un barril. A menudo un sólo árbol contiene media docena de nidos o más, y con frecuencia los nidos de varias especies distintas son vistos, sobre una misma rama, sin tener en cuenta su forma distinta".

Sería un error pensar que la amplia gama de hábitos de nidificación se produce en géneros distintos. Me he referido recién al grande de leñitas, con o sin pasajes, de los *Synallaxs*⁵⁶; sin embargo, el nido de un miembro de este grupo es simplemente un pequeño tubo recto de paja entretrejida cuya abertura no es mayor que el que admitiese el paso del dedo mayor, y con apertura en ambos extremos, de tal modo que el pájaro puede entrar o salir sin tener que darse vuelta. Otra especie hace huecos circulares en el suelo y construye sobre ellos una cúpula de pastos entretrejidos. Debe mencionarse que los hábitos de nidificación de sólo quince entre sesenta y cinco especies comprendidas en este género, nos son conocidos. En el género *Furnarius*, la estructura del horno de barro se conoce como típica de tres especies; una cuarta construye su nido con leñitas sobre el árbol; una quinta, hace una madriguera en la ribera, como el martín pescador.

La explicación de las características más llamativas de las *Dendrocolaptidae*, su plumaje marrón y monótono, la diversidad de su estructura, lo versátil de sus hábitos y el maravilloso desarrollo instintivo de la construcción de los nidos que ellos exhiben, se me antoja que es por el hecho de que son los más indefensos de los pájaros: tímidos, no resistentes, carentes de fuerza y de medios de defensa; sus movimientos son menos rápidos y vigorosos que los de otras clases y su vuelo es excesivamente débil. Las especies arbóreas revolotean a intervalos de un árbol a otro; aquellas que frecuentan las espesuras se rehúsan a dejar los refugios que han hallado, mientras que las que habitan las llanuras herbosas o los pantanos, practican el ocultamiento, y cuando están obligadas a levantar vuelo, se alejan, aleteando casi a ras de la superficie, como los peces voladores asustados fuera del agua, y cuando han andado tres o cuatro metros, se sumergen de nuevo entre el pasto y los juncos. Su vida está por lo tanto, en constante peligro y en grado mucho mayor que lo que sucede con otras familias paseriformes, tales como el cerrojillo, los tiránidos, fringilidos, túrdidos, etc.; mientras que una dieta puramente de insectos exclusivamente extraídos desde lugares secretos, y la incapacidad para alterar su temperamento, contribuyen a hacer que su existencia sea dura. Ha ocurrido con estos pájaros como con los seres humanos criados en la "escuela de la desdicha" y sujetos a aguda competencia. Una de sus características más llamativas es el trabajo metódico, una casi diligencia dolorosa en su comportamiento cuando buscan su alimento, de modo que cuando son observados junto a otras especies que se regocijan con un plumaje más alegre, un vuelo más potente, ellos aparecen como sobrios obreros que nunca descansan, entre gente de vacaciones sólo inclinada a la diversión. El que sean capaces de no sólo mantener sus existencias sino de elevarse al rango de una familia dominante, se debe a que su inteligencia y adaptabilidad exceden a las de otras clases y que han sido fortalecidos por -y quizá sea resultado directamente de ellas- las duras condiciones de su vida.

Cuán grande debe ser su adaptabilidad y variabilidad, ya que encontramos que en todas partes, el continente sudamericano está poblado por ellos, pues no hay realmente ningún clima ni clase alguna de suelo ni de vegetación que no posea sus especies apropiadas, modificadas en el color, forma y hábitos, para acomodarse a las condiciones ambientales. En las regiones tropicales, tan ricas en la vida avícola de todas las clases, en los bosques, pantanos y sabanas, en todas partes abundan, y allí el alimento no falta; pero si nos dirigíamos a zonas más altas, a desiertos fríos, estériles, donde las familias se degeneran y desaparecen, los trepadores aún están presentes, pues evidentemente son capaces de existir donde otros mueren de hambre. En las pedregosas mesetas andinas y en los lugares más inhóspitos de la Patagonia, donde no se ve ningún pájaro, hay pequeñas especies de *Synallaxs*, las cuales, con sus oscuros colores y desplazamiento por el suelo, semejan más ratones que pájaros; más aún, el nombre quichua de uno de estos *Synallaxis* es

⁵⁶ El autor ha estudiado y descripto diez especies de este grupo en op. cit. (N. del T)

ukatchtuka o pájaro ratón. ¡Qué diferentes son aquí las costumbres y la vida, en relación con los que vemos en los grupos tropicales, pájaros de gran tamaño, con inmensos picos, que trepan verticalmente por los troncos de los grandes árboles del bosque!

En los confines del extremo sur del continente sudamericano, encontramos varias especies de *Cinclodes*, buscando su subsistencia como los chorlitos en la playa; también se internan por el mar y andan por los kelpes flotantes explorando las frondas para encontrar el pequeño animal marino del cual viven. En los montes solitarios de Tierra del Fuego, otro trepador, el *Oxyurus* es, por mucho, el pájaro más común. Darwin dice: “*Ya en lo alto o en los bajos, en lo más oscuro, húmedo o en la casi impenetrable hondonada, se encuentra este pajarito*”; y el Dr. Cunningham también nos cuenta que en estos montes invernales y salvajes, siempre fue acompañado en su andar por cantidad de estos trepadores que se reunían más que por seguirlo, por curiosidad.

Para los pájaros situados en tan gran desventaja por ser su vuelo débil y por otras circunstancias adversas en su carrera por vivir, la coloración brillante habría de ser necesariamente fatal. Es cierto que el marrón no es por sí mismo un color protector, y el claro y casi satinado castaño y los brillantes tintes de avellana de varias especies, no son ciertamente protectores; pero estas especies están suficientemente protegidas de otra manera, y pueden soportar estar sin un color que se le adapte, en tanto no son visibles. En la mayoría de los casos, sin embargo, su color es sin duda protector, teniendo la tonalidad marrón un tinte que se asimila a lo que lo circunda. Los hay de un matiz pálido de marrón amarillento, con rayas y jaspeado en las especies que viven en medio de una vegetación seca y escasa; de un marrón terroso en aquellos que frecuentan espacios abiertos y pedregosos, mientras que los que trepan por los troncos en los montes y bosques son de un color marrón oscuro, y en muchos casos las plumas son jaspeadas, de tal manera que se toman parecidos a la corteza del árbol. Al género *Lochmiar* y *Selerurus*, pertenecen los pájaros de coloración más oscura siendo casi o completamente negros con un tinte amarillo ruibarbo. Su plumaje oscuro los haría muy llamativos al sol, pero su vida transcurre en los espesos bosques tropicales, en donde el sol del mediodía sólo deja penetrar un resplandor de atardecer.

Si “*el color tiende a aumentar o aparecer donde no existe*”, como cree el Dr. Wallace, entonces deberíamos encontrar su variación en el sentido de la mayor brillantez en algunas especies de una familia tan numerosa y variable como es la *Dendrocolaptidae*, aun cuando tan endeble como necesitada pueda ser de una coloración protectora, y en efecto es lo que hallamos en la mayoría de los casos. En muchas de las especies de plumaje oscuro que viven siempre a la sombra, encontramos que tienen en ciertas partes un color de avellana brillante, mientras que en unos pocos que viven en una espesura tan cerrada que están libres de tener un color protector, su plumaje inferior es casi de una blancura total. Un gran número de especies tiene un punto brillante o casi brillante en el cuello. Esto se destaca más en la *Synallaxis phryganophila*, siendo su barbilla antarrillo azufre, debajo de la cual hay un lunar negro y a cada lado un manchón blanco, teniendo su cuello tres fuertes colores contrastantes distribuidos en cuatro partes. La presencia de esta garganta llamativa en tantas especies no puede atribuirse a una voluntaria selección sexual, aunque los sostenedores de esa teoría tienen, por supuesto, la libertad para imaginar que cuando están ocupados en el galanteo, el macho, o más bien, el macho y la hembra, puesto que ambos poseen esa mancha, levantan sus cabezas verticalmente para mostrarlo. Quizá fuese más atinado aceptarlo como una mera y casual variante, como las plumas exquisitamente dibujadas y los delicados tintes sobre los lados ocultos o bajo la superficie de sus alas, en muchas especies cuya parte exterior tiene una coloración oscura y protectora que no es de manera alguna ni pernicioso ni beneficiosa tanto para los pájaros como para la teoría. Empero, es más que probable que en estos pájaros pequeños débiles y perseguidos, este toque de color sería hartamente peligroso en cualquier lugar visible de sus cuerpos. En algunas de las especies más vigorosas y activas advertimos una tendencia hacia la coloración brillante sobre superficies mayores y más expuestas. En los *Automalus*, la cola es de un color marrón rojizo, brillante y satinado; en la *Pseudocolaptes*, toda su superficie es leonada, de un tinte peculiar y vívido, con tendencia al anaranjado o rojo; en la *Magarornis*, el pecho es negro y

hermosamente ornamentado con manchas pequeñas como hojitas de un delicado color paja. Hay varios otros pajarillos de esta especie doméstica, pero la más fina de todas es la *Thripodectes fiammulatus*, que tiene todo su cuerpo de color carey, las alas y la cola de un brillante color avellana. El pico poderoso como el de la *tanagara* de esta especie también parece haberse apartado de sus tímidos congéneres que aman la sombra, hacia otra dirección, al transformarse en devoradores de frutas y granos.

Probablemente el color sobrio y por lo general protector, de los trepadores, aun considerando la adaptabilidad y habilidad que han mostrado en sus costumbres, no sería suficiente para preservarlos en su lucha por la vida si no contasen con la gran ventaja que presuponen sus maravillosos nidos. Se ha dicho que los nidos con cúpula son más bien peligrosos que protectores debido a su gran tamaño que los hace de fácil acceso a los carnívoros que buscan huevos y pichones; mientras que los nidos abiertos están generalmente bien ocultos. Este puede ser el caso de los nidos cubiertos con materiales muy livianos y colocados descuidadamente pero no puede decirse de las sólidas estructuras de las construcciones de los trepadores las cuales, con suma frecuencia, los pájaros levantan en los sitios más llamativos como si -dice Azara- quisiesen que todo el mundo admirase su trabajo. La destrucción anual de pájaros adultos es muy grande más del doble -creo- de lo que ocurre en otras familias de paserinos. Sus huevos y cría, empero, están prácticamente a salvo en sus tan elaborados nidos o sus profundas madrigueras; por regla, son más ponedoras que otras clases, no siendo la postura total de menos de cinco en las especies con las cuales estoy familiarizado, mientras que hay algunas que llegan hasta nueve. Sus nidos están construidos como para mantener alejados no sólo a los carnívoros, sino a los que son sus enemigos mayores, los devoradores de huevos, específicamente la especie parásita *Moothrus* que se encuentra por toda la América del Sur, y es excesivamente abundante, y destructora de los nidos pertenecientes a otros pájaros de la zona. En la mayoría de los casos, en el nido grande con cúpula fuerte todos los huevos se empollan y los pichones se crían; el proceso de disminución comienza sólo cuando aquéllos se han lanzado hacia el mundo circundado de peligros. Por el contrario, con otras familias, la mayor destrucción recae sobre los huevos y pichones. Con frecuencia he tenido bajo observación de doce a veinte parejas de distintas especies -cabecitas negras, fringilidos, tiránidos, renegridos, etc.- durante la época de celo y reproducción, y he visto que en algunos casos no llegaba a criarse ninguno; en otros, sólo uno o dos pichones, mientras que en otros, la cría lograda era sólo la de los renegridos parásitos.

Debo aún referirme a las voces de los trepadores, un tema importante en el estudio de estos pájaros, pues aunque no son destacados cantores, algunas especies emiten sonidos notables; es más, el lenguaje de los pájaros está en estrecha relación con sus instintos sociales. Aparentan ser más solitarios que gregarios, y esto parece natural en pájaros tan tímidos, de alas débiles y muy perseguidos. Sería, entonces, lógico llegar a la conclusión -por cuanto se ha dicho referente a sus hábitos- de que son relativamente silenciosos. Pues como regla, los pájaros sociales, vigorosos, son locuaces y de voces fuertes, mientras que las clases tímidas y solitarias guardan silencio salvo en la época del celo. Pero los trepadores son locuaces, y sus voces, fuertes y resonantes. Empero, este hecho, realmente, no contradice un principio muy conocido, ya que los pájaros poseen en alto grado la disposición social, sólo que ese hábito está restringido en ellos por sus condiciones de vida, que hacen de la soledad una necesidad. Así se encuentra que una gran proporción de especies, vive en pareja de por vida y la única explicación razonable de este hábito entre los pájaros -que no es muy común entre los mamíferos- reside en que tales especies poseen un temperamento y sentir social y viven en pareja solamente porque no pueden hacerlo en bandadas. Las especies puramente gregarias se unen sólo en la época del celo. La unión entre los pájaros trepadores es, casi siempre, de por vida y, como bien dice Azara de los *Anumbius*⁵⁷, tan devotos son el uno del otro que mientras uno está incubando, el otro se sienta en la entrada del nido, y cuando le lleva la comida a los pichones, el otro lo acompaña, aun cuando no tenga nada para llevarles. En estas especies que viven en casales,

⁵⁷ Leñatero (N. del T.)

cuando están separados continuamente el uno está llamando al otro, demostrando cuánto les impacienta la soledad. También es cierto que incluso en las especies más solitarias se oye constantemente la nota de tono fuerte -que es, en los montes, voz de llamada. Es que estos pájaros, privados de reunirse, satisfacen sus instintos por medio de esa conversación a larga distancia.

Estas observaciones se aplican también a la *Dendrocolaptidae* de todas las zonas templadas de Sudamérica que puebla las extensas praderas, los pantanos y zonas de escasa vegetación y población raleada de árboles y arbustos. En las regiones boscosas y áreas más calientes, es distinto; allí los pájaros forman grandes bandadas o "*bandadas errantes*" compuestas por todas las distintas especies que se encuentran en cada zona, asociadas con otros pájaros de otras familias: carpinteros, tiránidos, picazas de los matorrales⁵⁸ y muchos otros. Estas reuniones heterogéneas no son extrañas, sino que fuera de las épocas de la procreación se realizan a diario. Los pájaros comienzan a reunirse entre las nueve o diez de la mañana y su número aumenta a lo largo del día hasta alcanzar su punto culminante entre las dos y las cuatro de la tarde, horas tras las cuales ya comienza la dispersión, alejándose cada pájaro hacia su acostumbrado refugio o albergue. El Sr. Bates, que es quien primero describe estas bandadas andariegas, nos dice que él siempre podía hallar una bandada en especial de una zona cualquier día que lo deseara, pues si fracasaba para encontrarla en un lugar del bosque lo intentaba por otros senderos, hasta que eventualmente la hallaba. Los grandes bosques del Amazonas -nos dice- nos parecen extrañamente silenciosos y privados de avifauna y es posible deambular por días enteros sin verlos ni escucharlos. Pero de vez en cuando los árboles y arbustos de los alrededores aparecen repentinamente ahítos de ellos. "*La bullanguera multitud no pierde el tiempo y, siempre moviéndose concertadamente, cada pájaro se ocupa por su cuenta de revisar corteza, hoja o rama. En pocos momentos, los huéspedes se han ido y el sendero del bosque permanece tan silencioso y desierto como antes*". Stolzmann, quien las observó en Perú, dice que el sonido causado por la bulliciosa multitud que busca entre el follaje, y la caída de hojas secas y ramas, se parece al que produce un aguacero. Los indios del Amazonas -dice Bates- tienen una curiosa creencia para explicar la aparición de este ejército de pájaros: ellos dicen que *papauirá*, que se supone es un pequeño pajarito gris, fascina a todos los otros y los conduce en una danza abrumante y continuada a través del bosque. Parece muy asombroso que pájaros solitarios en otros tiempos, puedan así combinarse diariamente en gran número incluyendo en sus bandadas a veintenas de especies completamente diferentes, y variando en cuanto a su tamaño desde aquellos no mayores que una ratona hasta otros tan grandes como el pirincho. Es en verdad muy ventajoso para ellos, pues, como lo subraya Belt, cada uno se beneficia, ya que mientras los trepadores mayores exploran los troncos de los árboles grandes, otros recorren las ramas y se agarran de las ramitas menores, de tal modo que cada árbol que está en su ruta, es explorado desde sus raíces a lo alto de la copa, y se captura cada araña o gusano, mientras que los insectos alados, al ser espantados de sus escondites, son atrapados allí donde se asienten o en vuelo, cazados por los tiránidos.

Yo sólo he observado este tipo de bandadas en la Patagonia, donde existen en muy pequeña escala y no pueden compararse con aquellas de los bosques tropicales. Entre matorrales patagónicos, el pequeño arañero trepador *Leptasthenura* es el primer movilizador, y luego de que un número considerable de éstos se ha reunido; se les unen trepadores de otras especies y géneros, y finalmente, cuando la bandada se moviliza por los matorrales, atrae a otras clases: caza-moscas, fríngidos, etc.-, muchas de ellas correteando o saltando por el suelo en busca de insectos sobre la tierra suelta o bajo las hojas secas, mientras que otras exploran los espinosos arbustos. Mis observaciones de estas pequeñas bandadas me llevan a creer que en toda Sudamérica las *Dendrocolaptidae* son las primeras en combinarse para actuar concertadamente, y que los pájaros de otras familias siguen su marcha con ellos, sabiendo por experiencia que así puede ser segada una buena cosecha. De igual manera, pájaros de variadas clases siguen los movimientos de una columna de hormigas cazadoras para atrapar los insectos que levantan vuelo al procurar escapar de sus enemigas. Las golondrinas también aprenden a acompañar al jinete, y cruzando y entrecruzándose

⁵⁸ Bush shrikes, en el texto (N. del T.)

entre las patas del caballo van cazando los pequeños bichitos de luz que son ahuyentados del pasto a su paso.

Pero volviendo al tema de las voces, he de decir que los carpinteros no la poseen ni melodiosa ni de modo alguno de notas dulces, aun cuando en tan numerosa familia hay una gran variedad de tonos que van desde el fino y agudo como el chirrido débil de la langosta, hasta la carcajada resonante y el concierto vocinglero del cachalote *-Homorus-*, el que puede ser oído claramente a tres kilómetros de distancia. Por lo general, las notas son fuertes y resonantes llamadas, y en muchas especies el grito reiterado semeja una prolongada carcajada. Con pocas excepciones, no poseen un canto definido pero, en la mayoría de las especies que siempre viven en pareja, existen unas notas fuertes, vehementes y congratulatorias, emitidas por ambos cuando se encuentran tras una breve separación. Este hábito lo poseen en común con pájaros de otras familias, como por ejemplo los tiránidos. Pero en algunos trepadores, fuera de esta confusa explosión de sonidos alegres, se ha desarrollado una ejecución musical muy curiosa y quizá única entre pájaros. Al encontrarse el macho y la hembra, uno frente al otro, lanzan su claro y sonoro concierto, emitiendo unas notas sueltas, fuertes y medidas, mientras que las del otro son trinos rápidos y rítmicos; sus voces tienen un carácter gozoso y parecen concordar, produciendo así cierta armonía. Este modo de cantar es quizá más perfecto en el hornero *-Furnañus-* y es curioso notar que se oye constantemente a los pichones, cuando están escasamente emplumados, desde el nido u horno, aparentemente ensayando esos dúos en los intervalos en que sus padres están ausentes; notas sueltas, medidas; trinos y largos gorjeos finales, todos repetidos con sorprendente fidelidad, aunque estas notas por su carácter son totalmente distintas a los lamentos hambrientos como lo son los de otros pichones.

No puedo dejar de pensar que este hecho de que los pichones comiencen a cantar como los adultos, mientras están confinados en su oscura cuna, es de considerable significado, especialmente si se considera el carácter singular de la ejecución; y que quizá pueda ser capaz de arrojar alguna luz sobre el oscuro asunto de la relativa antigüedad y diferencia entre los distintos y separados grupos de los *Dendrocolaptine*.

Es una doctrina en la Ciencia de la evolución el que la madurez primitiva de los instintos en las crías indica una mayor antigüedad de las especies o grupos, y no hay razón alguna por la cual este principio no se extienda al lenguaje, al menos en el caso de los pájaros. Es verdad que la idea de Dames Barrington de que los pichones aprenden a cantar sólo por imitación de los mayores aún tiene vigencia, y Darwin le dió su aprobación en *Descent of Man*. Es quizá una de esas doctrinas que son parcialmente ciertas o que no contienen la verdad total; y es posible creer que mientras muchos pájaros cantores aprenden así a cantar o adquieren mayor pericia al escuchar a los adultos, en otros el canto fluye instintivamente y es por completo como otros instintos y hábitos, una "*memoria heredada*".

El caso de la especie en otro orden de pájaros *-Crypturi-* para mí resulta muy similar a este del hornero y parece prestarle algo de razón a mi sugerencia sobre el prematuro desarrollo de las voces de la erta.

Los pájaros propios de Sudamérica son, según los anatomistas menos especializados, inferiores y más antiguos que los de los continentes nórdicos, y entre aquellos que se consideran inferiores y antiguos están los *tinamous* (de hábitos parecidos a la gallineta y la perdiz), aves que llevan una vida solitaria y recoleta, y en la mayoría de los casos tienen voces dulces y melancólicas. El *Rhynchotus rufescens*⁵⁹, que habita en la Pampa, un ave del tamaño de las domésticas, es quizá la de voz más dulce, y canta con mucha frecuencia. Su canto o reclamo se escucha hacia el anochecer y está compuesto por cinco notas moduladas como las de la flauta, muy expresivas y emitidas por muchos que se responden, pues están a distancia, ocultos entre el pasto. Como podríamos haber imaginado, las facultades o instintos de los pichones de esta especie maduran tempranamente, y aún

⁵⁹ Martineta colorada (N. del T.).

muy pequeños abandonan a sus padres, para desplazarse por sí, en soledad, y cuando tienen la cuarta parte del tamaño al que generalmente llegan, ya adquieren el plumaje de la adultez y son capaces de volar tan bien como un ave adulta. He observado uno de estos seres, con un tamaño menor al de una codorniz, en una estancia en la pampa, y se me dijo que había sido llevado cuando estaba picando el cascarón; por lo tanto nunca había visto ni oído a sus padres. Sin embargo, este pequeño, cada día al anochecer, se retiraba al rincón más oscuro del comedor y se escondía debajo de un mueble, desde donde, a cortos intervalos por una hora o algo más, emitía su canto, y era tan perfecto que me asombraba profundamente al escucharlo, pues un zorzal u otro cantor en esa época de su vida, cuando intenta cantar, tan solo produce unos sonidos como gorjeos.

El canto prematuro del hornero que está emplumando es importante debido al hecho de que el grupo al que pertenece comprende las formas menos especializadas de la familia. Son de patas fuertes, cola cuadrada, terrestres, generalmente capaces de posarse, con picos exploradores. y construyen los nidos de barro o leña más perfectos, o madrigueras en el suelo. En el grupo numeroso de los trepadores que parecen tener tan poca relación como el hornero con la *abubilia*, hallamos una veintena de picos sorprendentemente distintos, pero muchos de ellos retienen el carácter explorador; y en realidad son usados para escarbar en las maderas podridas de los árboles y para explorar en los agujeros y grietas profundas de los troncos. Hemos visto también que algunos de estos trepadores se vuelven a su hábito ancestral (si es que así se le puede llamar), de buscar su sustento cavando en el suelo. En otros, como los *Dendroornis* en los que los picos han perdido ese carácter y son utilizados para excavar la madera o desprender la corteza, no han sido altamente especializados, y, comparado con el pico del carpintero, es un órgano muy imperfecto si se tiene en cuenta el medio para el cual fue creado. Pero aun así, según el principio de que requerimientos funcionales similares conducen con frecuencia a similares desarrollos estructurales, en animales que de otro modo son muy diferentes, al ver la lengua tubular en los comedores de miel y los picaflores, podríamos haber esperado encontrar en la *Dendrocolaptidae* una mejor imitación de los carpinteros, si no en la lengua, en un órgano tan variable como el pico.

Es probable que los horneros y sus parientes más cercanos -en general los constructores tenaces de nidos fuertes, prolíficos- representen la forma familiar, y cuando los pájaros de este tipo se hubieran extendido por todo el continente, en sus diferentes zonas, se tornaron frecuentadores de juncuales, bosques, matorrales y sabanas. Con los hábitos de vida alterados se diversificaron y originaron numerosas formas divergentes. Algunas como los *Xiphochus*, retuvieron sus picos escarbadores con una forma asombrosamente modificada, atenuada en grado extremo y curvada como una hoz; otros, aproximándose al parecido con los pica-nueces y carpinteros.

Esta descripción de los *Dendrocolaptidae*, necesariamente limitada e imperfecta, se sustenta en el conocimiento de los hábitos de cerca de sesenta especies que pertenecen a veintiocho géneros, y es el resultado de observaciones propias realizadas con menos de treinta especies. Es asombroso atestiguar lo poco que se ha escrito acerca de los más interesantes pájaros sudamericanos. Sólo uno de los trepadores -*Furnarius rufus*-, el hornero *par excellene*, ha sido mencionado debido a su maravillosa arquitectura en casi todos los tratados generales de Historia Natural publicados durante esta centuria; empero, el hornero no sobrepasa, ni siquiera iguala, en interés a muchos otros de esta familia de casi trescientos miembros.

CAPITULO XIX

La música y la danza en la Naturaleza

Al leer libros de Historia Natural nos encontramos con numerosos casos de pájaros que poseen el hábito de reunirse, con frecuencia, en el mismo lugar, para cometer extravagancias y ejecutar danzas con o sin acompañamiento musical vocal o instrumental; quiero significar con esto todos los sonidos que no son vocales realizados habitualmente y durante sus más o menos ordenadas representaciones; así por ejemplo, los ruidos de tamborileo o de palmadas; el batir de alas; el susurro o el restallar del látigo; el cerrar de abanicos; la trituración, raspados y sonidos de trompetas, producidos por lo general con las plumas.

Hay danzas humanas en las cuales interviene una sola persona por vez, siendo las demás espectadoras, y en algunos pájaros, correspondientes a géneros muy separados, se hallan danzas así. Un ejemplo destacable es el de la *Rupicola* o carpintero de las piedras de la zona tropical de Sudamérica. Un terreno musgoso rodeado por arbustos es el elegido para el baile, y debe estar libre de ramas y piedras. Los pájaros se agrupan en derredor cuando uno, con la vívida coloración naranja-escarlata de su cresta, se adelanta hacia el centro, y, extendiendo alas y cola, inicia una serie de movimientos como si danzara un minuet; finalmente, llevado por su propia excitación, salta y gira de la manera más asombrosa hasta que, sintiéndose exhausto, se retira y otro lo reemplaza.

En otras especies todos los pájaros reunidos realizan una danza y parecen obedecer a un impulso que los afecta simultáneamente en el mismo grado: veces hay en que uno de ellos parece urgir a los otros y así se erige en el principal. Uno de los más curiosos ejemplos que yo he hallado en mis lecturas es el que se halla en el trabajo del Sr. Bigg Wither, *Pioneer in South América*. Cuenta que una mañana, en una espesa selva, su atención fue requerida por un sonido desacostumbrado del canto de un pájaro siendo los cantores raros en la zona. En cuanto lo escucharon, sus hombres lo invitaron a seguirlos, sugiriéndole que probablemente habría de presenciar un espectáculo curioso. Cautamente, abriéndose paso entre la espesa maleza, llegaron a vislumbrar un pequeño lugar de piso pedregoso, al final de un estrecho claro; en ese sitio, unos sobre las piedras y otros sobre las ramas, se encontraban reunidos una cantidad de pajarillos del tamaño del paro, de un bello plumaje azul con copetes rojos. Uno estaba muy quieto sobre una rama, cantando alegremente mientras los otros marcaban el compás con sus alas y las patas, en una especie de danza, y todos gorjeaban el acompañamiento. Los observó un rato y se sintió feliz de que tuviesen un baile con concierto y de que disfrutaran de su diversión. De pronto se arrimaron, y la función terminó abruptamente, dispersándose los pájaros en distintas direcciones. Los nativos le dijeron que esos pequeños seres eran conocidos como "*los pájaros bailarines*".

Era probablemente una especie solitaria, excepto al congregarse con el fin de celebrar esa fiesta. Más, en la mayoría de los casos, especialmente en los paseriformes, la especie solitaria ejecuta sus danzas sola o con un único testigo: su pareja. Azara al describir un pequeño pinzón al

cual le había dado el acertado nombre de *oscilador*, dice que a las primeras y últimas horas del día se eleva a moderada altura; luego se aleja hasta unos veinte metros, describiendo una perfecta curva en su andar; regresa sobre la misma línea imaginaria que había trazado, y así repetidas veces semejando un péndulo suspendido de un hilo invisible en el espacio.

Quienes buscan saber la causa y el origen de estas exhibiciones y el canto de los animales, deben consultar la obra de Darwin *Descent of Man* para hallar la explicación. La mayor parte de esa obra se ocupa de una laboriosa argumentación que intenta probar que es el sentimiento amoroso el que inspira a los animales dedicados a estas exhibiciones y que la selección sexual o la voluntaria elección de la pareja realizada por la hembra es la causa fanal de todo el despliegue de canto y danza tanto como el brillante y armonioso colorido y adorno.

Con respecto a los pájaros, la teoría dice que en la época del celo, cuando los machos están excitados y se dedican a cortejar a las hembras, ellas no eligen al más fuerte y activo ni a aquellos que primero las han requerido, sino que en alto número de especies, están dotados de una facultad que responde al sentimiento estético o gusto del hombre y deliberadamente eligen al macho por su superioridad en alguna cualidad estética, tales como la gracia o la fantasía de sus movimientos, lo melódico de su voz, la brillantez de su colorido o la perfección de sus ornamentos. Sin duda originalmente todos los pájaros tenían colores sobrios, sin ornamentos ni melodías, y se cree que así hubiese seguido siendo en muchos casos, si no fuera por la acción de ese principio, el cual, como la selección natural, ha ido acumulando innumerable cantidad de pequeñas variaciones, las que tienden a dar mayor lustre en cada caso a las especies, resultando así todo aquello que admiramos más en el reino animal: la capa color fuego de la *Rupicola*; la cresta y tachonada cola del pavo real; la jubilosa melodía de la calandria y la bonita y llamativa danza de los pájaros.

Mi experiencia, con pocas excepciones, es que los mamíferos y los pájaros -quizá no haya en realidad ninguna excepción- tienen la costumbre de entregarse con frecuencia más o menos regular, a representaciones, con o sin sonido, o sólo compuesta por sonidos; y que las mismas, que en muchos animales son solamente gritos discordantes, coros grotescos e irregulares, en las especies más etéreas, gráciles y melodiosas, toman formas más perfectas, complejas y bellas. Entre los mamíferos, el instinto aparece como casi universal; pero sus demostraciones son generalmente menos admirables que las de los pájaros. Es verdad que hay algunas especies, las ardillas y los monos con costumbres arbóreas, casi con la misma traviesa energía y la rapidez y certeza de movimientos de las aves, en las que el más leve impulso puede, al instante, expresarse con gracia y fantasía otros, como los *Chinchillidae*, han desarrollado altamente sus cuerdas vocales y semejan la locuacidad de los pájaros. Pero al comparar los mamíferos con los pájaros vemos que son lentos y pesados, y nunca tan pronto listos para exhibiciones como las que estamos tratando.

Las danzas terrestres, a menudo muy elaboradas, de las aves pesadas, como las de las gallináceas, están representadas por las especies más volátiles con exhibiciones aéreas, y son muchísimo más hermosas; hay entre tanto un gran número de aves -halcones, buitres, vencejos, golondrinas, chotacabras, cigüeñas, ibises, espátulas y gaviotas- que giran en el aire, solas o en bandadas. A veces, cuando el día es sereno, se elevan a gran altura y quedan como suspendidas en un punto por una hora o más en un solo vuelo, dejando ver una leve nube de pájaros en el éter, la cual no cambia de forma ni se torna más leve ni más espesa, como una bandada de estorninos. En esa aparente confusión hay un orden perfecto, y en medio de centenares, cada figura haciendo piruetas o lentos desplazamientos guarda siempre la distancia con tanta exactitud que jamás dos se tocan, ni siquiera con la extremidad de sus largas alas, al agitarse o estando inmóviles: tal multitud y tan milagrosa precisión en sus interminables movimientos de giro de todos los integrantes hacen que el espectador pueda estarse acostado de espaldas una hora sin aburrirse, observando esa mística danza celestial.

Los ibis de cara negra (bandurrias de la Patagonia), aves tan grandes como el pavo, se entregan a una curiosa y loca danza generalmente al atardecer, cuando ha pasado la hora de la

comida. Las aves de una misma bandada, mientras vuelan hacia el sitio donde reposan, parecen estar poseídas por un raro frenesí y se precipitan hacia abajo con asombrosa violencia, virando del modo más excéntrico; y cuando se acercan a la superficie se elevan para repetir la operación, y en todo ese tiempo hacen vibrar el aire a kilómetros a la redonda con sus fuertes y metálicos gritos. Otras bandurrias y también aves de otros géneros realizan representaciones aéreas similares.

Las representaciones de casi todos los patos que conozco, parecen un simulacro de lucha en el agua; una excepción es brindada por el hermoso y locuaz pato silbón del Plata, el que ofrece una bella muestra aérea. Entre una docena y veinte de ellos alzan vuelo y se elevan hasta parecernos oscuros puntos en el cielo, y hay veces que desaparecen de nuestra vista totalmente. A esa altura continúan girando alrededor de un punto por una hora o más, ya cerrando o ampliando el círculo, y entonces armonizan curiosamente los sonidos brillantes, finos y jactanciosos del macho con los graves y mesurados de la hembra; cada vez que cierran el círculo se golpean las alas entre sí tan vivamente que su sonido se distingue claramente como si fuese batir de palmas, escuchados aun cuando las aves se hayan perdido de vista.

Las gallinetas son aves vivaces, ágiles, con voces potentes y distintas; son bailarinas, pero debido al suelo que habitan y a su carácter tímido y suspicaz, no es fácil observar sus cabriolas. La más fina de las gallinetas es la *ipecahá*⁶⁰, un ave hermosa, movediza, aproximadamente del tamaño de una gallina. Un grupo tiene su lugar de reunión en un área reducida, lisa, fuera del agua pero rodeada por grupos de tupidos juncos. Primero una de las aves, entre el pajonal, emite por tres veces un potente llamado; es como una invitación prontamente respondida por otras desde distintos lados mientras con prisa concurren al lugar conocido. Poco después llegan, en número de doce o veinte, saliendo de entre los juncos y precipitándose al lugar abierto, comenzando de inmediato la exhibición. Es un concierto muy ruidoso de gritos, y tienen éstos cierto parecido con la voz humana, esforzada a la máxima expresión de terror extremo, frenesí o desesperación. Un grito largo, penetrante, que sorprende por su vehemencia y fuerza, es seguido por una nota más baja, tal como si con el anterior el ser se hubiese extenuado. Estos dobles gritos se repiten varias veces, seguidos por sonidos que semejan el crecer y decrecer semi-ahogado de gritos de dolor y quejidos angustiosos. Repentinamente, los alaridos, que no parecen de este mundo, se renuevan en todo su estruendo. Mientras gritan, se precipitan de un lado a otro como poseídas, sus alas extendidas y vibrando, su largo pico abierto y verticalmente elevado. Esta función dura tres o cuatro minutos, tras los cuales los reunidos se dispersan pacíficamente.

El jacana, con sus barbillas de gallo, púas en la articulación de sus alas y largos dedos, posee una forma de exhibición que parece especialmente creada para mostrar la escondida belleza del plumaje sedoso de sus alas de remeras de color verde dorado. Los pájaros avanzan solos o en parejas y suelen hallarse entre doce o quince individuos en un sitio fangoso comiendo, uno a la vista del otro. Ocasionalmente, en respuesta a una nota de invitación, todos al momento interrumpen su comida y vuelan hacia un lugar formando un apretado grupo y emitiendo rápidamente notas breves; excitados, despliegan sus alas como hermosas banderas reunidas y desplegadas: unos las mantienen verticalmente, inmóviles; otros, medio abiertas y vibrando rápidamente, al tiempo que el resto las pliega y repliega lentamente con un movimiento medido.

Tanto en las exhibiciones de *ipecahaes* como de *jacanas* intervienen ambos sexos. Una demostración más extraña es aquélla de los teros de la misma región -una especie similar al avefría de Europa, pero un tercio más grande, de colores más vivos y armada con púas. Su exhibición, llamada por los nativos "*danza*" o "*danza seria*" con lo que quieren significar baile serio o real ya que para su ejecución son necesarios tres aves, es, hasta donde llegan mis conocimientos, única en su género.

Los pájaros son tan afectos a la misma que se entregan a ella durante todo el año, y a

⁶⁰ Nombre guaraní, conservado por Azara y que en *Aves del Plata* aparece con el nombre común de "Gallineta Roja" (N. del T.)

intervalos frecuentes durante el día, también en noches de luna. Si una persona observa a dos de ellos por un tiempo -pues viven en parejas- verá otro tero, perteneciente a otra pareja, que levanta vuelo y va hacia ellos, dejando a la suya cuidando el lugar elegido, y en vez de resentirse por esa visita que pudiera ser una intromisión en sus dominios, tal como les ocurriría si se aproximase cualquier otra ave, le dan la bienvenida con notas y signos de placer. Acercándose al visitante se colocan tras él; luego los tres, marcando el paso, comienzan una marcha rápida emitiendo notas resonantes al compás de sus movimientos; las notas de la pareja que va detrás, son emitidas como un torrente, como el redoble de un tambor, mientras que el bastonero lanza notas sueltas altas a intervalos regulares. La marcha cesa, el bastonero eleva sus alas y permanece erecto e inmóvil pero emitiendo sus fuertes notas, mientras que los otros dos, con plumaje erizado y uno junto al otro, avanzan y se inclinan hasta tocar el suelo con la punta de sus picos, y bajando sus voces hasta un murmullo, permanecen en esa postura por un tiempo. La exhibición ha llegado a su fin y el visitante regresa a su sitio y a su pareja, para luego recibir a su vez a otro visitante.

Entre el orden de los passeriformes no se observan formas destacables entre pájaros que no se registran como cantores, ya que no poseen el alto desarrollo del órgano vocal de los que pertenecen al suborden de las Oscinas. Los tiránidos, que representan en Sud América a los mata - moscas del Viejo Mundo, tienen toda habilidad para realizar exhibiciones, que en la mayoría de los casos son simples dúos alegres y excitados entre el macho y la hembra, compuestos por notas impetuosas y gritos más o menos confusos acompañados por batir de alas y otros gestos. En algunas especies el coro ocupa el lugar del dúo, mientras que en otros se observan formas totalmente distintas de exhibición. En uno de los grupos de *Cnipolegus* el macho se entrega a solitarias cabriolas, mientras que la hembra, de modestos colores, se mantiene oculta y silenciosa; así el macho del *Cnipolegus hudsoni*⁶¹, una especie de un negro intenso con una franja blanca oculta en el ala, se posa en una rama muerta en lo alto de un arbusto. A intervalos abandona su lugar y despliega el blanco intenso de su plumaje, produciendo con el abrir y cerrar sucesivo de las alas el efecto de destellos de luz. Luego, intempestivamente comienza a revolotear en el aire sobre su apostadero, tal como una polilla gira alrededor y cerca de la llama de la vela, emitiendo una serie de agudos golpes secos y produciendo con sus alas un fuerte rumor. Mientras realiza este vals aéreo, el blanco y negro de sus alas se entremezcla y las alas semejan una niebla gris que circunda su cuerpo. Terminada la danza fantástica, el ave se deja caer repentinamente sobre su rama y hasta que se mueve para otra exhibición, permanece tan dura e inmóvil como si fuese un pájaro esculpido en azabache.

La danza de la tijereta, otro pájaro de los tiránidos, es también destacable. Esta especie es gris y blanca con cabeza y cola negra y una cresta azafranada. En vuelo, parece una golondrina grande, pero con las dos plumas exteriores de la cola de casi treinta centímetros de largo. Vive siempre en pareja, pero al atardecer varias de ellas se reúnen llamándose excitadamente unas a otras; luego se remontan como cohetes hasta gran altura y tras realizar varios giros, se dejan caer en zig-zag alocado y a gran velocidad, abriendo y cerrando las largas plumas de sus colas como tijeras, lo que produce un fuerte sonido, tal como si se le diese cuerda apresuradamente a un reloj, pero con una ligera pausa tras cada vuelta de la llave. Terminada esta danza aérea, se separan en parejas posándose en lo alto de los árboles, uniéndose cada uno en una suerte de dúo de rápidos y repetidos sonidos, como de castañuelas.

La exhibición de los carpinteros o *Dendrocolaptidae* -otra extensa familia-, se parece a la de los tiránidos por ser en su mayoría parejas, cantando excitadamente el macho y la hembra con voces resonantes y con mucha acción. La costumbre varía algo en el *cachalote*⁶² una especie patagónica del género *homorus*- de tamaño aproximado al del tordo. Pájaros viejos y jóvenes viven juntos en familia, y a intervalos, en días claros, se unen en un gran concurso de gritos, los cuales pueden ser escuchados nítidamente a casi tres kilómetros de distancia; un pájaro se posa en un arbusto y llama,

⁶¹ Es el "Remoloncito" o "Viudita Negra Chica". En la seria traducción de Aves del Plata anotada por Mangonnet- Gollan, se nos informa que hoy es conocido como *Phaeotricius hudsoni*, y que fue dedicado a Hudson por Sclater.

⁶² En castellano en el original (N. del T.)

e instantáneamente todos acuden al lugar y prorrumpen en un coro de gritos penetrantes que suenan como las carcajadas y risotadas de un insano. Tras ese coro, se persiguen locamente entre los arbustos por algunos minutos.

En algunos grupos el dúo común se ha desarrollado y transformado en una especie de canto armonioso muy raro y agradable de escuchar. Este es sobre todo el caso de los horneros, como primeramente lo ha señalado D'Orbligny. Así, el hornero rojo, el primer pájaro, al acercarse su pareja para unírsele en el vuelo, comienza a emitir notas medidas y fuertes y a veces unos trinos sucesivos de un sonido algo metálico; pero en cuanto el otro se une, esta parte introductoria se cambia en trinos de fuerte acento en la primera nota, en un *tempo vivace*, mientras que el segundo pájaro emite fuertes notas sueltas al mismo tiempo. Cuando están cantando así, se colocan enfrentándose con los cogotes estirados y las colas desplegadas, las alas del primero vibrando rápidamente al compás de su canto, mientras que las del segundo golpetean acompasadamente. El *finale* consiste en tres o cuatro notas fuertes y claras, emitidas por el segundo pájaro, las que van en escala ascendente, siendo la última muy aguda.

En los melódicos propiamente dichos, las exhibiciones son, en la mayoría de los casos, exclusivamente vocales, permaneciendo el cantor posado en su rama. Entre los trupiales, una familia de pájaros llamativos que abarca unas ciento cuarenta especies, hay muchos que acompañan el canto con acrobacias bellas y grotescas. El boyero gritón macho del Plata, cuando se posa, emite una nota profunda de sonido hueco que va hinchándose y elevándose hasta transformarse en un sonido agudo y metálico, tal como el de una campanilla: esto es acompañado con las alas y cola que se tienden y distienden, y todo su plumaje está erizado a la manera de un pavo que se contonea, mientras salta nerviosamente arriba y abajo de la rama, como si bailase. A esa nota de campana del macho le sigue un grito impetuoso de la hembra, y la danza concluye. Otra especie de boyero o tordo común del Plata, cuando corteja, eriza su muy lustroso plumaje violáceo, y junto con el aleteo emite una sucesión de notas profundas, a lo que sigue un canto claro y cristalino; luego, intempestivamente se alza en vuelo bajo, casi junto al suelo, revoloteando como una polilla, y a una distancia de unos veinte o treinta metros gira y circunda a la hembra cantando fuertemente todo el tiempo, como envolviéndola con su melodía.

Muchos pájaros cantores de una amplia gama de familias tienen la costumbre de elevarse y descender alternativamente mientras cantan, y en algunos casos todas las posturas y movimientos que ejecutan en el aire, el lento o rápido descenso vertical, a veces oscilante, otras en espiral, o bien con una sucesión de suaves pases oblicuos, parecen tener una admirable correspondencia con los cambios y caídas de voz; quedando así la melodía y el movimiento unidos de una manera más íntima y bella que la lograda en el modo más poético y perfecto de las formas de las danzas humanas.

Uno de los cantores que vuela más alto es el pequeño y amarillo mixto del Plata, *Sycalis luteola*. Estas especies, como algunas otras, cambian el modo de sus exhibiciones con las estaciones. Viven en grandes bandadas y, durante las estaciones frías, -tienen como la mayoría de los pinzones-, sólo pasatiempos aéreos, revoloteando entre las nubes, persiguiéndose en medio de alegres trinos. En agosto, cuando los árboles comienzan a verdear, la bandada se desplaza a los montes de las estancias y, posándose en las ramas, brindan un concierto de innumerables voces produciendo un gran volumen de sonido, como el del viento escuchado a distancia. Si se le oye de cerca, es un sonido melodioso; no una confusa algarabía de sonidos musicales, como cuando multitud de trupiales canta en concierto, sino que las notas, aun cuando numerosas, parecen fluir lenta y separadamente, produciéndole al oído un efecto similar al que la lluvia le produce a la vista, cuando el sol brilla e ilumina las minadas de gotas que caen en una misma dirección. De este modo, los pájaros cantan por horas, sin intermitencias cada día. Luego los invade la pasión amorosa; el placentero coro se quiebra y sus diez mil miembros se dispersan por los campos y sembrados. Mientras el macho corteja, emite una música débil e incompleta pero acompaña su canto con

hermosas piruetas. Sus rodeos junto a la hembra, sus innumerables avances y retrocesos y su pequeña altanería sobre ella cuando su voz adquiere caudal con insistente pasión; sus agitados descensos a tierra, donde yace postrado, con sus alas extendidas y trémulas, suplicante a sus pies, su voz languideciente, mientras se apaga hasta el balbuceo; todos estos movimientos aptos y graciosos parecen querer expresar, realmente, la pena de su corazón. Pero la melodía durante este período emocional es nula. Tras el apareamiento y terminada la construcción del hogar, la exhibición musical adquiere una forma nueva y más perfecta. Se posa sobre una rama baja, y a intervalos se eleva a cuarenta o cincuenta metros; al elevarse, emite una serie de largas notas melodiosas, luego desciende en una graciosa espiral y el par de sus alas inmóviles le dan la apariencia de un lento paracaídas; entonces la voz también decae y las notas se hacen más bajas, dulces y expresivas, hasta que llega a tierra. Tras el aterrizaje, el canto sigue, siendo la melodía más larga, fina y clara hasta quedar en un hilo de voz y en débiles sonos como de una cítara tañida por dedos de ángel. El mayor deleite del canto está en esa lenta graduación desde las notas un tanto guturales, emitidas al ascender hasta las excesivamente atenuadas del cierre.

Como conclusión a esta parte he de referirme a una especie más; la calandria de franjas blancas de la Patagonia⁶³, que largamente sobre-pasa a otros cantores conocidos por mí, por la copiosidad, variedad y brillante carácter de su música. Oculto entre el follaje, este pájaro ha de cantar por media hora reproduciendo con fidelidad milagrosa la más o menos melodiosa serie de cantos de unas veinte especies, una rara y bella ejecución. Pero si bien parece sorprendente mientras dura, uno deja de admirar esta imitación del arte de otros pájaros, cuando, como para mostrar por contraste su inalcanzable superioridad, rompe el silencio con su único y divino canto, expresado con una fuerza, abandono y goce que se parece, pero excediendo en mucho, al de la alondra "*cantando a las puertas del paraíso*". Las notas fluyendo en un continuo torrente, la voz tan brillante e infinitamente variada que si "*la rivalidad y la emulación*" tienen tanto lugar en el pecho de los emplumados, como algunos imaginan, todos los que escuchan esta melodía superior, bien podrían languidecer para siempre en silenciosa desesperación.

Durante la mayor parte de un hermoso concierto, las mismas notas son proferidas en el mismo orden, y tras un intervalo el canto se repite, sin ninguna variación: parece imposible que pudiésemos de otro modo tener tan bellos contrastes y armoniosas luces y sombras -el canto completo, por así decir- como una "*melodía dulcemente ejecutada con afinación*". Esta aparente imposibilidad se alcanza en el canto de la calandria: las notas jamás llegan una y otra vez en el mismo orden, sino como inspiradas en un orden cambiante con nuevos sonidos y variaciones; y aquí también presenta cierto parecido con la alondra, y podría ser descrito como el canto de la alondra con un sinfín de variaciones, iluminado y espiritualizado en un grado no imaginado.

Esta calandria es una de esas especies que acompañan la música con movimientos apropiados. Y así como es su canto -diríamos- inspirado en una improvisación, distinto a cualquier otro que haya emitido, del mismo modo sus movimientos todos tienen por igual carácter de espontaneidad y no siguen ningún orden, pero poseen una gracia, una pasión y armonías perfectas, con una música sin paralelos entre pájaros de hábitos similares. Mientras canta, salta de arbusto en arbusto, a veces demorándose en uno unos segundos y en otro apenas rozando su cima, o bien desapareciendo de la vista entre el follaje. Luego, en un raptó de altura, se eleva verticalmente hasta unos trescientos metros con golpes de ala acompasados como los de la garza o remontándose abruptamente en un rápido y loco zig-zag; luego desciende en círculos, para posarse finalmente, con su cola abierta como un abanico, con el blanco reverberando al sol, extendida y vibrando u ondeando lánguidamente hacia arriba y hacia abajo con un movimiento como el de las mariposas de anchas alas que descansan sobre una flor.

Deseo ahora plantear esta cuestión: ¿Qué relación podemos hallar o imaginar entre la pasión

⁶³ Es evidente que por la descripción que hace de su canto, se refiere al Minos Trirus, que Azara llamara "Calandria de tres colas", común en la Patagonia, según informa el autor en *Birds of La Plata*, desde octubre hasta febrero (N. del T.)

amorosa y el celo y las danzas y cantos ejecutados en nueve de cada diez casos? En tales casos, por ejemplo el del tiránido tijereta y sus ejecuciones pirotécnicas al atardecer, cuando algunas parejas dejan sus nidos con huevos y crías para unirse a la desenfrenada danza aérea; la loca exhibición de los ipecahaes; la bella muestra de los jacanas, con sus alas desplegadas; la danza triple del tero, que requiere el acompañamiento para la pareja; el armonioso dúo de los horneros; el dúo y coro de casi todos los carpinteros y los golpes de alas de los patos silbones durante sus exhibiciones: ¿se podría afirmar seriamente que la hembra de estas especies hace su elección del macho capaz de realizar los más vigorosos y artísticos golpes?

El convencido con tal teoría pondría de lado todos estos casos, para citar aquél del boyero que realiza las piruetas ante la hembra y la enmarca dentro de un círculo de melodías; o bien la danza automatizada del remoloncito, y refiriéndose a esta especie probablemente diría que la hembra emplumada modestamente se desplazaba desapercibida observando críticamente las danzas de los distintos machos para hallar el mejor de acuerdo con el modelo tradicional. Esta fue en esencia la modalidad que siguiera Darwin. Hay muchas especies en las que, solos o con otros, los machos realizan piruetas y cantos durante la época de celo frente a las hembras; y cuando todos estos casos o los más llamativos o grotescos se reúnen, y cuando gratuitamente se asevera que las hembras *eligen* a los machos que más se destacan en su actuar o cantar, parece demostrarse un caso de selección sexual. Pero qué injusto es el argumento que se basa en estos casos cuidadosamente reunidos desde distintas regiones del globo, y con frecuencia no ajustadamente referidos, cuando nos volvemos de los libros a la naturaleza y consideramos de cerca las costumbres y los actos de las especies que pueblan *una* región. Comprobamos entonces, que casos como los descritos, a los que se les asigna tanta importancia en *Descent of Man* y otros como los mencionados en este capítulo, no son esencialmente de características distintas sino que son manifestaciones de un instinto que aparece como universal entre todos los animales. La explicación que brindo no ahonda y es realmente muy simple, y, como aquella del Dr. Wallace⁶⁴, al prestar atención al color y los adornos cubre todos los hechos. Vemos que, cuando las condiciones de vida son favorables, los animales inferiores están sujetos a periódicos accesos de alegría que los afecta poderosamente y señalan un vívido contraste con su carácter común. Sabemos además cuál es ese sentimiento -esa intensa elación periódica que aun el hombre civilizado experimenta ocasionalmente cuando goza de buena salud y sobre todo cuando es joven. Estos son momentos en que está pleno de alegría, cuando no puede estarse quieto y su impulso es el de cantar, de hablar en voz alta, de reír por nada, correr, brincar y empeñarse en lo extravagante. Entre los mamíferos pesados ese sentimiento se manifiesta en ruidos fuertes, mugidos y gritos, y en andar pesadamente, con grotescos movimientos; levantando las patas traseras, pretendiendo sentir pánico y haciendo el simulacro de una pelea.

En animales más pequeños y vivaces de mayor ligereza y seguridad en sus movimientos, el sentimiento se manifiesta de una manera más regular con frecuencia de modo más complejo. Así los felinos, cuando cachorros y en especies muy ágiles y elásticas como el puma, a lo largo de toda su vida simulan todos los actos de un animal a la caza de su presa: la excitación intensa y repentina del descubrimiento y ocultación, el avance gradual, el disimularse tras los objetos que halla, con intervalos de vigía, cuando se agacha inmóvil con los ojos relampagueantes y la cola agitada de un lado a otro; finalmente la precipitación y el salto, y cuando el compañero de juego es capturado, vuelto de espalda y molestado hasta su muerte imaginaria. Otras especies de las clases más diversas, en las cuales la voz está muy desarrollada, se unen en ruidosos conciertos y coros. Pueden mencionarse muchos gatos, también perros, zorros, carpinchos y otros roedores locuaces; entre los aullantes monos esta clase de demostraciones se eleva al sublime estruendo en las selvas tropicales al atardecer.

⁶⁴ Es curioso descubrir que la idea del Dr. Wallace acerca del color, ha sido independientemente hallada por Ruskin. Acerca de las piedras él ha escrito en *Frondes Agrestis*: "Con frecuencia he tenido ocasión de aludir a la aparente conexión de la brillantez del color con el vigor vital y la pureza de la sustancia. Este es prominentemente el caso del reino vegetal. La perfección con la cual las partículas de cualquier Sustancia se unen en la cristalización, corresponde en ese reino al poder vital de su naturaleza".

Los pájaros están más sujetos a este instintivo goce universal que los mamíferos y épocas hay en que las especies están totalmente saturadas por él, y como son mucho más libres que los mamíferos, más vivaces y graciosos en la acción, más locuaces, y como tienen voces hermosas, su alegría se manifiesta de una mayor variedad de modos, con movimientos más regulares y bellos y con melodía. Pero cada especie o grupo de especies tiene su propia forma o estilo de exhibiciones heredadas, y por muy primitivo o irregular que sea, como en el caso de las pretendidas disparadas y luchas del ganado salvaje, esa es la forma en que siempre será expresado ese sentimiento. Si todos los hombres, en algún excesivamente remoto período de su historia, se hubiesen puesto de acuerdo para expresar este impulso común de alegría que ahora manifiestan de forma tan infinitamente variada -o no la expresan en absoluto-, bailando un minuet, y el baile del minuet se hubiera tornado instintivo y hubiera sido recogido espontáneamente por las criaturas en cualquier época, tal como ahora comienzan a andar parados sobre sus "*extremidades traseras*", el caso de los hombres habría sido como el de los animales inferiores.

Me hallaba un día observando una bandada de chorlos que tranquilamente alimentaba en el suelo, cuando, en un momento, todos los pájaros fueron presa de una loca alegría, y cada uno, tras tirar un vigoroso picotazo a su vecino, comenzaba a correr alocadamente, procurando, al pasar, picotear a otros, al mismo tiempo que esquivaba ser picoteado. Estas especies siempre expresan su impulso de alegría de la misma manera. Pero ¡qué distinto en cuanto a su forma es este juego simple del "*toca a quien puedas, toca cuando puedas*", de la danza de tres ejecutada por los teros, con su música de redobles, sus gestos pomposos y la precisión militarizada de sus movimientos! ¡Qué diferente también de la exhibición aérea de otro pájaro de la misma familia -el chorlo del Brasil- en el que uno de ellos es perseguido por el resto, remontándose en un vuelo salvaje, excéntrico, hasta que todos se pierden de vista; y de nuevo hacia la tierra y entonces una vez más hacia el cielo, hasta que el perseguido es alcanzado y de inmediato reemplazado por otro individuo, formando ronda el conjunto de los perseguidores en el aire con sus melódicos gritos! ¡Qué distinto también de todas esas formas del aéreo pasatiempo de la becasina, donde el pájaro, en su brusco descenso, es capaz de producir un sonido tan sorprendente y de tan largo alcance con las plumas de su cola! La becasina, por lo general, es un ave solitaria y, como el pinzón oscilador ya mencionado, se alegra de practicar sus pasatiempos sin observadores.

En las variedades gregarias todos realizan sus demostraciones al unísono, pues este sentimiento, como el del temor, es eminentemente contagioso y la vista de un pájaro loco de alegría se transmite con rapidez a toda la bandada. Hay también especies que siempre viven en parejas, como las ya mencionadas tijeretas, que periódicamente se reúnen con el propósito de realizar su espectáculo. El chajá, un ave muy grande, también puede ser mencionado: el macho y la hembra cantan juntos un tanto armoniosamente con voces de fuerza sin par; pero estas aves también se congregan en alto número; mil parejas o aun varios miles de ellas pueden reunirse y, a intervalos, tanto de día como de noche, cantan en concierto y sus voces combinadas producen una melodía de trueno que parece sacudir la tierra. Generalmente, las aves que viven en pareja no se reúnen con la finalidad de una exhibición, sino que su instinto de alegría se expresa por la realización del dúo entre el macho y la hembra. De ese modo, en tres familias sudamericanas de passeriformes, los tiránidos, los carpinteros y comedores de hormigas, que suman en total entre ocho y nueve mil especies, una gran mayoría parece tener exhibiciones que obedecen a esta descripción.

De acuerdo con mi propia experiencia, en aquellos casos en que los machos y las hembras juntos o en reuniones con otros participan por igual en las mentadas exposiciones, los sexos son muy similares o difieren muy poco; pero cuando las hembras no participan, la superioridad del macho en cuanto a la brillantez y el colorido, es muy destacada. Se podría dar uno o dos ejemplos que apoyan este aserto.

Un trupial del Plata, de pecho escarlata, se posa ostentosamente sobre una planta alta y a intervalos se eleva, verticalmente, cantando y en el punto más alto de su ascensión, vuelo y canto

cesan en una especie de voltereta aérea y floreo vocal, al mismo tiempo. Mientras tanto, la hembra opacamente emplumada no es vista ni oída -pues ni un cuervo enfurruñado permanece en una mayor soledad debajo de las hierbas, tan profundamente han divergido los sexos en esta especie. ¿Es que la hembra carece entonces de un instinto tan común? ¿No tiene ella esas explosiones de irreprimible alegría? Es indudable que las tiene y que las manifiesta, en su lugar de reclusión, mediante vivos gorjeos y ligeros movimientos- la forma simple, primitiva, en la cual se expresa la alegría en esa clase de pájaros. En las diversas especies del género *Cnipolegus* ya mencionado, la diferencia de los sexos es casi tan grande como en el caso de los trupiales: el solitario e intensamente negro y estatuario macho que vimos, realiza una completa y altamente fantástica exhibición; pero en más de una ocasión he visto tres o cuatro hembras de una especie, reuniéndose y llevando a cabo una simple representación por sí solas, de cierto modo una forma de vuelo vivamente burlesco.

Podría objetarse que cuando un pájaro se posa y repite su ya definido canto a intervalos, durante una hora sin pausa, permaneciendo tranquilamente posado, tal exhibición parece de distinto carácter de aquella irregular y simple que es causada, de manera innegable por un repentino impulso de alegría. Nosotros estamos familiarizados con el hecho de que la verdad en las grandes cosas de la naturaleza humana es el resultado de los pequeños comienzos: una flor común y nuestros cráneos óseos, para no referirnos a la materia que contienen, son prueba de ello. Observando muchas especies hallamos todas las graduaciones, todos los matices, desde el simple y alegre gorjeo y llanto, hasta la más perfecta melodía. Aun en una simple rama de verdaderos vocalistas podemos apreciarlo, desde el parlero gorjeo ruidoso pero desentonado del gorrión hasta los de los pechos colorados, jilgueros y canarios. No sólo una gran mayoría de especies revelan su instinto o su forma de manifestarse en estado primitivo, no desarrollado, sino que también de ese modo continúa mostrándose en los pichonzuelos de muchas especies, que de adultos ya lo exhiben totalmente desarrollado. Y ahí donde el desarrollo ha alcanzado únicamente al macho, la hembra nunca llega más allá de ese nivel primitivo; en sus vivaces gorjeos y sus pequeñas peleas y persecuciones engañosas y otras formas simples de manifestaciones que tienen los pájaros, tanto como en la simplicidad de su plumaje y ausencia de ornamentos, ella representa la especie tal como era en un período remoto. De ahí que lo que así se deduce, referente al canto y a las piruetas, puede tenerse por válido para las manifestaciones tanto aéreas como terrestres, desde las de la ballena y el elefante hasta las de los más pequeños insectos.

Queda aún otro punto de referencia, y es la mayor frecuencia y despliegue en las demostraciones de todas las formas de exhibición, incluyendo el canto, durante la época del celo. Y aquí facilita nuestra explicación la teoría del color y los adornos sustentada por el Dr. Wallace. En esta época, cuando las condiciones de vida son las más favorables, la vitalidad de los mismos se manifiesta en su mayor grado, y, naturalmente, es entonces que el perfeccionamiento en todas las formas de danzas y piruetas aéreas y terrestres aparecen en sumo grado y sus melodías llegan al máximo. Esto se aplica sobre todo a los pájaros, pero aun entre ellos hay excepciones, como hemos visto en el caso del misto, *Sycalis luteola*. La excitación amorosa les es sin duda grata y se adapta a la vehemencia con que sus emociones son expresadas habitualmente, aunque con frecuencia con variaciones debidas a la mayor intensidad de su sentir.

En algunas migraciones, los machos llegan antes que las hembras. No bien se han recobrado de los efectos del viaje, estallan en jubilosos cantos, pero no son cantos de amor, pues las hembras no han llegado y la época de apareamiento es quizá un mes después; en ese momento, su canto sólo revela su desbordante alegría. En esta época el monte está lleno de voces, no sólo de la fina melodía de los verdaderos cantores, sino con los graznidos roncros, gritos agudos, dúos estridentes, coros ruidosos, tamborileos, estampidos, trinos, martilleo en los troncos, todos los sonidos con los cuales distintas especies expresan su impulso de gozo; aves como el loro que sólo emite su poderosa voz a gritos porque "*no puede hacerlo de otra manera*", lo hace entonces con más fuerza. Cuando comienza la época del celo, ello tiene en muchos casos el efecto de aumentar las bellezas de sus

manifestaciones, brindándole un agregado de dulzura, fuerza y brillantez en su canto y mayor libertad y gracia a sus gestos y movimientos. Pero, como dijera antes, hay excepciones. Así, algunos pájaros que son buenos cantores en otros momentos, en esta época cantan en forma débil y desmañada. En la Patagonia hallé pájaros con buenas voces: una calandria tenía voces como en otoño e invierno tiene el petirrojo en Inglaterra.

El argumento ha sido expuesto muy brevemente, pero poco habría de ganarse con la mera multiplicación de los ejemplos seleccionados -realmente en una sola zona, mientras que aquellos de *Descent of Man* fueron reunidos en un campo inmensurablemente más amplio. Mas el principio es el mismo en ambos casos, y en cuanto a lo que he escrito quizá queda objetarse que si en lugar de veinticinco yo hubiese dado cien ejemplos, tomándolos como viniesen, habría mostrado una mayor proporción de casos, como el del boyero en el cual el macho tiene un desempeño que practica sólo en la época de celo en presencia de la hembra.

Es indudablemente cierto que toda reunión de hechos relacionados con la vida animal nos presenta a la naturaleza algo así como un “*reino fantástico*”; es inevitablemente de esta forma en cierta medida, ya que lo escrito sería demasiado abultado y árido o un tanto inconveniente, si no tomásemos tan sólo los hechos más destacables de los que se nos presentan, los apartásemos de su medio ahí donde sólo pueden ser vistos en la correcta relación con otros hechos menos destacables, y los rearmásemos en un trabajo de reunión de hechos dispersos, para hacer nuestra propia obra literaria. Pero estoy convencido de que cualquier estudiante del tema que deje de lado sus textos -en el caso de que no hayan éstos creado aun en su mente el hábito de ver únicamente lo que está de acuerdo con lo verbalmente estatuido- y vaya directamente a la naturaleza para observar el actuar de los animales por sí mismo -actuaciones que en muchos casos parecen perder toda significación cuando se los lee- obtendrá por resultado de esa investigación independiente una profunda convicción de que la conciencia de la selección sexual por parte de la hembra no es la causa de las demostraciones de danza y música en los pájaros ni los brillantes colores y los ornamentos en el macho. Es verdad que las hembras de algunas especies, tanto entre las del reino vertebrado como entre las de los insectos, ejercen una preferencia; pero, en la vasta mayoría de las especies el macho toma a la hembra que él elige o que es capaz de ganarse entre otros competidores; y si nos vamos a los reptiles, encontramos que en el orden de los ofidios, los cuales exceden a otros en variedad y riqueza de colores, no hay tal cosa de apareamiento preferencial; y en la clase de los insectos, hallamos que las mariposas, las que sobrepasan a todas las criaturas en su gloriosa belleza, la hembra se entrega al requerimiento del primer macho que aparece, tal como si fuera un mantis o cualquier otro insecto rapaz.

CAPITULO XX

Biografía de la Vizcacha (*Lagostomus tnhodactylus*)

La vizcacha es quizá el más característico de los roedores de la América del Sud⁶⁵, mientras que sus costumbres son -en algunos aspectos- más interesantes que los de cualquier otro roedor conocido; además, es el mamífero más común que tenemos en la pampa. Todo esto me ha inducido a escribir un detallado informe de sus costumbres. Se debe agregar que, desde que estas hojas fueron escritas en mi hogar, en la pampa se ha desatado una guerra de exterminio contra este animal por parte de los terratenientes, la cual ha sido más afortunada en sus resultados -infortunada si nuestras simpatías están con las vizcachas- que la lucha que los australianos libraron contra esa especie de roedores importados, el pequeño y prolífico conejo.

La vizcacha vive, en la pampa bonaerense, en sociedades constituidas por veinte o treinta miembros. El poblado se llama *vizcachera*⁶⁶ y se compone de doce a quince madrigueras o bocas, ya que una entrada suele servir para dos o más cuevas. Es frecuente que donde el piso es blando haya veinte, treinta o más madrigueras en una vieja vizcachera. Pero, si el suelo es pedregoso o de *tosca*⁶⁷, entonces aun las más viejas pueden no tener más de cuatro o cinco cuevas. Son profundas, de bocas anchas, construidas muy cerca una de otra, cubriendo todo el "*poblado*" un área aproximada entre los nueve y dieciocho metros cuadrados.

Las madrigueras varían grandemente en su extensión; es frecuente que en una vizcachera haya varias que, a una distancia de metro y medio a dos de la entrada, se abren en habitáculos circulares. Desde ellas parten otras madrigueras en forma divergente hacia todas direcciones: unas horizontalmente, otras oblicuas y descendiendo hasta cerca de dos metros de la superficie. Algunas de estas madrigueras o galerías se intercomunican. Por lo tanto extraen mucha tierra suelta y forman un montículo de treinta a setenta centímetros por encima del suelo.

Daré una idea del número de vizcacheras que hay en la pampa, al afirmar que en ciertos lugares se podría cabalgar casi mil kilómetros viendo más o menos a cada ochocientos metros una o más de ellas, en las regiones muy llanas donde la vista se pierde sobre la lisa planicie que semeja un campo de *bowhng*, sobre todo en invierno, cuando el pasto está al ras y los fuertes y gigantes cardos aún no han crecido; entonces, estos montículos se presentan como puntos en marrón oscuro sobre la verde planicie; son la única irregularidad que la vista encuentra y, en consecuencia, brindan una característica importante a la escena.

En algunos lugares están tan próximos que quien pasa cabalgando puede contar un ciento

⁶⁵ (Darwin, Origen de las especies)

⁶⁶ En castellano en el original (N. del T.)

⁶⁷ Idem nota anterior.

desde un solo punto de observación.

Los lugares que invariablemente elige la vizcacha para trabajar, así como su modo de cavar, la adaptan peculiarmente para vivir y deambular por la pampa abierta. Otras especies cavadoras parecen siempre buscar un lugar donde haya una ribera, una brusca depresión en el suelo o donde existan hierbas exuberantes o arbustos o árboles entre cuyas raíces puedan comenzar su cueva. Sienten aversión por comenzar a cavar en un claro, ya porque no les resulte tan fácil por no hallar donde apoyar su testera mientras escarban o porque poseen un sagaz instinto que las impele a esconder su cuerpo mientras trabajan en la superficie, asegurando así la ocultación de su madriguera después que está hecha. Es muy cierto que donde se han plantado grandes cercos, multitud de didelfos, comadrejas, zorrinos, armadillos y otros, llegan y construyen sus cuevas bajo ellos; y donde no hay cercos ni árboles, todas estas especies las construyen bajo arbustos o cardos perennes o donde haya algún reparo. La vizcacha, por el contrario, elige los sitios abiertos y llanos, el más limpio que pueda encontrar para cavar su cueva. Lo primero que llama la atención del observador cuando contempla una vizcachera detenidamente es el tamaño tan grande de su acceso a las madrigueras, o por lo menos de varias de las centrales del montículo, pues, generalmente, hay varias más pequeñas afuera. Las aberturas de las fosas que conducen a estas madrigueras son a veces de un metro veinte a un metro cincuenta y su profundidad es como para que un hombre alto pueda introducirse hasta la cintura. De qué manera pueden hacerse estas excavaciones sobre una superficie lisa, puede apreciarse cuando se abre la primera o las primeras madrigueras para la formación de una nueva vizcachera.

No se ha podido establecer qué es lo que induce a una vizcacha a ser fundadora de una nueva comunidad; ellas se reproducen con lentitud y además son extremadamente sociables. Es invariablemente un solo individuo el que deja su poblado natal para fundar otro nuevo e independiente. Silo hiciese con la finalidad de tener cerca mejor pasto, entonces tendría que trasladarse a cierta distancia; pero sólo se aleja de cuarenta a sesenta metros para comenzar su tarea. Es por eso que en los lugares desiertos, donde ellas son escasas, nunca se ve una vizcachera solitaria, sino varias de ellas, a escasa distancia una de otra, aun cuando no se vean otras en las cercanías, por leguas. Cuando la vizcacha ha hecho su habitación, no es más que una sola madriguera, que ella misma ocupa como único habitante, quizá por varios meses. Empero, tarde o temprano otros se le han de unir y serán los progenitores de muchas generaciones; ellos no construyen alojamientos temporarios como los armadillos y otras especies, sino que sus descendientes continúan en las tranquilas posesiones del habitáculo heredado y es difícil decir por cuánto tiempo. Los ancianos que han vivido siempre en el lugar recuerdan que muchas de las vizcacheras de los alrededores existían cuando eran niños. Es invariablemente un macho el que comienza un nuevo poblado, y hace su madriguera de la siguiente manera, aun cuando no siempre observan el mismo método. Primero cava en línea recta en la tierra hasta que alcanza a tener una cavidad de treinta y cinco a cuarenta centímetros, en un ángulo de unos 25 grados con la superficie. Cuando ha alcanzado más o menos esa profundidad, no se contenta con arrojar la tierra que remueve, sino que va amontonándola en línea recta desde la entrada, y raspando tanto en esta línea aparentemente para hacer suave el declive que pronto forma una trinchera de treinta centímetros o más de profundidad y a menudo de un metro o un metro veinte de largo. Su uso es, de acuerdo con lo deducido por mí, el de facilitar el acarreo de la tierra que saca lo más lejos posible de la entrada. Mas, luego de un ralo, el animal no quiere que esa tierra se acumule ni siquiera al final del largo pasaje; es entonces que procede a construir dos trincheras adicionales que forman a veces un ángulo agudo o uno recto, que convergen con la primera de tal modo que cuando está terminado, toma la forma de una **Y** mayúscula.

Estas trincheras son continuamente ahondadas y alargadas a medida que la madriguera progresa; el segmento angular que hay entre ellos es carpido hasta que gradualmente ha sido acarreado y en su lugar hay una boca profunda asimétrica ya descrita. Hay tierras que no permiten

a los animales trabajar de esta manera. Donde hay grandes tortas de tosca⁶⁸ cerca de la superficie tal como sucede en muchas zonas del sud de la pampa, hacen su madriguera lo mejor que pueden, sin sus usuales trincheras. En las tierras que se desmoronan con facilidad tal como las arenosas o con grava, también trabaja de manera desventajosa.

Las madrigueras se construyen mejor en las tierras negras o rojas de la pampa; pero aun en tales suelos, el acceso a las mismas suele ser diferente. En unas falta la trinchera central, o es tan corta que sólo se ven dos líneas que convergen directamente hacia la entrada o bien éstas están tan curvadas hacia adentro como para formar el segmento de un círculo. Se pueden observar otras formas, pero casi siempre sólo como modificaciones del sistema común de Y.

He destacado que esta peculiar manera de construir sus madrigueras, ha adaptado a la vizcacha a la pampa; cabría preguntarse qué ventaja especial posee una especie que hace sus madrigueras con una boca tan ancha, sobre las que las hacen en forma corriente. En un declive sobre la base de una roca o de árboles, no habría ninguna, pero en la lisa y desprotegida llanura, la durabilidad de la madriguera -circunstancia favorable para la preservación del animal- se debe únicamente a que esté hecho en esa forma y a que varias madrigueras se hayan reunido.

Las dos trincheras exteriores divergen tanto de la boca, que la mitad de la tierra extraída es arrojada detrás y no delante de ella, formando un montículo de igual altura alrededor de la entrada, con lo que se asegura la no entrada del agua durante las grandes lluvias, mientras que el ganado evita pisar los grandes pozos de las entradas. En cambio, las madrigueras de los *dolichotis*, armadillos, y otras especies, cuando están construidas en el llano son rápidamente holladas y destruidas por el ganado; en el verano se atorán con la tierra y la basura; y la tierra suelta, amontonada a un costado, sin barrera para contener el agua en la época de las lluvias, hace que se inunden, y, además de destruir las cuevas, ahoga o hace huir a sus ocupantes.

He sido minucioso al describir la vivienda de las vizcachas pues estimo que es un tema de primordial importancia al tener en cuenta la fauna de esta parte de América. No solamente la vizcacha misma se beneficia con este quizá único estilo de cavar su madriguera, sino que esta costumbre ha demostrado ser ventajosa para varias especies y ha sido tan favorable para dos de nuestras aves, que ellas se encuentran entre las especies más comunes de aquí, mientras que sin estas cuevas habrían sido extraordinariamente raras, dado que las barrancas naturales donde procrean son escasas en la pampa. Me refiero a la minera *Geositta cunicularia* que hace su nido en las laderas de las trincheras de las vizcacheras, y también la pequeña golondrina *Atticora cyanoleuca* que anida en esas excavaciones cuando la minera las abandona. Pocas son las vizcacheras viejas que no tengan esas cuevas parásitas.

No son sólo las aves quienes están relacionadas con las vizcacheras; los zorros y las comadrejas suelen convivir juntos en ellas. También varios insectos que no se encuentran en otros lados frecuentan esas madrigueras. De ellos, los más interesantes son: una chinche nocturna grande y voraz, de color negro brillante con alas rojas; la *Cinedeia* nocturna, un bello insecto con alas verde oscuro, estriadas y patas color rojo pálido; también varias diminutas avispas sin alas; de estas últimas he anotado seis especies, la mayoría de colores fuertemente contrastantes: negro, rojo y blanco. Hay además otras avispas que cazan arañas que se encuentran en las vizcacheras. Todos estos y otros son tan numerosos en los montículos que se podría -durante el verano- recolectarlos por docenas; pero si se los busca en otra situación, son muy raros. Si el seco montículo de tierra blanda que la vizcacha levanta en medio de una extensión húmeda, con pasto abundante, no es absolutamente necesario para la existencia de todas estas especies, al menos les brinda una condición favorable y sin duda eso ayuda a aumentar su procreación: ellos también, ya depredadores o depredados, tienen tantas relaciones con otras especies más y éstos con otras que no sería fantástico decir que probablemente cientos de especies están directa o indirectamente

⁶⁸Idemn.2

afectados en su lucha por la existencia junto a las vizcachas tan generosamente diseminadas por la pampa.

En invierno, no es frecuente que las vizcachas dejen sus madrigueras hasta el anochecer, pero en verano, salen antes de la puesta del sol, y la vizcachera ofrece entonces un espectáculo realmente interesante. Por lo general aparece primero uno de los machos viejos, y se sienta sobre alguna prominencia del montículo, aparentemente sin prisa por comenzar su cena. Cuando alguien se acerca de frente no se mueve, pero observa al intruso con una indiferencia audaz; si la persona se pone a su lado, no se digna mover la cabeza.

Otras vizcachas comienzan a aparecer, cada una situándose junto a su cueva; las hembras, reconocibles por su inferior tamaño y su color gris más claro, se sientan erectas sobre sus ancas, como si quisieran obtener una visión más amplia y completa e indicando por sonidos y gestos diversos que el temor y la curiosidad luchan por imponerse. Ellas son siempre más salvajes y de movimientos más vivaces que los machos. Con sus ojos fijos en el intruso, a intervalos vuelven la cabeza, emitiendo al mismo tiempo un sonido vehemente e íntimo y, de repente, al acercarse el peligro, se precipitan simultáneamente a sus madrigueras, con un grito de alarma. Empero, en algunas, la emoción más fuerte es su curiosidad, y pese al contagioso ejemplo de sus compañeros y ya a mitad del camino de descenso, vuelven a aparecer para escrutar al intruso y a veces permiten que se les acerque hasta cinco o seis pasos.

Parados sobre el montículo hay, con frecuencia, una pareja de lechucitas de las vizcacheras, *Phoebastria cuculana*. Estas aves suelen hacer sus propios hoyos para procrear pero a veces toman posesión de una de las madrigueras más pequeñas y menos profundas de la vizcachera; pero su residencia favorita cuando no deben empollar los huevos o atender a su cría, es sobre las vizcacheras. Allí la pareja permanece sentada todo el día y en ocasiones he advertido una al borde de la madriguera y, cuando la vizcacha salía al anochecer, a menos de un palmo de distancia, no se movían ni hacían caso de ella, tan acostumbrados están unos a otros. Es común que también haya una pareja de *Geositta*. Son seres activos que corren con gran rapidez alrededor del montículo y los espacios verdes, deteniéndose de improviso y sacudiendo sus colas lenta y deliberadamente y, a veces, lanzando su grito, un trino o serie de notas rápidas y claras, semejantes a la risa excesivamente aguda de una criatura. Entre las quietas y graves vizcachas, en quienes no reparan, quizá se vea una media docena de pequeñas golondrinas *Atticora cyanoleuca*, ya reunidas a la entrada del semi-barranco de la madriguera o revoloteando sobre él al modo de las polillas, como dudando de dónde posarse, pero sin cesar en sus vuelos rasantes en círculo ni de emitir sus notas bajas y tristes.

La vizcachera, con todos sus incongruentes visitantes así reunidos en su contorno, ofrece al observador ajeno uno de los más novedosos espectáculos que la pampa puede brindar.

La vizcacha parece ser una de las especies más comunes en todo el extenso territorio argentino, pero son tan excesivamente abundantes en la pampa habitada por el hombre y comparativamente tan escasas en los lugares desérticos en los cuales he estado, que al principio me sorprendió lo desigual de su distribución; también he dicho que es una criatura mansa y familiar. Esto ocurre en las zonas verdes, pastoriles, en donde no son molestadas, pero en las zonas salvajes, donde no abunda, es excesivamente prudente y no sale hasta bien avanzada la noche, sumergiéndose en su vivienda ante la menor alarma, de modo que no es fácil visualizarlas. La razón es bien evidente: en esas regiones la vizcacha tiene varios enemigos mortales entre los mamíferos rapaces superiores. De entre éstos, el puma o león (*Felis concolor*) es el más numeroso así como también el más rápido, astuto y voraz, pues el jaguar (*F. onca*) es, en cuanto a estas aptitudes, un animal inferior. Para el insaciable apetito sanguinario de esta criatura, nada es desdeñable; él toma el avestruz macho por sorpresa y mata en sus nidos a los animales más precavidos; captura los pajarillos con la destreza de un gato, y caza los armadillos diurnos; cae inadvertido sobre cuervos y guanacos y, arrojándose sobre ellos como el rayo, les disloca los cuellos antes de que sus cuerpos

toquen el suelo. Es frecuente que tras matarlos, abandone sus cuerpos intactos para el festín de los caranchos *-Polyborus-* y buitres, tanto es su deleite por destruir la vida. La vizcacha es una víctima fácil para esta artera criatura y no debe sorprender que se torne arisca en exceso y que escasee donde merodea tal enemigo, aun cuando todas las otras condiciones sean favorables para su procreación. Pero tan pronto como estas regiones salvajes son ocupadas por el hombre, los pumas son exterminados y el único enemigo que le queda a la vizcacha -y comparativamente es insignificante- es el zorro.

El zorro fija su residencia en una vizcachera y tiene éxito después de algunas peleas (manifestadas por gruñidos y otros sonidos guerreros subterráneos), al desalojar a los legítimos dueños de una madriguera, a la cual, desde entonces, hace suya. En verdad las vizcachas no son muy perjudicadas por ser obligadas a ceder el uso de una de las madrigueras por una temporada o permanentemente, pues, si el lugar le conviene, el zorro permanecerá con ellos siempre. Pronto se acostumbran al no bienvenido intruso; es tranquilo y de conducta nada arrogante y a veces, en la noche, se sienta sobre el montículo con ellos, hasta que observan con él la misma indiferencia que con las lechucitas de las vizcacheras. Pero en la primavera, cuando las vizcachas jóvenes están en condición de abandonar sus madrigueras, entonces el zorro las hace su presa y si llega a ser una zorra con ocho o nueve cachorros para alimentar, se volverá tan audaz que buscará sus desvalidas víctimas de cueva en cueva y librará pelea con las más viejas y, a pesar de ellas, se llevará a las vizcachitas, destruyéndose así todos los animales jóvenes. Es frecuente que cuando los zorros jóvenes ya pueden seguir a su madre, toda la familia abandone la vizcachera donde tan cruel estrago fuera hecho, para asentarse en otra y continuar con sus depredaciones. Pero el zorro tiene un enemigo implacable en el hombre y es constantemente perseguido; en consecuencia, abunda mucho más en las zonas desérticas que en las pobladas, y en éstas la pérdida que las vizcachas sufren por su causa, no es apreciable. La abundancia de ganado en la pampa ha hecho innecesario que se las utilice como alimento. Su piel no tiene valor, por lo tanto el hombre, el destructor de sus enemigos, ha sido hasta ahora el mayor benefactor de la especie. Es así como se les ha permitido multiplicarse y desparramarse en asombrosas extensiones, al extremo que el ganado semi-domesticado de la pampa no está tan familiarizado con el hombre ni su presencia le es tan indiferente como le es a la vizcacha. No es que no lo dañen, pero como lo hacen indirectamente es que por tanto tiempo han gozado de inmunidad en cuanto a la persecución. Es entretenido ver al criador de ovejas, el más perjudicado por las vizcachas, observarlas tan indiferentemente hasta permitirles multiplicarse en sus campos y construir madrigueras a un tiro de piedra de sus hogares impunemente, y en cambio alejarse de su casa para perseguir con irracional animosidad al zorro, el zorrino o la comadreja a causa de la pequeña pérdida anual infligida a su corral. Que la vizcacha, en comparación, carece de condiciones adversas contra las que deba luchar allí donde está asentado el hombre, es evidente si se tiene en cuenta su lenta procreación y el alto número de vizcachas existentes. Las hembras tienen una cría por año de dos o a lo sumo tres cachorros. Su preñez comienza generalmente a fines de abril y su nacimiento es en septiembre; su período de gestación es -creo- de algo menos de cinco meses.

La vizcacha necesita dos años para crecer y el macho adulto mide, hasta la raíz de la cola, cincuenta y cinco centímetros y pesa entre seis y medio y siete kilos; la hembra tiene cuarenta y ocho centímetros de largo. Es, probablemente, animal de larga vida y ciertamente vigoroso. Allí donde hay alimento verde, jamás bebe agua; pero tras un verano largo y de sequía, cuando durante meses ha subsistido con trozos de tallos de cardos secos y pastos marchitos, si cae un aguacero, entonces sale de sus madrigueras aun a medio día y bebe con avidez el agua de los charcos. Se ha dicho erróneamente que las vizcachas subsisten por las raíces. Su alimento consiste en pasto y semillas; pero, a veces, comen raíces, y por ello se suele ver el suelo raspado cerca de sus madrigueras. En marzo, cuando los tallos de los cardos perennes o cardos castilla *-Cynara cardunculus-* están secos, las vizcachas los derriban tras roerlos cerca de las raíces y luego destrozan las grandes flores secas para sacar las semillas guardadas en su fondo, alimento al cual son muy afectas. Se suele ver grandes parches de cardales así derribados y todo el suelo plateado,

por estar cubierto por la pelusilla que queda de las flores destrozadas. El hecho de que derriben altas plantas para lograr las semillas que están en la altura, se parece en mucho a un acto de pura inteligencia, pero el hecho es que las vizcachas derriban cuanta planta alta encuentran. He visto hectáreas de maizales destruidas por ellas y las plantas caídas estaban intactas. Si se colocan postes dentro del límite de sus andanzas nocturnas, los roen hasta derribarlos, salvo que la madera sea tan dura como para resistir sus fuertes incisivos. El instinto más fuerte de este animal es limpiar a fondo el terreno que rodea a sus madrigueras; y es este hábito destructivo el que les hace necesario a quienes cultivan el suelo destruirlas si están en su campo o cercanas a él. En la pampa abierta, donde los pastos crecen altos, he admirado muchas veces las vizcacheras, pues son el centro de un espacio limpio, hasta de media hectárea de extensión, sobre el cual crece un césped corto y verde, y este sitio despejado está rodeado por pastos duros y altísimos. En tal situación, ese hábito de limpiar el suelo a su alrededor es eminentemente ventajoso, pues les da una relativa seguridad cuando salen a alimentarse y entretenerse, ya que les permite, a la menor alarma, huir hacia sus madrigueras sin nada que las obstruya.

Por supuesto, su instinto continúa actuando cuando ya no rinde ventaja alguna. En verano, cuando los cardos están verdes, aun cuando crezcan cerca de sus madrigueras, y el cardo gigante - *Cardus mariana* - crece lujurioso junto al montículo, las vizcachas no lo tocan, ya porque no les guste su fuerte sabor astringente o porque sean repelidas por las espinas que los protegen. No bien se secan y las espinas se quiebran, son derribados; y luego, cuando el animal comienza a arrastrarlos y quebrarlos como es su costumbre, accidentalmente descubre y se regocija con el manjar de sus semillas: es que las vizcachas gustan de afilar sus dientes en elementos duros tales como palos o huesos, del mismo modo que los gatos afilan sus garras en los troncos de los árboles.

Otra costumbre destacable de las vizcachas, aquella de arrastrar y amontonar alrededor de la boca de la vizcachera cada tallo que derriba y todo objeto trasladable que, a fuerza de empeño, sea capaz de acarrear, ha sido señalada por Azara, Darwin y otros. En la llanura es un hábito práctico, pues como ellas están siempre ahondando y ensanchando sus madrigueras, la tierra que remueven pronto cubre esos rezagos y las ayuda a elevar los montículos. En la pampa bonaerense, cantidad de vizcachas serían destruidas anualmente por las aguas, tras las lluvias, si estos montículos fuesen de menor altura. Pero esto solo es ventajoso cuando el animal vive en una perfecta llanura sujeta a inundaciones, pues ahí donde el terreno es desigual, ellas invariablemente prefieren, para construir sus madrigueras, el terreno alto al bajo y quedan así a resguardo de la destrucción por el agua; aun allí el instinto es tan fuerte como en la otra situación. Lo más que puede decirse de un hábito de origen aparentemente tan oscuro es que parece incorporado a su instinto de limpiar el terreno que circunda a su poblado. Cada tallo alto que corta la vizcacha y todo objeto transportable que encuentre, debe ser removido para que la superficie esté limpia y lisa; pero mientras está comprometida con esa tarea, no va más allá de sus madrigueras, sino que invariablemente regresa a ellas y todo lo deposita sobre los montículos. Son tan conocidas sus costumbres que cualquier objeto perdido en la noche, rebenque, pistola, cuchillo, quien lo ha perdido visita a la mañana siguiente las vizcacheras de la vecindad casi seguro de hallar ahí lo perdido. También la gente visita las vizcacheras para hallar leña para el fuego.

Las vizcachas son de hábitos aseados y su piel, aun cuando huele a tierra, es mantenida de manera excesivamente prolija. Las patas traseras brindan un hermoso caso de adaptación. Apoyadas en su cola dura y curva, se sientan erectas y tan firmemente sobre los largos discos córneos de los laterales inferiores de sus patas traseras, como el hombre se para sobre sus pies. Pero es mucho más digna de ser admirada la constitución de su dedo medio: la piel es gruesa y forma una almohadilla redonda en la cual las cerdas curvadas como dientes están encajadas prolijamente, graduado su largo de tal modo "*que cada pelo, individualmente*" puede ponerse en contacto con su piel cuando el animal se rasca o se peina. En cuanto a los usos de este apéndice, no puede haber discrepancia de opiniones como lo hay en cuanto a las garras dentadas de las aves. Es obvio que el animal no puede rascarse con su pata trasera (como lo hacen todos los mamíferos), sin hacer uso de este peine

propio. Es así que toda la pata está modificada a los efectos de que este peine esté bien protegido y no se vea impedido de realizar su cometido; es así que su dedo interior se aprieta contra el del medio tanto que queda hundido debajo de la almohadilla de piel y no podría adelantarse a las cerdas o interferirías en su aproximarse a la piel para rascarla, cosa que ocurriría si ese dedo estuviese tan libre como el exterior.

Las vizcachas, además, parecen formar las profundas trincheras delante de sus madrigueras, arañando la tierra violentamente hacia atrás con sus garras posteriores. Bien, estas garras, recias, afiladas, con forma de puñal, y sobre todo la central, son tan largas, que la vizcacha puede realizar toda esa ruda tarea sin que las cerdas se pongan en contacto con la tierra y de ese modo no se desgastan con la fricción.

Los indios tehuelches de la Patagonia peinan sus cabellos con un peine cepillo similar al del dedo de la vizcacha, pero en su caso no cumple apropiadamente su cometido, o, de lo contrario, lo usan muy poco. Las vizcachas tienen una manera peculiar de revolcarse en la tierra: el animal se tira repentinamente sobre su lomo, y llevando sus patas traseras hacia la cabeza, las presionan hasta que tocan el suelo. En esta curiosa postura araña la tierra rápidamente, levantando una nubecilla de polvo; luego se endereza de un brinco y tras un intervalo repite la operación. Es común que abran un hoyo para dejar sus excrementos. Una vez, mientras excavaba de afuera en una madriguera que no tenía comunicación con las otras, descubrí en uno de los extremos un depósito de bosta (tan grande, que debía de haberse acumulado por años). Para poder asegurar que esto fuera un hábito constante o sólo un hábito casual, sería necesario abrir totalmente un alto número de vizcacheras. Cuando una vizcacha muere en la cueva, después de varios días es arrastrada hacia afuera para ser abandonada sobre el montículo.

El lenguaje de las vizcachas es maravilloso por su variedad. Cuando el macho se está alimentando, suele hacer una pausa para emitir una sucesión de gritos fuertes, percusivos y en cierto modo vibrantes; esto lo hace en forma sosegada y de inmediato prosigue comiendo. Con frecuencia este grito es en un tono bajo y gruñón. Una de sus expresiones más comunes suena como el violento carraspeo de un hombre, aclarándose la voz. En otras oportunidades, estalla en tonos agudos y penetrantes que pueden ser escuchados a casi dos kilómetros de distancia; ellos comienzan como el excitado y repetido grito del lechón, para luego crecer y hacerse más alargado y trémulo hacia el final. Cuando regresan alarmadas a las cuevas repiten a intervalos un grave quejido. Todos estos y otros muchos tonos indescriptiblemente guturales, suspirantes y graves, varían de mil modos, en fuerza y entonación, de acuerdo con la edad, sexo o emociones de esos seres. Dudo que haya en el mundo otros cuadrúpedos más locuaces o con un dialecto tan vasto. Siento real placer al dirigirme hacia un sitio donde abundan y tranquilamente estar sentado para escucharlas; es que mantienen una perpetua discusión durante toda la noche, la que no interrumpen ante la presencia del ser humano.

De noche, cuando todas están comiendo, en los sitios donde abundan (y en algunos, literalmente pululan), cualquier ruido fuerte o repentino, el estampido de un tiro, el rodar del trueno, le producirán un efecto extraordinario. No bien el ruido haya roto la quietud de la noche, una real tormenta de gritos estalla sobre todo el lugar. Tras ocho o nueve segundos hay una leve pausa y luego estalla de nuevo y, aparentemente, más fuerte que antes. Hay tanta diferencia en el tono de los distintos animales que los gritos individuales de los más próximos pueden ser distinguidos en medio del estruendo de voces mezcladas que llegan desde lejos. Pareciera que miles estuviesen esforzándose para expresar su emoción en el punto más alto de sus voces. De ahí que el efecto no sea descriptible y llene de asombro al forastero. Si se efectuasen varios disparos, sus gritos disminuirían y luego de tres o cuatro segundos, ya no les causaría ningún efecto. Tienen una nota de alarma peculiar, aguda, repentina, de "*largo alcance*" cuando un perro es avistado y que es repetida por todos los que la escuchan, produciendo un efecto de pánico que ahuyenta a cada vizcacha a su vizcachera.

Aun cuando manifiestan tal terror por los perros de noche cuando están comiendo (pues el

perro más lerdo puede darles caza), al anochecer, cuando se sientan sobre los montículos, los tratan con pasmoso desprecio. Si el perro es un novicio, en cuanto ve al animal lo atropella; la vizcacha espera la carga, imperturbablemente calina hasta que el enemigo está a menos de dos metros; entonces, ella desaparece, metiéndose en su madriguera. Tras haber sido burlado así muchas veces, el perro recurre a una estratagema: se agazapa como si se hubiese vuelto un felino y se aproxima con increíble lentitud y paso cauto, sus pelos parados, su cola caída y sus ojos fijos en su inmóvil y presunta víctima; cuando está a unos siete o ocho metros de distancia, hace una brusca atropellada, pero invariablemente con el mismo desalentador resultado. La persistencia con la cual los perros se empeñan contra lo imposible en este juego que no les ofrece ganancias, en el que ellos siempre actúan en la parte del tonto, es muy entretenido e interesante para un naturalista. Demuestra que los perros nativos de la pampa han desarrollado un destacable instinto, y que podría ser perfeccionado por selección artificial; pero un perro con los hábitos de caza del gato sería -creo- poco útil al hombre. Cuando se deben entrenar perros para la caza nocturna de armadillos o peludos (*Dasyopus villosus*), entonces esta profunda (y quizá pudiese agregarse hereditaria) pasión por las vizcachas es muy molesta, y a veces es necesario propinarle cientos de golpes y reiteradas voces de orden para inducirlos a seguir la huella del armadillo, sin abandonar la pista de aquéllas una y otra vez para hacer inútiles embestidas a sus viejas enemigas.

El siguiente relato ha de demostrar qué poco recelan del hombre las vizcachas. Hace pocos años salí a cazarlas por tres noches consecutivas. Trabajé en un círculo y siempre regresando a las mismas madrigueras, no habiéndome alejado nunca a más de cuatro o cinco minutos de marcha desde mi hogar. Durante esas tres noches maté unas sesenta vizcachas, y probablemente otras tantas escaparan malamente heridas a su madriguera, pues son duras para ser muertas, aunque malheridas, si están sentadas cerca de su cueva, es casi seguro que escapan. Más a la tercera noche no las hallé más ariscas, y exterminé tantas como la primera noche. Tras esto, suspendí, disgustado, mi persecución; no era un deporte que me agradase y exterminarlas o asustarías con una escopeta parecía tarea imposible.

Es algo poco común comer vizcacha; la mayoría de la gente, y en especial los gauchos, tienen un tonto e inexplicable prejuicio contra ella. Yo la he hallado muy sabrosa, y mientras estaba comprometido en la escritura de este capítulo la he comido varias veces de distinta manera. La carne de la vizcacha joven es algo insípida; la de los machos viejos, dura, pero la de la hembra de edad madura es excelente: su carne es tierna, excesivamente blanca, fragante para nuestro olfato y con el delicado sabor del animal de caza.

Durante los últimos diez años han sido cultivadas tantas nuevas extensiones que los chacareros se han visto compelidos a destruir un increíble número de vizcacheras. Muchos *estancieros* grandes -criadores de ganado- han seguido el ejemplo dado por los sembradores de granos y las han exterminado en sus dominios. Todo lo que Azara, de oídas, nos refiere de las vizcachas pereciendo en sus madrigueras cuando son obstruidas, pero que pueden vivir de diez a doce días así enterradas y que durante ese tiempo otras llegan desde otros poblados para desenterrarlas, a menos que las asusten los perros, es estrictamente cierto. Los paisanos están tan compenetrados con estos hechos que con frecuencia se abocan a la tarea de destruir las vizcachas de una zona por la miserable suma de diez peniques ingleses por cada vizcachera, y aun así ganan el doble que en cualquier otro trabajo. Por día abren en parte y luego cubren las madrigueras con gran cantidad de tierra, y por las noches se acercan con perros para impedir que otras vizcachas acudan en auxilio de las enterradas. Cuando todas las vizcacheras de una zona han sido tratadas, los trabajadores, por un acuerdo previo, deben montar guardia por ocho o diez días antes de cobrar su salario, ya que se supone que para esa fecha todas estarán muertas. Algunos de estos hombres, con quienes he conversado, me han asegurado que se han encontrado vizcachas vivas después de catorce días, lo que prueba su gran resistencia. No hay nada de extraño -creo- en el mero hecho de que las vizcachas no puedan excavar su salida cuando han sido enterradas vivas; pues por cuanto se; lo mismo ocurre con otras especies que pueden, cuando sus cuevas han sido tapadas, perecer de

igual modo. Pero es realmente llamativo que otras vizcachas pudiesen, desde cierta distancia, desenterrar a aquéllas. En este buen oficio son excesivamente celosas. Las he sorprendido con frecuencia, tras la salida del sol, a considerable distancia de sus madrigueras, rascando diligentemente el lugar donde las otras habían sido encerradas. Las vizcachas son seres sociables y viven reunidas pacíficamente; pero su buena voluntad no se reduce sólo a sus congéneres, se extiende a otras especies, de modo que tan pronto como anochece, muchos animales dejan sus lugares y van a visitar otros poblados. Si uno se aproxima a una vizcachera de noche, generalmente algunas escapan hacia madrigueras distantes: son vecinas que han llegado para hacer una visita. Esta relación es tan frecuente que pequeñas huellas conducen de una vizcachera a otra. Esta estrecha convivencia entre miembros de diferentes comunidades hace aparecer menos rara la asistencia que se prestan entre sí; ya sea porque se haya ahondado su deseo de ver -como siempre- a sus vecinas enterradas, como para impulsaría a abrirse un camino hacia ellas; o que los gritos y lamentos de desesperanza de las prisioneras las lleva a intentar su liberación. Muchas especies sociales son así fuertemente afectadas por las llamadas angustiosas de sus iguales e intentarán un rescate, aun enfrentando un peligro.

Así como apacibles y sociables entre ellas, son también excesivamente celosas ante cualquier intromisión en su propia madriguera, y realmente siempre repele tal contravención a la disciplina con gran furia. Muchos seres pueden vivir en los compartimientos de una madriguera, pero más allá de cada una, ni siquiera a la contigua se le permite entrar: su hospitalidad termina donde la propia cueva comienza. Es difícil obligar a una vizcacha a penetrar en una madriguera que no sea la suya; aun cuando sea cruelmente perseguida por los perros, es frecuente que se rehúse a hacerlo. Cuando es obligada, no bien sus enemigos se retiran algo, sale a escape de ellas tal como si juzgase tal escondite poco menos peligroso que el campo abierto. Se suele ver vizcachas que se han introducido en madrigueras ajenas que han sido prontamente rechazadas desde el interior; y a veces pueden escapar, sólo después de haber sido mordidas por las ofendidas.

He señalado los hechos de más interés reunidos por mí con respecto a las vizcachas. Cuando otros reescriban su historia, seguramente de acuerdo con las oportunidades de observación que tengan, podrán agregarles algo, pero, probablemente, nada de importancia. Yo solamente he observado especies de la Patagonia y Buenos Aires, y como hallé sus hábitos considerablemente modificados según el medio en que las hallara, estoy seguro de que otras variaciones han de ocurrir en otras regiones distantes donde las condiciones varían.

Lo más destacable que puede decirse de la vizcacha es que, aun cuando vista por el señor Waterhouse, y otros que han considerado sus afinidades, como uno de los roedores inferiores, con fuertes características de los marsupiales, este animal resulta ser más inteligente que otros roedores no sólo de Sudamérica sino también de otros de tipo superior en distintos continentes. Un caso paralelo, quizá, pueda encontrarse en el peludo o armadillo, un animal extremadamente versátil e inteligente aun cuando sólo sea un desdentado. Y, entre las aves, el *ipecahá* -una gran zancuda del Plata- podría mencionarse como un ejemplo de lo que no debiera ser, pues es una ave audaz e inteligente, superior a las domésticas tanto en coraje como en astucia, y pertenece empero, a la familia que el Profesor Parker -desde el punto de vista del anatomista- considera "*grupo de débil mentalidad y cobarde*".

Según el Sr. Waterhouse, de todos los roedores, la vizcacha es la que más se le acerca a los marsupiales, pero en los puntos en los cuales se acerca a este orden, sus conexiones son de carácter general, es decir, no con una especie de marsupiales más que con otra. Como se cree que estos puntos de afinidad son reales y no adaptados, han de deberse -de acuerdo con nuestro enfoque de la herencia- a un progenitor común. Por lo tanto debemos suponer, o bien que todos los roedores -incluyendo las vizcachas- tuvieran su origen en algún antiguo marsupial, el cual habría sido, naturalmente, más o menos de una característica intermedia con respecto a los marsupiales existentes; o bien que tanto los marsupiales como los roedores provendrían de un común progenitor.

Desde otro punto de vista, debemos suponer que la vizcacha ha retenido, por herencia, mayor número de características de su antiguo progenitor que cualquier otro roedor.

CAPITULO XXI

El Guanaco Moribundo

Sólo por si alguien lee con suspicacia el titulo de este capitulo, me apresuro a decir que el huanaco o guanaco, como más frecuentemente se escribe, no es una especie en extinción; ni, tal como van las cosas, está amenazada por una rápida desaparición, pese al hecho de que hombres civilizados, especialmente ingleses, están ahora muy entusiastamente comprometidos en la exterminación de los más nobles mamíferos: una gloriosísima cruzada cuya triunfal conclusión será dudosamente juzgada por la generación que le suceda, más favorecida por ello que la nuestra. El guanaco, para su felicidad, vive en un erial, en una región desértica en gran parte, donde falta el agua, e inhabitable para el ser humano; y el titulo de este capitulo se refiere a un instinto peculiar de los animales moribundos, los cuales en muchísimos casos no pueden morir -por las excepcionales condiciones en que se encuentran- de muerte natural.

Primero he de dedicar unas pocas palabras acerca de su ubicación en la naturaleza y a sus costumbres. El guanaco es un pequeño camello -pequeño si se lo compara con el camello-, sin la giba, y, a diferencia del camello del viejo mundo, no específicamente identificado; es sin lugar a duda uno de los animales más antiguos del globo y, por lo que sabemos, puede haber existido contemporáneamente con algunas de las especies conocidas como representativas del grupo de los camélidos cuyos restos aparecen en el mioceno inferior y superior: *Proebrotherium*, *ProtoLabis*, *Procamelus*, *Pliauchenia* y *Macrachenia*. Se extiende desde Tierra del Fuego y sus islas adyacentes hacia el norte por toda la Patagonia, a lo largo de la Cordillera de los Andes y penetra en Perú y Bolivia. A lo largo de la cordillera es tanto un animal salvaje como doméstico, desde que la llama era la bestia de carga de los antiguos peruanos, y es sin duda sólo una variedad: pero, esclavo del hombre, ha alterado tanto su especie original que algunos naturalistas han considerado a la llama como de distinta especie, la cual, como el camello de Oriente, sólo existe en la condición de animal doméstico. Ha tenido suficiente tiempo para variar y es más que probable haya sucedido con él como con los animales domesticados y útiles que habían sido heredados por los Hijos del Sol de quienes les antecedieron y hasta dónde se extiende hacia el pasado la vieja civilización andina, puede inferirse por la creencia expresada por el famoso arqueólogo americano Squiers: que las ruinas de la ciudad de Tiahuanaco, en las cercanías del lago Titicaca, son tan antiguas como las de Tebas y las Pirámides.

Pero lo que a mi me interesa es el animal salvaje, el guanaco. Un macho bien desarrollado mide de siete a ocho pies de largo y cuatro pies de alto hasta su cuarto delantero; está bien recubierto por un espeso manto de pelo lanudo de un color rojizo pálido, más largo y más claro por su parte ventral. Su apariencia es muy distinta a la del camello a pesar de sus largas patas y cuello, de su bien formada cabeza y sus largas orejas y su orgulloso porte y andar; nos recuerda más al antílope que a su enorme y, desde el punto de vista estético, deforme ascendiente asiático. En

cuanto a sus costumbres, es gregario y generalmente se lo ve en rebaños chicos; pero numerosos, de varios cientos o aun miles se ven ocasionalmente en las desérticas mesetas del sur patagónico; es que el guanaco es capaz de vivir y engordar allí donde casi todos los herbívoros perecerían. Mientras el rebaño se alimenta, un animal actúa como centinela, ubicado en la ladera de la sierra, y ante la aparición del peligro lanza un agudo relincho de alarma y, al instante, todos huyen. Mas, aun cuando sean excesivamente precavidos y cautelosos, son también muy curiosos y tienen suficiente inteligencia como para saber que un jinete no puede dañarlos, pues no sólo se aproximan a él para observarlo de cerca, sino que a veces lo siguen por millas. Además son muy excitables y por momentos se divierten con pequeñas cabriolas. Darwin ha escrito: *"Sobre las laderas en Tierra del Fuego he visto más de una vez guanacos y, al observar que se les acercan, no sólo relinchan y lanzan gritos agudos sino que, además, brincan y hacen las más extrañas cabriolas de una manera ridícula, aparentemente como una provocación, como un reto o desafío"*. Y el capitán King cuenta que mientras iba llegando a Puerto Deseado, él pudo presenciar la cacería de un zorro corrido por un guanaco, yendo ambos animales evidentemente a gran velocidad, de modo que pronto escaparon a su vista. Yo he conocido algunos guanacos domesticados y cuando están en ese estado son animales entretenidos e inteligentes, a los que les gusta ser acariciados, pero son a menudo tan juguetones y destrozones que se tornan un inconveniente para sus amos.

Se sabe que en el extremo sur de la Patagonia los guanacos tienen un lugar al que todos los individuos de las planicies circundantes se acercan cuando se les aproxima la muerte para depositar allí sus huesos. Los primeros en observar esta extraña costumbre o instinto, fueron Darwin y Fitzroy, cuyos relatos personales y sus observaciones fueron plenamente confirmadas por otros. El más conocido de estos cementerios está ubicado en las orillas de los ríos Santa Cruz y Gallegos, donde los valles del río están cubiertos por una especie de maraña primitiva de ramas y árboles no desarrollados; allí el suelo está cubierto de huesos de guanacos de incontables generaciones. Los animales, dice Darwin, *"en la mayoría de los casos, deben de haberse arrastrado debajo o entre esas ramas enmarañadas"*. Es un raro instinto en un animal tan prominentemente social en sus hábitos; un poblador, durante toda su larga vida, de solitarios altiplanos y laderas de montañas. ¡Qué tema para un artista! La soledad grisácea de arbustos espinosos, viejos, grotescos, con escasas hojas, alimentados durante miles de años por los huesos que blanquean el suelo pedregoso; apenas iluminados por los rayos de un sol que se oculta; frío y gris, silencioso e inmóvil, el Gólgota de los Guanacos. Desde las largas centurias que llegan desde un pasado inmensurable, tantos de su raza han realizado el viaje desde la montaña o el llano, para aceptar allí su muerte, y, para nuestra imaginación, algo de todo ese pasado, parece haberse adentrado y consustanciado con esa naturaleza enmudecida y elegíaca. Y ahora uno más, el último peregrino, ha llegado, con todo su esfuerzo empeñado en su lucha por penetrar en esa maraña, con su aspecto envejecido, flaco y espectral en el atardecer; con su pelambre desgastada; fija su mirada de ojos hundidos y con resplandor de muerte. Inglaterra tiene un artista que podría captar en su tela el sentido de profundidad de esta escena de una misteriosa y desapasionada tragedia de la naturaleza. Me refiero a J. M. Swan, el autor de *El hijo pródigo* y *La leona defendiendo sus cachorros*.

En cuanto a lo que Darwin agrega en su relato referente al lugar de morir de los animales y al instinto, dice: *"Yo no entiendo del todo la razón de esto, pero puedo observar que los guanacos heridos en Santa Cruz, invariablemente se dirigen hacia el río"*.

Sería sin duda temerario afirmar que cualquier instinto es absolutamente único, pero dejando de lado algunos informes dudosos acerca de las costumbres de los elefantes asiáticos, que podrían haber nacido en las narraciones de *"Simbad el marino"* sobre el descubrimiento de un cementerio de elefantes, no se tiene conocimiento de instinto similar en animal alguno. Hasta donde nosotros conocemos, permanece único y aparte, con nada semejante en el actuar de otras especies que nos pudiese conducir a algo que de cierta manera se le pareciese. Lo que más llama la atención en ello es su rareza. Se parece menos al instinto de seres inferiores que a la creencia en supersticiones de seres humanos, quienes tienen conocimiento de la muerte y creen en la continuación de la existencia

después de su desaparición; de una tribu que en el pasado hubiese concebido la idea de que el espíritu liberado sólo puede encontrar su futura morada si su muerte tiene lugar en el viejo cementerio de la tribu o familia y desde allí, desplazándose hacia el oeste, hacia el cielo, o hacia las entrañas de la tierra por la bien marcada huella remotísima, invisible a la mirada humana.

Aun solo, raro y sin finalidad entre los instintos animales, pues no es de ninguna utilidad para la especie ni la raza del ser que muere, no es el único instinto sin explicación que conocemos; hay otros muchos, unos simples, otros complejos, y de ellos, creemos con cierto grado de razón que, en alguna época, rindieron una cuota de utilidad en la vida de las especies, y se han tornado inútiles por los cambios en la forma de la vida, en los organismos o en ambas cosas. En otras palabras, cuando las condiciones especiales que le dieron valor desaparecieron, el instinto, perfecto y correlativo no fue, en estos casos, erradicado y permaneció yacente y en situación de ser nuevamente activado por un estímulo nuevo y falso, que simulara el antiguo y real. Visto de este modo, el instinto del guanaco podría ser registrado como algo que ha quedado en el animal desde épocas remotas, que no ha sido afectado por el paso del tiempo, tal como algunos ceremoniales existentes entre los hombres, que hace tiempo han perdido su significado, o como un fragmento de historia antigua, o una tradición, los cuales con el correr del tiempo han tenido nuevas y falsas interpretaciones. La falsa interpretación, para continuar la metáfora, es en este caso, que el propósito del animal al ir a un cierto sitio, al cual probablemente nunca hubiese ido, sea el de morir allí. Una falsa interpretación, pues en primer lugar, es increíble que un instinto que no dé ninguna ventaja a las especies en su lucha por la vida y su predominio pudiese surgir y tornarse en permanente; y en segundo lugar, es igualmente increíble que jamás haya beneficiado al desarrollo de las especies o razas, el tener un lugar donde morir. Debemos, por lo tanto, suponer que existe en las sensaciones que preceden a la muerte, cuando ésta llega lentamente, alguna semejanza con las sensaciones experimentadas por el animal en un período en el que su curioso instinto tomó forma y cristalizó; debieron ser sensaciones dolorosas por algo que amenazaba su vida y al vencerlo le dieron libertad y seguridad. Así se formó el hábito y con el tiempo, este hábito tradicional se transformó en instinto, de modo que los animales viejos y jóvenes tomaban sin errar el camino al lugar de refugio siempre que el viejo peligro apareciese. Tal instinto, lentamente elaborado y perfeccionado para permitir que estos animales escaparan de la extinción, en la época de grandes peligros para los mamíferos que duró cientos y quizá miles de años y fuera destructivo para innumerables especies menos duras y capaces de adaptarse que el conocido guanaco, podría muy bien perdurar y haber aflorado ocasionalmente, por un estímulo falso, muchas centurias después de haber dejado de ser una necesidad.

Cuando hayamos aceptado esta explicación como probable -la de que el guanaco se retira de su rebaño para llegar y dejarse morir en el viejo cementerio, cuando en realidad, sólo busca un lugar históricamente recordado como refugio y no para morir- la acción del animal perderá mucho de su carácter misterioso. Llegamos así a un terreno más firme y vemos que ya no estamos considerando un instinto totalmente único, sin ningún acto o instinto en cualquier otro animal que nos conduzca o sugiera algo familiarmente parecido a eso, como dije antes. Encontramos, en efecto, que hay por lo menos un muy importante y muy conocido instinto en otras clases de seres que tienen un fuerte parecido con el del guanaco, tal como yo lo he interpretado y que quizá pueda servir para enviar un ligero rayo de luz hacia el origen de ese *instinto* del guanaco. Me refiero al hábito de algunos ofidios en países templados y fríos, de volver a invernar anualmente en el mismo cubil. Un ejemplo típico es el de la víbora cascabel en las partes más frías de Norteamérica. Al acercarse el invierno, estos reptiles se dirigen hacia su escondite, y se ha observado que en algunos distritos un alto número de ellos, cientos y hasta miles, se alejan y desde los alrededores llegan al cubil ancestral. Aquí se agrupan en masa y permanecen en un letargo o semiletargo hasta que la primavera los saca de él y se desparraman hacia los lugares donde acostumbran vivir en verano. Está claro en este caso que el conocimiento de su lugar de invernación no es meramente tradicional, esto es, legado de generación en generación, lo que les crea el hábito de resguardarse en ciertas estaciones en un cierto lugar. Las víboras jóvenes abandonan a sus padres y llevan una vida totalmente independiente, y al

llegar el tiempo frío, pueden estar a muy grande distancia, diez, veinte o aun treinta millas del lugar donde nacieron. El retorno al lugar de invernación es un instinto fijo e inalterable, tal como la migración de otoño de las aves hacia tierras más cálidas. El invernar en alto número y en masa es favorable para las víboras. El hábito de regresar todos los años al mismo lugar nos hace imaginar que los seres -en primera instancia quizá sólo una pareja- al frecuentar un lugar profundo, seco y seguro contra sus enemigos, tendrían una gran ventaja sobre otros de su especie; así se harían más fuertes y se reproducirían mejor, y durante el verano se podrían expandir mucho más alejándose de sus cubiles y, cuanto más se alejaran, más perfeccionarían su instinto. No todas las víboras jóvenes tenían el instinto de retornar al refugio ancestral y como si fueran extrañas a su raza, por decirlo de alguna manera, al llegar los primeros fríos tan sólo se deslizaban en el primer agujero que encontraban estando más expuestas a ser destruidas. Es probable que la mayoría de las víboras encuentren la muerte mucho antes de que su naturaleza esté declinando, y quizá no sea exagerado admitir que sólo una entre mil muere por vejez, pero si gozasen de la misma seguridad contra enemigos y accidentes que las especies menos prolíferas o los animales más altamente organizados, de tal manera que muchas alcanzasen la edad límite de vida, y su muerte se aproximara lentamente, no es difícil imaginar que en un ser que ama tanto la vida al calor, el declinar de sus fuerzas vitales les ocasionaría sensaciones causadas por el descenso de la temperatura y haría que la víbora vieja o enferma, aun promediando el verano, reptase instintivamente hacia su antiguo refugio donde muchas y largas heladas mortales fueron sorteadas.

El guanaco nunca ha sido un animal que invernara, pero debemos deducir que, como el crótalo del norte, había tomado el hábito de congregarse con sus semejantes en cierta época en un mismo lugar; ha de descontarse que serían esas temporadas de sufrimientos para el animal o de incomodidades o peligros lo que en primera instancia dio lugar al hábito. Presumimos que el hábito ha existido durante tanto tiempo que se transformó -como en el caso de los reptiles- en un instinto fijo e inmutable, un conocimiento heredado, de tal modo que los jóvenes guanacos, no enseñados por los más viejos, habrían de ir infaliblemente al lugar de reunión desde cualquier distancia. Hay sólo un paso para admitir la creencia de que cuando las condiciones hubiesen cambiado y los refugios no fuesen ya necesarios, ese conocimiento instintivo seguiría existiendo entre ellos y que habrían de elegir el viejo camino cuando estuviesen estimulados por el dolor o una herida o cuando acosados por sensaciones desdichadas originadas por una enfermedad, o bien ya en la decadencia de su energía vital, cuando se oscurecen los sentidos, la respiración falla y la sangre se empobrece y enfría.

Yo creo que la mayoría de las personas que frecuentemente han observado animales se habrán encontrado con casos en los cuales el animal ha actuado automática e instintivamente cuando el estímulo ha sido falso. Yo he de relatar uno de tales casos, observado por mí, y que se me ocurre justo para la cuestión que estoy considerando. Se debe dejar sentado que se refiere a una instancia de un hábito adquirido; no afecta por ello mi argumento, dado que en todo el capítulo he supuesto que el guanaco -una especie profundamente sagaz en la alta escala de los vertebrados- primero adquiriría el hábito de la experiencia de buscar el refugio recordado, y que tal hábito era el padre, o el primer modelo de yeso del instinto perfecto e indestructible que llegaría a ser.

Es algo muy común en las pampas argentinas -lo he juzgado yo mismo por dos veces- que un caballo de silla regrese a las Casas o hasta la tranquera de su amo para morir. Me estoy refiriendo a caballos de silla, que nunca son curados ni tratados con cuidado; que miran a su amo como a un enemigo, más que como a un amigo; que viven a campo abierto y que deben ser buscados para traerlos al corral o encierro, y rudamente enlazados cuando disparan, si se requieren sus servicios. Guardo un recuerdo muy fresco de la primera ocasión en que presencié una acción de éstas protagonizada por un caballo, y eso que por aquel tiempo yo no era más que un muchachuelo. Al salir en una noche de verano vi a uno de los caballos de la casa parado, sin montura ni bozal, apoyando su cabeza contra la tranquera. Me dirigí al lugar y le acaricié el hocico y luego, volviéndome hacia un paisano que por casualidad estaba cerca, le pregunté cuál podía ser la causa

de ese acercarse. Su respuesta fue: “*Creo que va a morir, los caballos con frecuencia llegan hasta las casas para morir*”. A la mañana siguiente la pobre bestia fue hallada muerta a no más de veinte yardas de la tranquera; sin embargo, no parecía enfermo cuando lo acaricié la noche anterior. Cuando lo vi ahí tirado, muerto, y recordé las palabras del paisano me pareció maravilloso e inexplicable que un caballo pudiese actuar de esa manera, tal como si cualquier criatura salvaje -un ñandú, un cervatillo o una liebre patagónica- hubiese llegado para exhalar su último suspiro frente a las puertas de su enemigo y constante perseguidor: *el hombre*.

Ahora creo que la sensación que el malestar y la proximidad de la muerte revive en el caballo de silla de las pampas es similar a los pesares tan frecuentemente experimentados de hambre, sed y fatiga, combinados con las sensaciones opresivas causadas por la pesada montura o el recado, con su ancha cincha de cuero crudo tan ajustada que le debe impedir la respiración normal. El animal sufriente debe recordar cómo el alivio le llegaba, invariablemente, tras las doce o quince horas de tortura, de trabajos y privaciones, cuando el pesado freno de hierro y duro aparejo le eran sacados y recobraba su libertad, alimento y agua, además de un descanso. Junto a la tranquera o a la puerta de la casa de su dueño, el alivio, repentinamente, siempre le había llegado y allí acudía a veces, enfermo o con temor, para encontrar otra vez alivio.

Discutiendo esta cuestión con un amigo que tiene una gran perspicacia y mucha experiencia acerca de los caballos en países semibárbaros y también con otros animales ya salvajes ó domesticados en muchas regiones del globo, él adelantó una explicación distinta sobre ese acto de los caballos que se acercan a las casas para morir, tesis que él juzgaba más simple y más probable que la mía. Cree que el animal moribundo o dolorido, instintivamente se aleja de sus semejantes -en un gesto de autoconservación del ser- en oposición al bien conocido instinto del animal sano, que impulsa al tropel a volverse contra el miembro enfermo y atropellarlo, destruyendo así sus posibilidades de recuperación. El deseo del animal enfermo no es sólo alejarse del tropel, sino también hallar un lugar solitario a donde no puedan seguirlo, o donde no puedan jamás encontrarlo, para escapar de un enorme y opresivo peligro. Pero, en las pampas verdes, sobre esas llanuras desprovistas de árboles, donde hay tantos caballos (éstos son visibles siempre y en todas partes), no se encuentra un lugar de escondrijo. En esos casos el animal incitado por su instinto de temor se vuelve hacia el único lugar que los caballos evitan y que ha sido también temido por él, pero ese viejo temor se olvida en este momento de su vida apagado por uno nuevo y más vívido. La vecindad de la casa del amo representa un lugar solitario, que él busca, tal como el ciervo herido busca cobijarse en el monte cercano, mientras olvida, en su ansiedad por huir de la jauría, los peligros ahí emboscados y que él antes evitaba.

Yo no he expuesto esta tesis sólo por dar crédito a la ingeniosidad de mi amigo, sino también porque se me antoja la única alternativa de explicación que puede asignarse a ese acto del animal que llega a las casas para morir. Otro hecho referente a los caballos pampeanos, domados con brusquedad y bárbaramente tratados y que, desde mi punto de vista, refuerza mi creencia, es el siguiente: no es nada raro que uno de estos caballos, tras escapar ensillado y con brida, tras andar una noche, o una noche y un día por las llanuras, regrese por sí mismo a las casas. Está claro que el animal vuelve para encontrar alivio. Conocí un caballo que debía de ser buscado como si fuera salvaje y que, inevitablemente, una vez ensillado, trataba de escapar, para volver luego de haber estado más de veinte horas ensillado y con el freno, en incómoda libertad.

El acto del caballo de silla que regresa junto a su dueño del cual Suele escapar para ser liberado de la montura y el freno, es, indudable-mente, un acto más inteligente que el del caballo moribundo que regresa para ser liberado de sus sufrimientos, pero la causa es la misma en ambos casos. Junto a la tranquera ha comenzado el único sufrimiento que el animal ha tenido, pero es allí también donde concluye, y por eso regresa a la bien recordada aunque odiada tranquera.

Retomemos el caso del guanaco. Luego de haber tratado de rastrear su hipotético origen, en realidad un hábito adquirido por el animal en alguna época pasada cuando buscaba refugio para un

dolor o un peligro y lo hallaba en determinado lugar, lo natural es especular un poco para encontrar el origen del peligro y las condiciones naturales en las que vivía el animal.

Si el guanaco es de tan antigua data como lo preconizan los naturalistas, tenemos derecho a creer que ha sobrevivido a muchos tipos de mamíferos ya desaparecidos, y que las condiciones de su vida han variado. Imaginemos entonces que en algún período remoto tuvo lugar un cambio en el clima de la Patagonia, que se tornó más y más frío, debido a alguna causa que afectó únicamente a esa porción de tierras antárticas; tal causa pudo ser, por ejemplo, una gran acumulación de témpanos en las costas nórdicas del continente antártico, extendiéndose centuria tras centuria hasta que una alta superficie del hoy mar abierto se hubiese visto bloqueada por hielo sólido. Si el cambio fue gradual y la acumulación de nieve iba siendo mayor cada invierno y, por lo mismo, se prolongaba más tiempo, un animal excesivamente fuerte y activo como el guanaco, inteligente y herbívoro, capaz de subsistir alimentándose con las fibras más leñosas y secas, sobreviviría en condiciones tan alteradas y saldría airoso de ellas, y se crearía nuevos hábitos para enfrentar el peligro. Uno debe entender que al aproximarse un período de espesas nevadas y fríos mortales, todos los rebaños se reunirían en el lugar más favorable, los valles del río, donde la vegetación es compacta y podrían hallar algún alimento, mientras todos los campos circundantes estuviesen cubiertos de nieve. Sin lugar a duda habrían buscado reparo exactamente en los mismos lugares a los que ahora se dirigen cuando van a morir. Allí se encontraban al reparo de los vientos cortantes, ramas y cortezas los proveerían de alimento, y el calor de un alto número de animales hacinados les serviría para mantener la nieve derretida debajo de sus patas y habría de impedir su extinción, mientras el firme ramaje entrelazado formaba un techo de nieve sobre ellos y así los protegía para que no pereciesen hasta que el tiempo menos severo los dejase otra vez en libertad. A través del paso de muchas generaciones, los animales más débiles y todos aquellos en los que el hábito de buscar un refugio en el momento apropiado era inseguro o débil, perecerían, pero su pérdida significaría una ventaja para los sobrevivientes.

Vale la pena señalar que es solamente en el extremo sur de la Patagonia donde los guanacos eligen el lugar al que van a morir. En la parte norte del territorio, en los Andes chilenos y peruanos, este instinto no ha podido ser observado.

CAPITULO XXII

El Extraño Instinto del Ganado

Es mi propósito exponer en este capítulo un grupo curioso e inútil de emociones instintivas de animales sociables, que no han sido aún correctamente explicadas. A excepción de dos, la primera y la última de la lista, en su origen no se relacionan entre sí; en consecuencia, están aquí agrupadas arbitrariamente por la sola razón de estar muy familiarizados con ellas debido a que sobrevivieron en nuestros animales domésticos, y por ser, como ya he dicho, inútiles; además, porque tienen entre sí algún parecido con los actos y pasiones de los animales inferiores en su efecto sobre nuestras mentes. Esto es en todos los casos desagradable y a veces muy penoso, tal como cuando especies que ocupan un puesto próximo a nosotros en cuanto al desarrollo de su inteligencia y organización social, como los elefantes, monos, perros y el ganado, son observados bajo el dominio de los impulsos que en algunos casos se parecen a la locura y en otros a las pasiones más oscuras del hombre.

Estos instintos son:

- 1) La excitación causada por el olor de la sangre advertible entre los caballos y el ganado vacuno entre nuestros animales domésticos, y variando notablemente en su grado desde una emoción tan leve que es escasamente perceptible a los mayores extremos de furia y terror.
- 2) La excitación airada que crece en algunos animales a los que se les muestra un trapo rojo. Es tan bien conocido ese aparentemente loco instinto entre el ganado que ha dado origen a un proverbio y metáfora familiar, con formas varias para cada uno.
- 3) La persecución, por sus congéneres, del animal débil o enfermo.
- 4) La furia repentina que se apodera de la manada o la familia ante el espectáculo de uno de ellos en estado de extrema desesperación. En tales circunstancias, los mamíferos herbívoros lo atropellarán y pisotearán hasta matarlo. En el caso de los lobos y otras especies carnívoras salvajes, el ser desgraciado es, con frecuencia, despedazado y devorado en el mismo sitio.

Tomemos los dos primeros juntos. Si consideramos que la sangre es roja; que su olor está, debe estar o ha sido asociado con ese vívido tinte en la mente del animal; que la vista o el olor de la sangre se han asociado con la presencia de heridas, gritos de dolor y rabia o terror de los animales heridos o cautivos, entonces, a primera vista, parece haber una razón o nexo para conectar estas dos pasiones instintivas como poseedoras de un origen común -llamársele terror o furia- causado por la presencia de uno de sus congéneres abatido, sangrante o defendiendo su vida entre las garras de un enemigo: No quiero significar que tal imagen esté actualmente presente en la mente del animal, pero sí que la pasión instintiva heredada tiene un mismo origen y una forma de influir o dirigir su pasión cuando la experiencia y la razón son sus guías.

Pero, cuanto más considero el asunto, más me inclino a observar estos dos instintos como separados en su origen, aun cuando me quedo con la creencia de que el ganado, los caballos y varios animales salvajes se excitan violentamente ante el olor a sangre por la razón ya apuntada: en otras palabras su memoria heredada que asocia el olor a la sangre con la presencia entre ellos de algún enemigo poderoso que amenace sus vidas. A este tema he de volver cuando me refiera al último y más penoso de los instintos que estoy considerando.

Este próximo incidente habrá de mostrar con cuánta violencia la pasión sanguinaria afecta a veces al ganado cuando pueden existir en un medio semisalvaje como la pampa. Estaba un día con mi rifle, a campo abierto, a pocos kilómetros de mi hogar, cuando me encontré con una mancha sobre el suelo, donde el mismo estaba pisoteado y manchado de sangre. Llegué a la conclusión de que algunos gauchos mataderos habían sacrificado allí una vaca gorda la noche anterior, y para evitar ser detectados se habían ingeniado de alguna manera para llevarse el animal entero sobre sus caballos. Como siguiese mi andar, un hato de ganado vacuno -aproximadamente unos trescientos- apareció desplazándose lentamente hacia un pequeño arroyuelo a un kilómetro y medio de allí. Avanzaban en una larga fila y debían pasar el parche ensangrentado a unos seiscientos o seiscientos cincuenta metros del lugar pero el viento soplabla en dirección hacia ellos y atravesaba el parche. En el momento en que el aire así impregnado alcanzó a los primeros, instantáneamente se detuvieron, alzaron sus cabezas y prorrumpieron en fuertes e inquietos mugidos y, de inmediato, torciendo su camino, se dirigieron al trote rápido, siguiendo en línea recta la huella del olor hasta que llegaron al lugar donde uno de su especie había encontrado la muerte. El contagio cundió y a poco todo el ganado se había congregado junto al lugar fatal y comenzaron a moverse alrededor del mismo mugiendo continuamente.

Quizá se pudiese remarcar aquí que el animal tiene, en ocasiones como ésta, un lenguaje peculiar; emite una sucesión de cortos mugidos, como exclamaciones de excitación seguidas por un largo grito que se transforma en un ronco murmullo, elevándose luego a una especie de grito que golpea fuerte sobre los sentidos. Soy un gran admirador de la "*música vacuna*" común y la escucho con tanto placer como el de los lloros y melodías de los pájaros y el sonido del viento entre los árboles; pero este actuar del ganado excitado por el olor de la sangre es lo más penoso de escuchar.

Los animales que habían forzado su paso por entre la aglomeración hasta el lugar donde estaba la mancha, manoteaban la tierra y la escarbaban con sus cuernos, y se empujaban y atropellaban en su frenética excitación. Era terrible verlos y escucharlos. El comportamiento de los que estaban al borde de esa masa viviente girando incesantemente con mugidos dolorosos, se parecía al de las mujeres en las tolderías indígenas cuando fallece un guerrero, y gritan toda la noche, proclamando su pena y dando vueltas y vueltas al toldo del hombre muerto, en procesión incesante.

El instinto del "*toro y el trapo rojo*" como puede ser llamado, le sigue en el orden. Es un hecho común que el brillo, por sí mismo, ejerza una poderosa atracción sobre la mayoría, si no sobre todos, los animales. Los mamíferos superiores son afectados al igual que los pájaros y los insectos, aun cuando no en igual grado. Este hecho explica en parte la furia del toro. Una bandera roja flameando al viento o tendida sobre el pasto atrae poderosamente su atención tanto como la de otros animales; pero aun cuando curioso en cuanto a la naturaleza del objeto brillante, no lo enfurece. Su furia se excita -y aquí reside el total secreto del asunto cuando el trapo de color es agitado por un hombre; cuando se le fuerza a fijar su atención sobre un hombre, es decir, un animal de otra especie que lo gobierna y maneja y al cual teme, pero sólo con un ligero temor, el cual en algún momento puede ser vencido por su disposición natural y agresiva. No es sólo el color vivo el que lo compele a fijar su atención sobre el ser que habitualmente interfiere su libertad y es por lo tanto visto con ojos poco amistosos, sino que además produce sobre su mente la ilusión de que el hombre está cerca y que se le aproxima de manera agresiva: es un insulto, un reto, el cual, siendo de temperamento tan explosivo, no es lerdo en aceptar.

Estaba una vez parado con algunos gauchos junto a la tranquera de un corral, dentro del cual se acababa de encerrar una manada de ganado semi-salvaje, cuando uno de los hombres, para demostrar su coraje y agilidad, desmontó y se colocó en el centro del portón abierto. Su gesto atrajo la atención de una de las vacas más cercanas, y bajando su cornamenta lo empezó a mirar en forma amenazadora. El entonces desplegó su poncho rojo e instantáneamente aquella cargó sobre él furiosamente; con un rápido movimiento hacia un costado eludió la corneada, y cuando la hubimos conducido nuevamente al corral, volvió aquél a asumir su postura anterior y la provocó de igual manera. La experiencia fue repetida no menos de media docena de veces y siempre con el mismo resultado. El ganado estaba todo furioso y habría cargado instantáneamente sobre él al colocarse frente a ellos a pie sin usar el poncho como trapo rojo enervante, pero su temor a los hombres a caballo, con lazos en sus manos, junto a él, los mantenía en jaque. Pero en cuanto la atención de uno de ellos era requerida individualmente por el trapo de color vivo y se fijaba sobre él en particular, ése, entonces, olvidaba la presencia de los jinetes y el temor era absorbido por la furia.

Pienso que es una realidad el hecho de que la mayoría de los animales que demuestran excitación y enojo cuando se les despliega un trapo rojo, son los fácilmente llevados al enojo en cualquier momento.

Los gansos y pavos domésticos que se mencionan entre las aves: ellos no vuelan para atacar a un adulto, pero a menudo les he visto hacerlo contra una criatura que los azuza así; es un hecho que ellos no temen mucho a las criaturas y llegan a veces a atacarlás, aun cuando no hayan sido azuzadas. Creo que la probabilidad de este punto de vista mío está apoyado por otro hecho: que el repentino despliegue de algo rojo a veces afecta a animales tímidos con un extremo temor tanto como, por otro lado, excita a los audaces y agresivos a la furia. La oveja doméstica, por ejemplo, que ofrece grandes variantes en su comportamiento según sus razas, criadores, y aun en distintos individuos, puede ser afectada de dos maneras opuestas: exhibiendo unas un profundo terror, y otras sólo enojo, ante el despliegue de un trapo rojo realizado por su pastor o criador. La persecución de un animal enfermo por parte de sus congéneres es la próxima a considerar.

Se había notado, con sorpresa de parte de algunos lectores -sin duda-, que yo he señalado como dos instintos diferentes esta persecución de un individuo enfermo o débil por parte de los suyos y la repentina y mortal furia que a veces impele a la manada a volverse y destruir al compañero herido o desesperado. Es frecuente que los estudiosos de los instintos de los animales, se refieran a éstos como uno solo. Entiendo que observan esta furia mortal de varios individuos contra un compañero como una mera forma extrema de impulso o persecución instintiva. Pero realmente no es una, y son en su origen y carácter tan diversos como pueden serlo entre sí cualesquiera de los dos instintos. El impulso violento y fatal surge simultáneamente en la vida y la acción, y es contagioso y afecta a todos los miembros de la manada como una repentina locura. El otro no es violento ni contagioso, la persecución es intermitente; con frecuencia queda reducido a uno o pocos miembros de la manada, y rara vez es acompañado por el jefe o cabecilla a quien todos los otros ceden paso.

Con referencia al cabecilla de la manada, rebaño o hato, es necesario agregar algo más. Algunos animales gregarios, particularmente las aves, viven juntos en la más perfecta paz y armonía; aquí no se requiere un cabecilla; en su larga asociación como especies en bandadas se han atendido a una unidad de propósito, para decirlo en otras palabras, a aquellos que los impulsa a moverse o descansar, y a actuar en todo momento armoniosamente juntos, como si estuvieran controlados y guiados por una fuerza extraña. Debo mencionar que el instinto de generosidad de los animales, que es casi universal entre machos y hembras en los vertebrados, es más destacable en este armónico accionar de los pájaros. Así, yo he notado en el Plata, más de una especie en que un individuo enfermo o inválido incapaz de seguir el ritmo del vuelo de la totalidad y de encontrar sustento, no sólo ha sido aguardado, sino que en ciertos casos alguno de la bandada lo ha asistido permanentemente, permaneciendo cerca, tanto en vuelo como en tierra, y no tengo ninguna duda de

que alimentándolo tal como habría alimentado a sus pichones.

Por cierto que en tales clases, ningún miembro es considerado más que otro. Pero entre los mamíferos, tal igualdad y armonía es extraña. El instinto de uno y de todos es el de imponerse a los otros, con la resultante de que uno más fuerte o dominador obtiene la jefatura para mantenerla hasta donde pueda. En este sentido, los animales inferiores son mucho más parecidos a nosotros; y en todas esas especies que tienen un fuerte temperamento, el liderazgo de uno sobre todos, y de unos pocos bajo él sobre los otros, es más saludable; sería además inconcebible que pudiesen existir bajo otro sistema. En los establecimientos de cría de vacunos en la pampa, donde es costumbre tener un alto número de perros bravos, he observado mucho a esos animales y presumo que son mucho más parecidos a perros cimarrones y lobos por sus hábitos. Sus peleas son incesantes; mas cuando una pelea comienza, el jefe de la jauría, como si fuese una regla, acude con premura al lugar; los contrincantes se separan y se alejan en distintas direcciones, o bien se arrojan al suelo y con gestos ó actitudes abyectas procuran aplacar la ira de su tirano. Si ambos combatientes son fuertes y ya han chocado con una furia total, antes de la aparición del jefe, éste lo puede pasar mal. Lo desconocen y todo lo que puede hacer es unirse a la lucha; entonces, si los contendientes se vuelven contra él, puede resultar tan dañado que con ello pierde su poder y el mejor perro de la jauría habrá de ocupar su lugar. Las peleas más duras son aquellas que se arman entre perros similares; ninguno deja lugar al otro, pero desde el primero, tanto en fuerza y poder, en escala descendente, hasta el más débil, hay una graduación de autoridad; cada uno sabe hasta donde puede llegar, a cual compañero puede molestar cuando está de mal humor o desea asegurarse ante sí mismo y ante quiénes debe a su vez, rendirse mansamente. En tal estado, el más débil debe siempre rendirse ante todos los demás y someterse, pareciendo llamarse a sí mismo esclavo y adorador de cualquier miembro de la jauría que lo elija para mofarse o le ordene que le entregue el hueso, de buena manera.

Este temperamento de poderío y dominio, tan común entre los mamíferos sociales, es la causa de la persecución a los enfermos y débiles. Cuando un animal comienza a decaer, ya no puede mantener lo suyo; deja de manifestar su resentimiento ante los ocasionales ataques mal intencionados de que es objeto; su condición de no combatiente es rápidamente descubierta y pronto ocupa un sitio debajo del más bajo; es de general conocimiento del montón enfrentado impunemente por todos, aun por aquellos que lo han sufrido y no hayan respondido. Pero, a juzgar por mi propia experiencia, esta persecución no es -generalmente- severa, y raramente es fatal.

Con frecuencia se da el caso de un animal enfermo o herido que se retira de la grey; debiera llamarse el instinto del "*ciervo herido*". Pero no creo que debamos presumir que el animal herido se escapa del peligro de ser maltratado por sus congéneres. Está enfermo y decadente y en consecuencia no está en condiciones de alternar con los sanos y vigorosos; ésta quizá sea la explicación más simple y real de su actuar, aun cuando en algunos casos podría haber sido alejado por el trato brusco que tenían con él. Es que por muy pacíficos que sean los mamíferos gregarios que viven en compañía, y por mucho que gusten estar juntos, por regla general, no se tratan con delicadeza. Es más, sus juegos son rudos y exigen que sean muy vigorosos para escapar a las heridas. Los animales con cuernos no usan botones en el extremo de sus astas y esas son las armas con que se agujonean y golpean con espíritu deportivo. Yo muchas veces he presenciado asombrado el juego entre caballos chúcaros y semi-mansos; todo hacía pensar que habrían de quedar huesos rotos, debido a la sonoridad de las coces que se propinaban. Esta forma tan ruda de actuar, sería lo suficiente para comprender la manera de comportarse del animal enfermo o fuera del ritmo e inca-paz de esa alegría contagiosa de los otros, lo que lo incita a escapar. Además ese alejamiento sería una ventaja para él y su raza, dado que si no está mortalmente herido o enfermo su oportunidad de recobrase y gozar de perfecta salud nuevamente, se aumenta.

Nos queda ahora referirnos a lo que parece el más cruel de los instintos y que ocupa el último lugar en mi lista. Es muy común entre los animales gregarios de espíritu combativo, y aún se prolonga en nuestra hacienda doméstica, a pesar de que muy raramente se puede apreciar en

Inglaterra. La primera experiencia la tuve antes de mis cinco años. Por supuesto no estaba en ese tiempo tratando de desentrañar secretos a la Naturaleza, pero la escena que presencié se grabó muy hondo en mi mente, hasta el punto que puedo revivirla tan bien o acaso mejor que si hubiese tenido veinticinco años. Fue en un anochecer del verano, y yo me había alejado solo de las casas, jugando entre raigones de viejos árboles; más allá de la arboleda el ganado volvía de pastar y estaba reunido en la planicie. Al escuchar una gran conmoción entre ellos, logré trepar a uno de los raigones más altos y vi una vaca caída, aparentemente sin poder levantarse, gimiendo y balando desesperadamente, mientras que algunas de sus compañeras la rodeaban y corneaban.

¿Cual es el significado de tal instinto? Darwin nos dice mucho al respecto "*¿Podemos creer - expresa, en su póstumo Ensayo sobre el Instinto- cuando un animal herbívoro vuelve a su propia manada es atacado y corneado que este cruel y común instinto es de algún beneficio para la especie?*" Al mismo tiempo sugiere que tal instinto podría, en algunas circunstancias, ser útil, y tal sugerencia ha sido desarrollada hasta tornarse una creencia entre algunos naturalistas. Así se expresa el Dr. Romanes: "*Nosotros rápidamente imaginamos que el instinto desarrollado por los animales herbívoros, de cornear a sus compañeros heridos o enfermos, es común en lugares en donde los miembros débiles de una comunidad, son un peligro para todos, debido a la existencia de animales salvajes*". Aquí se cree que el enfermo es atacado y muerto por sus congéneres, pero no es así. La enfermedad o decadencia por vejez u otra causa, son cosas de evolución lenta y avanzan imperceptiblemente, de modo que el decaer de uno de ellos es algo familiar, tal como lo es la presencia de otro con malformaciones o de un color distinto o totalmente blanco, como el caso del albino.

Los miembros enfermos o débiles, como hemos visto, mientras están sujetos al mal trato de sus compañeros (sólo porque pueden ser mal tratados impunemente) no levantan la animosidad de la manada hasta ser muertos. El ataque fatal y violento es llevado a veces contra un animal sano que a causa de algún accidente está en estado afligente o de peligro, en ese momento.

El instinto es entonces no sólo inútil, sino perjudicial, y siendo así, la acción de la manada de destruir a uno de los suyos, no debe ser tenida como un instinto propio, sino más bien como una aberración del instinto, un desatino en el cual incurren a veces los animales cuando se sienten incitados a la acción en circunstancias ajenas a las acostumbradas.

Lo primero que nos choca es que en esos momentos anormales de la vida social de los animales, actúan en violenta contradicción con todo modo de vivir, ya que oponiéndose al que está en desgracia, se oponen a ellos mismos, a la ley de su propia existencia en comunidades. Entiendo que es la reflexión sobre su proceder anormal lo que nos ha de conducir a una interpretación veraz de esa "*oscura expresión de la naturaleza*".

Todos estamos familiarizados con el famoso pasaje de Bacon acerca del perro y el noble coraje que brinda cuando es "sustentado por un hombre; quien ocupa, para él, el sitio de un dios o melior natura; coraje que no demostraría si no tuviese la certeza de una naturaleza mejor que la que la suya jamás pudiese adquirir". No es así. El perro es un animal social y actúa instintivamente en concordancia con sus congéneres; el coraje que manifiesta es el de la familia, no el del individuo. En el estado de domesticidad, él asocia al hombre que está acostumbrado a obedecer y lo coloca en el lugar de la jauría. Un "*noble coraje*" semejante y que sobrepasa lo dicho en todas las otras ocasiones se observa en gran número de mamíferos y pájaros de costumbres gregarias; cuando rechazan el ataque de algún enemigo peligroso y poderoso o cuando se precipitan en auxilio de uno de los suyos cautivo. Con respecto a este furioso y desesperado coraje de animales sociales al enfrentar al enemigo vemos: 1) que se excitan ante los gritos desesperados o ante la vista de su manada o familia, huyendo de o luchando por liberarse de las garras enemigas; 2) que ello afecta a los animales cuando varios individuos se reúnen, y es eminentemente contagioso, como el temor que se trasmite con la rapidez del rayo de uno a otro, hasta que todos están frenéticos, lo mismo que ante una manifestación de alegría que los impulsa a todos a lanzarse simultáneamente al juego.

Es bastante frecuente el hecho de que los animales actuando instintivamente, tanto como los hombres actuando con inteligencia, tienen a veces sus ilusiones y desilusiones, y aprecian las cosas equivocadamente, y ello los impulsa, por un falso estímulo, a la acción aun para su propia desventaja. Cuando los seres de una manada o familia se excitan hasta el frenesí a causa de los gritos desesperados de uno de sus congéneres, o ante la vista de sus heridas sangrantes y el olor de la sangre, o bien cuando lo ven luchando desesperadamente en el suelo o en la fisura de un árbol o la grieta de una roca tanto como entre las garras de un poderoso enemigo, no se vuelven hacia él para matarlo, sino para rescatarlo.

Sea cual fuere su instinto de rescate, ya por la sencilla y natural selección o, como probablemente sea, a través de un hábito inteligente que ya es permanente y hereditario, su efectividad depende totalmente del control de la emoción que haya sido excitada en él: furia contra un enemigo tangible y visible y excitación debido a los lamentos o la lucha del congénere sufriente. Está claro que no se puede prevenir contra los raros y ocasionales accidentes que pueden ocurrirle al animal y que lo impulsan a actuar tal como si hubiese sido golpeado o asido por un enemigo. Una ilusión es el resultado de la emoción similar a la producida por la vívida apariencia que nos produce la falsa expectativa que ha hecho que más de un hombre haya visto en un amigo o compañero al adversario que esperaba ver, y que lo haya matado en un ataque infundado de ira.

Una ilusión igualmente fuerte que conduce a una emoción así de violenta, pero jocosa antes que penosa al ser juzgada, se aprecia en perros cuando son azuzados por el hombre para atacar y preparados por sus gritos y gestos a aguardar a algún animal que acostumbran cazar y que habrá de estar listo para ser extraído de su guarida o abatido; si cuando están con ese ánimo, aviesamente se les muestra o arroja un muñeco, quizá de trapos viejos o de cuero relleno con paja, lo asirán, morderán y harán pedazos con gran furia sin siquiera percibir el truco.

A Darwin le parecía asombroso que los elefantes atacasen a uno de los suyos, al recordar el caso de un elefante, que tras escapar de un hoyo, ayudó a su compañero para que se salvase también. Pero son precisamente los animales que son sociables y que poseen el instinto de auxiliarse, ya estén en la parte inferior o superior de la escala orgánica, los que en algunas ocasiones atacan al congénere en apuros, siendo ese ataque sólo un error cometido por su espíritu de auxilio.

Félix de Azara registra una experiencia cruel realizada sobre el comportamiento de unas ratas mansas encerradas en una jaula. La persona que las cuidaba asió la cola de una de ellas y comenzó a aplicarle pellizcos fuertes, teniendo su mano escondida debajo de la jaula. Sus gritos de dolor y su lucha por liberarse excitaron profundamente a las otras, que tras disparar alocadamente por unos instantes, se lanzaron sobre el animal desesperado y lo mataron rápidamente, clavándole los dientes en la garganta. En este caso, si la mano que lo detenía hubiese estado visible y en la jaula, es indudable que hubiese recibido esos mordiscos; pero no había enemigo visible; sin embargo la excitación y furia por atacar al enemigo estaba presente. En tales casos, debe descargarse la excitación y se obedece al instinto, y ante la ausencia de otro objeto para atacarlo, se produce la ilusión y se descarga sobre el compañero que se debate. Esto se ve en ocasiones entre los perros cuando tres, cuatro o cinco están reunidos, si uno intempestivamente lanza un aullido o grito de dolor, y si ningún hombre está cerca y no hay una causa aparente, los otros corren hacia él y al no ver nada, se vuelven y atacan entre sí. Aquí la causa de la excitación, el grito de auxilio, no ha sido lo suficientemente fuerte como para producir la ilusión que a veces es fatal para el sufriente, pero cada perro, erróneamente, cree que los otros o uno de ellos ha infligido la injuria y su impulso es tomar la parte del animal injuriado. Si el aullido causado por un calambre o una espina, no ha sido muy fuerte, los otros perros no se atacarán, se limitarán a mirarse sospechosamente y a gruñirse.

Volviendo a la anécdota de Azara, puede inquirirse -y se me ha preguntado- ¿por qué, si al matar al compañero, la raza no se beneficia, y si algo debe ser atacado, como en el caso de estas ratas, no atacaron la jaula en la cual estaban encerradas y no mordieron los barrotes de madera y el alambre? O, en el caso narrado por Andrew Lang en *Longman's Magazine* hace un tiempo, en el

cual los componentes de una manada de ganado en Escocia, se volvieron con furia contra una vaca que había quedado apretada entre dos rocas y estaba luchando y lanzando angustiosos mugidos para salvarse. ¿Por qué no atacaron a las rocas y en cambio mataron a cornadas a su infortunada compañera? Se sabe que los animales a veces se vuelven agresivos contra y atacan un objeto inanimado que los daña o coarta su libertad de acción, y sabemos que esta facultad mítica -la proyección de la mente por sí dentro de la naturaleza visible- perdura en nosotros, y que hay momentos de excepción en nuestras vidas, en que retorna. Nadie, por ejemplo, se asombrará si oye que un hombre, aun un filósofo, ha dado un puntapié o lanzado una imprecación contra un banquito o cualquier objeto inanimado contra el cual haya tropezado sin darse cuenta. La respuesta es que no hay conexión entre estas dos cosas -la facultad mental, mítica y universal y ese instinto audaz y violento de los animales sociables que concurren a auxiliar al compañero golpeado o desesperado, lo cual tiene un propósito limitado y definido- es decir, caer sobre un enemigo dotado no sólo de la vida e inteligencia común a todo, incluyendo rocas, árboles, aguas, sino con forma y movimiento animal.

Yo he intentado brindar aquí otros ejemplos observados en especies diversas y variadas, incluyendo monos. Pero no es necesario, ya que entiendo que todos los hechos, aunque muy variados, están cubiertos por la teoría que he sugerido, aun ese hecho que he mencionado del ganado manoteando y corneando la tierra donde había sido derramada la sangre de uno de los suyos: también ese hecho entre animales salvajes y otros atrapados o enjaulados, atacando y destruyéndose en su furia, y el hecho de que algunos mamíferos carnívoros devoran los compañeros que han matado. Es el instinto de animales como el lobo y el pecarí, el de devorar al enemigo vencido y muerto: así cuando el jaguar captura un pecan de entre su grey y no escapa aceleradamente con su presa hacia un árbol es instantáneamente atacado y muerto y luego consumido desde su piel hasta sus huesos. Este es el instinto del lobo y el pecarí, y el devorarse a uno de sus congéneres es la consecuencia inevitable de un error cometido en el lugar al atacarlo y matarlo. En ninguna otra circunstancia, ni aun hambrientos, se devoran entre sí.

Si la explicación que he ofrecido pudiese parecer veraz o muy probable, entonces les resultará posible a muchos amantes de los animales juzgar, en esa aparente rudeza de su instinto, no una aberración sino en cierta forma una ventaja para los animales en su lucha por la existencia, aunque sean incapaces de pensar en ello sin pena ni horror; conozco a quienes rehúsan pensarlo siquiera y lo ignorarían si pudiesen.

Sería un alivio para ellos si pudiesen dejar de juzgarlo como algo feo y odioso, un manchón en la naturaleza, sino como una ilusión, un error, un crimen inconsciente, por llamarlo así, que ha tenido por causa la más noble de las pasiones que los animales conocen: el sublime coraje y la audacia que exhiben en la desesperada defensa de su compañero.

Esa fiera condición del espíritu animal, que los hace olvidar su propia seguridad, nos conmueve por su cercanía con una de las más altas virtudes del espíritu humano, tal como nos mueve la admiración intelectual hacia el magnífico instinto migratorio de las aves que se parece a algunas de las mejores hazañas de la mente humana. Sabemos bien que este bello instinto está sujeto a errores, que muchos viajeros parten y no regresan jamás. Uno de esos errores fue, sin duda, la causa de la última visita de las gangas de Pallas: debido quizá a algún fenómeno atmosférico inusual o condición dinámica, o a algún cambio en el sistema nervioso de los pájaros, se desviaron de su ruta habitual y se dispersaron de a miles por toda Europa, y perecieron, lentamente, en climas que no les eran propicios, mientras que otras, sobrevolando el extraño continente helado, se atrevieron sobre mares extraños y más fríos para caer como aerolitos en el mar y morir entre las olas.

Acaso porque sea cierto, tal como el profesor Freeman y otros lo afirman, que la filantropía es una virtud moderna; o porqué la doctrina de Darwin que señala que estamos relacionados con otras formas de vida y que nuestros mejores sentimientos tienen su origen en caracteres e instintos de las

especies sociales que nos han acercado espiritualmente más a los animales inferiores, lo cierto es que nuestra estima hacia ellos ha crecido y está alimentando, y que nuevos hechos y recientes deducciones que nos permiten juzgar mejor son siempre bienvenidos.

CAPITULO XXIII

El Caballo y el Hombre

No hay forma más deliciosa para desplazarse que a caballo. El caminar, remar, andar en bicicleta, son, a su manera, ejercicios gratos, pero el esfuerzo muscular y el constante dominio de nuestra mente que ellos requieren, hace que se deba de excluir otras cosas, de modo tal que una larga caminata no sea, a veces, más que eso. M cabalgar, no somos conscientes de ese esfuerzo, y en cuanto a la observación atenta y el agudo discernimiento necesarios al atravesar el campo y la rapidez y seguridad, la dejamos en manos del fiel servidor que nos lleva. Pozos, hoyos, lugares resbaladizos, las mil y una disparidades de la superficie que deben ser medidas con ojo avizor, no nos preocupan. Volar o ir lentamente, a voluntad, pasar sin zozobras por lo áspero o lo liso, vadear un río sin mojarnos, subir por las colinas sin escalarías, todo esto es -sin duda- un placer auténtico. Es cuanto nos permite acercarnos más a la vida de los pájaros, dado que todas las monstruosas fabricaciones de globos y aparatos que han sido el juguete de los vientos desde la época de Montgolfier en adelante, no nos han aproximado más a ellos. El aeronauta, clamando por oxígeno semiasfijado sobre las nubes, nos ofrece sólo un triste espectáculo de la imbecilidad de la ciencia y las esperanzas quebradas del hombre. A los libres pobladores del aire, sólo podemos comparar el árabe montado en su caballo, esfumándose -tal como el halcón- sobre el desierto ilimitado.

El cabalgar es siempre un quehacer estimulante, y si el paisaje que nos circunda es encantador, estamos aparentemente quietos en nuestra cabalgadura mientras que, como un río que corre, nos iguala y nos pasa siempre ofreciéndonos-nuevas y frescas fantasías bellísimas. Por sobre todo, la mente está libre, tanto como cuando se está laxo, descansando sobre la hierba y contemplando el cielo. Personalmente, hay para mí aun más que esa inmunidad de libertad, entendiéndolo por tal la atención que se nos requiere cuando caminamos; el movimiento rítmico, la sensación como de volar, actúan sobre mi mente como un estímulo. De allí que sea para mí incomprendible que alguien pueda pensar mejor acostado, sentado o de pie que cuando se desliza, raudo, a caballo. Esto es sin duda debido a mi largo entrenamiento y no menor uso del mismo. Es que en esas inmensas llanuras donde vi la luz primera y se me enseñó desde pequeño a montar, nos acostumbrábamos a ver el hombre como un parásito del caballo, hecho por la naturaleza para estar sobre su lomo, y sólo en esa postura él tiene total y libre uso de todas sus facultades. Es posible que el gaucho -el jinete de las pampas- nazca con esta idea en su mente; si tal, sería razonable suponer que lo correlativo existe en una modificación de su estructura. Pero lo cierto es que si a un gaucho intoxicado se lo colocase sobre la silla de su caballo, estaría completamente seguro. El caballo puede querer liberarse de su carga, mas las piernas del jinete -que, con acierto, podrían llamarse brazos posteriores- lo sostienen como si fuese un gancho de hierro, sin que su mente confundida intervenga.

El gaucho tiene sus piernas más o menos combas y, por supuesto, cuanto más arqueadas sean, mejor para él en su lucha por la existencia. Desmontado, sus reflejos son torpes, como los de algunos mamíferos lentos de hábitos arbóreos cuando son sacados de su medio. Se balancea al

caminar; sus manos buscan las riendas; los dedos de sus pies se repliegan como los del pato. Aquí quizá podamos comprender a algunos viajeros extranjeros, quienes invariablemente le hacen el cargo de holgazán. A caballo, de todos los hombres es el más activo. Su paciente resistencia bajo casos de privación que a otros desesperaría, sus días laboriosos y de proezas siempre con su caballo, las largas jornadas que soporta sin descanso ni alimento, aparecen para los comunes habitantes del planeta, como milagrosas. Prívesele de su caballo y no podrá hacer nada más que sentarse en el suelo con las piernas entrecruzadas o en cuclillas sobre sus talones. Según su propio lenguaje figurado, *"le han cortado los pies"*.

En su edad temprana, Darwin no parecía poseer el poder de conocer a los hombres con esa maravillosa inteligencia que siempre distinguió sus investigaciones relacionadas con otros seres y especies menores. En *El viaje de un naturalista*, refiriéndose a esa supuesta indolencia de los gauchos, cuenta que en un lugar en donde había gran necesidad de trabajadores, viendo a un pobre gaucho sentado en una actitud ausente, le preguntó por qué no trabajaba. ¡Su respuesta fue que era demasiado pobre para poder trabajar! El filósofo se sintió divertido y asombrado ante la respuesta, pero no supo hallarle el contenido. Empero, quien está consustanciado con estos amantes de las frases breves, entiende que no se pudo dar una respuesta más inteligible a la pregunta. El pobre hombre quiso decir sencillamente que su caballo había sido robado -cosa que era frecuente en la región- o quizá que algún esbirro del gobierno se lo había quitado.

Para volver al punto de partida, los placeres de cabalgar no surgen tan sólo de las sensaciones agradables que nacen de esa *"sensación de vuelo"*; está además el conocimiento, bueno de por sí, de que no estamos sobre una máquina astutamente construida -como el caballo de bronce de la leyenda, sobre el cual el rey de los tártaros cabalgaba- sino sobre algo con vida y capacidad como nosotros, que siente lo que sentimos; nos entiende y con agudeza participa de ello. Tómese como ejemplo el caballo que acostumbra montar un anciano: ¡con qué mesura y qué parejamente se mueve y desplaza eligiendo el mejor camino!; mas si cae en manos de un joven vivaz, ¡con qué celeridad recobrará sus bríos! Si los caballos fuesen menos dúctiles, más criaturas de costumbres de lo que son, antes de comprar uno, deberíamos inquirir acerca de la índole de su dueño.

Cuando tenía trece años estaba prendado de un caballo que había visto una vez un animal arisco, indomable, que volvía sus ojos alborotadamente, bajo las negras y revueltas crines que le caían sobre su frente. No podía apartar los ojos de ese ser soberbio y hermoso y anhelaba, desde el fondo de mi alma, poseerlo. Su dueño -que resultó ser un despreciable vagabundo- al advertir mi entusiasmo y admiración, uno o dos días después, tras haber perdido todo su dinero en el juego, vino a mí para ofrecerme su caballo. Habiendo obtenido el consentimiento de mi padre, corrí hacia el hombre y le ofrecí todo el dinero que tenía, unos treinta o treinta y cinco chelines, creo. Después de rezongar un poco y al notar que no obtendría más, aceptó. Esta nueva adquisición me colmó de inusitada alegría y pasaba mi tiempo acariciándolo y llevándolo por el campo para que eligiese los mejores pastos, y escogía hojas para alimentarlo. Estoy convencido de que el animal lo comprendía y me quería, pues a pesar de su hosca mirada, siempre se comportaba con migo de un modo singular y gentil. Nunca intentó voltearme, aun cuando lo hacía con rapidez -debo confesar que para mi gran deleite- con cualquiera que quisiese montarlo. Es probable que el secreto de su comportamiento estuviese en su odio hacia el látigo. Con éste en particular, si no con toda la especie, la celebrada descripción de que *"El caballo es un animal dócil, pero si se lo azota, no lo será"*, se cumplió. Tras pocos días de poseerlo, fui a presenciar una yerra en una estancia vecina. Hallé treinta o cuarenta gauchos en el lugar, ocupados en enlazar y marcar el ganado. Es un trabajo rudo y peligroso, pero al parecer no lo suficientemente peligroso para quienes lo realizaban, de modo que tras haberlos marcado y haberles soltado el lazo, varios de ellos, sólo por diversión, procuraban revolverlos mientras corrían, al cargar con furia contra ellos. Yo permanecía montado disfrutando su juego; mi caballo estaba muy quieto contemplando ansiosamente. Finalmente un toro fue liberado y enardecido por la fiera tortura sufrida, bajó la cornamenta y huyó despavorido hacia el campo abierto. Tres jinetes partieron uno tras otro, desprendiéndose raudos del montón y cargaron a toda

velocidad contra el toro. En ese momento, mi caballo, posiblemente interpretando algún casual toque de mi mano en su cuello o algún movimiento de mi cuerpo como un deseo mío de unirme al juego, repentinamente se abalanzó hacia adelante y cargó contra el animal que huía, pechándolo en el mismo medio y volteándolo, de un golpe lo hizo caer. La bestia embestida cayó rodando con violencia, mientras que mi caballo permanecía con la inmovilidad de la estatua, mirándolo. Es extraño, pero no fui derribado y, dando la vuelta, regresé al galope, ovacionado por los gritos y aplausos de los espectadores. Ha sido la única vez que tuve el privilegio de escuchar que se me aplaudiese. Ellos desconocían que mi caballo había realizado la peligrosa hazaña sin la guía de su jinete. Indudablemente, estaba acostumbrado a esas lides, y quizá en ese momento había olvidado el cambio de dueño y que estaba en manos de quien tenía pocos años. Nunca más intentó, voluntariamente, una hazaña así; supo, creo, que ya no estaba montado por un individuo temerario que no valoraba su vida. ¡Pobre Picaso! Fue mío hasta su muerte. Tuve veintenas de caballos desde entonces, pero jamás quise a otro animal como a él.

Entre los gauchos la unión entre el hombre y el caballo no es de naturaleza tan íntima como la que con él tienen los indios de la pampa. Los caballos son demasiado baratos -ya que un hombre descalzo puede poseer una tropilla- para que nazca entre ellos una estrecha amistad. El indio tiene menos personalidad que el gaucho. Las inmutables condiciones naturales de su medio, su vida salvaje -que es una perpetua cacería-, lo acercan más al nivel de la bestia que monta. Es también probable que haya adquirido la sagacidad de su caballo en su larga convivencia centenaria y la haya heredado su instinto. El caballo del indio es más dócil, comprende mejor a su amo; el más leve toque en el pescuezo -que parece haber desarrollado una maravillosa sensibilidad suficiente para guiarlo-. El gaucho se desvela para que su caballo tenga una "*boca de seda*", como con propiedad lo llama; el del indio lo tiene de nacimiento. Raramente el gaucho duerme montado; el indio puede morir sobre su caballo. Durante la lucha en los fortines, se ha escuchado a veces que se había encontrado un guerrero muerto, el cual era difícil separar del caballo que lo había alejado del combate y al que estaba prendido del cogote, con sus dedos rígidos.

Sin embargo, aun en la tierra gaucha, donde, me duele confesarlo, los caballos no son merecidamente estimados, hay muchos casos notables de fidelidad y afecto equinos hacia el hombre y del más entrañable compañerismo entre el caballo y el jinete. Relataré sólo uno.

Cuando Rosas, el "*hombre de sangre y hierro*", era el dictador en la Argentina -posición que mantuvo por un cuarto de siglo- los desertores del ejército eran inexorablemente fusilados cuando se los capturaba, cosa que generalmente ocurría. Pero donde pasé mi niñez, había un desertor que se llamaba Santa Ana, quien durante siete años, sin alejarse de la vecindad de su hogar, logró eludir a sus perseguidores debido a la maravillosa sagacidad y constante vigilancia de su caballo.

Cuando descansaba en la llanura, pues raramente dormía bajo techo, su fiel caballo montaba guardia. A la sola vista de jinetes en el horizonte, volaba junto a su amo y asiendo su capa con los dientes, lo levantaba con un violento sacudón. El fugitivo se erguía y en un instante jinete y cabalgadura se perdían entre los espesos cañaverales que abundaban y entre los cuales nadie los seguiría. No tengo espacio para referir otras hazañas del caballo, pero, finalmente, cuando las brevas estuvieron maduras -tanto literal como figurativamente, pues era otoño- la larga tiranía llegó a su fin y Santa Ana emergió del cañaveral, donde había vivido primitivamente, para convivir entre los suyos. Era un hombre de aspecto basto, de pocas palabras, carente de reputación de honestidad en la zona, mas me atrevo a decir que había algo de bueno en él.

Quienes estudian la naturaleza, están familiarizados con los efectos modificadores que producen las nuevas condiciones en el hombre y el bruto. Tómese por ejemplo el gaucho: debe recorrer a diario grandes distancias, ver con prontitud, juzgar con rapidez, estar listo para enfrentar en todo momento la fatiga, el hambre, los cambios violentos de la temperatura y grandes y repentinos peligros. Estas condiciones lo han diferenciado profundamente del campesino de la península Ibérica. Tiene la resistencia y la aguda vista del lobo, es rico en experiencias, rápido en la

acción, no valora la vida humana y es, en el dolor y la derrota, un estoico. Es indiscutible que el caballo que monta también ha sufrido cambios. Se diferencia tanto del caballo de caza inglés, por ejemplo, como un animal puede diferenciarse de otro de su misma especie. Jamás golpea el suelo con sus manos ni gasta sus energías en una vana ostentación; carece del impávido coraje que lo lleva a las brillantes exhibiciones en los campos de caza y que con frecuencia le hace intentar lo imposible. El empeña todos sus esfuerzos en la caza, llevando la cabeza baja y casi cortando las hierbas con sus vasos; no es un animal vistoso. El uso constante o el lento proceso acumulativo de la selección natural han servido para desarrollar en él una sobrenatural agudeza de los sentidos. La vista del buitre, con toda la ventaja que deriva de su visión de perspectiva de la escena, no alcanza a tanto como el sentido del olfato de los caballos de la pampa. Un fenómeno frecuente en la pampa es la repentina migración de equinos de una zona a otra distante. Esto ocurre en las épocas de sequía; cuando no llueve y el pasto escasea, ellos se dirigen hacia algún lugar donde han caído lluvias o por otras circunstancias hay mayor cantidad de agua y forraje. Una leve brisa que sople desde esos lugares más favorecidos -los que pueden estar a más de ochenta o noventa kilómetros de distancia- es lo suficiente para ponerlos en marcha. Pero durante los bochornosos días de verano, el olor a humedad o a pastos no puede alcanzarlos a tal distancia.

Otro fenómeno aun más llamativo es familiar al hombre que vive en las fronteras. Por alguna razón, el caballo del gaucho manifiesta un profundo terror ante la invasión del indio. Es indudable que su temor es, en parte, un sentimiento asociado a la ola de conmoción y excitación que arrasa como una oleada toda la región: casas en llamas, familias huyendo, el ganado arriado a velocidades increíbles hacia sitios más seguros. Sea esto como fuere, mucho antes de que los merodeadores alcancen el poblado (a menudo cuando están aún a una jornada de distancia) los caballos lanzan la alarma y se acercan atropelladamente, contagiando el ganado, que inicia su huida. Los gauchos aseguran que los caballos *huelen* a los indios. Pienso que están en lo cierto, pues al haber pasado a distancia una toldería, de cuyo lado soplabla el viento, los integrantes de la tropilla que arriaba, se espantaron y alejaron, obligándome a perseguirlos varios kilómetros. La explicación de que avestruces, ciervos y otros animales veloces que se adelantan a la invasión, puedan ser la causa de la huida, no es aceptable, ya que los caballos están acostumbrados a verlos huir escapando de los cazadores.

Hay una bonita fábula de un gato y un perro acostados en una habitación oscura; ilustra la misma acerca de la fina sensibilidad de esas dos especies. El perro dijo: "*Escucha, ¡sentí caer una pluma!*"-a lo que el gato respondió:- "*¡Oh no! ¡Fue una aguja, yo la vi!*" No se cree en general que el caballo tenga agudeza de los sentidos, como los del perro que sigue la huella de su amo sobre el pavimento en las ciudades, realizando posiblemente una hazaña que ningún otro animal puede igualar.

Sin duda la vida artificial que un caballo vive en Inglaterra, dando tan pocas oportunidades a muchas de sus mejores facultades, ha servido para disminuirlos. Es una criatura espléndida, pero la noble apostura y el empuje y el invencible coraje que lo distinguen de sus modestos congéneres del desierto, no han sido adquiridos sin la correspondiente pérdida de otras cosas. Cabalgando de noche, el caballo del indio -y a veces igual hábito se encuentra en el de los gauchos agacha más y más su cabeza a medida que oscurece, cuando aumenta el peligro de las numerosas cuevas que se ocultan en el suelo, hasta que sus fosas nasales casi barren, como las del zorro, la superficie. Que esto le es dictado por el instinto de preservación, es fácil de suponer, pues cuando he intentado hacerle levantar la cabeza, ha respondido a este intento tascando el freno y sacándome violentamente las riendas de la mano. Con su milagroso sentido del olfato, ubica exactamente la posición de cada cueva oculta y la sortea rápida y seguramente.

En el desierto, el gaucho, por razones que no ignora, llama al puma "*el amigo del hombre*". El árabe llama así a su caballo, pero en Europa, donde no se asocian estrechamente con el caballo, es el perro el que toma ese lugar en sus afectos. El mayor elogio que se le haya hecho a este animal,

quizá sea el que se encuentra en el ensayo de Bacon *Ateísmo*: "...pues, tómese ejemplo del perro y adviértase cuánta generosidad y coraje rinde cuando advierte que es sustentado por un hombre quien ocupa para él el lugar de un dios o mejor natura, cuyo coraje sólo se manifiesta al hallar un ser superior a sí mismo, y si ello no hubiese ocurrido, nunca podría manifestarse". ¿No podríamos decir otro tanto del caballo? Los mismos animales que huyen despavoridos ante el olor del salvaje, habrán de cargar, cuando son sujetados por su amo, contra las hordas vociferantes y salvajes.

Tuve una vez, en mi casa, un caballo nacido y criado en el lugar, tan dócil que cada vez que lo necesitaba, podía llegarme hasta donde estuvieran pastando los caballos, que aun cuando todos se alejasen al galope, al acercarme, él mansamente aguardaba que lo agarrase. De un salto lo montaba e iba tras los otros al galope, me dirigía a las casas, con sólo mi mano en su cogote para guiarlo. No lo montaba con frecuencia pues era lento y sobón, pero era el favorito de las mujeres tímidas y de los niños. Solía además ser utilizado para los trabajos de la chacra; con o sin arneses, además, podía cazar con mi escopeta sin desmontar. En la época en que maduraban los duraznos, solía andarse por el monte, sacando de las ramas más bajas la fruta y sacudiéndolas para que cayesen las más maduras, pues era muy afecto a ellos. Una noche muy oscura, regresaba con este caballo por un camino de tres kilómetros de largo, con cerco a ambos lados, y ya llegaba al final cuando el caballo se paró en seco y lanzó una serie de bufidos de terror. No veía frente a mí más que la oscuridad y procuré darle ánimo acariciándole el pescuezo, hallándolo empapado por el sudor, producto del miedo. El látigo no lo impresionó y procuraba retroceder, sus ojos fijos, aparentemente, en el objeto que lo aterrorizaba, mientras temblaba tanto que me sacudía en la montura. Luchaba por volverse y salir a la carrera. Yo estaba resuelto a no cejar y continué mi lucha. Repentinamente, cuando ya desesperaba de llegar por ese camino, se lanzó hacia adelante, acometiendo el para mí invisible objeto, y cuando lo hubo sorteado, tascando el freno, emprendió una loca carrera hasta mi propia puerta. Cuando desmonté, su terror parecía haber pasado, pero dejó caer su cabeza, abatido, tal como si hubiese estado ensillado todo el día. Nunca presencié otro caso de casi enloquecido terror; su miedo y su recelo eran como los que podríamos imaginar sintiese un hombre frente a un fantasma que se le apareciese en algún lugar solitario y oscuro. El, empero, no se esforzó por alejarme como fácilmente hubiera podido hacer, sino que, sintiéndose dominado por un ser superior a sí mismo, prefirió enfrentarlo. Nunca hallé en un perro un ejemplo más profundo que esta noble muestra de coraje animal. Al momento, el incidente no me impresionó, pero cuando me detuve a reflexionar cuánta era mi falta de vista comparada con la del caballo, ya que no era fácil que su imaginación arrojase un objeto familiar con cosas de fantasía y terror, fue entonces que el hecho me impresionó vivamente.

Me desagrada acabar con un tema, en el cual, para expresarme como los gauchos, he pasado por alto muchos aspectos, como los buenos pastos y las hierbas fragantes que el animal huele y ante los que no puede detenerse para gustarlos, y me duele profundamente concluir con este último incidente, el cual contiene en sí un elemento misterioso. He preferido retroceder un poco en mi tema original -el placer de cabalgar- con el ánimo de mencionar esa clase de goce que mi lector inglés probablemente jamás haya gustado ni conocido.

Cuando cabalgaba de noche por la pampa, yo me deleitaba acostándome sobre el lomo de mi caballo, con mis piernas bien apretadas alrededor de su pescuezo; en esta postura, que la práctica hace tan segura como confortable, se puede andar contemplando el estrellado firmamento. Para gozar plenamente esta manera de montar, es necesario un caballo sin herrar, de paso seguro y muy confiado en su jinete; además se le debe conducir por un lugar llano y herboso con andar ligero y suave. En esas condiciones la sensación es positivamente deliciosa. La tierra no está visible, sólo el amplio círculo del cielo donde titilan innumerables estrellas. El ahogado son de sus vasos sobre la tierra suave nos permite imaginar el rumor de las alas de nuestro Pegaso, mientras nuestra fantasía nos permite creer que penetramos en el espacio. Lamentablemente, esta manera de cabalgar no es posible en Inglaterra y, aun si alguno se entusiasmase tanto como para ponerlo en práctica, importando ligeros caballos árabes o criollos y recorriese extensos parques en noches oscuras y

estrelladas, alzaría, es probable, un coro de mofas contra tan indigno pasatiempo. A propósito de dignidad, para terminar, relataré un incidente de mi vida londinense, el cual puede, quizá, ser de interés para los psicólogos. Hace un tiempo, en *Oxford St.* subí al imperial de un ómnibus que iba hacia el oeste. Estaba preocupado y ansioso por llegar a casa y, de un modo totalmente ajeno, me irritó el lento andar del vehículo que el progreso nos brindaba. Todo ello era un sentimiento viejo y familiar: el pensamiento ausente, el paso lento y la consecuente irritación. El indolente bruto que yo imaginaba montar, estaba, como de costumbre, tomando ventaja de la abstracción del jinete: pero yo, pronto, le "*haría sentir*" que no me había ido tan lejos como para no notar la diferencia entre el galope y el tranco. Así, alzando mi paraguas, propiné un sonoro golpe al costado de mi asiento, con gran asombro de los pasajeros. Tan penetrados estamos por las costumbres, hábitos, subterfugios del pensamiento y de la acción que surgen desde el suelo que habitamos; y aún cuando ya nos hemos separado y alejado de él, ¡las raíces muertas todavía nos abrazan!

CAPITULO XXIV

Visto y Perdido

Podemos imaginar cuál sería el sentir de un lapidario -un entusiasta cuya vida estuviese entregada al estudio de piedras preciosas y cuyo único deleite fuese contemplar sus múltiples bellezas-, si un extraño se le acercase y abriendo su mano le mostrase una gema nueva y desconocida, espléndida como el rubí o el zafiro, pero evidentemente no la mera variedad de una piedra familiar, sino difiriendo tan profundamente de las otras como el diamante del ópalo u ojo de gato; luego, justo cuando comenzara a regocijarse ante esa extraña y exquisita belleza, la mano se cerrase, y el desconocido se alejase con sonrisa burlona y desapareciese entre la multitud. No es extraño un sentimiento similar en el ámbito del naturalista, quien tiene la suerte de vivir en un campo aún no muy trabajado en cuanto a una clasificación científica de sus pobladores naturales, prolijamente descriptos e ingeniosamente dibujados en alguna colosal monografía. Una rápida ojeada de un observador práctico siempre ávido por hallar alguna novedad, sabe que ahí hay algo nuevo para él; pero su regocijo es acaso de sólo unos instantes y el premio es arrebatado de su vista para siempre. El lapidario podría tener sus dudas; podría pensar que el desconocido se burló de él mostrándole una sorprendente gema artificial y que un examen riguroso habría probado su carencia de valor. Pero al naturalista no puede caberle esa duda. Si es un entusiasta bien familiarizado con la fauna de su zona, y tiene buena y rápida vista, sabe que no hay error. Pues ahí está la extraña nueva forma, fotografiada por su mente debido a un singular proceso y ahí permanecerá, imagen inasequible, con sus claras líneas y frescos colores indelebles en el tiempo.

Al andar por el claro de un bosque, puede contemplar, justamente en el momento preciso, para ver una mariposa grande y rara un *morpho* azul deambulando digamos, en algún lejano país donde este insecto angelical es desconocido, pasando frente a sus ojos en un vuelo descuidado y alegre, el ser más leve de la naturaleza, azul y etéreo como su celeste y aérea morada, pero ofreciendo un brillo más delicado y sorprendente en su color cerúleo, que brinda una gloria no imaginada a sus amplias etéreas alas; y entonces, aún antes de que su alma haya tenido tiempo para gustar esa dicha, se puede alejar, elevándose sobre los altos árboles, para no volver a ser visto.

La admiración, el deleite y el deseo son igualmente profundos y la pérdida agudamente sentida, aun cuando la extraña especie vista no hubiese sido de una gran belleza. La novedad es lo que produce la atracción del naturalista.

¡Cuánto más hermoso que todos los demás parece cierto pajarillo marrón innominado! Han pasado muchos años y su imagen no se ha borrado; sin embargo, lo vi tan sólo unos instantes, cuando apareció dando saltitos de entre un matorral y parado a uno o dos metros o algo más de mí, no asustado, pero sí curioso; tras observarme primero con un ojo, luego con el otro, y restregando su pequeño pico contra una rama, se fue, para no ser visto más. Por muchos días lo busqué y por años esperé su reaparición; fue para mí más que los noventa y nueve pájaros que siempre había conocido. Era, sin embargo, un pajarillo modesto, con su plumaje de un tono marrón muy claro en el pecho y el cuello blanco, y, como para diferenciarlo, una franja de color paja sobre sus ojos. Esa cinta con la

cual madre Natura galardona a muchos de sus seres alados, en reconocimiento, quiero creer, de algún mérito pequeño y vulgar. Si yo hubiese de tropezar con él en alguna colección, lo reconocería de inmediato; sólo que en tal caso, ese pequeño pajarito me parecerá sencillo y doméstico, ya que había hecho que, por algún tiempo, todos me pareciesen poco bellos.

Aun un premio mayor puede mostrarse ante nosotros por un corto tiempo: uno de los más nobles mamíferos, que son menos en número y están confinados a vivir sobre la tierra como nosotros y, por lo tanto, mucho más conocido que las errantes criaturas del aire. En algún rincón apartado, al descansar entre la hierba lujuriosa o el pastizal del bosque, un rumor leve nos sorprende... y, ¡he ahí!, mirándonos entre la enramada, una cara rara; sus orejas erectas como hojas, sus oscuros ojos muy abiertos por la sorpresa, y su afilada nariz negra arrugándose y olfateando ruidosamente para absorber del aire el poco familiar olor de la presencia humana, tal como el fruncimiento de los labios y el chasquido característico del catador frente a un nuevo vino. Apenas descubierto huyó, como un sueño, un fantasma, ese pequeño rostro peludo, para ser, de allí en adelante sólo una imagen en la memoria.

Algunas veces el premio puede ser muy valioso, y estar, acaso, al alcance de la mano, desafiándola a aprehenderlo, -como si esto fuera posible-, y enseguida escurrirse, para no volver a ser visto, aun cuando se lo busque día tras día, con avidez comparable a la de un pordiosero que encuentra un doblón de oro en el bosque y en el mismo instante en que comienza a comprender cuál es su valor, se le cae entre el follaje y no puede encontrarlo nuevamente.

No se oye el menor movimiento entre los pastos, ningún ruido de hoja seca y, sin embargo, sabemos que algo se ha movido, algo ha venido o se ha ido; mirando con fijeza un punto, advertimos que aun está ahí, cerca nuestro, la cabeza puntiaguda de un ofidio, y su largo cuello, no tirado hacia atrás y amenazando, sino inclinándose hacia adelante, oscuro y lustroso como los tallos verdes y violáceos que emergen del suelo pantanoso, cubierto su costado con una cadena irregular de manchas oscuras. Está inmóvil, también como los juncos; pero al momento, su lengua roja y reluciente emerge y se agita como una pequeña columna de humo y llamas, y se recoge; entonces, la plana cabeza serpentina se deja caer, y aquel ser ha desaparecido.

Cómo vi y perdí al noble sapo luchador, lo he contado en el Capítulo IV; otras experiencias frustrantes quedan para ser relatadas en el presente capítulo, el cual no está dedicado a los naturalistas severos, sino a cuantos lectores puedan gustar de escuchar algo acerca de los pesares y las alegrías de los observadores, tanto como de los resultados de los mismos.

Una de mis más tempranas experiencias de ver y perder, se refiere al picaflor -verdadera "joya de la ornitología". Era tan sólo un niño, pero ya bastante familiarizado con los pájaros de la zona en donde vivía -cerca del Río de la Plata-, y entre ellos había tres especies de pica-flores. Un día de primavera vi una cuarta, una cosa chiquita y maravillosa, la mitad del tamaño del más pequeño ejemplar de las otras tres, el bien conocido *Phaithornis splendens*, escasamente mayor a un mangangá. Yo estaba a escasos setenta y cinco centímetros de distancia, mientras él libaba en las flores, suspendido, inmóvil en el aire, pareciendo sus alas sin forma, como de niebla, debido a la rapidez con que se agitaban; en cambio el resto de su plumaje se observaba claramente. La cabeza y el cuello y la parte superior del lomo, eran verde esmeralda con el brillo metálico y pulido que se 'advierte en esta especie; la parte inferior de su cuerpo, era negro aterciopelado; su cola y sobrecola, blancas como la nieve. En dos ocasiones más, con el intervalo de pocos días, vi esta rara y brillante visita, siempre muy de cerca, y procure sin éxito capturarlo; después, desapareció del lugar. Lo volví a ver cuatro años más tarde, no lejos del lugar anterior; era el fin del verano y yo estaba caminando sobre un suelo cubierto de pasto. No había otra cosa que creciese por allí, excepto un viejo y solitario cardo de gruesos tallos, con una sola flor en el central, sobre sus hojas gris verdosas semejantes a las de las alcachofas; el contorno de la espinosa flor era tan grande como el de un mirasol, de un color púrpura delicadamente nevado; sobre ese disco plano se alimentaban varios insectos -moscas, luciérnagas y pequeñas avispas- y me detuve unos minutos para observarlos. De

repente, un objeto neblinoso pasó raudo frente a mi rostro y se paró en el aire a unos tres o cinco centímetros del borde de la flor. ¡Otra vez el perdido picaflor que tanto recordaba! La exquisitamente grácil figura, medio envuelta por esa niebla de sus alas; el reverberero de su verde y negro manto y su nívea cola, abierta como un abanico: así pendía como una bella gema con forma de pájaro, suspendida por una invisible tela de araña. Transcurrieron uno, dos, o quizá tres momentos, mientras temblaba extasiado por un raptó de profunda excitación, y luego, antes de ser dueño de mis reflejos para hacer un último intento de capturarlo con mi sombrero, se alejó tan raudo por el aire que forma y color se perdieron al instante y sólo se advertía una oscura línea gris, baja en el horizonte, desvaneciéndose rápidamente. Esa fue la última vez que lo viera.

El caso de esta pequeña gema alada, vagando aun sin nombre por lugares salvajes, me recuerda otro pájaro visto y perdido, también destacable por su tamaño diminuto. Lo busqué por años, y cuando llegó la tan deseada oportunidad, y estaba en mí el asirlo, me detuve; el destino me castigó, no permitiéndome verlo de nuevo. En varias oportunidades, cabalgando por la pampa, había vislumbrado esta diminuta avecilla que se elevaba como una polilla, con un vuelo incierto y trémulo, y luego se sumergía nuevamente entre las hierbas, los pastos altos o los cardos. Su plumaje es de un tinte amarillento, como los pastos secos, y su cuerpo, extremadamente fino, parecía más delgado debido al largo de su cola. Sabía que era un *Synallaxis*, un género de pequeños pájaros de la familia de los trepadores. Como ya he dicho en un capítulo anterior, estos son pájaros sabios y más interesantes, casi más hermosos -he dicho- por su sagacidad o instinto para engañar que el quetzal en su verde resplandeciente o que el guacamayo, con su brillante manto escarlata o naranja. Ratonas y calandrias tienen, como especial atracción, las melodías de su canto, y el nombre de cada uno nos recuerda cierto tipo de musicalidad. Pensamos en vencejos y golondrinas en relación con el misterioso instinto migratorio, y en los picaflores con su manto iridiscente y la milagrosa movilidad de sus alas. De igual modo, el *Dendrocolaptidae* doméstico, posee genio para la construcción de su nido, y mentar uno de estos pequeños pájaros sin hacer referencia a su nido, sería tal como hacer una biografía de Sir Christopher Wren, que no hiciese mención de sus obras. No es pues extraño que cuando yo viera este pájaro, la pregunta surgiese sola: ¿qué clase de nido se construye?

Una mañana en el mes de octubre, el gran período de postura en el hemisferio sur, cuando con cautela me iba abriendo camino entre un cardal, una misteriosa criatura levantó vuelo y se posó sobre un grupo de hojas próximas a mí. Lanzó un tímido gorjeo, semejante al chirrido de la langosta; de inmediato un segundo individuo apareció, más pequeño y de color más desvaído y, si es posible, más tímido que el primero. Se mostraron por un par de segundos, luego ambos se sumergieron y ocultaron. ¡Cuánto me alegró verlos!, pues ahí estaban, macho y hembra en un lugar cómodo y en mi propio campo, en el cual, indudablemente, pensaban procrear. Desde entonces, todos los días les hacía una visita breve, y tras aguardar unos quince minutos inmóvil entre el cardal, siempre lograba que se mostrasen unos momentos. Con facilidad les hubiese podido echar mano, pero mi deseo era descubrir sus hábitos de nidificación; fue después de varios días de observación que fui recompensado al hallar su nido; luego, por tres días más, observé su lento progreso. Cada vez que me aproximaba, uno de ellos se escapaba y se perdía en el matorral. La estructura tenía unos catorce centímetros de largo y no más de cuatro y medio de diámetro; estaba colocado horizontalmente sobre una hoja ancha y dura de cardo, protegido con otras hojas por encima. Estaba hecho con finos pastos secos tejidos en forma muy suelta y formaba un perfecto tubo recto, abierto en ambos extremos. La abertura era tan estrecha que sólo podía introducir mi dedo meñique, y el pájaro no hubiera podido, desde luego, darse vuelta en tan angosto pasaje, por eso entraba por un extremo y salía por el otro. Al visitar el lugar el cuarto día, hallé, con profundo disgusto, que lo tan delicadamente fabricado, había sido destruido y derribado por algún animal; que, además, las aves habían literalmente desaparecido, pues en vano los busqué tanto allí como en las cercanías, entre pastos y cardales. Me había parecido inútil poseer el pájaro sin su nido; ahora, tras todos mis cuidados, tenía tan sólo una brizna de pasto seco en mi mano y ningún pájaro. El pequeño ser tímido y modesto, viviendo como las violetas oculto entre las hojas, aún cuando mostrándose, siempre semiculto, habría de ser en el futuro sólo una imagen inasible en mi recuerdo.

Pero aun así, mi caso no era tan desesperanzado como el del imaginado lapidario, pues por muy rara que sea una especie y por muy cerca que esté de la extinción, siempre continúan existiendo muchos individuos y yo me congraciaba con la idea de poder volver a ver o hallar alguno en el porvenir. Y aun cuando esa especie particular no hubiese de alegrar mi vista, había otras veintenas y centenares más, y en cualquier momento podría, acaso, lograr ver alguno luciéndose como una joya viviente en la palma abierta que natura nos extiende.

Hay veces en que un animal se nos ha pasado inadvertidamente o ha sido visto sin prestársele atención, para ser olvidado, quizá; mas por algún acontecimiento especial o por algún hábito, ha recobrado de pronto una especial importancia y ha hecho deseable su posesión.

Estuve una vez comprometido en la monótona y pesada tarea de arrear un gran número de ovejas a unos 405 km., con tiempo excesivamente caluroso, por lo cual ellas preferían antes que andar, el estar quietas. Me acompañaban cinco o seis gauchos; nos hallábamos por la pampa, al sur de Buenos Aires, cerca de una serranía pedregosa que se elevaba a unos casi doscientos metros sobre la llanura. ¿Quién, que haya viajado dieciocho días sobre una llanura yerma, bajo un sol calcinante, puede resistir una sierra? Resultaba para nosotros más sublime que el *Conondagua* o el *Illimani*. Dejando la tropa, me dirigí hacia ella con tres de los hombres y, tras asegurar los caballos al pie de la ladera, comenzamos nuestra difícil ascensión. Ocurre que cuando al gaucho se le quita el caballo, sobre el cual vive como una especie de parásito, se torna un ser muy lento; así fue que pronto los dejé muy atrás. Al llegar a un lugar donde las hierbas florecidas y los helechos se hacían espesos, comencé a escuchar a mí alrededor sonidos de una calidad totalmente diferente a la de otros a los que yo estaba acostumbrado; eran innumerables voces bajas y claras que vibraban como toques de campanas resonantes y acompasadas. Me hallaba totalmente confundido debido a esa música misteriosa, la cual, mientras caminaba, se elevaba y bajaba en forma rítmica, llevando el compás de mis pasos. Me detuve y de inmediato los sonidos cesaron. Di unos pasos hacia adelante y nuevamente las fantásticas campanitas eran echadas a vuelo, tal como si a cada paso mío, un pie accionase una central conectada con una serie de campanitas ocultas y colgadas entre el follaje. Esperé a mis compañeros y llamé su atención sobre ese fenómeno, y también a ellos les causó extrañeza y perplejidad. Uno de ellos exclamó muy agitado:

“*¡Es la víbora de cascabel! ¡Es la víbora de cascabel!*”; más, aun cuando no tenía todavía experiencia sobre ese reptil, supe que estaba equivocado. Sin embargo, ¡qué fácil equivocarse! El nombre español de “*víbora de cascabel*”, hacía que él hubiera imaginado que el ruido continuo que producen las vibraciones de las piezas de su cola, semejando el canto de la chicharra, se pareciese a la del cascabel. Casualmente descubrimos que el sonido provenía de unos saltamontes⁶⁹, pero fueron vistos para luego perderse, pues no pude cazar ninguno debido a su excesiva timidez y la astucia que les prodigaban sus sucesivos toques de alarma. Además, debía volver a mis ovejas y no tuve luego otra oportunidad para regresar al lugar a fin de observar sus singulares hábitos y coleccionarlos. Eran unas langostas muy delgadas de unos cuatro centímetros de largo, con un color leonado uniforme, color protector, de hoja muerta. Tenían además una actitud defensiva, común a casi todas las langostas: la de abrazarse a un tallo, verticalmente erguido, con su cuatro finas patas delanteras, y luego moverse astutamente, como para escudarse y quedar siempre tras él. Otras langostas hay, que son silentes cuando están asustadas, y el silencio y la mimesis son los medios de que se valen para no ser detectadas. Pero esta particular especie, o raza, o colonia, que habitaba al borde de la sierra aislada, había adquirido una costumbre contraria, imitando el hábito gregario de pájaros y mamíferos. Pues ese sonido de alerta (a menos que imitase el de alarma de la víbora de cascabel -lo que no era así-) no puede ser verdaderamente beneficioso para seres que viven solos, como casi siempre lo hacen las langostas, sino que les resultaría perjudicial; de modo que esa costumbre que tiende al bien general, sólo pudo originarse entre especies que viven en comunidad.

En otra ocasión, durante la estación más calurosa, viajaba solo a través del campo por un

⁶⁹ Tucura o langosta pequeña.

lugar nuevo para mí, a unas pocas leguas al este⁷⁰ del Río de la Plata, en su parte más ancha. Cerca de las once de la mañana llegué a una hondonada, cubierta de pasto verde y corto, aun cuando en el resto de la comarca la vegetación estaba quemada, muerta y seca como ceniza. Al ser el piso tan favorable, crucé ese llano en aproximadamente treinta minutos, a galope tendido. Vi en esa media hora gran número de víboras todas de la misma clase y una especie nueva para mí. Sólo mi ansia por llegar a destino, antes del alto calor de la tarde, me hicieron continuar de largo. Eran tantas las víboras en ese espacio verde, que con frecuencia tenía más de una docena por vez ante mi vista. Me pareció que pertenecían a la especie *Coronella* -culebras inofensivas-, pero tenían dos veces el tamaño de cualquiera de las dos especies del mismo género con las cuales estaba familiarizado. En cuanto a su largo, variaban mucho, pues las había desde sesenta centímetros a un metro y medio de largo, y su color era de un amarillo apagado o bronceado, con rayas de tintes marrones. Entre el pasto parcial o totalmente seco no habría sido posible distinguirlas ni siquiera a corta distancia, pero sobre el pasto verde y brillante se destacaban y eran fácilmente visibles desde los treinta y cinco o cuarenta y cinco metros de distancia.

Ninguna de ellas estaba enroscada, todas permanecían estiradas en todo su largo y semejaban cintas amarillas o bronceadas, arrojadas sobre el pasto. Era muy poco frecuente ver tantas víboras juntas, aunque no sorprendente en aquellas circunstancias: los calores de diciembre habían secado todas las corrientes de agua, acabado con toda la vegetación, y dejado el suelo tan duro y árido como un ladrillo calcinado. En tal situación, las víboras, especialmente las especies más activas, no venenosas, viajarían largas distancias, con su lento andar, en busca de agua. Aquellas que vi durante mi viaje, probablemente habían sido atraídas por la humedad, desde una amplia área de su región, y pese a que no había agua, el suave y fresco pasto debe de haberlas gratificado. Las víboras se enroscan cuando están en lo suyo; cuando viajan o están en campos distantes, es común que permanezcan totalmente extendidas, aun al reposar -y generalmente están haciéndolo-. Al tiempo, me detuve antes de dejar atrás la verde planicie, para dar a mi parejero un breve respiro. Desmonté y me acerqué a una víbora grande, pero cuando estaba a unos doce metros, alzó su cabeza y, volviéndose, se dirigió con bastante rapidez hacia mí; retrocedí y me siguió hasta que, montando de un salto me alejé, grandemente sorprendido por su acción, y comenzando a creer que fuera venenosa. Mientras continuaba mi andar, mi sentimiento de sorpresa creció hasta imponerse al de mi prisa; al fin, viendo más víboras desmonté y me acerqué a la más grande; obtuve la misma reacción: la víbora se irguió y con enojo se dirigió hacia mí, cuando permanecía todavía, (teniendo en cuenta las costumbres lentas y letárgicas de las especies venenosas) a una distancia prudente. Una y otra vez repetí la experiencia, siempre con la misma respuesta. Finalmente acudí a una con un golpe de mi látigo para examinarle la boca, y encontré que carecía de colmillos ponzoñosos.

Continué luego mi viaje, esperando encontrar más víboras de esa misma clase en mi lugar de destino; mas no las había y pronto mi quehacer me llevó a un sitio distante y nunca más volví a ver esa especie. Pero cuando me iba alejando de aquella verde extensión y estaba otra vez en tierras altas, desoladas, barridas por el viento, llenando el espacio con sus plateadas flores secas, un mar crujiente de cardos gigantes, aun erectos, aunque muertos y rojizos como la herrumbre, me proporcionó una sensación que era digna de ser analizada, la creada por ese enfrentamiento o cambio brusco de lo verde y vital a lo muerto y polvoriento. ¡Era grandioso! Parecía haber algo misterioso, sobrenatural, en la planicie baja, verde y fresca, poblada de víboras, y donde los cascos de mi caballo no producían el más leve ruido, un lugar no habitado por el hombre; sin ganado pastando y donde ningún pájaro salvaje desplegara sus alas. Además, allí los reptiles no eran como otros que se conocen -esa cosa mecánicamente enroscada- una mera trampa de músculo y hueso dispuesta por los elementos para erguirse y atacar al ser pisadas o atacadas: éstas tenían gran inteligencia, elevado espíritu de soberbia y eran dueñas de una noble furia, y capaces de asombro ante la realidad de que otra especie cualquiera -aun el hombre- pudiese aventurarse a molestar su sagrada paz. Esta fue una fantasía, nacida por ese sentimiento misterioso que lo desconocido e

⁷⁰ Es de imaginarse que en esta ocasión no transitaba por territorio argentino, sino en la Rep. Oriental del Uruguay.

inusitado despierta en nosotros -un sentimiento obsoleto, que todavía nos relaciona con los salvajes. Pero el hecho en sí era bastante sorprendente, y por ello lo he consignado, simplemente y dejando de lado toda fantasía. Si el lector no llegase a ser un naturalista, es correcto que se le diga que un naturalista, conscientemente, no puede ser exagerado, y si fuera capaz de una exageración inconsciente, entonces no es un naturalista. Debería apresurarse, para sumarse a "*la larga caravana que se mueve*" hacia el reino fantástico de la novela. Bien, juzgando el hecho simplemente desde el ángulo científico, es un caso de imitación: la inofensiva víbora repite los gestos amenazadores y el accionar propios de alguna especie desaparecida. Lo hace, pero con esta diferencia: la víbora venenosa es -entre todos los seres mortíferos que hay en la naturaleza-, la más lenta en sus reacciones y la más renuente para entablar la lucha. Esta especie en cambio, hacía notar su ira cuando el intruso aun estaba lejos y antes de que le hubiese demostrado su hostilidad.

Mi último caso, es decir el último de los pocos que he elegido, se refiere a una variante singular del ser humano.

En esta oportunidad, nuevamente estaba viajando solo en una región para mí desconocida en la frontera de Buenos Aires.

Era un crudo día de pleno invierno, poco antes de la hora de almorzar. Llegué entumecido y cansado a un lugar de descanso para los peregrinos, una *pulpería*⁷¹ o posada y taberna en donde el viajero puede procurar algo de lo que necesita o desea, desde un trago de rum brasileño que le alegre el espíritu, a un poncho o una capa azul con forro rojo y abrigado que lo mantenga defendido del frío en las noches, o, para apurar a su caballo, un par de espuelas de hierro fundido con un peso de tres kilogramos, con rodajas de casi dieciséis centímetros de diámetro, fabricados en esta isla para ser usados por los bárbaros de allende los mares. La precaria construcción de barro y paja estaba rodeada por un foso cruzado por un puente levadizo; fuera de ese cerco se veían de 12 a 14 caballos ensillados y por la fuerte charla y las risas que se oían desde el interior, pude deducir que eran muchos los rudos hombres de la frontera que ya a esa hora estaban alegres.

Hube de pasar entre todos ellos para dirigirme al pulpero y solicitarle permiso para ir a su cocina con el objeto de prepararme "*un jarro de café*" puesto que eso era lo que deseaba tomar. Cuando entré y saludé, un hombre se volvió y se colocó delante de mí; me miró con fijeza y con voz excesivamente alta y atiplada y cierta tonada, respondió a mis "*buenos días*", y me invitó para que pidiese a sus expensas lo que deseaba beber, le agradecí sin aceptar y de acuerdo con las costumbres gauchas, agregué que pagaría lo suyo. Era llegado el momento en que él dijese que estaba servido y dejar ahí las cosas. Más no lo hizo así: con su extraña voz de animal salvaje, gritó pidiendo una ginebra. Pagué su trago y en otra ocasión me habría sentido, creo, muy sorprendido por su comportamiento, tan otro al del gaucho generalmente cortés; pero este hecho no me afectó en absoluto, tan profundamente me habían impresionado su aspecto y su voz; durante el tiempo que permanecí en el lugar lo estuve observando estrechamente.

El profesor Huxley ha dicho en alguna oportunidad: "*Un cambio acontece frecuentemente, pero aquellos que lo advierten no le hacen caso y no se preocupan por anotarlo*". Esta no es una falta mía, pues tomé nota de ello mientras el hecho estaba fresco en mi mente, y esto es lo que anoté: Tenía una altura de aproximadamente un metro con ochenta -mucho para un gaucho- erguido, de apostura atlética, con hombros excesivamente anchos que hacían parecer pequeña su cabeza redonda; los brazos largos y grandes manoplas; su rostro redondo y chato, su cabello grueso y negro, su tez trigueña rojiza, barbilampiño, demostraba tener más sangre india que española. En cuanto a sus ojos, negros y redondos, tenían más la expresión de un animal rapaz que la de un indio puro. Tenía además el bigote del indio o del mestizo, cuando se permite crecer ese adorno natural que está formado por gruesas briznas erectas semejantes a los bigotes de un gato. Su boca ofrecía una característica maravillosa, pues era casi el doble de las bocas comunes, y ambos labios tenían

⁷¹En castellano en el original (N. del I.)

igual grosor. Esta boca no sonreía, pero se abría mostrando todos los dientes y encías cuando hablaba o debía sonreír; sus dientes no eran, como en otros seres humanos, incisivos, caninos y molares; eran todos exactamente iguales arriba y abajo; cada diente, un reluciente triángulo blanco, con un extremo agudo y filoso como una daga. Eran como los dientes del tiburón o del cocodrilo. Advertí cuando los exhibía, y esto ocurría a menudo, que ellos no estaban alineados como en los perros, comadrejas y otros animales de riña, sino separados, mostrando su parecido con los del serrucho, dentro de su enorme boca roja. Tras haber logrado su ginebra, se unió a los otros en la vociferante conversación y esto me permitió, por algunos minutos, estudiar su cara. En todo ese tiempo, tenía la sensación extraña de haberme enjaulado con un animal salvaje de aspecto horrible, cuyos instintos me eran totalmente desconocidos y, con seguridad, no serían placenteros. Fue interesante observar que cada vez que un contertulio se dirigía a él directamente o se volvía para hablarle, lo hacía con una curiosa expresión, no de temor, pero en parte divertido o albergando algún otro sentimiento que no pude detectar. Bien, uno podría pensar que aquello era lo natural, teniendo en cuenta su extraña apariencia, más no creo que ésta fuera una explicación suficiente. Por rara que sea la apariencia de un hombre, sus amigos o conocidos pronto pierden esa sensación de asombro o sorpresa y olvidan que no es igual a otros. Mi creencia es que aquella curiosidad suya, o lo que fuese, que se dibujaba en sus rostros, era debido a algo en su comportamiento -una extraña actitud mental- que se reflejaba a destiempo o que irrumpía intempestivamente para su diversión o asombro. Había una cierta correlación entre su boca abriéndose y la peligrosa hechura de sus dientes perfectos como los de los animales gruñones, y tales seres -debe recordarse- no sólo gruñen cuando están enojados o amenazantes sino también en sus actitudes de juego. Quizá hubiese habido otras y más importantes semejanzas; además su voz era lo menos parecido a la voz humana que yo haya escuchado entre blancos, negros o rojos. El tiempo que tuve para la observación fue breve; la conversación no me reveló nada más y a poco yo me retiré en busca de la olorosa cocina en la cual hallaría agua caliente para mi café, o de lo contrario agua fría, una pava y medios para hacer fuego: huesos, estiércol seco y grasa rancia.

Nunca he deseado ser un cazador de cabezas en el sentido de los Dyak, pero en esta única vez, yo deseé que hubiese sido posible -sin violar ninguna ley ni hacer nada a otro ser humano, que yo no quisiese se me hiciese a mí- obtener en posesión la cabeza de ese hombre, con su terrible pieza dentaria completa. Pues, ¿cómo, en nombre de la Evolución, llegó él por ellos y por otras peculiaridades físicas -su hábito de gruñir y su atiplada voz inhumana, por ejemplo, que lo hacían un ser diferente de los otros-, a separarse y alejarse tanto del resto? ¿Era él, con una conformación física tan admirable, tan total y completamente equilibrada, tan sólo un producto de la naturaleza -para usar un viejo adagio- una diversión, una variación individual y espontánea, una experiencia de un nuevo tipo humano, imaginado prematuramente en algún tiempo pasado, inconcebible hace tiempo, y que ahora, con retardo, aparecía? ¿O sería, más bien, como la mujer peluda exhibida en Londres no hace mucho, una reproducción del pasado, ese misterio llamado regresión, un algo en la vida de las especies, como la memoria en la del individuo, esa memoria que repentinamente le trae al anciano las vivencias de su infancia? Es que ningún monstruo de fantasía se me ha aparecido con una cara tan extraña y terrible, y éste no era un sueño, sino un hecho real, pues yo vi y hablé a ese hombre, y, a menos que haya sido aquietado por el frío acero o que su caballo lo haya tirado o un toro furioso lo haya embestido -todas formas naturales de muerte en esas tierras desérticas- él estará probablemente viviendo su vida primitiva y quizá en este preciso momento, tomando una ginebra a expensas de algún viajero sorprendido en el lugar donde yo lo encontrase. El hombre paleolítico, a juzgar por los restos que de él tenemos, debe haber sido un salvaje al cual no podemos referirnos, pues desde nuestro punto de vista, tendría un aspecto horrible y repulsivo, con su frente hampesca, aplanada, nariz ancha con la mandíbula superior saliente y el mentón retraído. Enfrentarse con un hombre así en *Picadilly*, actualmente, asustaría a un nervioso. Pero sus dientes no eran distintos a los nuestros, sólo que más grandes y fuertes, adaptados a su tarea de masticar mal cocidos, o quizá crudos, la carne del mamut o del rinoceronte. Luego, si este hombre reproduce a otro del pasado más remoto, un hombre más primitivo, y el tomo de esas investigaciones está faltando en los documentos geológicos, entonces, el especular sobre ese tema parece ocioso e inútil, y cuando

anhelé tener esa cabeza, no fue porque creyese que habría de conducir a un nuevo descubrimiento. Hubo una intención más mezquina y deseé traerla, surcando el mar, y dejarla caer como una manzana de la discordia, de acuerdo con el espíritu de la época, entre los antropólogos y los evolucionistas de este viejo y sabio mundo. La habría puesto esta inscripción: *"Para los más sabios"*, pero sin indicar ni origen ni particularidades. Yo lo deseaba por placer -un placer no muy noble, lo admito-, el de haber podido observar, desde un escondite, la lucha enorme que habría suscitado, una lucha más furiosa, más larga y fatal para más de un aguerrido caballero biólogo, que ninguna causada por el hallazgo de un hueso, fragmento de osamenta o esquirra recogida, incluyendo el mentado cráneo del de Neanderthal.